Las mujeres mayores de 50 con frecuencia
tienen las historias más interesantes



LA LISTA DE COSAS PENDIENTES DE REBECCA

RACHEL COSYNS

Harper+

LA LISTA DE COSAS PENDIENTES DE REBECCA

RACHEL COSYNS

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.

Avenida de Burgos, 8B - Planta 18

28036 Madrid

La lista de cosas pendientes de Rebecca

Título original: Gone to Pieces

© Rachel Cosyns 2024

© 2024, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.

Publicado por HarperCollins Publishers Limited, UK

© De la traducción del inglés, HarperCollins Ibérica, S. A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers Limited, UK.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: Kate Oakley de HQ

Imagen de cubierta: © Ulas&Merve / Stocksy

I.S.B.N.: 9788410641259

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos

Dedicatoria

Cita

Primera parte. El elefante

Pieza 1

Pieza 2

Pieza 3

Pieza 4

Pieza 5

Pieza 6

Pieza 7

Pieza 8

Pieza 9

Pieza 10

Pieza 11

Pieza 12

Pieza 13

Pieza 14

Pieza 15

Pieza 16

Pieza 17

Pieza 18

Pieza 19

Pieza 20

Pieza 21

Pieza 22

Pieza 23

Pieza 24

Pieza 25

Pieza 26

Pieza 27

Pieza 28

Pieza 29

Pieza 30

Pieza 31

Pieza 32

Pieza 33

Pieza 34

Pieza 35

Pieza 36

Segunda parte. Francia

Pieza 37

Pieza 38

Pieza 39

Pieza 40

Pieza 41

Pieza 42

Pieza 43

Pieza 44

Pieza 45

Pieza 46

Pieza 47

Pieza 48

Pieza 49

Pieza 50

Pieza 51

Pieza 52

Pieza 53

Pieza 54

Pieza 55

Pieza 56

Pieza 57

Pieza 58

Pieza 59

Pieza 60

Pieza 61

Pieza 62

Pieza 63

Pieza 64

Pieza 65

Pieza 66

Pieza 67

Pieza 68

Pieza 69

Pieza 70

Pieza 71

Pieza 72

Pieza 73

Pieza 74

Pieza 75

Pieza 76

Pieza 77

Agradecimientos

Para Simon

«A quien los dioses quieren destruir, primero lo vuelven loco».

PROVERBIO ANTIGUO

Primera parte

El elefante

Pieza 1

La niña observaba cómo una araña tejía su tela. Estaba en el arbusto de espino que había junto al tocón del árbol donde ella había estado sentada poco antes. Las hojas del arbusto crecían densas, de un verde ácido y brillante, y el aire estaba impregnado del aroma jabonoso de sus flores marchitas.

La niña se colocó de espaldas al agua, se agachó y la miró. Era una de esas arañas gordas que viven en un túnel tejido, una araña de laberinto.

—Laberinto —susurró para sí, dando vueltas en la boca a la palabra.

La niña supuso que la araña tenía huevos en lo más profundo del túnel. Imaginó que las arañitas se arrastraban hasta la boca del túnel en la hora púrpura de una tarde de verano y se alejaban volando en largos hilos de seda. Acercó la cabeza para ver las hileras.

Se oyeron ruidos detrás de ella, pero no se volvió porque sabía lo que eran. Los sonidos pronto se detendrían.

El olor aún flotaba en el aire, agrio y repulsivo, no del todo ahogado por el aroma de las flores de espino. La niña respiró por la boca. No quería ponerse enferma.

Sangriento, sangriento, sangriento, pensó.

Entonces todo quedó en silencio. La araña se deslizó hacia atrás hasta que en la boca del túnel solo asomaban sus dos patas delanteras.

Lentamente, la niña se volvió hacia el agua oscura.

Estaba quieta.

Rebecca Wise se dio la vuelta en la cama y se cubrió la cabeza con el edredón. Desde fuera, de la calle, llegaba un cántico agudo y rítmico.

—Estás gorda, mamá. Eres una mamá muy gorda con un culo muy gordo.

Rebecca oyó la risa de la madre y las ruedas de un patinete que avanzaba por la acera.

Abrió los ojos.

Las pesadillas la despertaban a las tres o las cuatro de la madrugada y solía dormirse exhausta poco antes de que su marido, Sam, se levantara para ir a trabajar. Los sueños que acechaban sus noches coloreaban el día siguiente.

—Es como si no pudiera quitármelos de encima —le dijo Rebecca a Sam—. Se quedan conmigo.

—Pero ¿de qué se trata? —preguntó él.

Rebecca dijo que no con la cabeza. Algo se deslizaba en el borde de su percepción; un sonido, una sensación que huía en cuanto el alba gris se deslizaba por el alféizar de la ventana y Londres empezaba a rugir.

—No me acuerdo —reconoció—. De arañas, tal vez. Ayer había una en la cocina. Corrió hacia mí. Le di con la escoba. Tengo estrés postraumático.

—¿De qué? No será de las arañas. —Sam cogió el teléfono de la mesilla para ver la hora.

—Es un elefante, un elefante enorme, ineludible, impasible, desinteresado y me está aplastando para matarme.

—Llego tarde al trabajo —comentó Sam.

Se había olvidado de cargar el Apple Watch que Rebecca le había comprado a regañadientes en Navidad.

—Pero es feo —había dicho ella entonces— y hay que enchufarlo.

—Quiero uno —le había contestado él, pero ahora, al apartarse el puño de la camisa y mirar la inexpresiva esfera, tenía que admitir que ella tenía razón.

La puerta principal se cerró de golpe y la casa respondió con un estremecimiento.

Entonces se hizo el silencio.

La casa, alta, victoriana, con chimeneas y suelos que crujían, conservaba muchas de sus características originales y, a pesar de los años que habían pasado echando dinero en ella, también conservaba muchos de sus inconvenientes originales.

—¿Siete tramos de escaleras? —preguntó Rebecca cuando fueron a verla por primera vez—. ¿Revoque reventado, marcos de ventanas podridos?

—Son medios tramos. Podemos arreglarlo. Esta zona se está revalorizando y piensa que nos vamos a poner muy en forma, con todas estas escaleras. —Sam siempre era optimista.

Habían llevado a sus tres hijos para que vieran la casa. Abigail, la mayor, de ocho años, había prorrumpido en ruidosos sollozos. Kit, de siete, se había quedado con la habitación de arriba, que daba al este, con vistas a la ciudad y, más allá, a las marismas. La más pequeña, Annie, de un año, se había zafado de los brazos de su madre y había caído por un pequeño tramo de escaleras hasta el mugriento sótano.

Ahora, veinte fugaces años después, con los dos hijos mayores viviendo cerca, en pisos compartidos, y Annie durmiendo profundamente en la antigua guarida de Kit, Rebecca salió a rastras de la cama y fue tambaleándose hasta el cuarto de baño para ordenar la colada mientras el gélido viento de enero lanzaba puñados de aguanieve contra las ventanas de guillotina, que traqueteaban.

Dobló las sábanas y las puso en la pila de planchar. Sam había dejado un pequeño fardo de ropa sucia junto al cesto de la ropa para lavar. Rebecca no estaba segura de por qué no había levantado la tapa para meterla dentro. Rebuscó en los bolsillos de los pantalones de Sam, que estaban llenos de monedas sueltas y recibos arrugados. La lavadora era nueva, pero el técnico había dicho que, si las monedas se quedaban atascadas en el filtro, la máquina inundaría el sótano, igual que había ocurrido con la antigua. Rebecca recordó que la pintura del zócalo del sótano seguía formando pompas y desconchándose por la humedad residual.

Rebecca tiene que apuntarlo.

Eso debe ir en una de las listas de tareas pendientes.

Idealmente, en la lista de cosas que arreglar, porque pintar era arreglar, aunque recoger la ropa de la tintorería no era arreglar y estaba en la misma lista.

Sería mejor que hiciera otra lista.

Rebecca le había pedido a Sam que se vaciara el cambio de los bolsillos antes de meter los pantalones en la lavadora, pero él seguía sin hacerlo. Ella sentía que Sam ya nunca la escuchaba. Ayer mismo, mientras estaban sentados en el sofá mirando sin ver Escape From The City, le contó que sus vecinos se habían comido a su bebé.

—Se lo comieron porque no quedaban pollos en Tesco —dijo.

Sam se había limitado a gruñir.

Las listas eran bastante inabarcables. Había montones y montones de cosas en ellas. Se desparramaban por el escritorio del salón, colocadas en montones bajo piedras que cogía en las playas de Cornualles y dobladas discretamente en los bolsillos de los abrigos. Dominaban la vida de Rebecca.

De niña, Rebecca había sido desagradablemente silenciosa, vigilante y, en su opinión, poco dispuesta a aprender la simple habilidad de ser amable, pero se había convertido en una mujer fuerte y competente a fuerza de concentración. Incluso había encontrado a alguien que la quisiera y había tenido tres hijos sanos y capaces. Antes se sentía orgullosa de sus logros, pero ahora era como si se observara a sí misma desde arriba y solo viera fracasos.

Betty siempre decía: finge hasta que lo consigas.

Rebecca lo había intentado.

Betty era el nombre que Rebecca le había puesto a su voz interior. La llamaba así porque era mejor que Rebecca. Conocía a Betty desde la infancia. Aunque Betty era profundamente desconfiada y a menudo rencorosa, no siempre se había mostrados tan poco dispuesta a ayudar.

Últimamente, sin embargo, se había vuelto insoportable.

Rebecca se sentía como si estuviera amarrada a la popa de un transatlántico que no sabía ni le

importaba que ella estuviera allí. No tenía la voluntad de liberarse, así que ahora solo esperaba el inevitable hundimiento, la ola que la engullera o el arrecife sumergido. Algo olía a podrido en el reino de Dinamarca, un gusano en la manzana o en el corazón de la rosa, un agujero en la balsa salvavidas y una paja en el ojo ajeno.

Todo va a ser cuesta abajo a partir de ahora, dijo Betty. Y, seamos honestas, te has quedado sin metáforas.

Por una vez, Rebecca estuvo de acuerdo con ella. La rabia, pensó, no alimenta el alma. Siempre estaba enfadada, y su alma hambrienta.

Esperaba que con el vino pudiera despedirse de ella, pero en realidad sabía, al pasar por delante de los borrachos del parque, acurrucados en los bancos con sus botellas de sidra White Lightning, que hacía falta algo más que chardonnay para matar a una mujer rica y descansada. A veces le apetecía sentarse con ellos. Podría comprar una botella de ginebra Sapphire y pasársela. Nuevos amigos… Se imaginó la cara que pondrían las hermosas mamás cuando pasaran empujando sus carritos Bugaboo y sonrió.

Pereza, dijo Betty.

—No es pereza —dijo Rebecca—; es cobardía.

Estaba metiendo camisas y ropa interior en la lavadora. No le gustaba hablar con Betty porque le parecía que al hacerlo le daba más poder, pero no iba a dejar que la llamaran «perezosa».

No importas, no importas, dijo Betty, acompasando el ritmo de sus palabras a la acción de sus brazos. En absoluto, ni un poco, continuó.

Tengo que hacer un planificador de pared, pensó Rebecca, y se puso de pie y giró la rueda de la lavadora a carga mixta. Hacía un planificador de pared cada mes y lo pegaba en la cocina con Blu Tack para saber exactamente lo que tenía que hacer y lo que Annie y Sam estaban haciendo.

—Anótalo en el planificador —les decía cuando le pedían si podía hacer una cosa, comprar una cosa, recoger algo, reservar en un restaurante o preparar una cama extra—. Escríbelo ahí. No me acuerdo de las cosas.

—Tengo que hacer un planificador de pared —dijo en voz alta.

Tengo que hacer un planificador de pared, se burló Betty, como cantando.

—Cállate —dijo Rebecca—. Sh. Silencio.

Se arrodilló en el suelo delante del cesto de la ropa sucia y empezó a sacar más sábanas y fundas nórdicas de sus profundidades. Como tripas, pensó. Estoy destripando el cesto de la ropa sucia.

Recorrió el cuarto de baño con la mirada en busca de arañas.

Odiaba de verdad las arañas.

Esta habitación también necesitaba pintura. Recordó la última vez que la había pintado. Había mezclado el color Savage Ground de Farrow & Ball con el color Bone para conseguir un bonito color tostado y cálido.

Le gustaría que Pawel viniera a hacer trabajillos, pero había que contratarlo con tres meses de antelación. Ahora estaba en Polonia.

Rebecca pensó en añadir «pintar el baño» a su lista. Si lo dejaba, empeoraría.

Se quedó pensando un momento, intentando imaginar Polonia. Habría altas montañas grises y profundos lagos verdes bordeados de pinares, y habría silencio.

Entonces pensó en Escrúpulos, su querida perrita, que había empezado a toser poco a poco hasta que se murió.

¿Por qué había sucedido eso?

Rebecca la había llevado al veterinario.

—No operamos —dijo la veterinaria mientras acariciaba las largas orejas negras y sedosas de Escrúpulos—. Plantearía todo tipo de problemas éticos, como comprenderás.

Rebecca no lo había comprendido, ni tampoco Annie cuando se lo contó.

—¿Qué problemas? —había dicho Annie—. El único problema que veo es que todos los días sacrifican a perros con válvulas cardiacas perfectamente sanas, pero nuestra perra tiene que ahogarse en sus propios mocos.

—No sé si en realidad son mocos —había dicho Rebecca.

Pero ahí estaba.

Escrúpulos estaba condenada.

A medida que Escrúpulos enfermaba, Rebecca fue dejando de salir. Escrúpulos ya no podía pasear por el parque, así que ella y Rebecca vieron pasar el Año Nuevo a través de las ventanas salpicadas por la lluvia.

La perra pasó su último día jadeando. A Rebecca le habría gustado que la veterinaria le hubiera sugerido dormirla. Annie la apoyó en cojines de terciopelo e intentó alimentarla con pechugas de pollo, y Escrúpulos murió.

—Murió —le había dicho Rebecca a su amiga Megan—. No pudimos hacer nada. Solo tenía ocho años.

—Debe de haber sido muy triste para todos —dijo Megan—. Yo también la voy a echar de menos. Tenía un alma buena.

Megan y Rebecca se hicieron amigas paseando a sus perros. Antes de que Escrúpulos enfermara,

paseaban, al menos una vez a la semana, con Escrúpulos y Charlie, el cockapoo de Megan. Casi nunca se relacionaban de otra forma. Megan era el tipo de persona que ve el vaso medio lleno, y Rebecca pensaba que probablemente se debía a que tenía una fuerte fe religiosa.

Entonces Rebecca pensó en el alma de Escrúpulos.

Pensó en su propia alma.

Esperó por si su alma respondía de algún modo, pero con lo que se encontró fue con un silencio desbordante.

—De todos modos —había dicho Megan—, no tengo intención de perderte como amiga solo porque Escrúpulos ya no esté con nosotras. Podemos pasear a Charlie o salir a caminar nosotras sin él, cualquiera de las dos cosas.

El correo cayó con estrépito al suelo del vestíbulo a través del buzón y Rebecca cerró los ojos. Odiaba el correo.

Dejó caer la ropa sucia al suelo, en el cuarto de baño, y se quedó mirándola.

Tú no importas, volvió a sisear Betty. Rebecca giró sobre sus talones y salió de la habitación, con los pies descalzos repitiendo este mantra: no eres una persona, no importas, no eres una persona…

Se detuvo al final de la escalera, mirando las baldosas blancas y negras del suelo del vestíbulo.

No está lo bastante alto, dijo Betty.

—Sí que importo. Solo intentas hundirme —dijo Rebecca lo más alto que pudo, pero su voz sonaba débil y aguda, y sabía que en realidad ya la había hecho.

Había un poco de vodka abajo, en la cocina, no mucho, pero suficiente para detener todo esto por un tiempo.

Supermercado (también debía anotarlo).

En la cocina, se sirvió un vaso y vació la botella. Podía contar los latidos del pulso que le saltaba en la garganta.

Pomp, el gato, ronroneaba alrededor de sus piernas. Se había olvidado de darle de comer.

Había que tomar una decisión sobre el vodka: ¿beberlo de un trago o a sorbos? Se preguntaba si la gente se daría cuenta de que había bebido cuando abría la puerta o pagaba en la caja del supermercado. Nunca estaba borracha, no de día, y siempre se lavaba los dientes, pero aun así se lo preguntaba.

Deben de darse cuenta, dijo Betty. Lo notan.

Rebecca giró la cabeza para oír un poco mejor y luego negó con la cabeza.

Era ella misma, eso era todo.

Era ella misma hablándose a sí misma.

Se bebió el vodka de un trago y se sentó a la mesa de la cocina. Extendió los brazos hacia delante, apoyó la cara en ellos y empezó a llorar.

Ese mismo día, Rebecca hablaba con su madre por teléfono.

—Me siento fatal. Como un hámster que da vueltas en vano en una rueda, sin ir a ninguna parte, gastando toda mi energía, y a nadie le importa. He intentado explicárselo a la gente, pero nadie me escucha.

—Lo sé, cariño, no hace falta que me lo digas. A nadie le importa. Mientras las camisas estén bien planchadas y dobladas, y la comida esté en la mesa a la hora exacta, nunca les importa. De todos modos, me tengo que ir: he quedado con Daphne para tomar café. No te preocupes, no lo hagas. Niégate; deja que se ahoguen en su propia miseria. Adiós…, adiós, adiós.

Rebecca se quedó mirando el auricular durante uno o dos minutos antes de volver a ponerlo en su sitio.

La lista que había junto al teléfono tenía escritas treinta cosas.

Treinta.

Tengo que priorizar, pensó.

Si no priorizo, estoy perdida.

Cordones. Cogió un boli del suelo del dormitorio y lo apuntó al final de la lista. Podría conseguirlos mañana, pero seguro que tenemos en alguna parte. Brocas, leyó. Luego dejó caer el boli y empezó a darle vueltas a su alianza en el dedo. Sam se había ido hacía cuarenta minutos y ella aún no había hecho la cama.

—No tengo tiempo para esto —dijo él—. Tengo una reunión de Zoom y ya llego tarde. —Sam era redactor de un periódico de tirada nacional y siempre llegaba tarde—. Me gusta tener que cumplir fechas de entrega —explicaba—. Me gusta estar en el filo de la navaja.

Voy a ver Escape From The City, decidió Rebecca. Me sentaré en la sala de juegos, me acabaré la botella de vino tinto de anoche y veré al presentador, Justin Hammond, intentando aparentar que importa.

Ojalá pudiera huir… adonde fuera, de verdad.

Betty se rio. Pero no lo vas a hacer. ¿Verdad? ¿Nunca? Nadie va a venir a casa, no hasta las diez por lo menos. Tienes tiempo. ¿O vas a beberte el resto y a quedarte sentada para volver a hacer lo mismo mañana?

—No —dijo Rebecca en voz alta—. Hay tres cosas que tengo que hacer este año. Solo tres. Las

demás no importan.

Esas cosas eran:

1. Aprender a conducir por la autopista.

2. Utilizar la habilidad anterior para huir a Francia.

3. Comenzar una nueva vida en Francia con un nombre falso.

Se lo pensó un momento. Un momento en el que la adrenalina le bajó por los brazos mientras el terror hundía sus garras en lo más profundo de sus pulmones.

No puedes irte, dijo Betty, de repente suave y acariciadora. Es imposible. Hay una alternativa…

Rebecca sabía que sí. Llevaba meses con la idea aferrándose a su pecho, dejándola crecer y coger forma. Sintió que la vergüenza la embargaba al ponerle palabras.

No habría ninguna carta llena de culpas. Los lazos que la ataban a su vida estaban tensos. Un rápido tirón, y se romperían, enviándola al olvido que ansiaba.

Para buscar un final, uno debería, idealmente, entender el principio, pero Rebecca no podía, así que había decidido, o más bien había dejado que la idea se agolpara en su mente…

Que sería mejor,

o más fácil,

a fin de cuentas,

si era honesta,

no cambiar su nombre por el de Mathilde

y no irse a vivir a Sarlat ni a ningún sitio parecido.

Continuar era impensable.

No continuar, imposible.

Así que…

¿Sí?, dijo Betty.

—He decidido morir —dijo Rebecca.

Pieza 2

En su primer encuentro, el doctor Glass tiende la mano, estrecha la de Rebecca y esboza una breve sonrisa con la boca cerrada.

—Buenas tardes, señora Wise —dice—. Soy Titus Glass. Siéntese.

Obediente, Rebecca toma asiento. Está en un hospital psiquiátrico privado.

—No podemos permitirnos un psiquiatra privado —se quejó a Sam.

—Estás asegurada. Así que vas a ver a este tipo tan pronto como él pueda verte. Un equipo de salud mental vendrá a verte esta mañana, Becky. Esto es serio. Podrías haber muerto.

Ahora, dos días después de que su hijo Kit la encontrara y llamara a una ambulancia, Rebecca acude a un psiquiatra. No quería que Kit la encontrara. Le había enviado un mensaje de texto diciéndole que no viniera, pero al parecer se había olvidado de enviarlo.

Tonterías, dice Betty.

Cuando piensa en Kit encontrándola, Rebecca siente que la adrenalina la recorre. Ni siquiera suicidarme puedo hacer bien, piensa.

Daños colaterales, dice Betty.

Es mi hijo, piensa Rebecca.

La consulta del médico es blanca y está amueblada con dos sillas tapizadas en gris. También hay un escritorio de madera oscura con incrustaciones de cuero granate.

El doctor Glass es un hombre alto, delgado, con gafas, que lleva traje azul marino, corbata roja y camisa asombrosamente blanca. No es ni viejo, ni joven; ni moreno, ni rubio.

Corriente, sisea Betty en su oído, pero Rebecca piensa que no.

El médico tiene el pelo corto y castaño y finas arrugas alrededor de la boca, que se dobla agradablemente hacia arriba en las comisuras. Su aspecto es benévolo; las gafas, la camisa blanca, la piel lisa y un poco bronceada denotan disciplina servicial.

Él ladea la cabeza y mira a Rebecca con atención. Ella le mira fijamente a la cara y se sujeta con fuerza a los reposabrazos de la silla gris para no salir corriendo de la habitación.

El psiquiatra ocupa la silla frente a la suya.

—Tengo entendido que lo has pasado muy mal. Estoy aquí para ayudarla —dice—. Cuénteme lo que ocurrió, tal y como lo recuerda. —Coge un bloc del escritorio que tiene a su lado.

Rebecca habla. Después no recuerda lo que ha dicho, pero, mientras hablaba, el doctor Glass tomaba notas.

—Estas voces ¿son exteriores o están en su cabeza, por así decirlo?

—Soy yo quien habla. Es una sola voz. Solía pensar que era «ella» porque así era más fácil ignorarla, pero en realidad sé que soy yo.

Rebecca empieza a temblar y aprieta las manos entre las rodillas para que se le note menos.

—¿Ha estado alguna vez bajo el cuidado de un profesional de la salud mental? —El médico escribe algo en el margen de su bloc y mira a Rebecca, escrutándola.

Ella se da cuenta de que no sabe quién es él, qué títulos tiene o si puede confiar en él.

—¿Cómo he acabado viniendo a verle? —le pregunta, respondiendo a la pregunta de él con otra pregunta.

El doctor Glass se levanta y da la vuelta a su mesa.

—Puedo averiguarlo. ¿No quiere verme? Déjeme comprobarlo por usted… —Se vuelve a mirar la pantalla de su ordenador y se desplaza por una lista—. Una tal Margo Shriver ha concertado la cita. ¿La conoce?

Rebecca recuerda el nombre porque Sam le ha hablado de ella. Es una asistente personal, piensa Rebecca, del periódico de Sam. Niega con la cabeza.

—No la conozco; no le conozco. Solo me lo preguntaba. Es todo tan raro. No sé qué hacer.

—Bueno, vamos a ver cómo nos va —dice el médico y coge de nuevo su bloc de notas del escritorio y vuelve a sentarse frente a Rebecca.

Ella se da cuenta de que sus gafas son demasiado grandes para su estrecha cara. Se pregunta sin interés si realmente las necesita o si forman parte de su look.

—¿Puede explicarme qué sintió exactamente cuando tomó esa decisión? ¿Puede aclararme qué pensaba en ese momento? —pregunta él.

Rebecca mira al suelo.

—Fue hace mucho tiempo —contesta—. Creo que pensé que sería mejor si yo no fuera un factor. —Asiente con la cabeza, concordando consigo misma.

—Señora Wise, fue hace dos días. ¿Qué quiere decir con «un factor»?

—Creo que pensaba que iba en contra de sus intereses.

—¿Por el bien de su familia? ¿Por el bien de su marido y sus hijos?

Rebecca vuelve a hacer otro gesto de asentimiento de nuevo. Parece una explicación razonable. Dirige una mirada al doctor y luego aparta rápidamente la vista.

—Míreme, señora Wise. Por favor. ¿Puede decirme cuáles eran sus planes, si no hubiera venido aquí, a verme?

—No tenía un plan.

—¿Puede explicar por qué se sentía en contra de los intereses de las personas a las que quiere?

Rebecca no puede.

—Inténtelo —dice el médico.

—Sentí como si me hubieran dado luz verde.

—¿Quién se la dio?

—Mi perra murió —dice—. Mis hijos se han hecho mayores. —El médico se mueve en su silla. No dice nada—. Las cosas ayudaron. Se confabularon conmigo.

—¿Qué cosas le hicieron imaginar que le habían dado luz verde para suicidarse? Seguramente no la muerte de su perra.

Rebecca niega con la cabeza.

—Las cosas que acabo de decir. —De repente, se le seca la boca. La sangre silba en su cabeza y sabe lo que viene a continuación.

Cuajada, solidificada, Betty grita, maliciosa. Rebecca hace un gesto de dolor. El médico se da cuenta. Él baja la mirada, a sus notas.

—Así que ¿se tomó todas las pastillas que había en la casa y esperaba que ya no la pudieran ayudar para cuando su marido llegara de trabajar?

—No de una manera muerta…

El médico levanta las cejas.

—Sin embargo, habría habido un cadáver.

Rebecca vuelve a negar con la cabeza.

El médico toma nota. Luego la mira por encima de las gafas.

—Se me ha secado la boca —le dice Rebecca.

—Lo sé —responde.

Entonces Rebecca se recupera. No puede rendirse.

—La cosa es, doctor Glass, que soy una facilitadora. Hago posible que mi familia tenga éxito, que lo consiga, de una forma que yo no puedo.

El médico frunce el ceño. Se quita las gafas y se inclina hacia delante en la silla. Sus ojos, almendrados, rasgados, como los de un gato siamés, son del mismo azul que la tarde de invierno.

—No lo está haciendo usted muy bien, ¿verdad? —dice en voz baja—. ¿Cree que entiende cuánto daño les ha hecho?

Rebecca siente cómo se le mueve el pelo en el cuero cabelludo. ¿Lo entiende? No está segura. Sabe cuánto daño le hicieron sus padres. Si cierra los ojos, todavía puede sentir el dolor visceral de las injusticias que todos los niños de una familia numerosa tienen que soportar. Pero sus padres no intentaron abandonarla.

—Lo estaba haciendo bien. Estaban bien antes de todo esto. Estaban muy bien —dice.

—Y ahora… imagino que todos se sienten como en el infierno, carcomidos por la culpa y la rabia. —Vuelve a ponerse las gafas, y los cristales reflejan la ventana hacia Rebecca—. ¿Qué hacía antes de tener hijos?

Rebecca niega con la cabeza.

—Era niñera. Seguí siéndolo incluso después de tener a Abigail, pero cuando nació Kit ya no pude continuar. Me fui de casa demasiado joven; no terminé los estudios como es debido. No tengo ningún título académico.

El doctor Glass toma nota en su bloc.

—¿Echa de menos tener a sus hijos en casa? —pregunta.

Rebecca piensa y luego dice:

—No, viven muy cerca. Annie sigue en casa. No, no los echo de menos. Es difícil ocupar el quinto lugar en tu propia vida.

—¿Detrás de las necesidades de su marido y sus hijos, quiere decir?

Rebecca siente la traición. Siente la culpa de decir lo indecible, pero ellos nunca van a enterarse. Este doctor nunca conocerá a sus hijos o a Sam y les dirá lo que ella siente.

—Sí —responde.

—Escuche —dice el médico, y aprieta los dedos—, está agotada. Voy a ingresarla en el hospital. Creo que tenemos una cama. Creo, por lo que he observado, que podemos cuidarla mejor si se queda aquí, con nosotros.

Rebecca se levanta.

—No —responde—. Tengo que irme. Les dije en urgencias que no volvería a hacer algo así y no lo haré. Además, solo tengo esto. —Levanta su pequeño bolso verde—. No he traído nada, mis cosas, quiero decir. No tengo nada. Puedo volver el lunes, pero no hace falta. Ha sido un accidente.

El médico sigue sentado.

—¿Un accidente? —pregunta—. ¿Cómo es que su hijo la encontró inconsciente después de haberse bebido media botella de vodka, vino y varios frascos de analgésicos? ¿Tenía un dolor de oídos muy fuerte quizá?

Rebecca se aprieta el bolso contra el pecho. Mira al médico. Parece muy joven, calcula. Probablemente no entiende lo dura que puede llegar a ser la vida. La chaqueta de su traje enseña demasiado los puños y lleva gemelos de amatista y plata.

Gemelos de amatista antes del mediodía, se burla Betty en su oído izquierdo. Betty es la más horrible esnob.

—Bueno, de todos modos…, ¿cuántos años tiene? —Lo dice antes de poder evitarlo.

El médico se revuelve en su asiento.

—Siéntese, por favor, señora Wise —pide— y explíqueme exactamente qué quiere decir con eso.

Rebecca se sienta. En realidad, le parece que le han fallado las rodillas.

—Quiero decir que probablemente no tenga usted mucha experiencia, en realidad, probablemente… —Su voz se apaga y se queda en silencio.

—Le aseguro que estoy más que cualificado para tratarla. —El médico revuelve unos papeles en el escritorio que tiene delante.

—Aun así, no me voy a quedar. Es demasiado aterrador.

—Por supuesto, es su decisión. Le daré una receta para calmar la ansiedad y me gustaría volver a verla el lunes a las diez de la mañana. ¿Puede decirme cómo va a regresar a casa ahora? No parece que pueda ir en transporte público en este momento.

Rebecca se pregunta cómo hay que estar para poder coger un autobús. Siempre hay mucha gente muy enferma en los autobuses. Rebecca supone que el doctor Titus Glass casi nunca habrá subido a un autobús.

Mira al médico, que se da golpecitos con el bolígrafo en los dientes inferiores.

—Volveré el lunes a las diez. Un chófer me llevará a casa. Me ha traído él.

Sam había organizado, a través del trabajo, que llevaran a Rebecca a la cita y la recogieran después.

—Bien, entonces nos vemos el lunes. —El médico se levanta, se dirige a la puerta y la mantiene abierta—. Adiós, señora Wise —dice.

Había sido un accidente. Rebecca estaba segura. Se sentó en la parte trasera del coche y se puso a mirar cómo Londres iba pasando por la ventanilla. El conductor era un rumano llamado Viktor. Era calvo y llevaba gafas de sol de espejo. Cuando dejó a Rebecca en la puerta del hospital, le dijo:

—Tienez mi número. Cuando todo terminado, llámame por telefóno y venir enseguida.

Rebecca piensa que probablemente sea bastante amable.

Cruzan el Puente de Londres y Rebecca gira la cabeza a la derecha para ver el Puente de la Torre y Canary Wharf a lo lejos y el gran río marrón que fluye rápido alejándose de ella.

No quería que Kit la encontrara. En caso de que hubiese querido algo, habría querido que fuera Sam, cuando fuera demasiado tarde.

«No vengas esta noche», le había escrito a Kit, pero no había pulsado el botón «Enviar».

Kit había pasado a recoger unas sobras de salsa de pasta que ella había hecho. A menudo le daba sobras porque le preocupaba que no comiera bien en su piso compartido.

Obviamente, piensa, no había un plan. No en un sentido real. Era más bien una idea que se había vuelto demasiado pesada para soportarla. Entonces, Rebecca se había emborrachado mientras veía Escape From The City. El presentador, Justin Hammond, se había girado a cámara, y Rebecca había escuchado con una sensación de creciente temor.

—Esperemos —dijo Justin— que Jonathon y Kelsey hayan encontrado por fin su nuevo hogar perfecto en el campo; que la casa misteriosa pueda proporcionar a Jonathon esa anhelada cueva para el hombre, y a Kelsey, la perfecta comunidad de pueblo con la que tantas veces ha soñado.

Y eso había sido todo. Rebecca se había levantado del sofá, había tirado el teléfono al suelo y había subido tambaleándose las escaleras hasta el baño, donde se había tomado todas las pastillas que había en la casa. Sin nota de suicidio, sin plan…

—Solo tristeza —le dijo a Sam cuando volvió a casa del hospital—. Una sensación de fatalidad. Era…

—Lo más egocéntrico que he visto en mi vida —continuó Sam—. Gracias a Dios que no teníamos paracetamol. Eso es lo único que puedo decir.

Rebecca se había despertado en el hospital. Un médico joven con un estetoscopio alrededor del cuello estaba de pie junto a la camilla de Rebecca. Sam estaba de pie detrás de él, y sus tres hijos se hallaban justo al otro lado de la cortina que la protegía de una noche de miércoles en un concurrido servicio de urgencias londinense.

—Bien, está despierta —había dicho el médico—. ¿Cuántos paracetamoles tomó, señora Wise?

Rebecca había negado con la cabeza.

—Muy bien —dijo el médico—. Eso concuerda con los análisis de sangre.

Rebecca se miró el brazo y vio un esparadrapo en la flexura del codo. No recordaba que le hubieran sacado sangre.

Entonces llegó la psiquiatra de guardia y le preguntó si tenía intención de volver a quitarse la vida.

—Porque —dijo la psiquiatra, con una única pulsera de plata deslizándose por su delgada muñeca infantil—, si no puede decirme que no lo hará, tendremos que ingresarla aquí, en el hospital. Parece enfadada. ¿Está enfadada?

Sam la había llevado a casa, y los chicos habían vuelto a casa de Kit para pasar la noche.

—¿Estás enfadada? —le había preguntado Sam mientras conducía de regreso a casa bajo la luz gris del amanecer.

Rebecca había suspirado.

—Solo asustada —había respondido.

Viktor la deja fuera de casa.

—Cuídate —le dice, luego se marcha.

Sam estará en el trabajo, piensa Rebecca, mientras mete la llave en la cerradura, pero Annie estará en casa. Sabe que le habrán dicho que no la pierda de vista. Su móvil suena cuando aún está en el pasillo.

—¿En casa? —pregunta Sam.

—Sí, en casa —responde.

Pieza 3

A diferencia de la mayoría de los niños, Rebecca Kelly no miraba el mundo con ojos redondos e inocentes. Lo miraba fríamente desde detrás de unas gafas de la seguridad social azules, su color favorito. Era una niña alta con una maraña inmanejable de pelo rubio rojizo, que se apartaba continuamente de los ojos o se los metía detrás de las orejas. Su madre le compró diademas para el pelo.

—Si te haces eso con el pelo, se te van a poner orejas de soplillo —le dijo a Rebecca.

Pero Rebecca no contestó nada, se colocó la diadema sobre la frente y la adornó con hojas y plumas.

—¿A quién dirías que te pareces? —le preguntó su hermano mayor, Martin.

Rebecca se encogió de hombros.

—A Hiawatha —respondió.

Era hiperflexible y le resultaba difícil mantenerse erguida, por lo que, cuando estaba de pie, tenía la espalda encorvada y las rodillas semiflexionadas, mirando al futuro, sin que le gustara mucho lo que veía.

Nació en Cornualles. Era la única niña de una familia de cuatro varones. Vio muy pronto las ventajas de no tener que competir con una hermana más guapa o más sociable. Sus dos hermanos mayores, Alex y Martin, se llevaban la peor parte de los imprevisibles ataques de ira de su padre, y al menor, Giles, podía intimidarlo o cuidarlo como si fuera su bebé a su antojo.

Cuando tenía ocho años, la familia se mudó. Llenaron su decrépito Cortina, incluido el portaequipajes, con sus pertenencias, metieron a todos los niños, apretados, en el asiento trasero y condujeron hasta Suffolk, donde su padre, David, había encontrado trabajo como piloto de helicóptero en las plataformas petrolíferas del mar del Norte.

Cruzar el río Tamar, que separa Cornualles del resto de Inglaterra, había hecho llorar a la madre de Rebecca.

Rebecca lo recordaba, porque su padre había puesto la mano en la rodilla de su madre en un gesto de amabilidad poco habitual en él y le había dicho:

—No te preocupes, Pen; volveremos antes de lo que crees.

La madre de Rebecca se llamaba Pen, diminutivo de Penelope.

—Tu abuelo me puso Penelope —le había dicho a Rebecca su madre—. Él pensaba solo que «Penelope» rimaba con «antílope» y se enfadó mucho cuando descubrió la horrible verdad.

El abuelo de Rebecca siempre la llamó «Pen» a partir de entonces.

—Pen, para un cisne hembra —había dicho, y se le había quedado.

Ese primer fin de semana, tras su llegada a East Anglia, agotados de desembalar y colocar sus muebles y pertenencias en una casa alquilada, los padres de Rebecca decidieron llevar a los niños a la playa.

—Estábamos muy emocionados por ver dónde íbamos a vivir —recordó Pen más tarde—. Pero era tan deprimente; había kilómetros y kilómetros de arado vacío, y el cielo era enorme. De vez en cuando se veía una torre de iglesia gris y una hilera de árboles en el horizonte, pero mi primera impresión fue de desolación absoluta.

El coche los había arrojado a los seis, vestidos solo con jerséis y pantalones de pana, a un tramo de guijarros que estaba siendo golpeado por un mar del color de una babosa, y los niños se encogieron aterrorizados por la brutalidad del viento y el frío afilado.

—Estábamos a finales de febrero —le contó Pen a Rebecca—. En Cornualles, el tiempo habría sido mucho más suave en esa época del año y el viento nunca era tan frío. En Suffolk, los vientos procedían directamente desde los Urales. No estábamos preparados para eso.

Rebecca recordaba una infancia marcada por aquellos vientos. Inviernos pasados bajo cielos altísimos en los que sentía cómo se le entumecían las mejillas y las manos, siempre sin guantes, se agarrotaban y se ponían blancas; veranos en los que el viento le azotaba el pelo y se lo metía en los ojos e inclinaba los árboles contra cielos llenos de nubes, y arrancaba prematuramente las hojas verdes de sus ramas agitadas.

A finales de primavera, la familia encontró una casa que comprar.

Era de estilo tudor, alargada y baja, una casa con entramado de madera, de paredes pintadas de un pálido rosa de Suffolk. Se alzaba junto con sus graneros en medio de un campo de patatas, rodeado de altos y enmarañados setos de espino y carpe. En la cocina había una antigua Aga con placas oxidadas y el mostrador de la oficina de correos del pueblo, que había cerrado hacía poco.

—Pero está a casi diez kilómetros de la ciudad más cercana —había protestado Pen.

—Por eso podemos permitírnoslo —respondió David, y así quedó la cosa.

Los niños pasaron las dos semanas de sus primeras vacaciones de Semana Santa en Suffolk arrancando patatas alegremente, disfrutando de la suave dureza en sus pequeñas y blandas manos y recorriendo en bicicleta las estrechas callejuelas para conocer a los pocos vecinos que vivían cerca.

Sus padres arrancaron la encimera de los años cuarenta de la cocina y la quemaron en el suelo duro frente al granero más grande.

—Podría guardar un barco en ese granero —dijo David una noche durante la cena.

Estaba sentado a la cabecera de la mesa, con su cuenco de sopa ya vacío apartado, y en la mano, una jarra llena de vino tinto que sostenía al trasluz. El vino brillaba como una joya. Como un

rubí, pensó Rebecca.

Pen apiló los cuencos.

—No sé si tenemos tiempo para un barco —dijo en voz baja.

Ojalá tuviera un poni, pensó Rebecca; podría tener un poni en ese establo; pero no comentó nada y se metió en la boca más sopa hirviendo de puerros y patatas.

Los padres de Rebecca no eran felices. David se llevó el coche al trabajo y dejó a Pen tirada con los niños en medio de la nada, sin conocer a nadie y con un millón de tareas que hacer. Las broncas que se montaban fueron apocalípticas.

A menudo, Rebecca se despertaba por la noche al oír voces elevadas y el estruendo de algo que se caía o se tiraba. Oía la puerta del dormitorio cerrarse de golpe, la rotura de un cristal y, una vez, el horrible sonido de su madre huyendo por el camino de entrada, con el sonido de sus sandalias Scholl al correr por la grava.

—¡Y no vuelvas, joder! —rugía su padre desde la puerta de la cocina.

¿Volvería? Rebecca no lo sabía. Se levantó de la cama y pegó la cara a la ventana, forzando la vista en la oscuridad para detectar algún rastro de su madre. Rebecca tendría que asegurarse de que Giles estuviera a salvo si nunca regresaba.

Por la mañana, oyó alejarse el coche y, mientras se servía a sí misma y a Giles los cereales del desayuno, vio, junto a la papelera, otra botella de vino vacía, y le llegaron, de la planta de arriba, los sollozos desesperados de su madre.

A veces Rebecca se despertaba justo antes del amanecer. Todo se hallaba en silencio y se imaginaba que olía a humo. Sin las gafas no veía muy bien. Solo distinguía la parte superior de la cabeza oscura de Giles sobre la almohada, una mancha en la ventana y el vano oscuro de la puerta abierta del dormitorio. Tendría que convencerse a sí misma para tumbarse y volver a dormir. Apretó con fuerza la oreja contra la almohada hasta que empezó a oír el latido de la sangre de su cabeza e imaginó que el ritmo era el de una niña saltando sobre la grava debajo de la ventana.

Se imaginaba que la niña manejaba una cuerda con pericia en la oscuridad, los pies aterrizando juntos mientras pasaba zumbando por debajo de ellos, fallando por un centímetro o menos. El pelo de la niña volaba, con sus rizos dorados, bañados en plata por la luna, y su rostro era una máscara concentrada. Rebecca se deslizaba de la cama y se ponía de puntillas para alcanzar la ventana; pero, en el momento en que su cabeza abandonaba la almohada, la niña recogía su cuerda y desaparecía. Rebecca pensó que la niña podía ser su gemela.

Su gemela nocturna.

La llamaba Betty. A veces Rebecca la oía hablar.

Volveré, decía. En otra ocasión. Y siempre volvía.

Los Kelly encontraron una asistenta. Se llamaba Lorraine. Tenía el pelo amarillo brillante y brazos rosas, enormes como jamones. Adornaba sus robustas muñecas con pulseras de colores que tintineaban cuando trabajaba. Llevaba blusas ajustadas sin mangas y faldas ceñidas. Se reía mucho y cantaba con la radio mientras limpiaba. A Rebecca le gustaba Lorraine porque parecía feliz.

Lorraine tenía dos hijos llamados Gary y Grime. Gary ya era casi mayor y tenía una moto, y Grime tenía once años. Los chicos no tenían padre, pero tenían un tío llamado Billy Parfitt que vivía con ellos. El tío Billy tenía problemas de espalda. Todos vivían en una casa un poco más abajo de la carretera de los Kelly.

Grime iba a la escuela del pueblo, pero parecía tener pocos amigos. A veces jugaba a las pistolas o al fútbol con los hermanos de Rebecca, pero él prefería salir a explorar con ella. Lo sabía todo sobre el campo, y Rebecca llegó a adorarlo como si fuera un héroe.

Cuando Grime no estaba en la escuela u ocupado con alguna misteriosa obligación que nunca llegaba a explicar del todo, él y Rebecca partían campo a través, en busca de la naturaleza salvaje.

Grime y Rebecca no hablaban; ellos hacían cosas.

Amanecía y se ponían en marcha. Bajo un cielo tan brillante como un huevo de petirrojo, acechaban los campos de heno en busca de nidos de zarapitos y alondras. Atrapaban espátulas y ninfas de libélula en el arroyo que bordeaba los bosques del cercano pueblo de Benham y trepaban hasta lo más alto de los árboles, donde las ramas se doblaban y rompían bajo sus pies, y entonces descargas y calambres les recorrían las extremidades.

Billy, el tío de Grime, era alto, casi tanto como el padre de Rebecca, pero, a diferencia de este, Billy tenía los hombros encorvados y un aura de derrota.

Cuando no trabajaba, el padre de Rebecca vestía vaqueros y camisas de cuadros. Billy no trabajaba nunca y llevaba una vieja chaqueta gris que le caía sobre la delgada espalda. Llevaba el pelo canoso peinado en lo que, según le dijo la madre de Rebecca, era un tupé. Lo llevaba largo por detrás y rizado en la nuca.

—Probablemente fue un teddy boy —le explicó su madre.

Rebecca no sabía lo que era un teddy boy, pero, si era algo que había sido Billy, estaba bastante segura de que no le importaba.

Cuando el padre de Rebecca trabajaba, llevaba un uniforme de capitán con galones dorados en la visera y en los hombros. A Rebecca le parecía un héroe. Se parecía a Richard Attenborough, Lawrence de Arabia o John Wayne.

A Rebecca le encantaban las películas antiguas. Cuando no estaba en el colegio, su madre la dejaba tumbarse en el sofá con una manta y verlas. La mayoría eran en blanco y negro, pero a Rebecca no le importaba porque podía colorearlas con los ojos. Le gustaban especialmente las películas de guerra. Le gustaba cuando salían hombres en las cubiertas de los barcos, buscando

submarinos en las olas. Le gustaba que Trevor Howard se lanzara en picado en busca de refugio bajo un intenso fuego. Le gustaba John Wayne cruzando las praderas vestido de oficial de caballería. Le gustaban los hombres que eran héroes.

Trevor Howard salía en una película llamada Breve encuentro. Era la película favorita de la madre de Rebecca. No era de guerra; era una historia de amor, sobre dos ancianos. Su madre la adoraba y siempre acababa llorando, pero a Rebecca y a sus hermanos les parecía muy divertida. No era la película preferida de Rebecca, pero cuando se hizo mayor y conoció a su marido, Sam, le enseñó escenas enteras, que se citaban el uno al otro con acentos entrecortados de los años cuarenta.

—No se llama Grime —les dijo Pen un día a sus hijos, exasperada—. Se llama Graham.

—Pero él dice que se llama Grime —argumentó Rebecca—. Debería saber su propio nombre, ¿no?

—Es por su acento —explica su madre.

—¿Y si pronunciar su nombre Gray-ham es un acento? —preguntó Martin—. No puedes ir por ahí llamando a la gente cosas que no se llaman y luego decir que lo dices así por tu acento. Nosotros tenemos acento. Somos pijos —añadió razonablemente.

—Además —dijo Alex—, Gray-ham sería horrible.

—No somos pijos y no tenemos acento —argumentó Pen.

Volvió a la tabla de cortar, partió el beicon en finas lonchas y las echó en una sartén.

Rebecca salió sin decir nada por la puerta de la cocina mientras la habitación se llenaba del delicioso aroma del beicon friéndose. No estaba segura de que se debiera comer cerdo, pero aún no se le había ocurrido ningún plan para evitarlo.

Un día, Grime le dijo a Rebecca que había encontrado un nido de ratas y le preguntó si quería ver cómo mataba las crías.

—Hay que matarlas —le explicó a Rebecca—. O se meten entre las manzanas almacenadas, y ya no podemos usarlas.

—¿Usarlas para qué? —preguntó Rebecca—. ¿Por qué no os las coméis cuando las recogéis?

—Para la sidra —dijo Grime—. Son manzanas de sidra y hacemos sidra sin filtrar con ellas. Ven y mira. Las mato con una cacerola.

Así que Rebecca fue con Grime a su casa, calle abajo. Puso a las crías de rata, que no tienen pelo, una a una, en el escalón de hormigón de la puerta trasera de su caseta de jardín y, a continuación, hizo caer sobre cada una de ellas una pesada cacerola de hierro oxidado, hasta reducirlas a una pulpa rosada que raspó con un palo antes de sustituirla por otra.

—¿Quieres probar? —preguntó Grime, y le tendió la cacerola.

Rebecca negó con la cabeza.

—Pesa demasiado —dijo, y se le hizo un nudo en el estómago.

Pieza 4

Rebecca debía empezar el colegio después de Semana Santa, pero su madre quería que se quedara en casa. La primavera llegó lentamente a Suffolk, y el verano, más lentamente aún. David Kelly trabajaba muchas horas volando y volvía a casa estresado y agotado. La casa, aunque hermosa, había sufrido largos años de abandono, y la lista de tareas para convertirla en un hogar familiar era abrumadora.

—La necesito aquí —oyó Rebecca que su madre le decía a su padre—. Puede cuidar a Giles, y así yo puedo trabajar en la casa. Hay mucho que hacer. Además, está muy por delante de la mayoría de los niños de su edad. Sabe leer y escribir muy bien.

Así que, mientras los mayores se adaptaban a su nueva vida, cogiendo el autobús al final del camino y haciendo nuevos amigos en el colegio, Rebecca se quedaba en casa con Pen y su hermano pequeño. Con Giles en el regazo, se acurrucaba contra el tronco de un viejo manzano, junto al estanque, y leía en voz alta los Cuentos de hadas de los Hermanos Grimm. Pen lijaba, pintaba, cocinaba y observaba desde detrás de las ventanas con parteluz cómo el mundo exterior se volvía verde, y el cielo se llenaba de azul.

Rebecca estaba muy contenta. Le encantaban cuatro cosas: Giles, la lectura, los animales y los insectos. Esta vida le daba las cuatro cosas.

A veces, Grime llegaba y esperaba de pie en el camino de grava y, cuando Rebecca y los chicos salían de casa, sacaba un animal muerto de un bolsillo o de un saco y lo exhibía orgulloso en sus manos sucias. Una vez llevó un topo; atrapado en una trampa para topos, dijo. Rebecca se había colocado justo detrás de Alex y miraba embelesada la diminuta criatura. Tenía un suave y brillante pelaje negro y grandes patas sin pelos. Sus pequeños ojos muertos brillaban en negro y sus dientes estaban teñidos de sangre rojiza.

Con el tiempo, los padres de Rebecca empezaron a hacer amigos: un compañero del trabajo de su padre los invitó a tomar algo; una madre del colegio de los niños invitó a Pen a tomar café; el pastor local les hizo una visita.

A Pen no le gustaba participar en eventos sociales. El comité del mercadillo y el Instituto de la Mujer no eran para ella, pero poco a poco los Kelly empezaron a conocer a sus vecinos.

A través de Lorraine, encontraron una niñera llamada señora Lightwing. Era una señora bastante mayor, supuso Rebecca, de unos sesenta o setenta años. A Rebecca le pareció encantadora. Tenía el pelo corto, brillante y gris, una cara dulce y arrugada, con las mejillas enrojecidas y los ojos de un marrón desvaído. Iba en bicicleta con una cesta en la parte delantera, y Rebecca, durante sus paseos, a menudo se la encontraba pedaleando por los caminos rurales, con su abrigo negro ondeando a su espalda.

—Es una bruja —le dijo Grime a Rebecca—. Sabe hacer hechizos y pociones. Una vez le dio a mi tío Billy una poción para la espalda, pero no funcionó. Una vez, mi madre la vio recogiendo setas en luna llena.

—¿Es la señora Lightwing una bruja? —le preguntó Rebecca a su madre.

—No —respondió Pen—. Pero probablemente sea una mujer sabia.

La señora Lightwing cuidaba de los niños Kelly cuando Lorraine no podía, y había muchas veces que Lorraine no podía.

—Es por la espalda de nuestro Billy, ¿sabes? —le dijo a la madre de Rebecca.

Pen no lo sabía, aunque tampoco le importaba, porque la señora Lightwing no se sentaba en el piso de abajo a leer el Woman's Own o a ver la televisión; se dedicaba a los niños y parecía tener especial debilidad por Rebecca.

—La saca de su ensimismamiento —oyó que le decía Pen a una nueva amiga mientras tomaban té en la cocina—. Rebecca es una niñita tan graciosa y silenciosa. La mayoría de la gente no se preocupa por ella.

Rebecca comprendió que la señora Lightwing pretendía ser su amiga íntima. Esperaba a que los niños se durmieran o se sentaran frente al televisor para sentarse en la cama de Rebecca y contarle cotilleos del pueblo y de la iglesia. Le contó a Rebecca que la mujer del sacerdote había hecho trampas comprando una tarta para el concurso de repostería del Instituto de la Mujer, y que Denise Styles se negaba en redondo a arreglar las flores de la iglesia desde que el pastor había prohibido los gladiolos.

Rebecca no sabía lo que eran los gladiolos, pero sabía que debía reírse, así que lo hizo.

La señora Lightwing le leía a Rebecca sus libros favoritos y le daba caramelos duros, incluso después de haberse lavado los dientes. De adulta, el aroma de azúcar de cebada aún podía hacerla retroceder en el tiempo.

Cuando florecían las primeras prímulas, abriéndose paso a través de la pesada tierra de arcilla, la señora Lightwing cogía un ramo que olía a miel especialmente para Rebecca y llegaba en su bicicleta con las flores en la cesta del manillar.

Rebecca no estaba acostumbrada a ser la favorita de nadie, y al principio esta marcada preferencia le resultó incómoda. No tenía nada de la belleza de Giles, el encanto de Alex o la confianza de Martin. Su madre la tachaba abiertamente de peculiar, y su padre no le hacía el menor caso.

—En mi familia, casamos a las hijas, no las tenemos —dijo un día su padre.

Rebecca imaginó que era una especie de broma o una explicación, pero también supuso que era cierto.

Rebecca aprendió pronto a confiar en la señora Lightwing y a considerarla su persona especial. Incluso le habló del lugar secreto que había descubierto al fondo del jardín, donde un túnel conducía, a través del seto, a una suave hondonada cubierta de hierba, como un nido lo bastante grande para que Rebecca se acurrucara en él.

—Probablemente sea un lugar donde un zorro descansa durante el día —le dijo la señora Lightwing—. Si te acercas muy despacio y sin hacer ruido, quizá llegues a verlo un día.

Rebecca pasó los siguientes días caminando en silencio por el largo jardín, respirando despacio por la nariz, asegurándose de que ninguna ramita se quebrara bajo sus pies, con la esperanza de sorprender al zorro, pero en ningún momento llegó a verlo. También le contó a la señora Lightwing el juego al que ella y sus hermanos jugaban con la valla eléctrica que había detrás del pub Cherry Tree.

—Te sujetas a la valla con las dos manos, y gana el último en soltarla. Martin puede agarrarse para siempre.

La señora Lightwing no parecía muy entusiasmada con aquel juego. Los adultos eran raros con esas cosas; a veces era mejor no contarles nada.

Le habló a la señora Lightwing del enorme y oscuro bosque de Benham, donde Grime le había dicho a Rebecca que podían verse tejones. Rebecca anhelaba ver tejones.

—También hay un estanque —continuó—. Grime dijo que hay muchos más peces que en el que yo pesco.

Rebecca había empezado a pescar en un estanque que había delante de su casa con una caña de bambú que su padre le había hecho.

—Prométeme que no te acercarás a ese estanque, Rebecca —dijo la señora Lightwing poniendo su mano encima de la de Rebecca—. Quédate más cerca de casa. Esos bosques no son seguros para una niñita como tú.

A Rebecca le sorprendió la seriedad con la que le dijo aquello. Pensaba que en el bosque no podía pasar nada y luego se acordó de Blancanieves, Hansel y Gretel y Caperucita Roja. Miró las dos manos que yacían juntas sobre el edredón, una, vieja y áspera, con prominentes nudillos y venas verdosas, y la otra, pequeña, pecosa y pálida, y sintió que la recorría una enorme responsabilidad. Nunca un adulto le había pedido nada. Solo le habían dado instrucciones.

Rebecca negó con la cabeza.

—No lo haré —respondió, sin dejar de mirar la mano de la señora Lightwing y deseando cogerla y besarla.

—¿Me lees Belleza Negra? —Y le entregó a la señora Lightwing un viejo ejemplar de tapa dura.

La señora Lightwing le quitó el libro a Rebecca.

—Oh, es tan triste cuando muere Ginger —dijo.

Rebecca asintió con la cabeza entusiasmada. Le encantaba esa parte.

Pieza 5

—Buenas tardes, señora Wise. ¿Está lista para su evaluación? —El doctor Glass está de pie a su lado en la sala de espera.

Al oír su voz, Rebecca se sobresalta. El corazón le da un vuelco y la sangre le late con fuerza. Como el surf, piensa.

—Ruido —dice.

—¿Qué ha dicho? —El médico se agacha delante de ella.

—He dicho «Hola».

El rugido es fuerte, pero ella puede oírle a él. Es raro que él no la oiga.

—De acuerdo. —Titus Glass se levanta con un movimiento rápido y fluido—. Venga conmigo.

Rebecca se levanta y le sigue por un pasillo hasta una habitación, una consulta diferente que es igual que la otra. Si Rebecca hubiera sido capaz de pensar, se habría preguntado por qué el gris y el blanco son los mejores colores para las consultas y las salas de espera, pero es incapaz de pensar y sus dedos se estiran de manera involuntaria, por lo que le parece que cada una de sus manos ha desarrollado una rutina de ejercicios independiente. Se queda un momento en la puerta y se mete las manos en los bolsillos del abrigo para que no se muevan.

—Siéntese. —El médico señala una silla.

Ella se sienta.

Rebecca decide que le gusta que le digan lo que tiene que hacer. Le gusta que le digan: «Sígame» o «siéntese». Le quita presión. No tiene que tomar ninguna decisión. El doctor se sienta frente a ella en una silla igual que la suya. Entre los dos hay una mesa baja de madera clara y, detrás del médico, un escritorio antiguo de madera maciza con un ordenador. Viste un ligero traje gris marengo a rayas. Y sus zapatos son negros y están muy pulidos. Lleva la corbata de cachemira ajustada al cuello, pero Rebecca cree que, debajo de ella, lleva el último botón desabrochado. Tiene la sensación como de que sus propios ojos estuvieran sacando fotografías. Se siente a la vez distraída y muy concentrada. Se sorprende de que esto le interese.

—¿Cuánto tiempo lleva así? ¿Ha estado tomando dos pastillas por la noche, treinta miligramos? —El médico parece preocupado, pero Rebecca deduce que en realidad no lo está.

—Las tomé dos noches, luego tuve una sensación horrible —dice.

—Así que ¿las dejó? —Se estira hacia atrás y coge el bloc y el bolígrafo del escritorio, cruza las piernas, se apoya el bloc en la rodilla y empieza a escribir—. ¿Hace cuánto tiempo? ¿Cuántos días?

—Es difícil decir; ayer y hoy son el mismo día. Desde el viernes, tal vez. No podía dormir. Me latían los músculos, arriba y abajo de los brazos. —Rebecca extiende el brazo para mostrárselo —. Sentía como si todos los músculos largos se acortaran. Era horrible, como cuando tocas cerámica sin vidriar o… una patata cubierta de barro seco.

El médico frunce el ceño. Rebecca no se lo imagina tocando una patata sin lavar y, de repente, está bastante convencida de que la cerámica sin vidriar tampoco la habrá conocido. Se le dibuja una sonrisa en la cara.

—¿Qué tiene de gracioso? —pregunta él.

—¿Ha tocado alguna vez una patata sin lavar?

—Silencio —dice el médico—. ¿Uñas en una pizarra?

—¿Qué quiere decir?

—La sensación que describe ¿es como cuando se hacen chirriar las uñas en una pizarra?

—Podría ser —dice ella.

Él levanta la vista del bloc. Rebecca se da cuenta de que le salen dos hoyuelos cuando sonríe. Siente que empieza a relajarse un poco, pero su respiración sigue siendo entrecortada y no puede estarse quieta. Se saca las manos de los bolsillos del abrigo y las mete debajo de los muslos, entre los muslos y el asiento, sentándose encima, para que dejen de clavársele. Las siente como si fueran esas grúas de los salones recreativos que se supone que deben coger un peluche cuando mueves las palancas, pero que nunca lo consiguen—. Apuesto a que nadie ha hecho chirriar las uñas en una.

—Probablemente no —admite el médico—. Así que ¿dejó de tomarlas?

Ella asiente con la cabeza.

—¿Por qué lo haría alguien?

Titus Glass levanta la vista del bloc.

—¿Por qué qué? —pregunta.

—Hacer chirriar alguien las uñas en una pizarra. Concéntrese. ¿Puedo llamarle Titus, Titus?

—Puede llamarme cualquier cosa razonable con la que se sienta cómoda.

Rebecca le mira.

—Le llamaré señor, si detiene esta sensación. Es insoportable. —Mientras habla, mueve los pies arriba y abajo—. Me siento como si me hubiera metido sin querer en una tela de araña.

—Bueno, no lo ha hecho. Y ¿lleva así desde entonces? ¿Dos días? ¿Dos o tres? Es una pena. ¿Ha

estado tomando el tranquiltolam?

—He intentado no tomar tres. He estado tomando dos.

—¿Trae alguno? —La mira por encima de las gafas.

Rebecca niega con la cabeza.

—No.

—¿Ha venido hoy en coche?

—No. —El rugido es muy fuerte ahora y ella está susurrando—. Me ha traído Viktor.

—¿Viktor?

—Un rumano. Lleva gafas de sol.

Titus asiente con la cabeza.

—De acuerdo, le diré lo que vamos a hacer. Voy a hacerle una receta ahora mismo, luego iremos juntos a la farmacia del hospital, que está al final del pasillo, y le compraremos tranquiltolam. Se lo tomará y esperaremos a que haga efecto. No podemos hablar cuando está así. ¡Tiene síndrome de abstinencia!

—Eso esperaba. —Intenta sonreír, pero no lo consigue—. Porque, si no, es muy peligroso.

Sus ojos observan la mesa baja entre las dos sillas. Parte de la chapa se ha resquebrajado en la esquina más alejada. Hay una caja de pañuelos de papel colocada en el centro, en una caja gris con tapa.

Se levantan y van a la farmacia.

De vuelta en la habitación, él le da un vaso de plástico con agua.

—Tómese una e intente sentarse en silencio unos minutos. Empezará a sentirse un poco mejor.

Al cabo de diez minutos, el rugido se ha calmado considerablemente. Rebecca mete las manos entre las rodillas para que no le tiemblen.

—¿Qué opina su familia? ¿Qué opina su marido? —Titus está detrás del escritorio, escribiendo mientras habla.

—Piensan que no debería tomar drogas. Que estaría bien si descansara o me tomara unas vacaciones o algo así.

—¿Y usted qué cree?

—Creo que debería hacer lo que usted me dice.

Titus levanta la vista del bloc. Se golpea los dientes inferiores con el bolígrafo. Es su bolígrafo negro, el mismo que utilizó antes.

—Eso es demasiado pasivo para mí —dice.

—Lo que quiero decir es que no tendría sentido que me esforzara tanto por encontrar a alguien que me ayudara y viniera aquí a pedirle consejo y luego ignorara lo que me dice —aclara. Para Rebecca es importante que él sepa que ella intenta cooperar.

Titus le devuelve la mirada, en silencio un momento.

—No se quedó en el hospital —dice.

Rebecca no comenta nada. No cree que nadie necesite ser tan cooperativo. Se mira las rodillas y aprieta las manos. Se ha mordido tanto las uñas y los padrastros que nota que la piel le supura en las palmas.

—Esa idea de Jane Austen de tomar el aire del mar, una cura de descanso y todo eso, está muy bien. Míreme, señora Wise.

Rebecca levanta la vista hacia él y ve que sus ojos están velados, como los de un gato; las pupilas, puntos en medio del azul. Rebecca apuesta a que los suyos no lo están. Apuesta a que él puede leer cada pensamiento que pasa por su cara.

—Pero, de todas las ramas de la medicina más expuestas a la influencia de los cuentos populares, la nuestra es la que más sufre. Nadie es experto, por mucho que se imagine lo contrario —continúa—. ¿Se siente un poco mejor ahora? ¿Un poco más tranquila?

—Mucho —dice Rebecca.

—Señora Wise, tiene que escuchar con mucha atención y entender. No debería haber dejado de tomar la medicación sin la recomendación de un médico. ¿Me promete que no volverá a hacerlo? ¿Me lo promete? —Rebecca asiente con la cabeza—. Vamos a reducir la dosis a quince miligramos y veremos cómo le va. Si tiene algún problema, llámame. ¿De acuerdo?

Rebecca se seca las manos en los vaqueros. Ya no están tan sudadas, y el rugido de los oídos ha cesado.

—Se lo prometo. Gracias, Titus.

El rostro del médico se ilumina de repente con una amplia y blanca sonrisa, y Rebecca siente que algo se despliega en su pecho. La sonrisa es totalmente cautivadora.

—Mucho mejor, por supuesto. Nos vemos la semana que viene. Cuídese, Rebecca.

Viktor llega al hospital en su Prius blanco. Salta del asiento del conductor y le abre la puerta trasera.

—Gracias, Viktor —dice Rebecca.

Titus me llamó Rebecca, piensa ella. Qué raro.

Pieza 6

—¿A que es curioso que Gary se parezca mucho a uno de los Catchpole? —Rebecca escuchaba a la nueva amiga de su madre, Caroline Gilbert, hablando con Pen con un café delante del Aga.

La cocina Aga se había estropeado y estaban esperando a que llegara el técnico, pero quedaba suficiente calor residual para hervir a fuego bajo la tetera. Era antigua y temperamental, pero los Kelly no podían permitirse cambiarla.

—Nunca lo había pensado —dijo Pen, y se inclinó más hacia Caroline.

Los Catchpole regentaban la granja a la que pertenecía el bosque. Daniel Catchpole era el granjero y dejaba que Rebecca y Grime jugaran allí. A Rebecca le caía bien. Era muy simpático, y tenía el pelo rubio y los ojos arrugados. Rebecca salió de la cocina, pero se quedó merodeando junto a la puerta con las dos mujeres en su línea de visión.

—Bueno, la razón por la que se parece tanto a un Catchpole —dijo Caroline— es porque lo es. —Pen se rio. Caroline echó una mirada teatral a la cocina—. Lorraine no está aquí, ¿verdad? —preguntó bajando la voz para que Rebecca tuviera que esforzarse por oírla.

—No —contestó Pen—. Ahora solo la tenemos los miércoles y los viernes. Es demasiado caro.

Caroline dio un sorbo a su café.

—Lo sé —dijo—. El personal de servicio está por las nubes.

Rebecca sabía que el marido de Caroline era muy rico, que vivían en una casa de estilo Reina Ana, que tenían dos coches y que sus hijos iban a un internado. Rebecca no sabía lo que era una casa de estilo Reina Ana, pero sonaba mejor que la suya.

—Como te iba diciendo, el otro día estuve hablando con Lorraine. Estábamos desgranando guisantes en la mesa de la cocina. Me encanta desgranar guisantes, ¿y a ti? Me encanta deslizar la uña del pulgar por la costura de la vaina y ver todos los guisantitos alineados dentro.

Rebecca reprimió un suspiro. Quería que Caroline siguiera con la historia. La madre de Rebecca volvió a reírse.

—Le dije a Lorraine que era curioso que los niños de una misma familia a menudo no se parecen. Como tu Rebecca, que parece completamente distinta del resto de tu familia, ¿no?

—En realidad, no es así —respondió Pen—. Se parece mucho a sus primos, y mi padre tenía el pelo rubio rojizo.

—Bueno, Lorraine siguió desgranando guisantes un momento y luego comentó: «¿Sabes qué me dijo mi suegra cuando le conté que me había quedado embarazada de Gary?». «No», respondí. Ella dijo: «Eze no ha zio nueztro Ronald. No podría haser na de ezou». —A Caroline se le daba muy bien imitar el acento de Lorraine, y Caroline y Pen se rieron a carcajadas—. Lorraine dice

—continuó Caroline— que fue su suegra quien rompió su matrimonio. Ella y Ronald se casaron a los dieciséis años, y la mujer no dejaba de mimar a su hijo. Y parece que Ronald no hizo «na de ezou» porque si miras a Gary es la viva imagen de Daniel Catchpole —añadió Caroline.

—¿Y Graham? —preguntó la madre de Rebecca.

—El escupitajo del viejo Kenneth Tink.

La madre de Rebecca estaba bebiendo café, se atragantó y empezó a balbucear hasta que se le saltaron las lágrimas.

Rebecca respiró hondo. Tenía que pensar. Empezó a deambular en silencio por la casa. Salió por la puerta del lavadero y corrió hacia el estanque. Una garza se elevó silenciosamente de las aguas poco profundas y desapareció sobre el manzanar de Grime. Rebecca trató de imaginarse que el señor Tink fuese el padre de Grime. No podía, pero entonces, razonó, tampoco podía imaginarse que nadie fuera el padre de Grime o cómo había llegado ella a tener su propio padre. La técnica del sexo seguía siendo un misterio para Rebecca y hasta el momento no tenía ninguna inclinación a detenerse en ella.

Mientras aplastaba a las ratas, Grime le había preguntado a Rebecca si quería ir en bicicleta a Benham para ver jugar a unos tejones. Benham estaba más lejos de adonde ella llegaba normalmente porque su bicicleta no era muy segura.

La bici de Rebecca era roja y se llamaba Trueno. Los frenos no funcionaban porque ella la había dejado tirada en la grava y su padre había pasado por encima al dar marcha atrás con el coche. A Rebecca no le importaban los frenos porque, para ella, Trueno era un brioso caballo castrado de raza árabe y los frenos no formaban parte de su naturaleza. De todos modos, si quería parar, solo tenía que poner los pies en el suelo hasta que Trueno se detuviera.

Grime tenía una Raleigh Chopper, pero no tenía nombre; en cambio, sí frenos. A Martin le habría encantado una Raleigh Chopper, pero los padres de Rebecca dijeron que no podían permitírsela.

—¿Cómo es que Grime tiene una entonces? —preguntó Martin—. Tú eres piloto, y Grime ni siquiera tiene padre.

—Con el dinero que le pagamos a Lorraine, me sorprende que no tenga coche —se lamentó el padre de Rebecca, y Martin se dio cuenta de que era mejor dejar el tema.

Rebecca tenía muchas ganas de ver los tejones. Le había dicho a la señora Lightwing que no iría a esos bosques, pero si iba, solo una vez, la señora Lightwing no se enteraría…

Se sentó junto al manzano donde le gustaba sentarse a leerle a Giles. Una rana escondió la cabeza, desapareciendo bajo la maleza y, en el lado opuesto del estanque, vio al tío Billy. Se preguntó por qué Billy estaba en su jardín. Él levantó un brazo. ¿La saludaba? Rebecca le devolvió el saludo. Iba a ver los tejones con Grime, decidió. No hablaría de Kenneth Tink, y ya está.

Pieza 7

Ellis es el mejor amigo de Rebecca. Es un psiquiatra infantil homosexual. Rebecca lo conoció en la puerta del colegio cuando dejó a Abigail y Kit el primer día de curso. Él se acercó bailando y le dijo:

—Oh, pálida e interesante. Gracias a Dios por la sangre nueva.

Y, con eso, la conquistó al instante.

Ellis había crecido leyendo poesía en las casas de los árboles de sus amigos ricos de North Yorkshire. Después se sacó la carrera de Medicina en Cambridge como si fuera un efecto secundario de haberse divertido de lo lindo siendo el único gay de la facultad.

—O, al menos —le decía a Rebecca—, el único que contaba.

—Cariño —decía—, he tenido una juventud dorada, pero ya lo he pagado, te lo prometo.

Había metido la pata al convertirse en padre soltero de tres hijos cuando solo tenía veintiséis años.

—Todos míos —le había dicho a Rebecca cuando se conocieron—. Y ninguno de Rod, así que se cabreó y me dejó con mi descendencia.

Rod le daba mal espina a Rebecca, y en su fuero interno pensó que Ellis estaba mejor sin él.

—¿Y la madre? —había preguntado Rebecca atónita.

—Iba a ir a buscarse a sí misma a la India, pero solo llegó hasta Budapest y llegó a la conclusión de que, después de todo, no era lesbiana. Se ha casado con un granjero húngaro y ahora hace queso de cabra.

Rebecca le había mirado.

—¿Seguro? —le había preguntado.

—No, en absoluto, pero ella no está, así que solo estamos ellos tres y yo, y nos vamos a la mierda en una carretilla de mano, y no tengo ningún cuadro podrido en el ático para soportar la tensión, así que mi cara es como un libro en el que todo el mundo puede leer lo que está escrito en sus páginas. Francamente, es un desastre.

Aunque Rebecca adoraba a Ellis, también sabía que era una mala influencia, o, más bien, que eran una mala influencia el uno para el otro. Quedaban todos los jueves para cenar patatas fritas con los niños. Siempre se abría una segunda botella de vino y, mientras los niños, hartos de pescado rebozado y patatas fritas, se adormilaban y se mostraban díscolos frente al televisor, Rebecca y Ellis cotilleaban y bebían hasta que Sam regresaba del trabajo a las diez.

—No sois buenos el uno para el otro —le dijo Sam a Rebecca—. ¿No podéis dar un paseo o ir al cine en vez de sentaros a beber? Tampoco coméis nada juntos. No deberíais beber tanto sin comer nada.

Rebecca puso los ojos en blanco.

—No podemos beber tanto y, además, comer —le dijo—. Si lo hiciéramos, estaríamos enormes.

Sabía que Sam tenía razón, pero la atracción de pasar una noche de jueves riendo con Ellis era demasiado irresistible.

Ellis fue a ver a Rebecca en cuanto se enteró de que había intentado suicidarse. En aquel momento, ella solo había visto a Titus Glass dos veces.

Rebecca se sintió rara con Ellis. Él habría esperado que ella confiara en él, pero, antes de su sobredosis, Rebecca había empezado a desaparecer de su vida y lo sustituyó por personas menos interesadas. Convenientemente, para Rebecca, esto había coincidido con la vuelta de Ellis con Rod, así que de todas formas estaba distraído. Ahora era imposible continuar con cualquier tipo de subterfugio.

—¿En qué coño estabas pensando? —preguntó Ellis. Era un blasfemo consumado y se había bebido la mitad de una botella de Casillero del Diablo de la tienda de la esquina, así que estaba menos formal de lo habitual—. Soy un puto psiquiatra, soy tu mejor amigo. ¿Quién es ese cabrón al que has estado viendo?

Rebecca bebió un poco de agua. Había llenado una copa de vino del grifo de la cocina para hacer compañía a Ellis.

—Titus —dijo—. Se llama Titus Glass.

—Titus Culo —dijo Ellis—. ¿Dónde trabaja? —Ellis buscó en su teléfono. Encontró al doctor Glass en el sitio web del Colegio de Médicos. Hizo zoom en su fotografía—. Joder, qué joven —exclamó Ellis—. Pero está cualificado; tiene las mismas siglas que yo.

Rebecca empezaba a sentirse como una acosadora.

—Casi seguro que es gay.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Rebecca.

—Por su corbata —explicó Ellis inexplicablemente, y señaló a Titus—. Y, de todos modos, no hay psiquiatras adultos heterosexuales; todo el mundo lo sabe.

Siguió mirando su teléfono.

—La psiquiatría privada debería ser ilegal —añadió—. ¿Por qué iba a tener un psiquiatra privado el más mínimo interés en dar de alta a un paciente? Su principal preocupación es ganar tanto dinero como pueda. Estar enfermo mental no es como tener una neumonía o romperse una

pierna. Un psiquiatra privado puede alargar el asunto tanto como quiera, siempre que crea que puede salirse con la suya. También puede facilitar la dependencia masiva de medicamentos recetados, sustituyendo un problema que no le interesa tratar por otro. Dame tu portátil, cariño. Voy a empapelar a este tipo.

—Pero, Ellis… —Rebecca esperaba que su médico tuviera una pizca de integridad—, son médicos; tienen un código deontológico y un juramento hipocrático que cumplir, igual que tú.

—Sí —dijo Ellis—, pero solo hace falta una manzana podrida… Dame tu ordenador.

La duda, como un tinnitus, resonaba en la cabeza de Rebecca. Entró en la oscura sala de estar y encontró su portátil escondido detrás de un cojín del sofá. Algún pensamiento inquieto se le escapó de las manos. Cogió el portátil y volvió a la cocina. Ellis seguía sentado a la mesa, desplazándose por el móvil con el pulgar, como un adolescente.

—Estoy seguro de que estas botellas de vino son cada vez más pequeñas —dijo, y cogió la vacía que tenía a su lado y estudió la etiqueta.

—Voy a hacer café —dijo Rebecca. Sabía que no debía tomar café después del mediodía, pero pensó que podía hacer una excepción, solo por esta vez.

Ellis le cogió el portátil y empezó a aporrear el teclado.

—Está cualificado, eso es todo lo que necesito saber, y creo que me gusta.

—Obviamente está cualificado, pero ¿como qué? Lo único que he encontrado es esa foto rara y engreída y un artículo que escribió hace siglos. ¿Por qué dejarlo ahí? Maldito académico. ¿Sabes qué tienen de malo los médicos académicos? —dijo Ellis. Rebecca negó con la cabeza—. Son todos tipos fríos, como los anestesistas. Prefieren no implicarse.

Rebecca pensó que, si Ellis se implicaba más, podría caérsele la cabeza.

—Quizá un poco de distancia ayude —dijo.

—Lo que importa es la persona que tienes delante, desde cómo se sienta hasta cómo huele. Es el ser humano de carne y hueso, no una teoría que te has inventado para conseguir un poco más de financiación para hacer el tonto en la universidad durante uno o dos años más.

—Es bastante bueno fijándose en la persona. —Rebecca pensó por un momento en los fríos ojos azules de Titus—. De todos modos, no encuentro mucho sobre ti. Ni fotos, ni nada.

Ellis se frotó el cuero cabelludo. Se había cortado el pelo, y a Rebecca también le gustaría frotarle el cuero cabelludo.

—No puedo permitirme tener un perfil en internet; me acosarían. Aquí no hay mucho más —dice —. A veces me preocupan los médicos, en serio. Es decir, vas a la escuela, eres muy muy bueno en ciencias, y decides ser médico. No es un título. —Ellis bebió un trago del café que Rebecca había puesto en la mesa a su lado y puso mala cara.

—Sí —dijo Rebecca—, pero en realidad lo es, ¿no? Puede que también necesites empatía y esas cosas, pero la ciencia es un buen punto de partida, mejor que la carpintería o algo así.

—Ser cirujano es como trabajar la madera y la fontanería —dijo Ellis.

Rebecca enarcó las cejas, ladeó la cabeza y lo miró por encima de las gafas. Ellis volcó la botella de vino vacía sobre su vaso vacío.

—¿Qué clase de mierda es esa? —preguntó.

—¿Mierda? —dijo Rebecca.

—Sí, ¿eso que has hecho de mirar por encima de las gafas y ladear la cabeza?

—Es lo que hacen los psiquiatras para debilitar a la gente. He estado practicando con Sam; es bastante efectivo.

—Bueno, no me lo hagas a mí; es molesto. ¿Sabes?, realmente eres la influencia más espantosa para mí —añadió—. No he bebido en tres semanas; luego te veo, y nos ponemos manos a la obra de lleno.

—No es mi responsabilidad —respondió Rebecca.

—Será mejor que me vaya pronto —dijo Ellis, y miró su reloj—. Tu maldito marido me odia.

«Ellis es gay», le había dicho Rebecca a Sam.

«No estoy celoso —había respondido Sam—. Solo me preocupa que os llevéis el uno al otro en la dirección equivocada».

«No lo haremos. Estamos bien. Si estuvieras aquí más a menudo, tal vez no lo necesitaría tanto a él».

Rebecca sabía que, en esencia, Sam estaba casado con su trabajo. Ella sabía que su sentido de sí mismo estaba muy identificado con él. Cuando una vez le preguntó a Sam: «¿Quién eres en realidad?», él respondió: «Soy periodista».

Rebecca le dijo que no le había preguntado qué eres. Le había preguntado ¿quién eres? Eran dos cosas distintas, pero Sam no podía ver la diferencia. Rebecca supuso que se debía a que de niño estaba tan solo en el mundo, su vida estaba tan rota por el divorcio de sus padres y sus experiencias en el internado que el trabajo se convirtió en su espacio seguro, mucho antes de conocerla. A ella le molestaba, pero también lo entendía.

—Sam no volverá hasta las diez —le dijo Rebecca a Ellis—. No te odia; le caes bien. Si te odiara, te aseguro que te darías cuenta. —Rebecca cambió de tema—. ¿Cómo está Rod?

—Oh, ya sabes… —contestó Ellis vagamente.

—¿Puedo frotarte la cabeza? —Ellis se echó hacia adelante, inclinado sobre la mesa, y le ofreció

el cuero cabelludo—. Me encanta —dijo Rebecca. Le pasó la mano por la cabeza—. Tu cabeza tiene una forma preciosa.

—¿Planeaste esto? —Ellis se puso serio de repente.

Rebecca estiró los brazos sobre la mesa y le cogió la mano con las dos suyas.

—No lo planeé, no. Simplemente sentí que era algo que iba a suceder y que sería mejor que dejara de luchar contra ello.

—Becks, cariño, tienes hijos. ¿Qué pasa con Sam? ¿Y toda la gente que te quiere? —Una lágrima se deslizó por el rabillo del ojo de Ellis y le dejó un rastro brillante por la mejilla antes de caer sobre la mesa.

—Lo olvidé —dijo Rebecca—. Pensé que serían más felices sin mí. Pensé… —Sujetó la copa de vino por el tallo, observó cómo el agua se arremolinaba en el fondo durante un momento y luego se la bebió—. Pensé que no era una persona —añadió—. ¿Podemos hablar de otra cosa? Seguiré viendo a Titus hasta que demuestre que no sirve para nada, ¿vale? ¿Cuánto hace que tienes ese tatuaje? Te dije que nunca te hicieras uno, y me da un arrebato de intento de suicidio y, antes de que me dé cuenta de lo que está pasando, estás lleno de tinta.

—Duele una barbaridad. —Ellis le mostró su musculoso bíceps, ceñido, ahora con un intrincado diseño celta—. ¿Qué te parece?

A Rebecca no le gustaban los tatuajes. Al menos el pelo vuelve a crecer, pensó.

—Estás increíble —le dijo a Ellis—, pero ten cuidado con Rod. Es peligroso.

—Lo sé —dijo Ellis—. ¿Quieres venir a un concurso del pub el jueves?

—No —dijo Rebecca—. No puedo beber; no sería divertido.

Ellis se encogió de hombros.

—Ahora no estás bebiendo —dijo—, pero sigue siendo divertido. Volviendo a tu psiquiatra loco, nadie a quien le importara un carajo la otra persona le diría que no debe tomar una copa de vino. Es absolutamente inhumano. ¿Cuánto tiempo se supone que tienes que negarte a ti misma? ¿Te ha dado el increíble doctor Glass un plazo aproximado?

—No quiero volver a beber —dijo Rebecca, y se levantó de la mesa para poner la tetera.

—Como Amy Winehouse dijo una vez… —Ellis se puso a mirar un poco bizco.

—Por cierto, ¿cómo está Orlando? —Rebecca decidió cambiar de tema.

Orlando era el hijo menor de Ellis y se estaba descarrilando de manera inexorable.

—Oh, ya sabes, está todo el día «joder» esto y «joder» lo otro. Cualquiera pensaría que ha inventado la puta palabra.

—Bueno —dijo Rebecca—, Kit no me habla ni una palabra, no desde…

Kit no se había recuperado de encontrar a Rebecca tumbada en el sofá, en coma. Pateó una botella de vodka vacía y la mandó lejos, debajo de la mesita, mientras se inclinaba sobre ella y la sacudía por el hombro. No había vuelto a hablar con sus padres desde entonces.

«Le dije que no viniera —le había explicado Rebecca a Sam—. Tendría que haberse ido directo a su apartamento».

«¿Para que te hubiera encontrado yo, tiesa como una tabla, al volver del trabajo? —Sam estaba furioso con Rebecca—. Si tan solo pudieras oírte a ti misma».

—Cielos —dijo Ellis—. No me convence tu método, pero debe de ser divino que el hijo de uno te envíe a Coventry. Es muy relajante.

Pieza 8

—¿Cómo funciona esto, doctor Glass? Quiero decir, ¿qué ocurre? ¿Solo le veo a usted o de repente tengo que ver a otra persona? —Rebecca está en la consulta de Titus Glass.

Necesita aclarar algunas cosas. Está segura de que ella no le cae bien; si no le cae bien, debería dejar de verle o intentar hacerle cambiar de opinión.

Titus hace girar un bolígrafo con dos dedos. Parece distraído.

—¿Ya tiene noticias del equipo terapéutico? —pregunta, coge el bloc y anota algo.

—No, no necesito terapia. Necesito verle a usted. Puede darme pastillas y hablarme de lo tonta que soy y así me pondré mejor. —Rebecca cree que el enfoque directo es el que mejor funciona.

Titus vuelve en sí.

—Espero —dice con fiereza— que no piense que creo que es tonta.

Oh, Dios, ha dicho algo equivocado otra vez. Da marcha atrás.

—No, no, claro que no… Bueno, tal vez, no lo sé. Pero fracasar con el suicidio fue un poco tonto. Quiero decir, no intentar… —La observa con una mirada de creciente incredulidad. Rebecca suspira; qué mal se le da esto—. No se me da muy bien esto —dice. Tal vez los halagos funcionen—. Usted me conviene —añade.

—¿En qué sentido exactamente le convengo? —Se concentra en un punto justo por encima de la cabeza de Rebecca, aparta el bloc de notas y deja el bolígrafo.

—Bueno, creo que tiene sentido del humor. Yo también lo tengo. —Rebecca se da cuenta de que se está agarrando a un clavo ardiendo.

—Hasta ahora no ha sido usted nada graciosa —dice Titus.

Rebecca se encoge en la silla. Entonces, él se frota los ojos por debajo de las gafas con las yemas de los dedos de las dos manos y las arrastra por la cara hasta cubrirse la boca. Por un momento, permanece sentado con la boca tapada. Rebecca se da cuenta por primera vez de que tiene las uñas cuidadas. A Titus le debe de llevar horas mantener este nivel de aseo, literalmente horas.

—En casa soy divertida. Quiero caerle bien a la gente, así que soy irónica e ingeniosa y hago reír a la gente —dice.

—¿Les cae bien cuando se emborracha tanto que intenta suicidarse?

—No, claro que no; eso no es justo. Fue algo que hice, no algo que hago. De todos modos, me pareció sensato en ese momento y, por cierto, no me importa si le gusto o no.

Titus pone las manos sobre el escritorio.

—Creo —dice— que ambos sabemos que eso no es cierto.

—¿Qué parte?

—Que no le importa si me gusta o no. Creo que una de las partes más difíciles de su tratamiento es la cuerda floja por la que tiene que caminar entre parecer simpática y decir la verdad.

—¿Porque decir la verdad me hace antipática?

—No, porque cree que podría. ¿Me permite que le diga que es irrelevante?

—Se lo permito, pero no puedo luchar por mejorar con alguien a quien no le gusto, ¿verdad? Quiero decir, si no es así, necesito saberlo para buscar otro psiquiatra. —Le mira fijamente a los ojos. Necesita reafirmación.

El doctor le devuelve la mirada a Rebecca.

—No intente echarme por tierra —dice—. Y, por favor, no intente manipularme. No podría hacerlo, así que no lo intente. Estoy aquí para ayudarla, señora Wise, y creo que intentó suicidarse.

Rebecca se sorprende bastante de que él imagine que ella se siente lo bastante fuerte como para intentar echar por tierra a nadie, o de que haya podido malinterpretar sus intenciones de una forma tan completa.

—Bueno, entonces ayúdeme —dice—. Quería morir. Me pareció una solución proporcionada. Parecía razonable. Parecía desinteresada. ¿Por qué me equivoco?

Titus se enfada.

—Si era una solución proporcionada y sensata y —aquí hace el gesto de comillas con los dedos — «desinteresada», ¿por qué fracasó? ¿Por qué se molestó en fracasar adrede en morir?

La característica que define a Titus, piensa Rebecca, es la irritación. Vibra con ella. Incluso sus párpados están rígidos por la irritación. Se pregunta si es a ella a quien encuentra irritante, o si es su reacción, por defecto, a todos sus pacientes. Ella suspira.

—¿Cuál es el problema? —responde él.

—Ninguno —dice Rebecca.

—No puedo ayudarla si se niega a comunicarse —dice Titus. Le resulta tan molesta que apenas puede estarse quieto. Golpea el teclado del ordenador. Cruza una pierna sobre la otra y se inclina hacia delante en la silla—. Míreme. Señora Wise, si quería morir, ¿por qué decidió emborracharse antes de intentar suicidarse? ¿Emborracharse tanto que era casi inevitable que fracasara en su intento?

Rebecca se encoge de hombros.

—¿Por qué no esperar a estar sobria? Después de todo, está sobria la mayor parte del tiempo, ¿no? No se pasa el día bebiendo, no conduce bebida, ni se pasea tambaleándose por Waitrose bebiendo de una taza café con brandi, ¿verdad? Entonces, ¿por qué tuvo que emborracharse para intentar morir?

—Entonces, ¿cree que no quería morir? —Rebecca siente que se le tuercen hacia arriba las comisuras de los labios.

—Como ya he dicho, no creo que sea usted poco inteligente o incapaz en ningún sentido. Creo que, si hubiera querido morir, no estaría sentada aquí, en esta habitación, conmigo. —El médico se echa hacia atrás y se cruza de brazos. Rebecca cree que ha perdido en una discusión. No sabe cómo ni por qué, pero se alegra de haber perdido—. Rebecca… —Su voz ha cambiado, toda la brusquedad ha desaparecido, y ella se encuentra ahora mirando el rostro de un amigo—. Sé que necesitas mi ayuda. Entiendo que tu intento de suicidio fue grave y que la próxima vez puede que lo consigas. Preferiría que eso no ocurriera. Así que ¿podrías hacer un esfuerzo y permitirme que te ayude? Es lo que quieres.

Rebecca no cree que pueda. Se mete el pulgar en la boca y lo muerde hasta que le duele. Siente cómo se le rompe la piel del nudillo y se le llena la boca con el sabor caliente y salado de la sangre. No dice nada.

—Rebecca, deja de hacer eso. Mírame.

Le oye levantarse de la mesa y rodearla hasta ponerse delante de la silla de ella. Rebecca sigue concentrándose en sus piernas temblorosas y los ojos se le llenan de lágrimas. Titus se agacha frente a ella y le saca con cuidado la mano de la boca. Busca detrás de él la caja de pañuelos de escritorio y le envuelve hábilmente el pulgar con uno.

—Mírame, Rebecca. —Su voz es más tranquila; no es suave, pero es menos brusca.

—Tienes que ayudarme, es tu trabajo. Tuve que emborracharme porque tengo miedo. Tenía miedo y aún lo tengo. No sé cómo dejar de tenerlo. Tengo miedo de estar viva y tengo miedo de morir. Tienes razón. Quería que alguien lo viera; quería que alguien se diera cuenta, eso es todo. Quizá quería darme otra oportunidad.

¿Cómo podía explicar que en este momento se sentía igual que en enero, pero que ahora se sentía escuchada? El grito silencioso en el vacío de la indiferencia había sido sustituido por…, bueno, por él, Titus.

—Nadie en casa podía oírme. Creo que tú sí.

—Si creas una elaborada cortina de humo, difícilmente estarás en posición de quejarte cuando se demuestre que es eficaz, ¿no?

Rebecca se limpia la nariz con el dorso de la mano y Titus le tiende otro pañuelo.

—Ahora sé por qué aquí todos los escritorios y mesas tienen pañuelos de papel —comenta Rebecca.

Titus Glass se levanta y vuelve a su asiento.

—En ocasiones son útiles —explica.

—Tú entiendes lo que intento decir, incluso cuando no soy capaz de decirlo…

—Como cualquiera de mis colegas de este hospital —responde—. A menudo el sentido de lo que se quiere decir se encuentra en los silencios entre las palabras para aquellos que saben escuchar.

Rebecca niega con la cabeza.

—Me siento como si hubiera puesto sobre la mesa una maraña de cables, cuerdas, trozos de ramas y cadenas y hubiera dicho: «Desenreda esto si puedes. Desenrédalo y luego vuelve a unirlo todo de forma funcional y sensata y, al mismo tiempo, por favor, no seas invasivo». Es hábil y la mayoría de la gente no podría hacerlo, no sin molestarme.

El médico sonríe, coge su bloc y su bolígrafo.

—El cerebro adulto es plástico, maleable —dice—. Si hay que desenredarlo, lo desenredaremos. Tú eres la protagonista; el trabajo duro es todo tuyo. Intentaré, en la medida de mis posibilidades, seguir sin molestarte, como tan encantadoramente has dicho. Ahora, ¿podemos seguir con la sesión y dejar a un lado todas las demás cosas por ahora? Realmente me preocupo por ti, como por todos mis pacientes. Si sinceramente te hace sentir mejor, soy el médico que se te ha asignado, hasta el momento en que te demos el alta. Aunque en caso contrario ello no alteraría mi trato contigo, he de decir que no me desagradas en absoluto. ¿Eso ayuda?

Rebecca siente que su cuerpo se inunda de alivio.

—Ojalá tuviera un bloc de notas.

—Tienes uno con un elefante en la portada en el que apuntas tus citas. ¿No está en tu bolso? —Me tiende el bolígrafo—. Toma.

Coge el bolígrafo y saca el cuaderno del elefante del bolso que tiene a los pies.

«A salvo», escribe y le devuelve el bolígrafo. Ojalá no se hubiese mordido el pulgar.

El médico lo coge y lo deja junto a la caja de pañuelos.

—Ahora a trabajar. ¿Cómo estás durmiendo? ¿Bien?

Pieza 9

Pen decidió que ella y los niños debían ir a la iglesia. Caroline Gilbert le había dicho que la iglesia era un buen lugar para ir.

—He decidido ir el domingo por la tarde —oyó Rebecca que su madre le decía a su padre en la cena—. Llevaré a los niños. Será bueno para ellos y puede que hagan algunos amigos. A los chicos les va bien, pero Rebecca no tiene ninguno.

—Tiene a Graham —respondió el padre de Rebecca.

Rebecca no sabía cómo se sentía al no tener más amigos que Grime. Estaba tratando de comer su cena, pero no lo estaba consiguiendo mucho.

Normalmente, los niños Kelly cenaban separados de sus padres. Comían palitos de pescado y guisantes Birds Eye, o quiche casera con patatas asadas y ensalada, o sopa con queso y pan. Por alguna razón, esta noche comían todos juntos.

Los chicos estaban comiendo su comida, pero Rebecca daba vueltas en la boca a unos trozos de hígado seco y trataba de persuadirlos para que bajaran por su garganta. Estos se mostraban reacios.

En su plato había un montón de arroz blanco frío y dos tomates de lata que dejaban escapar su jugo rojo alrededor del trozo grisáceo de hígado. Solo había comido un trocito. Pensó que el jugo de los tomates parecía sangre.

—Te gustaría venir a la iglesia, ¿verdad, Rebecca? —le preguntó su madre.

Ella tragó saliva de forma convulsiva y las gafas se le deslizaron por la nariz mientras asentía con la cabeza.

—Será la iglesia parroquial de la que habla Caroline, no la católica —dijo el padre de Rebecca.

Rebecca sabía que a su padre no le gustaba la Iglesia católica. A veces Pen y David discutían al respecto y, aunque ella y los niños habían sido bautizados como católicos, ninguno de ellos estaba confirmado, y casi nunca habían ido a una iglesia.

—Bueno, voy a llevar a los niños a la católica de la ciudad. Puedo tener el coche los domingos por la tarde, ¿no? Creo que tenemos que empezar a dar a los niños una educación religiosa. —La madre de Rebecca recogió el plato que tenía delante—. No quieres más, ¿verdad, cariño? —dijo, y lo puso encima del plato vacío de su padre—. Si todavía tienes hambre, come un trozo de pan; hay un poco en la panera. —Pen se dio la vuelta y dejó los platos sobre el escurridor.

Se hizo un silencio.

—Puedes quedarte con el coche, pero solo si no estoy de guardia. —El padre de Rebecca se levantó y se dirigió al fregadero para lavarse—. Vamos, chicos, recoged la mesa. Rebecca, lleva

a Giles a la cama. Pero no creo que hagas muchos amigos por aquí yendo a la iglesia católica.

Giles puso su pequeña y suave mano encima de la de Rebecca.

—¿Me lees un cuento? —preguntó—. ¿Blancanieves?

Lo de la iglesia fue un gran éxito. Giles se quedó en casa con su padre, que parecía haber cedido en su batalla contra Pen y había accedido a asar un pollo para comer a su regreso.

Rebecca y los chicos se amontonaron en la parte trasera del Cortina, rebotando sobre el asiento de vinilo rojo desgastado. Su madre llevaba gafas de sol y se había recogido el pelo con un pañuelo de seda. Rebecca pensó que estaba muy guapa. Ella y los chicos llevaban jerséis verde botella de BHS a juego. Rebecca llevaba falda, y los chicos, pantalones cortos, y su padre les había lustrado los zapatos a todos.

Pen dijo a los niños que después de la misa le darían la mano al cura y le darían las gracias y que, tal vez, podrían tomar un helado de camino a casa.

—Esta es Rebecca. —La madre de Rebecca le presentó al cura después de la misa.

El cura le cogió la mano.

«A los sacerdotes se les llama “padre” —les había dicho Pen a los niños—. El padre Francis es un monje benedictino».

Rebecca sabía que san Francisco de Asís fue un monje, así que pensó que al padre Francis probablemente le gustaban los animales tanto como a ella.

—Encantado de conocerte, Rebecca —le dijo.

Ella le miró. Tenía la cara rosada y los ojos marrones brillantes. Ojos de ratón, pensó Rebecca.

—Tu mamá me estaba contando que te encanta escribir cuentos. Me gustaría mucho leer uno. ¿Podrías traerme uno a la iglesia el próximo domingo, como regalo especial?

Rebecca sintió que se le calentaba la cara.

—Gracias por el servicio, padre —dijo, tal como le había dicho su madre, pero no sabía qué decir de los cuentos. No eran muy buenos.

Fuera, Alex y Martin se hicieron amigos de otros dos niños y todos rodaban por una pendiente cubierta de hierba que había junto al cementerio, chillando y riendo.

Pen y la madre de los dos nuevos amigos empezaron a charlar. La madre de los otros chicos llevaba una falda india hasta los tobillos. Llevaba el pelo despeinado y le colgaba en una maraña rubia hasta los hombros, y estaba fumando.

—Esta es Miranda —le dijo a Rebecca su madre.

Una niña pequeña de pelo oscuro se acercó y cogió la mano libre de Miranda.

—Esta es Harriet; ha estado en la escuela dominical —dijo Miranda—. Es de tu edad, Rebecca; tal vez podríais haceros amigas.

Pieza 10

Una mañana, cuando tenía diecisiete años, Rebecca se fue de casa.

—Háblame de tu vida familiar, de tu infancia —le pregunta Titus Glass—. ¿Cuánto tiempo llevas casada?

Rebecca se encoge de hombros.

—Llevo con mi marido desde los diecisiete años —le dice.

El médico levanta la vista de su bloc. Hace una nota al margen de lo que había estado escribiendo. Se quita las gafas y las deja sobre la mesa.

—Es muy poco habitual —comenta.

Rebecca hizo las maletas y, en lugar de coger el autobús para ir a la escuela donde cursaba el bachillerato, se fue a vivir con su novio secreto, Sam.

Él era un secreto porque el padre de Rebecca se había vuelto cada vez más restrictivo a medida que ella crecía; entonces, Rebecca pensó que era más fácil, en realidad, no hablarles a David y Pen de él. Hacía tiempo que había dejado atrás su yo infantil. Se había decolorado el pelo de rubio ceniza y lo llevaba peinado hacia atrás. Se había puesto lentillas, se había maquillado los ojos con kohl y se había mantenido lo más delgada posible. Había estado imitando a Debbie Harry.

Todas las mañanas cogía un autobús para recorrer los treinta kilómetros que la separaban del instituto. Su mejor amiga era Tabitha, que fumaba y dormía fuera. Tabitha era bajita, morena y enfadada.

«Soy despiadada», le había dicho a Rebecca cuando se conocieron.

Rebecca pronto descubrió que era despiadada en su búsqueda de cigarrillos y risas, pero no tanto en su búsqueda de educación. Pero tenía un plan.

—No necesito mucho —había dicho Tabitha—. Solo lo suficiente para llegar a la universidad, dos sobresalientes tal vez, para estudiar Teología. Es fácil entrar a estudiar Religión; nadie quiere. Luego me cambiaré a Derecho me haré rica.

A los padres de Rebecca no les gustaba Tabitha. Solo la habían visto una vez y había tuteado a David sin que nadie le diera permiso. A Pen tampoco le gustaba.

—Es una influencia malísima —dijo Pen—. Está muy bien que te anime a holgazanear y fumar cigarrillos, pero tu profesor dice que suspenderás los exámenes si sigues así.

Sin embargo, Rebecca sabía que Pen y David no iban a hacer nada. Estaban en las postrimerías de su matrimonio y estaban demasiado agotados emocionalmente para emprender ninguna

acción ni a favor de su educación ni en contra de su amistad, así que Rebecca se limitó a poner los ojos en blanco y a sentir que le daba igual. No era culpa de Tab que ambos estuvieran tan aburridos y cansados de su impotencia.

En el instituto, Tabitha y Rebecca pasaban el rato en la sala común de primero durante las horas de estudio, a veces leyendo a D. H. Lawrence o, más a menudo, hablando de novios y vida nocturna, cosas ambas que no tenían.

Mirando hacia atrás, la sensación más abrumadora de Rebecca sobre aquella época era el tedio absoluto con la única ayuda de Tabitha para aliviarlo.

—Oh, qué aburrimiento, qué hastío —suspiraba a Tabitha.

Habían desarrollado su propio lenguaje, tras devorar a Nancy Mitford antes de descubrir a Lawrence.

—Sí, cariño, el tedio más absoluto —respondía Tab—. Saltémonos la clase doble de francés.

—¿Pellas? —preguntó Rebecca.

—Pellas —convino Tabitha, y se le iluminó su carita malvada, luego recogieron sus mochilas y salieron a pasear por el pequeño barrio de la catedral, que, como no tenían dinero ni adónde ir, a Rebecca le pareció en secreto aún más aburrido que estar en clase doble de francés.

Los huesos de Rebecca parecían doler por el anhelo de que empezara la vida real.

Sam, de veintidós años, era cinco años mayor que Rebecca. Trabajaba como redactor en el periódico local. Ella lo había conocido en una cafetería donde ambos habían pedido y comprobado que solo quedaba una mesa libre. Ella había estado matando el tiempo mientras esperaba el autobús que la llevaría a casa. Sam había hecho una pausa para tomar café en su trabajo en el periódico local, después de entrevistar a una pareja que celebraba su aniversario de bodas de diamante.

—¿Cuál es el secreto de un matrimonio duradero y próspero? —le había preguntado Sam a la pareja cuando estaba sentado en una silla desvencijada de su pequeño salón.

—Dar y tomar —había dicho la anciana, y salió de la habitación para preparar té para los tres.

Su marido, un superviviente de la batalla del Somme que solo tenía una pierna, se había inclinado hacia delante y había tocado a Sam en la rodilla con una mano callosa y había murmurado, con los ojos desviados en dirección a la cocina: «No soporto a esta maldita mujer».

Sam y Rebecca se habían bebido el café. Ella lo había observado incrédula mientras él echaba cuatro cucharadas de azúcar en el suyo.

—¿Así que eres periodista? ¿Por qué no estás en Londres? —preguntó Rebecca.

—Lo estaba, pero luego las cosas se torcieron un poco. Volveré allí. —Sam había pensado que

Rebecca se parecía mucho a Mary Travers. No se lo había dicho porque sabía que ella no sabría quién era Mary Travers—. ¿Quieres otro café? —le había preguntado en su lugar—. Yo invito.

Rebecca pensó que se parecía a Jeff Goldblum.

—Te pareces a Jeff Goldblum —le había dicho, y luego se arrepintió de habérselo hecho.

conocían desde hacía seis meses cuando Rebecca se fue a vivir a casa de él. Sam observó a Rebecca deshacer la maleta en su cómoda con cierta inquietud.

—Esto no va a funcionar —dijo—. Eres demasiado joven.

Pero Rebecca dejó su tarea y le sonrió.

—¿Podemos acostarnos ahora? —le propuso.

—¿Y recuerdas por qué decidiste dejar tu casa, tu familia y tus estudios, supongo, para irte a vivir con…? —Titus Glass revisa sus notas—. ¿Sam? A no ser, claro, que se trate de una historia a lo Romeo y Julieta.

Rebecca recuerda.

—Quería a Sam. Aún lo quiero, pero me fui porque no era feliz. Mi padre era demasiado estricto. No me dejaba suficiente libertad…

—Una afirmación que podría hacer la mayoría de las adolescentes, imagino —dice el médico.

—Sí, podría —dice Rebecca—, pero a mis padres no les gustaba en quién me estaba convirtiendo. Creo que preferían al ratón de biblioteca aburrido que yo había sido. Se peleaban todo el tiempo. Llevaban años peleándose. Se iban a divorciar. No quería quedarme con ninguno de los dos. Sam me hizo sentir segura. Mi madre volvió a Cornualles, de donde era. Se llevó a mi hermano pequeño; yo no tenía dónde estar.

—¿Te sentiste abandonada?

Rebecca se lo piensa un momento.

—No —dice—. Me sentí liberada.

Titus entrecierra los ojos.

—Pero ¿elegiste inmediatamente atarte a otra persona?

—Yo no elegí. Fue… conveniente. —Rebecca empieza a sentirse incómoda. Ella realmente no puede dar cuenta de su yo de diecisiete años.

—Entonces, ¿Sam era conveniente?

Rebecca asiente con la cabeza.

—Lo era, pero no era solo conveniente; era, es… amable conmigo.

—¿Qué pasó cuando dejaste a tu familia?

El padre de Rebecca había ido a buscarla a casa. Incluso le había dado un puñetazo a Sam sin demasiada fuerza, y le rompió las gafas, pero Rebecca había tomado una decisión. En la cama con Sam era donde se sentía feliz, así que en la cama con Sam era donde pensaba pasar el resto de sus noches, para toda la vida.

—Dejé la escuela. Conseguí trabajo en una joyería y en un pub.

—¿Y te ocupabas de la casa? ¿Te bastaba con eso?

—Estaba a salvo. —Rebecca no puede explicar lo que pasó, ni siquiera a sí misma. Lo intenta—. Era lo máximo que podía hacer —añade.

—Y ¿a qué edad te fuiste a vivir a Londres? —El doctor Glass parece empeñado en que le cuente toda su vida.

Rebecca se aparta el flequillo de los ojos.

—Tenía veintidós años. Sam consiguió trabajo en un periódico de tirada nacional. Aún sigue allí.

—¿Y tú?

—Era niñera. Luego tuve hijos.

—¿Y dejaste de trabajar?

—No tenía sentido económico que yo trabajara y Sam necesitaba mi apoyo. Nos habríamos separado si yo hubiera hecho carrera. De todas formas, no tengo ningún título.

El doctor Glass deja su bloc de notas sobre la mesa. Mira el reloj.

—¿Tienes alguna pregunta? —dice.

Tengo mil, piensa Rebecca. Niega con la cabeza.

—No —contesta.

Pieza 11

Los Kelly habían invitado a unos amigos a cenar, así que los niños ya habían comido y los habían acostado pronto. Rebecca recordaba que la tarde estaba clara, así que debía de ser una fiesta de verano. Su hermano pequeño estaba profundamente dormido en la cama, con sus largas pestañas oscuras rozándole las mejillas doradas y pecosas, su boca rosada un poquito abierta y su espeso y brillante pelo húmedo de sudor. Rebecca lo observó acurrucado bajo su sábana de rayas rosas y grises, y le dio un vuelco el corazón del amor que sintió. Rebecca sabía que daría la vida por Giles. Habría agradecido la oportunidad de morir por él solo para demostrarle que lo haría.

Rebecca dejó a Giles durmiendo y fue con sus dos hermanos mayores, que estaban en el rellano. La casa Tudor tenía tablones de roble torcidos y sin alfombrar en el suelo del pasillo del piso superior, el cual recorría toda la vivienda. Allí donde los tablones se encontraban con las vigas que dividían en dos el techo de la habitación de abajo, había huecos, y los niños podían asomarse por ellos para ver cuál de los amigos de sus padres había llegado para la fiesta.

Todos estuvieron de acuerdo en que era injusto acostarse tan temprano en una cálida tarde estival. No podían ser más de las siete.

A veces, cuando esto ocurría, Rebecca y los chicos salían por la ventana de la habitación de Alex, estirándose para alcanzar las ramas del laburno que había allí. Trepaban por la copa, se deslizaban por las ramas verdes y lisas y observaban fascinados las mortíferas vainas. Luego se dejaban caer silenciosamente en el jardín y corrían, en pijama, más allá del estanque hasta los parterres de fresas, para darse un festín mientras sus padres remaban o comían en la cocina. Se habrían metido en un buen lío si los hubieran pillado, pero Rebecca no recordaba que los hubieran hecho nunca.

—Un maldito zorro ha vuelto a las fresas —se quejaba su padre—. Voy a pedirle prestada la escopeta a Billy y me pondré al acecho si esto sigue así.

Los niños se miraban en la mesa del desayuno mientras comían Weetabix, jurando en silencio no volver a correr el riesgo.

Martin estaba tumbado bocabajo en el pasillo de arriba, con la vista fija en un gran agujero de los tablones de roble. Tenía una panorámica del salón.

—Los Weston están aquí —comentó— y los Blake.

Antes, Rebecca había ayudado a su madre a decorar un enorme pastel con angélica y almendras tostadas.

—Está lleno de jerez; no te gustaría. Te guardaré un poquito si sobra —le dijo su madre mientras Rebecca colocaba delicadamente las tiras verdes de angélica en forma de tallo de flor y utilizaba las almendras laminadas como pétalos.

Rebecca sabía que no sobraría nada.

—Caroline Gilbert se ha peinado de forma muy elegante —dijo Martin, y se apartó para que Rebecca echara un vistazo.

Ella vio la cabeza oscura de Caroline Gilbert justo debajo. Observó que llevaba el pelo recogido por detrás en una masa de rizos y que su vestido indio a media pierna tenía mucho escote, de modo que sus pechos le sobresalían por fuera, llenos y blancos contra la tela oscura.

Su padre estaba de pie, muy cerca de Caroline; sostenía un cuenco de cerámica negra con aceitunas verdes rellenas. Rebecca podía ver los diminutos trozos de rojo que asomaban por los agujeros de cada aceituna. El padre de Rebecca cogió una; la sostuvo entre los dedos un momento antes de inclinarse hacia Caroline y metérsela en la boca risueña.

La sala se estaba llenando. El padre de Rebecca le dijo algo al oído a Caroline y ella echó la cabeza hacia atrás, riendo de nuevo.

—Quítate —dijo Alex, y empujó a Rebecca—. Quiero ver.

Pieza 12

Sam era alto, de piernas largas y hombros anchos, pero, cuando Rebecca lo conoció, aún no había desarrollado su cuerpo de hombre, por lo que se movía con torpeza y le recordaba a una jirafa joven. Tenía un rostro sensible y dinámico, con ojos marrones muy abiertos y vueltos hacia abajo y nariz de halcón, con una boca que parecía estar siempre a punto de echarse a reír. Su pelo oscuro le crecía de punta y demasiado rápido; en consecuencia, lo tenía siempre más largo de lo que le gustaría.

El padre de Sam era judío y su madre no. Esta lo había observado de cerca cuando era niño y le había visto un defecto.

—Se parece demasiado a su padre —recuerda Sam que le oyó decir un día a una tía.

Poco después se había fugado con un vecino y se había llevado al desconcertado Sam y a su hermana desde Londres a vivir a Suffolk.

—También se llevó casi todos los muebles —le dijo Sam a Rebecca—. Cuando volvimos a casa a ver a papá, la casa estaba vacía. En serio. No quedaba ni una silla.

—¿Por qué no compró muebles nuevos? —se pregunta Rebecca.

—Por el shock, creo —respondió Sam—. Nunca se pelearon. No creo que papá supiera que tenían algún problema.

Poco después de que su madre abandonara a su padre, les había regalado a Sam y a su hermana un hermanastro rechoncho y de pelo rubio.

—Era mucho mejor que yo —le había dicho Sam a Rebecca—. En cuanto nació, me enviaron a un internado.

Con el disgusto, la hermana de Sam había cogido sus cosas y se había ido a vivir a Hampstead con su padre, Abel, en su casa vacía y resonante.

—¿Y tu padrastro? —había preguntado Rebecca.

—Era muy simpático, pero no tenía ninguna posibilidad —había respondido Sam—. Me pagó los estudios. Creo que fue lo mejor que me pudo pasar, sinceramente. Al menos tengo estudios.

Sin embargo, Rebecca sabía que la razón por la que Sam seguía durmiendo con el edredón sujeto con los puños contra el pecho no tenía nada que ver con el hecho de mantenerse caliente.

Ahora, el padre de Sam, jubilado de la City, se sentaba feliz en su escritorio de Temple Fortune, estudiando lepidópteros. Con unas pinzas, transformaba amarillos nublados, esfinges de la muerte africanas y emperadores púrpuras a la luz que se filtraba a través de las sucias redes de las ventanas de su casa adosada de los años treinta. A veces se acercaba al cementerio de Golders Green y dejaba caer piedras tristes sobre la tumba de Jacqueline du Pré, pero no iba a la

sinagoga.

Sam nunca había ido a la shul los sábados. No sabía hebreo y no había tenido bar mitzvah. Su madre quería que fuera abogado, pero en lugar de eso se había hecho periodista, lo cual, según él, era muy parecido si se miraba con detenimiento, ya que ambas profesiones exigían responsabilidades a la gente. Su madre no era otra cosa que forense en su juicio, pero aquí se le escapaba la similitud.

Urbanita hasta la médula, el hábitat natural de Sam eran las colinas del norte de Londres. Las elegantes calles, los torcidos pubs con entramado de madera y las macizas iglesias medievales de la campiña de Suffolk no le atraían en absoluto y, en su opinión, no eran más que un peldaño del camino a lo que consideraba su casa, en la cima de Holloway Road y en el dichoso caos perfumado de diésel de la rotonda de Archway.

—Sé que tienes predilección por el barro, Rebecca —le dijo—. Está bien para ti, que creciste con él, pero mira estos zapatos y dime que me equivoco. El asfalto es mejor que la hierba. Si no fuera así, todos andaríamos por ahí con botas Wellington y se iría a la quiebra Northampton entero.

—¿Northampton? —dijo Rebecca.

—Loakes —dijo Sam.

Rebecca pasaba tanto tiempo sin saber de qué hablaba Sam que en aquella ocasión había decidido dejarlo pasar.

La madre de Sam murió de repente cuando él tenía veintidós años.

—Cayó como una tonelada de ladrillos en la frutería de Little Worsted —le había dicho el padre de Sam por teléfono, y a ninguno de los dos le había importado demasiado.

Pieza 13

Los padres de Rebecca invitaron a cenar al padre Francis. También invitaron a Miranda, porque Pen había decidido que le caía bien, y también a unas personas llamadas los Kent, que vivían calle abajo. Geoffrey Kent había ayudado recientemente a David a podar el sauce que había junto al granero. Él tenía motosierra y David no.

Los niños iban a cenar con los mayores.

—Cariño, no encuentro niñera; no hay nadie tan dulce como tu señora Lightwing —oyó Rebecca que Miranda le decía a Pen por teléfono. Rebecca había descolgado el alargador y respiraba muy tranquila—. Así que llevaré a los niños y cenaremos temprano, ¿te parece?

Miranda siempre decía «¿te parece?» al final de las frases. Pen decía que probablemente era porque era de clase alta. Rebecca no estaba segura de lo que eso significaba, pero decidió que Miranda le caía casi tan bien como a Pen y que Harriet también empezaba a caerle bien.

Rebecca oyó que su madre estaba de acuerdo. Estaba muy contenta de que viniera el padre Francis. Le había prometido que les enseñaría a ella y a los niños a hacer el pino con la cabeza cuando tuviera un momento. Rebecca esperaba que esa tarde tuviera un momento. Hacer el pino con la cabeza era una de sus mayores ambiciones, junto con ser amazona de circo y caminar con las manos.

También se alegró de que viniera Harriet porque Harriet había visto una película titulada Sonrisas y lágrimas y le estaba enseñando a Rebecca la letra de todas las canciones. Rebecca no había visto la película, pero le interesaba mucho la idea de una monja cantante y las montañas. Alex y Martin habían decidido organizar una cacería en el jardín con los hermanos de Harriet, Milo e Inigo.

—Nada de chicas —le dijo Alex.

Rebecca se encogió de hombros. No quería cazar. ¿Qué iban a cazar? ¿Murciélagos? Harriet y ella habían decidido disfrazar a Giles de la menor de las niñas Von Trapp y enseñarles a cantar a los mayores Hasta la vista, adiós, de Sonrisas y lágrimas, antes de llevárselo a la cama.

Para cenar, Pen preparó un guiso llamado La daube de boeuf provençal, sacado de un libro de Elizabeth David.

—Es un estofado. Así no tendré que estar muy pendiente cuando llegue la gente —dijo Pen.

—Daube —pensó Rebecca.

—De boeuf —dijo Martin, y arrugó la nariz.

—Es francés —dijo Pen— y está delicioso. Esto no es un restaurante; tendrás que comer lo que te pongan.

La casa pronto se llenó de olor a ternera, beicon, ajo y orégano. Rebecca vio cómo Pen vertía vino tinto en una sartén y le daba vueltas antes de encender el fuego de la cocina con una cerilla.

—No te pases —dijo David, observándola—. Necesitamos un poco de vino para beber.

Pen vertió el vino caliente sobre la carne y las verduras y lo puso todo en una cazuela.

—¿Ves? —respondió ella—. Listo.

Como estaban a finales de verano, el jardín estaba sembrado de hojas marrones. Avispas y moscas planeadoras colgaban borrachas alrededor del ciruelo, dándose un festín con la fruta podrida, y margaritas de San Miguel se desplomaban sobre las capuchinas enmarañadas de los parterres.

Con el crepúsculo morado, llegó Miranda, chirriando sobre la grava en su maltrecho Volvo hasta que se detuvo. Sus hijos salieron del coche casi antes de que este se detuviera. Inigo y Milo corrieron con los hermanos mayores de Rebecca hacia el jardín en penumbra, llevando arcos hechos a mano y flechas de avellano.

—No os vayáis muy lejos, niños —los llamó Miranda—. Pronto será la hora de cenar.

Entró en la cocina, seguida de Harriet. Llevaba una botella de chianti y un ramo de rosas de color rojo sangre.

—Del jardín —dijo, y le dio un beso a Pen—. Las rosas, no el vino. —Se rio—. ¿No sería maravilloso? Vino del jardín. Huele de maravilla. ¿Qué es?

—Daube —le dijo Rebecca a Harriet, y le cogió la mano—. Es francés.

Cuando sonó el gong de la cena, los chicos entraron en la casa. A los adultos los sentaron en un extremo de la mesa, y a los niños, en el otro. El mantel era de cuadros grises y blancos, y los vasos y las jarras de agua brillaban a la luz de las velas.

Rebecca se sentó al lado de Harriet y trataba de escuchar la conversación que tenían en la otra punta de la mesa. Su madre parecía débil y un poco cansada. Estaba sentada junto a Miranda, que se hallaba al lado de Geoffrey Kent, y Rebecca se dio cuenta de que no dejaba de inclinarse hacia él mientras hablaba, y de que le tocaba el brazo y se reía. Mary, la mujer de Geoffrey, estaba junto a David, y este, al lado del padre Francis.

David y el padre Francis se llevaban muy bien. Los ojos oscuros del padre Francis brillaban de lo bien que se lo estaba pasando, y David volvió a llenarle la copa de vino tinto y echó hacia atrás la cabeza riéndose de algo que había dicho el cura. Era curioso, pensó Rebecca, que a su padre le cayera bien un cura, pero no le gustaran los católicos, a pesar de que él lo fue en su día. Rebecca estaba segura de que nunca entendería a los adultos.

Harriet hurgaba en su guiso, buscando riñones.

—Dicen que no hay, pero muchas veces los cuelan con la esperanza de que no nos demos cuenta

—explicó Harriet.

Harriet odiaba los riñones.

El postre consistió en montones de uvas, queso y galletas, después de lo cual Rebecca y Harriet, que habían prometido acostar a Giles, volvieron a bajarlo. Le habían recogido con una cinta verde su brillante pelo oscuro, retirándoselo de la cara dorada, y le habían puesto un viejo camisón de Rebecca que le llegaba por los tobillos.

La mesa donde los adultos seguían sentados bebiendo vino entre los restos de la comida se quedó en silencio mientras Giles cantaba con una vocecita graznante. Luego, las dos chicas le cogieron de una mano cada una y lo pasearon por el salón antes de sacarlo por la puerta entre sonoros aplausos.

Más tarde, como había prometido, el padre Francis enseñó a los niños a hacer el pino con la cabeza. Despejaron el suelo del salón y cada niño eligió un cojín del sofá.

—Pones la cabeza en un cojín —dijo—, así… —Y lo hizo—. Luego haces un trípode perfecto con la cabeza y las dos manos, y con mucho cuidado vas levantando los pies del suelo y enderezando las piernas, despacio, primero la una y luego la otra.

Y allí estaba el padre Francis, de cabeza, en medio de la habitación. En los pies, recordaba Rebecca, llevaba zapatos náuticos marrones con calcetines rojos, que parecía que casi tocaban las vigas del techo por encima de él.

Pieza 14

Sam le dijo a Rebecca que tenía que irse por un «asunto de trabajo». Era jueves por la noche y estaban sentados en el sofá viendo Escape From The City.

En la televisión, la pareja que buscaba casa, Ben y Carole, dijo que pensaba que Stevenage se estaba poniendo muy concurrido y que quería encontrar un salón de doble orientación con estufa de leña, dentro de su presupuesto, en Devon. Justin Hammond estaba haciendo todo lo posible por ayudarles.

—No puedes irte. Es el cumpleaños de Annie. Vamos a hacer una fiesta para celebrarlo. — Rebecca se sorprendió bastante. No sabía que Sam se iba.

«Os dejo para que echéis un vistazo por vuestra cuenta al piso de arriba de esta pequeña joya —dijo Justin a Carole y Ben—. Nos vemos en el jardín —añadió—. Todavía nos esperan algunas sorpresas —comentó mirando a la cámara».

—¿Por qué siempre dejan a la gente sola mirando arriba? —preguntó Sam, y se sirvió un vaso de vino de la botella que había sobre la mesita.

La luz del atardecer se colaba por la ventana, y a Rebecca le pareció que el aire estaba lleno de polvo brillante.

—Porque las habitaciones son demasiado pequeñas para un equipo de cámara y la gente y una cama doble —explicó Rebecca—. No puedes dejarme tirada para que dé la fiesta yo sola.

—Te lo dije —respondió Sam—. Tengo que ir a un laboratorio de ideas en York. Es una reunión de equipo. Cancela la fiesta o pide ayuda a Kit y Ab. Annie no es una niña, y tú no vas a tener que lidiar con un payaso o inflar globos. Te avisé de que iba a ir. Dios, Rebecca, se te ha ido la olla.

Rebecca le miró fijamente.

—Sí, y ¿adónde quieres llegar?

Sam se pasó una mano por el pelo.

—Lo que quiero decir es que te dije que me iba. No quiero decir que estés loca. Quiero decir que estarás bien. No me necesitas. Annie puede dar su propia fiesta; ya es mayor.

Rebecca pensó por un segundo en la idea de que Annie fuera mayor, y luego pensó en sí misma a la misma edad.

—De verdad que no lo sabía —dijo—. Son las pastillas, Sam; me hacen olvidar cosas.

Sam le puso una mano en el hombro.

—Lo siento —se disculpó—. Sé que es horrible para ti. Es solo que el trabajo ha sido muy duro y estoy muy acostumbrado a que me ayudes. Te necesito…

—¿Para el evento?

Sam asintió con la cabeza. Luego dijo:

—Tengo que ir de algo británico por excelencia. ¿Alguna idea?

—¿Disfraces? —preguntó Rebecca.

Él volvió a asentir.

—Por favor, no vayas. Se me olvidó. Está claro que se me olvidó o no habría invitado a todas las amigas de Annie, y habría pensado en algo para que te pusieras.

Sam debe saber que esto es verdad. Es imposible que Rebecca hubiera invitado a un montón de gente y no le hubiera encontrado un disfraz adecuado pero digno si se hubiera acordado de que se iba.

Sam apartó la mano.

—No tengo elección; soy un líder de equipo.

—¿Por qué York? —preguntó.

—¿Preferirías que fuera en otro sitio? Tengo que hacer la maleta. Me voy mañana después del trabajo y vuelvo el sábado por la noche. —Sam apagó la televisión con el mando a distancia y se levantó del sofá.

A Rebecca le pareció que todo el cuerpo de Sam estaba cansado.

—De todos modos, nunca compran la casa —dijo él.

En el dormitorio, Sam sacó su pequeña maleta Samsonite de lo alto del armario y la tiró encima de la cama.

—¿Qué sugieres entonces? ¿De qué me disfrazo? —preguntó.

Abrió la cómoda y arrojó un par de camisas de lino en dirección a la maleta, de forma imprecisa.

—Son las nueve de la noche y me preguntas de qué deberías disfrazarte… ¿mañana?

—Te lo dije —repitió Sam. Toda la lucha parecía haberle abandonado. Se volvió hacia Rebecca —: Por favor —le suplicó.

—Pues hazte judío jasídico, con un gran gorro peludo y una barba pegada; la cara ya la tienes. —Rebecca pensó que tenía que seguirle la corriente.

Supuso que él le había dicho que se iba a York. De todos modos, no podía discutir con Sam. Tenía que mantenerlo de su lado. El rostro cansado de Sam se iluminó con diversión y le sacó la lengua antes de meter un jersey azul marino sucio en la maleta.

Rebecca le tendió la mano y volvió a sacarlo.

—Esto tiene curri por toda la parte delantera y un agujero de polilla por detrás —dijo—. Ve como un sij. Ya sé: ve como un tory.

—No tengo pantalones rojos —dijo Sam—, ni un gran sombrero de piel, ni turbante, y no creo que vestirme de sij me siente muy bien.

Sam cogió su jersey, que estaba tirado en la cama. Rebecca se lanzó sobre él y se puso bocarriba riendo y abrazándolo contra su pecho.

—No te lo vas a poner —le dijo.

Sam la miró un momento y luego le quitó una mano del jersey y se la sujetó por encima de la cabeza. Luego cogió la otra e hizo lo mismo. Se apoyó en los codos, separó las rodillas de ella con las suyas y se quedaron quietos, respirando el aliento del otro durante unos instantes.

—Pero no puedes, ¿verdad? —preguntó él.

—Puedo. Aun así, es agradable. —Rebecca sacó una mano de debajo de la de él y la puso detrás de la cabeza de Sam, enterró los dedos en su espeso pelo oscuro, tiró de él y se besaron. Seguía siendo agradable, pero también extremadamente frustrante. Después, se tumbaron juntos en el edredón—. Tienes ese viejo bombín —dijo—. Póntelo con tu chaqueta de pana y llévate un paraguas negro; eso es británico.

Sam le acercó la cabeza al pecho y le acarició el pelo.

—Vas a tener que decírselo —le dijo—. Es importante; no podemos seguir así.

Rebecca intentó imaginarse diciéndole a Titus que no podía llegar al orgasmo y fracasó. Se desenredó y se incorporó.

—Voy a ver si encuentro ese sombrero —dijo.

Pieza 15

Rebecca pescaba en el estanque que había frente a su casa. Pescaba con bolitas de pan enganchadas en un pequeño anzuelo de púa dorada. Podía pasarse horas sentada viendo cómo el flotador de corcho pintado se deslizaba por la superficie cristalina del agua perseguido por los patinadores del estanque y los mosquitos bailarines.

Cuando le entraba hambre, rompía un trozo de la bola de pan mojado que llevaba en el bolsillo y lo aplastaba contra el paladar con la lengua, disfrutando de la pasta blanda y salada. Entonces, inevitablemente, el corcho se sacudía y ella sacaba un pececito plateado que se agitaba, le quitaba con cuidado el anzuelo de su boca tragona y lo echaba en el cubo de metal galvanizado que tenía al lado. Cuando había pescado suficientes, Rebecca los llevaba a casa y los vaciaba en el estanque.

Los tres hijos mayores de los Kelly no podían mantenerse alejados del agua. Les encantaban los estanques, los arroyos y los diques llenos de lodo que rodeaban su nuevo hogar.

Aquella primera primavera, Martin, Alex y Rebecca recogieron grandes terrones de huevos de rana de debajo de las orillas de su estanque y los guardaron en tarros que pusieron en el alféizar de la ventana hasta que los diminutos núcleos negros cobraron vida y se soltaron. A medida que avanzaba el año, los chicos y Rebecca capturaron tritones, sapos de ojos cobrizos, escarabajos de agua y barqueros de agua. Hicieron elaborados planes para atrapar a la gran garza real que acechaba en los bajíos y aspiraba los peces de Rebecca. Montaron un columpio de cuerda que colgaba de un sauce y saltaban a él desde la orilla, y se balanceaban peligrosamente bajo sobre las fangosas profundidades. Alex se había caído una vez cuando la cuerda se rompió y tuvo que arrastrarse, mojado hasta la cintura, por el largo jardín con sus botas negras de goma.

—Alex, ¿por qué siempre tú? —Pen le había preguntado mientras estaba temblando de frío en la puerta de la cocina—. Estás echo un desastre de arriba abajo. Quítate esas botas. Voy a por una toalla.

Alex se había quitado una bota con la puntera de la otra y tiró de la segunda en el umbral de la puerta. Solo cuando volcó el agua sobre la grava se dio cuenta de que la bota estaba llena de sangre hasta el borde. Cuando Pen volvió con la toalla, se lo encontró inconsciente en el escalón. Se había cortado la rodilla hasta el hueso.

—Solo Dios sabe qué le cortó —dijo—. Podría haber cualquier cosa en el fondo de ese estanque.

El estanque en el que pescaba Rebecca tenía laderas escarpadas que caían en aguas profundas y oscuras. Un par de postes oxidados y un alambre de espino, detrás del cual se sentaba, protegían a Rebecca de posibles caídas accidentales.

—Allí estarás a salvo —le dijo su padre—. Pero no te acerques. No te subas a la alambrada. Es muy profunda.

—No sé por qué me molesté en decírselo —le había oído Rebecca comentarle su padre a Pen—.

Todo lo que le digo a Rebecca le entra por un oído y le sale por otro.

—No es desobediente; solo es soñadora —había respondido Pen, pero Rebecca sabía que solo hacía lo que le decían si la instrucción tenía sentido, o si la amenaza de castigo era un riesgo demasiado grande.

El estanque estaba rodeado de espinos altos con troncos añosos y retorcidos. En mayo, sus flores blancas llenaban el aire de un aroma rico y empalagoso, y a principios de verano, entre sus hojas verdes, Rebecca encontró una masa de orugas de ojos grandes y carita azul, que se llevó a casa y guardó en una caja de zapatos. Observó cómo ondulaban sus brillantes cuerpos ocres y a rayas rojizas mientras se movían, y las alimentó cada día con hojas frescas, escogiendo solo las puntas más tiernas con la esperanza de criar mariposas mansas.

—Son lacayos; se convierten en polillas —le dijo su padre—. No son muy bonitas.

Pero a Rebecca sus orugas le parecían encantadoras. Una mañana encontró la caja llena de pequeños cadáveres desinflados. Cada uno con una brillante mancha rojiza pegada a su costado.

—Me temo que tienen avispas icneumónidas. Las larvas se comen a las orugas de dentro afuera; esas manchas son sus crisálidas —dijo su padre—. Estarán todas infectadas.

¿De dentro afuera?, pensó Rebecca.

Cogió la caja de zapatos, corrió por el jardín y vació el contenido en el estanque, golpeando el lateral de la caja para desprender la última crisálida.

—¡Ahógate! —dijo enfadada al agua oscura—. Ahógate.

Pieza 16

—¿Y te dejaron pescar en ese estanque a ti sola? —Titus anota en su libreta.

—No era peligroso.

—¿Cuántos años tenías?

—Ocho, casi nueve. ¿A ti no te dejaban salir solo cuando eras pequeño?

—No cuando tenía ocho años.

—¿Ahora te dejan salir solo?

Titus deja caer el bolígrafo sobre la mesa, junto al bloc.

—Me niego en redondo a tener esa conversación —dice.

Rebecca se le queda mirando un momento.

—Titus —dice.

Él levanta la vista de sus notas.

—¿Qué?

—La flor del espino huele a podrido. Por eso no debes meterla en casa. Huele a muerte. La gente pensaba que traía la peste.

—¿Lo hacía?

—No, en realidad era solo el clima más cálido. Pero huele a muerte… y a sexo.

—A lo uno o lo otro, seguramente.

Rebecca se lo piensa un momento.

—No, a las dos cosas —dice.

Pieza 17

«Miranda», decidió Rebecca, era la palabra más bonita que había oído nunca.

—Miranda —susurró para sí misma, disfrutando del sonido.

Miranda tenía la piel dorada. Tenía una voz grave y risueña. Siempre llevaba largas faldas indias y sandalias en los pies, bastante sucios. Rebecca pensó que probablemente no llevaría sandalias en invierno, pero, hasta aquel momento, solo la había visto con sandalias con una tira en el dedo gordo.

Harriet, Inigo y Milo iban a la escuela católica que había pegada a la iglesia. Harriet era muy guapa. Tenía una melena castaña brillante, una pequeña nariz pecosa y grandes ojos azules de párpados entrecerrados. Rebecca pensaba que parecía una muñeca, o lo habría parecido si no hubiera llevado siempre la ropa usada de su hermano mayor. Rebecca estaba celosa de la ropa de Harriet. Ella prefería la ropa de chico. Su madre nunca le daba la ropa de los chicos cuando se les quedaba pequeña.

—Miranda está divorciada —le explicó su madre—. El padre de Harriet vive en Londres.

A Rebecca le dio pena Harriet, pero a esta no parecía importarle.

—Oh, él no merece la pena —le dijo a Rebecca, y se encogió de hombros—. Se olvida hasta de nuestros cumpleaños, y mamá ahora tiene novios. Son más simpáticos.

Parecía que Harriet había adoptado a Rebecca como su nueva mejor amiga. A la salida de la iglesia, se acercaba corriendo a Rebecca, la cogía de la mano y le susurraba al oído algún cotilleo sobre los otros niños de la escuela dominical, o le contaba un chiste grosero con su voz suave y ronca, lo que hacía que las dos se quedaran sin aliento de tanto reírse.

A Rebecca y a los niños no se les permitía ir a la escuela dominical porque, aunque David había dejado que sus hijos asistieran a la iglesia, por «razones sociales», no iba, según le explicó una tarde a Pen, a «adoctrinarlos en el asqueroso culto católico».

—No hay nada más anticatólico que un católico no practicante —había dicho Pen.

Y Rebecca se había escabullido de la habitación, consciente de la tormenta que vendría después. David odiaba que lo llamaran «no practicante».

Pieza 18

—Cuando Sam te llamó egoísta, ¿quería decir «desconsiderada» o «inconveniente»? —Titus está hurgando en la relación de Rebecca y Sam. Parece decidido a encontrar grietas.

Rebecca mira al suelo. Se restriega las cuencas de los ojos con los talones de las manos y se pregunta qué habría querido decir Sam.

—No sé; deja de pincharme —dice—. Fue «egoísta».

—Creo —dice Titus— que puedo decir honestamente que nunca he pinchado a ninguno de mis pacientes.

Es una pena, piensa Rebecca.

—No seas tonto —dice—. Ya sabes a qué me refiero.

Titus es muy tonto, decide ella, pero… la gente con grietas, piensa ella, es más su tipo de gente. Las cosas con grietas son, según Leonard Cohen, más propensas a dejar entrar la luz.

Mira a Titus y se pregunta si la luz está ahí.

Titus le devuelve la mirada.

—¿En qué estás pensando?

Ella se encoge de hombros. Estás loco, piensa.

—En nada —responde.

Él se aclara la garganta.

—Si —dice— este fuera otro tipo de hospital, y yo fuera cardiólogo en lugar de psiquiatra, ¿tu marido te habría considerado egoísta por estar bajo mi cuidado, por buscar tratamiento?

—Esto no es lo mismo. Yo no sabía que estaba enferma; solo pensaba que era la realidad. Si yo no lo sabía, ¿cómo iban a saberlo los demás? ¿Cómo iba a saberlo Sam? Es solo un hombre, un periodista, Titus. No es médico. Esto es algo que yo hice. No me senté pasivamente y esperé a que me pasara algo malo. Lo hice activamente.

—Creo que eso es discutible. También creo que es discutible si todos los demás miembros de la familia se sentaron pasivamente y dejaron que te pasara algo malo o no.

Rebecca suspira.

—Fue culpa mía; fue mi decisión —explica—. Abigail dijo que no le parecía tan sorprendente, teniendo en cuenta cómo llevaba mi vida.

—Una vez más, la causa vuelve a ti. Uno no puede simplemente tomar un efecto y convertirlo en una causa, porque se adapte a la narrativa de uno.

Rebecca mira a Titus. Está sentado a su mesa, pero hoy no toma notas. Ha dejado el teclado del ordenador abandonado a su suerte. Rebecca se sorprende de lo bien que entiende las lagunas que ella ha dejado en su historia. Parece capaz de llenar los huecos, de reconocer las omisiones. Ella no tiene ni idea de cómo lo hace. Es como ver a un mago callejero hacer un truco de cartas. Rebecca se pregunta si la distracción juega algún papel.

—Titus, ¿cómo haces esto? ¿Cómo puedes encontrarle sentido?

—No estoy implicado emocionalmente. Soy el forastero. Al final, eso es lo que lo hace más fácil. —Él gira en su silla y le da la espalda por un momento. Coge su bloc de notas—. ¿Podemos repasar tu medicación y ver si te estás adaptando a la dulsexatina?

Rebecca le observa teclear. Por la postura de sus hombros, sabe que está contento. Por la forma en que sus dedos golpean las teclas, observa que se le ven los hoyuelos y que se ha dado la vuelta para que ella no le viera y para componer su expresión.

Pieza 19

Un domingo, al salir de la iglesia, Miranda y Pen estaban de pie fumando, mientras los chicos rodaban por la ladera cubierta de hierba al borde del cementerio.

—Estoy organizando una fiesta en la playa —oyó Rebecca que Miranda le decía a su madre—. ¡Ven! Será muy divertido, ¿sí? Y conocerás a los Wilson. Son la leche.

Harriet y Rebecca estaban sentadas en un murete bajo junto a las dos mujeres. Hacían cadenas de margaritas. Los delgados dedos de Harriet eran más rápidos que los de Rebecca, y Harriet se coronó la cabeza con una corona de margaritas y se sentó balanceando las piernas mientras Rebecca se afanaba con las gafas resbalándole por la nariz. No oyó la respuesta de su madre porque tenía una voz mucho más baja que la de Miranda.

—Trae un pícnic para compartir y a los niños; trae también a tu viejo y malhumorado marido si quiere venir. Será muy divertido y va a hacer un tiempo fabuloso el próximo fin de semana. Jugaremos al críquet y nadaremos bajo las estrellas.

Harriet giró lentamente la cabeza hacia Rebecca para que no se le cayera la corona.

—Di que vendrás. No será divertido sin ti.

Rebecca dejó las flores y saltó del murete. Cogió la mano que tenía libre Pen.

—¿Podemos ir? —preguntó.

La fiesta en la playa comenzó al anochecer. Los padres de Rebecca aparcaron el Cortina en un pequeño camino rural que había junto a una iglesia en ruinas, y ella y sus hermanos salieron disparados del coche y cayeron en el borde de hierba. Giles se había quedado en casa con la señora Lightwing.

—Es muy pequeño. Se cansaría —dijo la madre de Rebecca—. Además, hay un buen paseo hasta la playa.

El camino hacia la cala donde se celebraba la fiesta serpenteaba entre campos de trigo y estaba bordeado por un enmarañado seto de espinos, avellanos y zarzas. Los chicos corrían delante, seguidos por los padres de Rebecca, que llevaban entre los dos una bolsa llena de comida de pícnic, toallas y bebidas. Rebecca llegó la última, pues se iba deteniendo de vez en cuando a admirar los racimos de moras poco maduras, cuyo peso inclinaba las ramas de zarza sobre el sendero, y para buscar orugas.

Pronto, la familia Kelly se plantó en lo alto de un bajo acantilado de arena que había sobre una pequeña playa blanca. Los padres de Rebecca dejaron la bolsa de pícnic a sus pies y se detuvieron a contemplar la escena. El sol poniente proyectaba largas sombras. Más allá había dunas bajas y, al borde de un mar gris, los amigos de Miranda estaban reunidos alrededor de una hoguera de madera.

—Bueno, vamos, hay un camino que baja justo por allí. Unámonos al grupo. —El padre de Rebecca cogió la bolsa y encabezó la bajada hacia donde estaban los demás.

Rebecca siguió a su padre y a su madre hacia el fuego. Soplaba una cálida brisa marina y más adelante, hacia los acantilados de arena más altos, vio vencejos o golondrinas que se lanzaban en picado a la clara luz del atardecer. Harriet se materializó a su lado y la cogió de la mano. Se inclinó hacia ella y le susurró:

—Vamos a nadar.

De adulta, Rebecca recordaría aquella fiesta en la playa como el verdadero comienzo de su amistad con Harriet.

Juntas, cogidas de la mano, corrieron hasta el agua, donde se salpicaron la una a la otra, levantando la espuma del mar. Después, Harriet se quitó la camiseta mojada y los pantalones cortos, corrió hacia el mar y se zambulló entre las olas grises y musculosas para salir flotando de espaldas más allá de las rompientes. Rebecca miró hacia el fuego, insegura por un momento de si sus padres la detendrían.

Vio a un hombre alto, con el pelo gris y alborotado, que se levantaba para entregarle a su madre sentada una copa de vino blanco. El vino de la copa atrapó el sol poniente de modo que destelló dorado en la mano del hombre. Entonces Rebecca se bajó los tirantes del vestido de verano de los hombros y lo dejó caer sobre la arena, colocó las gafas encima y, tras quitarse las sandalias, siguió a su amiga.

Justo antes de que el sol se ocultara en el horizonte, bañó los acantilados con una luz plateada que tiñó de púrpura la playa y la hoguera. Harriet y Rebecca habían terminado de nadar y vadeaban el mar en busca de ámbar. Harriet dijo que aquí se podía encontrar ámbar y que, si lo encontrabas, serías rica para siempre. Rebecca miró hacia la playa, haciendo visera con una mano, y vio la llama de fuego anaranjada en la sombra profunda del acantilado, y las figuras con aspecto espectral que la rodeaban cambiaban y se desdibujaban. Vio que sus cuatro hermanos estaban jugando un partido improvisado de críquet utilizando maderos que habían encontrado flotando a la deriva como tocones y una raqueta de tenis como bate.

—Vamos —dijo Harriet—, vistámonos. Podemos capturar golondrinas antes de que anochezca.

—¿Cómo? —preguntó Rebecca.

—Yo te enseño —dijo Harriet.

Así que treparon por los traicioneros acantilados de arena y, metiendo las manos por los agujeros de los nidos de las golondrinas, sacaron al aire libre las aves adultas que estaban reposando y las lanzaron al aire para verlas zambullirse y dar vueltas en espiral.

Al oscurecer, atizaron el fuego con más leña. Una amiga de Miranda echó masa en una sartén ennegrecida y preparó tortitas, y las fue pasando de mano en mano envueltas en servilletas de papel grasiento. Sacaron las provisiones y los compartieron, también se sirvió más vino.

Los niños se abrigaron con mantas por los hombros y miraron soñolientos las llamas; luego, cuando las estrellas empezaron a salpicar el cielo con brillantes puntos de luz, todos se quitaron la ropa y se lanzaron al mar helado.

Pieza 20

Rebecca había visto a Sam salir hacia York, después se había metido en la cocina, descalza, para preparar café, con el cordón de la bata arrastrando tras de sí. Pomp la había seguido, dándole golpecitos sin entusiasmo y pensando en galletas. Rebecca había pedido una entrega de Ocado con tanta comida preparada como pensó que podía necesitar. Abigail había prometido venir a ayudarla a cocinar.

—Prepara uno de esos guisos de pescado al azafrán que haces —le había dicho a su madre por teléfono—. Pon uno de esos paquetes de mejillones preparados y unos filetes de tilapia, y ya está. Puedes comprar colines, y todo el mundo sabe que estás enferma, así que nadie esperará gran cosa.

—Gracias —había respondido Rebecca.

Echó cucharadas de café colombiano molido en la cafetera y esperó a que hirviera la tetera. Dormía tan bien con las pastillas que necesitaba al menos dos tazas enormes de café solo para despertarse por la mañana.

—Kit viene —le había dicho Abigail a su madre—. Le he convencido para que se sobreponga.

Ellis había venido hacia las cuatro y había ayudado a Rebecca a montar el cenador de lona en el jardín por si llovía, y Kit había traído el vino y encendido el fuego.

—¿Pongo alfombras y cojines aquí para que la gente pueda sentarse? —preguntó Annie.

Rebecca se sentía culpable porque Annie había hecho su propia tarta de cumpleaños.

—Sí —había contestado—. Qué buena idea.

—Bueno, se te da fatal hacer pasteles, ¿no? —le había dicho a Rebecca—. ¿Recuerdas todos esos horribles bizcochos de limón que solías hacer? Cada año, un bizcocho de limón. Ni siquiera me gusta el limón.

Rebecca intentó acordarse de haber hecho tartas de limón, pero no pudo.

Había cortado cebollas y pimientos rojos asados para el guiso de pescado. Había aplastado dientes de ajo con el filo del cuchillo y picado perejil y hojas de menta.

Ellis le había traído una copa de viognier.

—Esto —dijo— está especialmente bien, pero quiero que vayas a tu ritmo. No te lo vas a pasar bien si te caes de bruces a las siete.

—¿Si «me caigo de bruces»? —dijo Rebecca.

—Sí, es terrible ahora, lo sé, pero, nena, no quiero quedarme solo organizando la aburrida fiesta

de cumpleaños de Annie.

—¿Si «me caigo de bruces»? No debería estar bebiendo —había dicho Rebecca, mientras picaba un pimiento rojo con el cuchillo y ennegrecía la piel sobre la llama de gas del fogón. Sabía que Ellis odiaba beber solo.

—Y no se supone que yo voy a ser coanfitrión de una fiesta aburrida y te aseguro que no lo haré contigo sobria. Tranquilízate, cariño. Caerse de bruces es caerse, desplomarse, caer de narices, ese tipo de cosas —dijo Ellis—. Es muy de nos jours.

—Ahora ya lo sé —había respondido Rebecca. Al parecer, ella le había ignorado.

A la mañana siguiente, Rebecca está sentada en la sala de espera del hospital. Ni siquiera sabe cómo ha llegado hasta ahí. Siente como si se le hubiera hundido la cabeza. Le arde la piel de los brazos y le pican las yemas de los dedos. Los pies se le encogen dentro de las zapatillas de deporte y tiene la sensación de que se le van a salir los ojos de las órbitas.

Que no es una resaca, dice Betty. Es una resaca además de las pastillas. ¿Estás tratando de matarte?

Hay otras dos personas en la sala de espera.

—Hemos venido a ver al médico —dice el hombre. Su mujer tiene la mirada perdida—. El caso es —añade él— que no estoy mentalmente enfermo. Tengo que explicar, no mentalmente enfermo, sino físicamente. Estoy físicamente muy muy enfermo.

La mujer sigue mirando fijamente.

Rebecca se sienta en un rincón, intentando no oírle, intentando dejar de temblar y de estremecerse, intentando respirar.

—Sube, habitación uno treinta, Rebecca —dice la recepcionista.

Rebecca llama a la puerta y entra.

—¿Cómo estás hoy? —Titus Glass está sentado en su escritorio. Lleva una camisa roja a cuadros, gemelos de nácar y va sin corbata—. No muy bien por lo que veo. ¿Qué ha pasado?

—Estoy jodida —dice Rebecca, y se deja caer en una silla—. Completamente jodida. Estoy de los nervios. Tengo que ir pronto a Francia y estoy muerta de los nervios. Lo reservamos el año pasado. Tengo que irme; viene Annie.

—¿Cuánto has bebido hoy? —Titus la mira, escribe en su bloc, deprisa.

—¿Por qué escribes? Siempre estás escribiendo cosas sobre mí y estoy jodida. —Rebecca apoya la cabeza en las manos e intenta recuperar el aliento.

—¿Cuánto? —Titus deja el bolígrafo.

—Nada. Bebí mucho anoche. Tuve una fiesta. Me puse como una cuba, si quieres saberlo. Escríbelo.

—Te lo pregunto porque puedo oler el alcohol —dice Titus en voz baja—. Alcohol metabolizado. Es de hoy, no de anoche. ¿Cuándo tienes que ir a Francia?

—Tengo que irme, eso es todo, y ahora huelo a vagabundo. Me voy a ir a Francia oliendo a vagabundo y con la cabeza que se me cae. Hoy no he bebido nada; debe de estar saliéndome por la piel lo de anoche. Rebecca tiembla. Es como si no pudiera estarse quieta. Es como si cada parte de su cuerpo se rebelara.

—¿Cuánto? —repite Titus, mirándola con rabia—, y yo no he dicho que huelas a vagabunda, así que deja de poner palabras en mi boca.

Rebecca levanta los ojos hacia su cara. Se pregunta por qué está tan enfadado.

—Nada —dice ella.

—Creo que sí, pero dejemos eso por ahora. Te he dicho que mezclar estas drogas con alcohol es mala idea, ¿verdad?

—¿Cuántos años tienes, Titus? —Rebecca decide darle cuerda. Está siendo horrible y no debería mangonearla.

—Ya hemos hablado de eso —suspira Titus—. ¿Cuántos años crees que tengo? ¿Por qué demonios quieres saberlo?

—Tú sabes la edad que tengo yo. Parece más justo.

—¿Cuántos años tengo? Un cálculo aproximado —pregunta Titus, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Creo que tienes cuarenta y siete.

—Muy lejos y bastante grosero. Inténtalo de nuevo. —Rebecca le mira en silencio. Él está sentado en su silla, ha dejado el bloc de notas, y la examina con los ojos entrecerrados. Se quita las gafas y se pellizca el puente de la nariz—. ¿Podemos dejar esto ya? Es demasiado deprimente. —Titus se revuelve en el asiento, impaciente.

—¿Te duele la cabeza? —dice Rebecca. Le entra aire en los pulmones, como cuando un nadador sale a la superficie.

—Todavía no —dice Titus—. Así que adelante, inténtalo de nuevo.

Titus no tiene canas. Por un momento Rebecca piensa que puede teñirse el pelo, luego que no puede ser. El tinte no existe en ese tono concreto de castaño claro. Nadie lo compraría.

¿Ratón?, sugiere Betty.

—De acuerdo, ratón —acepta Rebecca.

—¿Qué? —dice Titus.

Rebecca niega con la cabeza; no había querido decirlo en voz alta. Su pelo, piensa, debía de ser rubio cuando era niño. Tiene arrugas alrededor de la boca, pero la línea del entrecejo aparece y desaparece, y sus hoyuelos aún no han esculpido surcos profundos en sus mejillas. Titus se mueve impaciente.

—Creo que tienes unos cuarenta —dice Rebecca. Y aún estoy jodida porque me diste una estúpida sobredosis.

—Te vas acercando —dice Titus, y coge el bloc. La tensión entre ellos se tensa como una banda elástica—. La razón por la que te sientes tan mal es que bebiste demasiado y te drogaste en una fiesta. No tiene nada que ver con las pastillas que te han recetado.

—No tomé ninguna droga. ¿De dónde has sacado eso? ¿Cuándo he dicho yo que me haya drogado? Tomé una en una ocasión hace unos cuatro años, pero no tomo drogas al azar en las fiestas, no generalmente.

—Oh, pensé que habías dicho que estabas drogada.

—Con vino, eso es todo. No vivo en un mundo donde la gente toma drogas recreativas.

—¿Periodistas?

—Yo no lo soy —dice Rebecca—. Y ellos tampoco.

—Quiero volver a verte mañana. —Titus se levanta—. Te quiero aquí mañana a las diez de la mañana. Parece como si eso fuera un problema. ¿Lo es? —Parece furioso.

Rebecca niega con la cabeza.

—Me gusta que se note —dice.

—Bueno, tendrás que renunciar a eso por esta vez.

Titus abre la puerta de la consulta y Rebecca se acuerda de la pareja de la sala de espera, que quería verle. Pobre Titus.

Poco después, caminando deprisa por Borough High Street hacia el Puente de Londres, Rebecca recuerda que hoy sí ha bebido. Se había bebido un vaso de vino mientras limpiaba la fiesta. Había quedado un poco en una botella y se lo había bebido. Dios, ahora él iba a pensar que decía mentiras además de todo lo demás.

Una relación jodidamente extraña, eso es todo, piensa.

En realidad, no es una relación, dice Betty socarronamente.

Rebecca siente que el cansancio familiar le cae encima como una sombra.

—Cállate —dice en voz alta, lo suficiente para que un hombre que camina delante de ella se gire y la mire.

Rebecca oye a Betty soltar una risita.

En casa, Rebecca lee una copia de un correo electrónico que Titus Glass ha enviado a su médico de cabecera. No tiene ni idea de cuál de los médicos de la consulta es el suyo, así que supone que no importa que piensen que es una loca alcohólica.

Por desgracia, la dosis más alta de colapsetina le ha provocado un aumento de la agitación y de la respuesta de sobresalto. Esto se ha visto exacerbado por el consumo de alcohol en una fiesta que dio en casa, en la que bebió más de una botella de vino y se acostó a las dos de la madrugada, y se despertó a las siete. En consecuencia, hoy se encuentra bastante mal. Es una pena después de una respuesta tan buena.

Le he pedido que se abstenga de tomar alcohol mientras le recetemos los medicamentos.

Le he pedido que vuelva a reducir su dosis de colapsetina a 50 mg y que tome tranquiltolam esta noche.

La señora Wise viaja pronto a Francia y le he pedido que vuelva a verme mañana, cuando espero que esté más estable.

Pieza 21

—Lo siento, doctor Glass, por lo de ayer. —Rebecca está sentada en su consulta el día siguiente, a las diez de la mañana.

Titus golpea el teclado. Pulsa «Retorno» y la mira.

—¿Por qué? ¿Por qué lo sientes? —Parece bastante tranquilo y amable.

—Dije «joder» muchas veces —dice Rebecca—. Fue grosero.

—Está bien; a veces yo también digo «joder» bastante. ¿Cómo te encuentras hoy? Por tu aspecto sigues bastante incómoda. ¿Te has tomado cincuenta miligramos esta mañana?

Rebecca asiente con la cabeza y toda la sala asiente al mismo tiempo. Tiembla y tiene los hombros encorvados. Intenta sentarse erguida y quedarse quieta, pero le cuesta.

—¿Te tomaste el tranquiltolam después de la colapsetina?

—Los tomé juntos. No quería darle una oportunidad. No dormí en toda la noche.

Rebecca se había dormido a eso de las diez, pero se había despertado bañada en sudor a las dos, y se encontró con que Sam roncaba a su lado. Él debía de haberse desnudado en el cuarto de baño. Rebecca había buscado entonces a tientas, a oscuras, el vaso de agua de la mesilla y se lo había bebido, pero seguía teniendo una sed atroz. La sensación de terror que le recorría el cuerpo era tan intensa que tuvo que coger a Sam de la mano para tranquilizarse. Él se había dado la vuelta mientras dormía y murmuró algo, después se soltó de su agarre. Rebecca se estremeció al recordarlo. Algo se agitó en la periferia, algo siniestro que palpitaba en el borde mismo de la experiencia, luego desapareció, dejándola con el corazón palpitante.

—Fue una especie de pesadilla —le cuenta a Titus.

—¿Qué era? ¿No querías darle una oportunidad a qué? —Titus se vuelve hacia el teclado y se desplaza por la pantalla del ordenador.

—No lo sé. —Rebecca se cruza de brazos y se estremece—. Probablemente nada. Titus, ¿cuánto tiempo voy a tener que sentirme así? Tengo que irme a Francia pronto.

Titus deja de teclear.

—¿Cuándo tienes que irte? —pregunta—. No me lo dijiste ayer.

—No muy pronto, sino en un par de semanas más o menos…

—Mañana te sentirás mucho mejor y al día siguiente casi no tendrás ansiedad. —Se vuelve hacia ella—. Escúchame, Rebecca. Deja de intentar estar a cargo. Sé lo que hago. Créeme. No hay manera de que puedas posponer este viaje a Francia, ¿verdad?

Rebecca niega con la cabeza.

—No, hay otras personas implicadas —responde.

—Típico —dice Titus. Luego coge el bolígrafo y escribe una receta en el bloc de su escritorio—. Hay suficiente colapsetina y dulsexatina hasta la próxima vez que te vea, y suficiente tranquiltolam para cualquier problema que puedas tener antes, pero sinceramente no creo que lo tengas. —Sonríe con su repentina sonrisa blanca.

Rebecca se levanta para irse.

—Me da miedo volar a Francia —reconoce.

—Hazlo de todos modos —le dice él, y le entrega la receta.

—Y Titus…

—¿Qué?

—Yo no di una fiesta. Escribiste a mi médico de cabecera que yo había organizado una. No lo hice. Celebré una como una persona normal.

—Lo siento —dice—. Me imaginaba que eras el tipo de persona que las hacía. Tomaré nota de que no lo haces.

—¿Estaré bien?

—Confía en mí —vuelve a decir Titus.

Pieza 22

Los tejones tenían una madriguera en el extremo del bosque de Benham, donde había menos árboles y se podían ver atisbos de campo suavemente ondulado entre los troncos grises de los altos fresnos.

—Este lugar lleva aquí cien años —le dijo Grime a Rebecca—. Tiene siete entradas, pero sé cuál es la que más usan. Se puede saber por los rasguños.

Ella no sabía lo que eran los rasguños, pero supuso que ya lo vería. Bordearon el oscuro estanque donde a Rebecca no le permitían pescar. Grime le contó que este era tan profundo que un árbol, un roble, se mantenía erguido en sus profundidades sin que las ramas más altas alcanzaran la superficie del agua. Rebecca se detuvo en el sendero para contemplarlo. Los árboles se agrupaban cerca de la orilla y el estanque brillaba negruzco en el crepúsculo.

—Está lleno de peces —le dijo Grime a Rebecca.

—¿Cómo ha llegado ahí el árbol? —preguntó Rebecca.

Grime se quedó pensando.

—Supongo que estaba allí antes que el estanque —contestó, y se volvió hacia el sendero.

Grime lo abandonó y empezó a zigzaguear entre los troncos, con el linde del bosque a su derecha. Vio los pelos blancos de los conejos que comían en el campo, más allá de los árboles, y oyó el ulular de un búho y el repiqueteo de un faisán. La tenue luz difuminaba los contornos y las distancias.

Rebecca sintió como si caminara bajo el agua y que la figura de Grime podría desaparecer de repente en la penumbra verde y dejarla desamparada.

Él se volvió y le hizo una seña, con el dedo en los labios, y ella pisó con cuidado esquivando ramitas y conteniendo el zarandeo de ramas y zarzas a su paso.

La entrada a la madriguera por donde Grime dijo que saldrían los tejones estaba en medio de lo alto de una ribera baja cubierta de hiedra, por encima del arroyo que dividía el bosque en dos. Desde la entrada, que era ancha y baja, partía un largo sendero fangoso bordeado de hojas amontonadas.

—¿Ves el rasguño? —susurró Grime, y señaló hacia la pista—. Eso es de cuando limpian sus guaridas. Encontré algunos huesos en ese raspón, huesos de erizo.

Rebecca le siguió por la orilla y se acomodaron tranquilamente contra el tronco de un roble.

—Pronto saldrán —le explicó Grime—. No hagas ruido.

Los tejones aparecieron de uno en uno. Primero, un animal grande y poderoso se detuvo a la

entrada de la madriguera, levantó el hocico rayado y olfateó el aire del atardecer. Rebecca forzó la vista en la penumbra mientras el pelaje gris se fundía con la orilla oscura. El corazón le palpitó incómodo en el pecho y respiró suavemente, temiendo que la descubrieran.

Grime le había dicho que se sentarían a sotavento del asentamiento, pero la tarde era tranquila y ella podía oír el gruñido del tejón mientras husmeaba entre la hojarasca. Otros cuatro le siguieron con menos cautela. Las tres crías y su madre bajaron retozando por la ladera, jugando y gorjeando antes de desaparecer camino del agua. El gran macho trotó tranquilamente tras ellos y el bosque volvió a quedar en completo silencio.

Pieza 23

Diagnóstico:

1. Trastorno de ansiedad generalizada grave.

2. Trastorno depresivo grave.

3. Rasgos de personalidad de los grupos B y C.

Medicación: hifatlatrina 15 mg.

Rebecca deja de leer. Al parecer, Titus Glass estaba infiltrando cryazatine y a ella no le gustaba que la infiltraran. No era la Alemania del Este de los años setenta. No era el MI6 o una rama de la Campaña para el Desarme Nuclear. ¿Por qué tanto lenguaje raro? ¿Qué había de malo en introducir cryazatine en lugar de infiltrarlo?

¿Como si estuvieras en un cóctel?, pregunta Betty.

Sería menos furtivo, piensa Rebecca. ¡Infiltrarse!

Mira por la ventana de su dormitorio. El abedul plateado, plantado en la acera de fuera, está ahora tan alto como la casa, y sus hojas proyectan hermosas sombras sobre la pared del dormitorio. Rebecca se sienta en la cama deshecha, levanta las rodillas y se las rodea con los brazos. Deja caer la cabeza y aprieta las cuencas de los ojos contra ellas. Se agarra con fuerza las piernas, luego las suelta y se tumba en la cama, se queda mirando fijamente el patrón de hojas cambiantes y preguntándose si podrá encontrar un papel pintado que se parezca a ese. No en movimiento, obviamente —eso distraería mucho—, sino algo igual de delicado.

Hoy, decide, empezará a recuperarse, a pesar de las infiltraciones; ya es hora de controlarse. No podía ir por ahí exhibiendo sus rasgos de personalidad, y que la gente escribiera sobre ellos. Se levanta, abre la ventana de guillotina unos centímetros para que entre aire en la habitación y empieza a hacer la cama. La puerta de la habitación de invitados se cierra de golpe y Rebecca da un respingo.

—Di un salto en el aire —le dice a Sam, mientras él se mete en la cama con ella más tarde esa noche—. Me están infiltrando, y eso me está volviendo loca.

—¿Estás segura de que deberías tomar todos estos medicamentos si te ponen nerviosa? Ya estabas bastante nerviosa antes de por sí.

—No lo sé. Quiero decir, si le preguntas a un profesional lo que debes hacer y luego te lo dice, probablemente sea mejor intentarlo. Puede que me acostumbre. Tengo que tomar más hifatlatrina cuando me adapte a esta dosis. Me preocupa un poco que me estropee el cerebro.

—Podría convertirte en un repollo gordo mentalmente enfermo. —Sam se ríe en la oscuridad de su broma—. Adivina qué. Bifdo ha venido hoy a la oficina. Se jubiló en enero. Pidió la baja

voluntaria y se aburre muchísimo.

—¿Crees que está muy deprimido? —pregunta Rebecca, y se acurruca en el hombro de Sam.

—Tal vez —dice.

Rebecca pone la mano en el pecho de Sam, bajo la camiseta. Lleva su camiseta negra favorita, con una bombilla en la parte delantera que brilla en la oscuridad. Siente el constante y tranquilizador latido de su corazón bajo las costillas y respira hondo.

—Sam, ¿crees que yo lo estoy?

—¿El qué?

—Deprimida.

—No sé. Supongo que sí. Eso es lo que te han diagnosticado, ¿no?

—Sam, ¿por qué Bifdo se llama Bifdo?

—Bifdo significa Bellaco Ignorante Fulano De Oldham.

Rebecca se apoya en un codo.

—Pero ¡él no lo sabe! —dice—. ¿Lo sabe?

Sam vuelve a acercarla a su lado.

—No —responde—. Cree que es solo un apodo.

—¿Sam?

—¿Mm? —Sam se está durmiendo.

—Me pondré mejor, ¿verdad?

Sam se incorpora de repente y enciende la luz de la mesilla. Se inclina sobre Rebecca y le aparta el pelo de la frente.

—Lo harás —dice—. Te conozco. Eres una de las personas más fuertes, resistentes, encantadoras y cariñosas que he conocido nunca. Te pondrás mejor. Esto es como una gripe o algo así. Sobrevivirás y algún día recordarás lo que has pasado. Te quiero, Becky. —Apaga la luz y Rebecca se queda mirando en la oscuridad.

—Yo también te quiero, Sam —susurra.

Rebecca está soñando. Sabe que está soñando porque un perro está sentado sobre sus piernas y ella no puede moverlas. Sube por su cuerpo, desplazando su peso, sigilosamente. Lo oye respirar. Más que respirar, jadea. Sus manos no se mueven. Las tiene pegadas a los costados y no abre los

ojos. Rebecca sabe que, si la cara del perro alcanza la suya, le arrancará la carne de las mejillas con los dientes y le dejará los músculos en carne viva y las venas azules retorcidas. Se aferrará a su garganta y le arrancará la vida a mordiscos. Con un esfuerzo supremo, intenta moverse, hacer ruido, avisar… a alguien, a algo.

Sam la sacude para despertarla.

—Becky, has gritado.

Rebecca se vuelve hacia él y siente que la rodea con el brazo.

—Tengo que bajar —dice.

—¿Por qué? Estabas soñando. Vuelve a dormirte, te tengo.

—No puedo dormir, ahora no. Voy a ver la tele un rato. Es demasiado aterrador.

Sam se da la vuelta y se sube el edredón hasta por encima del hombro. Las cortinas están un poco abiertas y ella puede ver su oscura silueta recortada contra la pálida pared.

—Vale, pero no tardes. Estabas soñando, vuelve pronto a la cama.

Rebecca se sienta en el sofá y cambia de canal. Se ha envuelto en una manta, pero sigue teniendo frío. Encuentra Escape From The City y Justin Hammond está haciendo su última parte para la cámara.

—Así que les deseamos lo mejor en su nueva vida, aquí, en los hermosos Cotswolds —dice, y la cámara se aleja sobre exuberantes colinas verdes, salpicadas de doradas casitas de piedra de los Cotswolds.

Rebecca suspira y el perro se acerca. Siente su peso apoyado en las espinillas, levanta las piernas del suelo y se las rodea con los brazos.

Por supuesto, sabe que es solo un sueño; el tipo de sueño que se tiene cuando no se está bien.

Pieza 24

Rebecca ha empezado a escribir. Ha decidido anotar todo lo que ha sucedido, para tener cierta ilusión de control. Tiene un cuaderno. En la portada escribe «El psiquiatra»; en el interior, en la primera página, escribe «Cyrus Mason».

El médico, escribe, es un hombre grande, alto y bien cubierto, más que gordo. Tiene el pelo muy rizado, castaño oscuro, casi negro. Le crece hacia atrás desde su alta frente, ancha y sin arrugas. Cuando ella entra en la habitación, está de pie junto a un pesado escritorio antiguo y le tiende una mano grande y morena.

—Buenas tardes, señora Marshall. ¿Puedo llamarla Emily? —Su mano está fría y seca cuando estrecha la de ella—. Siéntese —dice, y señala un sillón alto con respaldo de ala y tapizado con un estampado verde oscuro de William Morris—. Soy el doctor Mason, Cyrus Mason. Tengo entendido que ha pasado por el molino. ¿Quiere contarme lo que ha sucedido?

Rebecca oye a una persona en la calle que empieza a cantar. Mira hacia la puerta del dormitorio. Está cerrada. Respira hondo y vuelve a su cuaderno.

Emily, escribe Rebecca, supone que Cyrus debe de tener unos sesenta años, pero es difícil saberlo. Lleva unas gafas Tom Ford de montura gruesa y un traje marrón oscuro a cuadros. La chaqueta está abierta y, debajo, su camisa gris oscura parece necesitar un planchado, y los pantalones del traje le forman bolsas en las rodillas.

Emily ve que es el tipo de persona que le hace esto a la ropa.

A ella le cae bien al instante.

También le gusta su voz, ondulante y profunda, con una energía tranquila.

No esperaba que fuera negro.

Emily decide que es bastante atractivo.

Se sienta en el sillón. Se recoge el pelo detrás de las orejas y mira por la ventana. Un sol amarillo pálido de abril ha rebotado en la habitación y le parece que su efervescencia solo sirve para acentuar lo sombrío de su situación.

Desolación no es una palabra, dice Betty desde la esquina del dormitorio.

«Mírame, por favor, Emily», escribe Rebecca.

Emily gira la cabeza para mirar al médico, que se ha sentado detrás de su mesa. Apoya los antebrazos en el escritorio y entrelaza los dedos. Tiene las manos relajadas. En la mano izquierda lleva un anillo de sello y una alianza.

¡Elige! Betty sisea en el oído de Emily. Una o la otra, no ambas.

—Esnob —dice Emily.

—Me pregunto por qué dice eso —pregunta el médico.

Se ha quitado las gafas y las tiene bocabajo junto a un gran bloc de notas. Emily ve que sus ojos son de un marrón tan claro que casi parecen amarillos.

Rebecca deja el bolígrafo y vuelve a leer lo que ha escrito. Se imagina que puede cerrar el cuaderno y encerrar la experiencia entre sus páginas.

Pero no puedes, dice Betty. Todavía está pasando.

—Por favor, cállate —dice, y suspira.

Betty se ríe.

Pieza 25

Rebecca coge un autobús a la estación de London Bridge. Ha renunciado a su conductor, Viktor, porque se preocupa demasiado, y eso la hace sentirse responsable de él.

En el autobús, consulta su Instagram y el correo electrónico, pero su cabeza parlotea tanto que está casi catatónica. Se baja del autobús y cruza el puente para ver si así se calma. Pero no.

Un grupo de vagabundos la mira esperanzado cuando se acerca, pero Rebecca agita las manos y tiene los ojos muy abiertos y fijos. Los vagabundos sonríen comprensivos y siguen hablando entre ellos.

Rebecca pulsa el botón de la puerta principal del hospital. No se entera de que la han llamado, pero, al cabo de un momento, empuja la puerta y se abre. La sala de espera está vacía. Toma asiento y mira su Instagram. Pomp está sentado en una alfombra que casi coincide con el color de su pelaje. A alguien en Indonesia le gusta. Rebecca intenta respirar despacio. Respira hondo. Intenta relajarse.

Sus manos tienen otras ideas, así que se sienta sobre ellas. ¿Qué demonios le pasa? Debe de ser una asociación. Venir al hospital es muy muy difícil porque lo asocia con cosas que son muy muy difíciles. Asocia a Titus con cosas muy difíciles, y todas ellas se agolpan en su mente y se gritan unas a otras. Rebecca se siente abrumada por el ruido y el drama de todo ello. Realmente sabe que son las pastillas. Las pastillas la superan.

Suena el teléfono y la recepcionista le dice a Rebecca que suba. Sube, pero es muy cansado. Cada paso le cuesta mucho, así que camina despacio. Su corazón late tan fuerte que no puede oírse a sí misma, y es mejor así, piensa.

Rebecca se sienta frente a Titus Glass. Él está detrás de su escritorio. Ella vuelve a meterse las manos bajo las piernas porque siguen siendo poco fiables.

—¿Qué demonios has estado haciendo? —dice Titus.

Rebecca intenta controlar su respiración, pero el Titus real es mucho más aterrador que el Cyrus ficticio y no sabe qué decir. Así que lo dice todo. Si se lo cuenta todo, quizá él entienda lo mucho que se esfuerza y, lo que es más importante, lo mucho que fracasa.

—He ficcionalizado todo esto —le dice a Titus—. Me lo he inventado todo y luego vengo aquí y descubro que es real. Estoy literalmente dando vueltas en mi cerebro.

—Más despacio. —Titus se levanta de la mesa y se sienta en la silla de enfrente—. ¿Qué quieres decir con que has ficcionalizado todo esto? ¿Qué significa eso?

Rebecca respira hondo. Sus manos salen de debajo de las piernas y se pasean por los reposabrazos de la silla. Las observa durante un rato y luego dice:

—Empecé a escribirlo todo. Escribí lo que yo dije; luego escribí lo que tú dijiste…

—Así que ¿estás escribiendo?

Rebecca asiente con la cabeza.

¡Ja!, dice Betty.

—Shhhh —ordena Rebecca—. Verás, no tiene gracia. Es como una tolva de agua de lluvia. Está bloqueado y todas las palabras se desbordan y se derraman por los lados. No puedo dormir, así que escribo… —Sus manos hacen la forma de una taza delante de su cara y luego sus dedos hacen movimientos de aspersión.

—¿Escribes por la noche? —Titus parece preocupado.

—Sí, por el perro de la parálisis y esas cosas —dice Rebecca—. Estoy vagando en mi cerebro…

—No estás vagando en mi cerebro —dice Titus, que la ha oído mal. Se levanta, coge el bloc del escritorio y empieza a escribir.

—Tu cerebro no; mi cerebro. —Rebecca intenta imaginar el cerebro de Titus.

El cerebro de Titus estará lleno de calzadas romanas y ciudades trazadas en cuadrícula. Tendrá césped y vistas abiertas, avenidas de árboles y canales rectos como flechas. Será muy Capability Brown. Personificará la edad de la razón y adoptará un naturalismo falso. Las cosas en el cerebro de Titus irán sensatamente de aquí para allá sin la más mínima desviación. Rebecca sabe que, si vagara por el cerebro de Titus, se sentiría extremadamente expuesta.

Decide contarle otra cosa porque a él no le gusta que lo ficcionalicen. Él se siente muy incómodo con la idea.

—Es realmente horrible tomar cryazatine. Realmente horrible.

—Lo sé —dice Titus—. Me doy cuenta.

Rebecca le sostiene la mirada. Entorna los ojos. Vuelve a mirar por la ventana. Desea que él le diga que se vaya.

—No es que me esté poniendo difícil. Me siento mal. Lo siento —dice.

Titus escribe algo.

—Sabes que los efectos secundarios que estás experimentando son extremadamente raros, ¿verdad?

Rebecca traga saliva. Siente un nudo en la garganta.

—No me importa que sean raros; son insoportables, eso es todo. Todo lo que me das me hace subir un escalón, y necesito bajar tres. —Suspira. Siente que él no la cree—. Estoy pensando

demasiado rápido —añade.

—Eso parece. —Titus se golpea los dientes inferiores con el bolígrafo.

—Pero puedes seguir el ritmo, ¿no? Mucha gente no puede. Es agotador. —Rebecca espera que él pueda seguirle el ritmo. Le gustaría que su cerebro se ralentizara. Sus palabras salen demasiado rápido.

—Oh, no hagas eso; podría sentirme halagado.

—No lo harás. Pero estás entrenado para seguir el ritmo, ¿no? Algunas personas son simplemente lentas.

Titus se quita las gafas y las deja sobre el escritorio.

—¿Qué piensa Sam de todo esto?

—No le he preguntado.

—¿Y tus hijos?

—No lo sé. Creo que piensan que soy la misma. Solo soy más rápida. Hablo más deprisa. Mi yo es más lento.

Titus parece muy preocupado.

—¿Podrías traer a alguien contigo la próxima vez? Quizá Sam esté demasiado ocupado, pero ¿podrías traer a un miembro de tu familia?

Rebecca piensa.

—No creo que quisieran venir. —Se pregunta por qué piensa él que Sam está demasiado ocupado. Rebecca cree que, si Sam conociera a Titus, su marido se molestaría demasiado, así que es algo que preferiría evitar.

Titus suspira.

—Señora Wise…

—No me llames así.

—¿Qué?

—«Señora Wise»; no es mi nombre. Si me identificara como «Brian», tendría que llamarme «Brian», ¿no? Pero, como me identifico como Rebecca, estás perfectamente feliz de ignorarlo. No está bien, Titus, de verdad que no lo está.

Titus suspira.

—Señora Wise —dice—, tienes que cooperar.

Betty chilla.

Rebecca se siente horriblemente invadida. Decide cambiar de tema.

—¿La hifatlatrina engorda? ¿Y el cryazatine? —pregunta.

—La hifatlatrina se asocia al aumento de peso, pero eso se debe a que provoca antojos de azúcar y carbohidratos refinados.

—Pero ¿en sí mismos no te hinchan, como podría hacerlo un esteroide?

Titus niega con la cabeza.

—No —dice.

—Uno no tiene por qué reaccionar al hambre; puede ignorarla —dice Rebecca—. Me preocupaba que me hiciera engordar.

—Si no comes comida basura, no lo harás —dice Titus—. Quiero verte la semana que viene.

—¿La semana que viene?

—¿El martes? ¿Puedes el martes?

Rebecca puede.

—Adiós, señora Wise.

—Adiós, señor Glass.

Rebecca vuelve a mirar a Titus, que está sentado detrás de su escritorio, sonriendo de nuevo, con su gran sonrisa de dientes separados.

Maldito villano sonriente, piensa.

Vuelve a casa en metro. Se sienta y divaga en su mente.

El cerebro de Rebecca está lleno de carreteras serpenteantes, caminos de herradura, senderos, curvas cerradas y callejones sin salida. Tiene rincones, nichos, grietas y espejismos. Hay sótanos, escondrijos, pasadizos secretos y pilas de leña. Sus caminos están empedrados…, y empedrados entre sí. Las altas torres se disputan el espacio con las cabañas, encorvadas contra los vientos dominantes. Sus ríos se precipitan por desfiladeros. Esculpen lagos, inundan pantanos, ensucian puertos y desembocan en costas de guijarros. Es totalmente ingobernable.

En casa, Rebecca le pregunta a Annie si iría a ver a Titus con ella la semana siguiente.

—¿Qué día? —pregunta Annie.

—El martes —dice Rebecca.

—Nos vemos el martes —contesta Annie, y agita los brazos por encima de la cabeza.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué te hace gracia?

—Simplemente la tiene —dice Annie, y se pone a bailar por la cocina.

Rebecca mira a su hija menor. Qué raro, piensa. Annie se desliza por el suelo de la cocina en calcetines y ejecuta una pirueta perfecta.

—Nos vemos el martes —repite, y hace una reverencia.

—¿Soy rara? —le pregunta Rebecca a Annie.

Esta se ríe.

—Eres muy rara —responde—. Chillas y escuchas la misma música una y otra vez, y dices cosas raras.

—Titus quiere que alguien de la familia vaya para decirle lo que piensa de mí.

—Sí —dice Annie—, pero entonces habría un fiestón de insultos, ¿no?

—¿Lo habría?

—Sería bastante difícil decirte por qué estás rara sin que sonara, bueno, no muy agradable, ¿no? Quiero decir que tendría que decir: «Está loca, no estás ayudando, así que… ¡Adiós!». No tendría mucho sentido, ¿verdad?

Rebecca se encoge de hombros. Annie se sirve un cuenco del curri de garbanzos que ha preparado Rebecca. Mientras sale de la cocina, de camino a su dormitorio, añade:

—Hoy literalmente no he hecho nada en el trabajo. Estuve hablando con Jay durante siglos, luego me comí un helado y ya eran las cinco.

—Un lapsus de tiempo —dice Rebecca.

Cuando Annie se ha ido, empieza a pensar en lo rara que es. Luego empieza a pensar en lo rara que siempre ha sido. Entonces se come medio bol de curri y se va a la cama. Se toma 10 mg de tranquiltolam y se queda dormida.

La señora Wise estaba inquieta hoy. Aunque lo atribuyó a los viajes en transporte público, es evidente que experimenta dificultades cotidianas, así como cierto grado de insomnio.

También informó y demostró habla rápida y procesos de pensamiento rápidos, que están notando los miembros de la familia.

Le he pedido que reinicie 5 mg de tranquiltolam para ayudar con la agitación y supervisaré cómo

va más de cerca en las próximas semanas.

Esto llega a la bandeja de entrada de Rebecca a la mañana siguiente. No lo achacaba a viajar en transporte público, piensa. ¿Por qué habrá dicho Titus que lo achaqué a eso, cuando no fue así?

¿Está salvando el culo?, dice Betty.

Pieza 26

Rebecca estaba pescando en el estanque que había delante de su casa. Llevaba un rato sentada encima de su cubo volcado detrás de la alambrada, pero los peces no picaban. Tenía hambre, así que de vez en cuando le rugían las tripas y estaba segura de que los peces la oían. Sabía que no podía pescar en ningún otro sitio, pero su padre había llevado a los niños a navegar por la costa, y Pen estaba cavando el huerto, así que nadie se enteraría si lo hacía.

Rebecca escrutó la orilla opuesta. Estaba llena de juncos. Un joven sauce crecía de lado a partir del tocón de un viejo árbol; sus ramas, de un gris ceniciento, estaban salpicadas de brotes de un verde brillante. Pensó que tal vez podría sentarse en él, arrastrarse por una de las ramas y sentarse, con las piernas colgando por encima del agua, y pescar desde allí. Se imaginó todas las percas y escardinos agazapados bajo las ramas del sauce, riéndose de la idiotez de que alguien pescara sentado en un cubo de hojalata con el estómago sonando.

Rebecca decidió que no tenía nada que perder y que, aunque no pescara nada, le apetecía sentarse sobre el agua, balanceando las piernas. Sabía que tendría que tener cuidado de no caerse, porque el espino crecía hasta el borde del agua y no podría salir fácilmente.

La señora Lightwing le había dicho que daba mala suerte llevar flores de espino a casa.

—Nunca traigas el mayo; vivirás para lamentarlo. Es un viejo refrán de por aquí —le había dicho a Rebecca, ya que «mayo» era un nombre alternativo de la flor del espino.

Sin embargo, Rebecca pensó que sería muy agradable sentarse entre las flores y aspirar su rico aroma jabonoso durante un rato.

Le costó llegar hasta el tocón de sauce. Dejó la caña en equilibrio sobre el cubo, con el sedal aún en el agua. Se dio cuenta de que se habría enredado si se la hubiera llevado. Se abrió paso entre las ramas hasta la orilla. Las ramas le tiraban del pelo mientras se abría camino. Por fin, sintió la suave corteza gris del tocón bajo las palmas de las manos y, de un pequeño salto, cargando el peso de su cuerpo en los brazos, se encaramó al árbol. Este se inclinó ligeramente, pero ella disfrutó de la elasticidad del sauce y, sin prestar atención a un largo rasguño sangriento que se hizo en la muñeca, se sentó a horcajadas en el tronco y empezó a relajarse sobre el agua.

El día era cálido y Rebecca se quedó allí sentada un rato, observando a los patinadores de agua del estanque, que se deslizaban con pericia por la superficie. Burbujas delatoras surgían de la sombra profunda bajo la orilla, así que ella sabía dónde estaban los peces, lo que de algún modo le resultaba agradable, aunque no pudiera alcanzarlos. Metió la mano en el bolsillo de los vaqueros y sacó el trozo de pan húmedo que utilizaba como cebo. Partió pequeños trozos, los hizo bolitas y los esparció por el agua, debajo de donde estaba sentada. Podía alimentar a los peces, aunque no fuera a pescarlos. Vio que un par de ellos se levantaban en el agua, cogían el pan y se volvían a sumergir con un destello de aleta roja o cola.

Entonces, de repente, se sintió inquieta. El sol se ocultó tras una nube. Un herrerillo, que había estado charlando consigo mismo en un arbusto, por encima de la cabeza de Rebecca, enmudeció

de forma abrupta. Los mosquitos bailaban alocadamente sobre el agua y, mientras ella miraba, un enorme mosquito se le posó en el brazo y deslizó su probóscide en su piel casi con desgana. Ella lo apartó de un manotazo, dejando una mancha sanguinolenta.

A lo lejos, a través de los campos hacia Benham, un cuco llamó.

Se sintió observada. Sentía como si unos ojos invisibles se clavaran en su espalda. A veces, Rebecca se sentía así, pero solía ser por la noche, cuando salía sola, y siempre se volvía para casa. Ahora, estaba sentada a plena luz del día pensando en brujas, troles, gente de las sombras y fantasmas.

Un escalofrío la recorrió.

Entonces, volvió a salir el sol y vio un destello de azul brillante por el rabillo del ojo, recuperó el aliento. Grime le había dicho que aquí anidaba una pareja de martines pescadores. Ella no había pensado que los vería, la verdad, pero él tenía razón. Rebecca se quedó quieta como una piedra y fijó la vista en su cubo, al otro lado del estanque. De nuevo se vio un destello azul y el pájaro cruzó el estanque a poca altura. Vio su afilado pico rozando la superficie, y su pecho anaranjado, luego desapareció.

Después fue difícil saber qué había pasado. Vio cómo su caña, que aún descansaba sobre el cubo, daba una sacudida convulsiva y su flotador de corcho desaparecía bajo la superficie plateada. A continuación, el sedal cortó el agua como un alambre de queso y la caña cayó del cubo con estrépito.

Aunque no recordaba haber bajado del sauce, Rebecca se arrodilló junto al cubo, tiró del sedal y lo encontró roto, sin anzuelo. Entonces Billy Parfitt estaba de pie, junto a ella. Levantó la vista y lo vio allí, recortado contra el sol de la tarde.

—Un siluro, supongo. —Fue lo único que dijo.

Pieza 27

Rebecca escribe.

La casa de Londres estaba a oscuras, pero Emily no podía encender las luces porque no estaba segura de lo que podría estar acechando en los rincones de la habitación. No había cortinas en la cocina y encender las luces la haría visible desde el jardín y tenía la sensación de que lo que había fuera era aún peor que lo que había dentro. También tenía la sensación de que debería haber dejado de tomar las pastillas azules antes de llegar a este punto. Cyrus había dicho que podrían darle sueño; no había dicho que le harían pensar en rasgar velcro, piel de serpiente y pulpa de tomate. Emily sabía que estaba sufriendo una reacción adversa a las pastillas, pero Cyrus le había dicho, le había hecho prometer, que no dejaría de tomar ninguna medicación sin consultarlo antes con él.

—Prométemelo —le pidió, y ella lo hizo.

—Lo prometo —se dijo en voz alta, la piel de sus brazos se erizó y tembló al doblarlos.

Llámalo, llama a su secretaria. Él le había dicho que lo hiciera, ¿no?

Sam no estaba. Estaba en América, pero regresaría el jueves. Hoy era… Emily no se acordaba. Annie estaba con su amiga Charlotte. Habían ido a ver a su amiga Robin. Robin tenía un concierto en Camden. Abigail estaba con ellas.

—No debo dejarte sola —había dicho Annie.

Sin embargo, Emily sabía que Annie ansiaba ir al concierto de Robin y no creía que Annie debiera quedarse en casa solo para cuidarla.

—Estaré bien —le había dicho—. No soy tu responsabilidad.

Entonces Annie había mandado un mensaje y dijo que se iba a quedar en casa de Charlotte, si le parecía bien.

Emily le había contestado y le había dicho que no pasaba nada, pero no era así.

Emily decidió sentarse un rato en las escaleras. De ese modo, la puerta principal, con su cristal opaco, estaría constantemente a la vista, y no había otras ventanas en el pasillo. Guiándose con una mano por la pared, salió de puntillas de la cocina, subió los cuatro escalones hasta el vestíbulo, se giró y se sentó a medio camino, según se subían las escaleras hasta el rellano del primer piso, de cara a la puerta principal.

—A mitad de la escalera, hay una escalera donde me siento. No hay otra escalera igual.

Christopher Robin, pensó.

Buscó su móvil en el bolsillo de la bata, lo sacó y miró su salvapantallas, una fotografía de un sol

francés poniéndose sobre un mar de girasoles. Dios, Francia parecía estar a un millón de años de distancia. No creía que fuera a volver allí nunca más. Apoyó la cabeza contra la pared e intentó recordar, pero era como intentar coger agua con las manos desnudas.

Volvió a mirar el teléfono. Deslizó el salvapantallas hacia la izquierda, se desplazó por sus contactos, tocó el icono verde del teléfono y dejó que este marcara a Cyrus.

Oyó sonar el teléfono, luego quedarse en silencio y volver a sonar. Sonó de nuevo. Pulsó el icono rojo del teléfono y volvió a guardarlo en el bolsillo de la bata. Decidió quedarse donde estaba y volvió a apoyar la cabeza contra la pared. Sam podría llegar mañana, pensó; en algún momento del día de mañana. Cerró los ojos.

—Hola, soy la secretaria del doctor Mason, ¿en qué puedo ayudarle?

Emily se llevó el teléfono a la oreja. Le dio un vuelco el corazón al oír el repentino zumbido de su tono de llamada. Respiró hondo.

—¿Hola? —Intentó estabilizar la voz. Hubo un retardo, como si estuviera en una llamada transatlántica—. ¿Hola? —volvió a decir.

—Hola, soy la secretaria del doctor Mason. —La voz era más fuerte esta vez.

—Necesito hablar con el doctor Mason —dijo Emily—. Estoy teniendo una reacción a una medicación y necesito hablar con él.

—¿Quién habla, por favor? —La secretaria parecía aburrida. Sonaba como si nada pudiera llegar a importarla.

Emily miró la hora en la esquina superior derecha de la pantalla. 20:47, leyó. Probablemente la secretaria esperaba una noche tranquila.

—Emily —respondió—. Me dijo que le llamara. Me lo hizo prometer.

Hubo una pausa al otro lado de la línea. Luego la mujer dijo:

—Veré si consigo darle un mensaje al doctor Mason. ¿Puedo llamarla a este número?

—Sí —dijo Emily, y la secretaria colgó.

Emily apoyó la cabeza contra la pared y volvió a cerrar los ojos. Volvió a meter el teléfono en el bolsillo de la bata y se puso las manos en las rodillas, sintió cómo le ardían al contacto con la piel.

Se despertó de un salto al oír el timbre de la puerta. La sangre le rugía en los oídos y su corazón se agitaba como el de un pez varado. Pudo ver una sombra perfilada contra el cristal de la puerta principal por el resplandor anaranjado de la farola. Emily se quedó muy quieta, esperando que desapareciera.

El timbre volvió a sonar, rasgando el silencio. La sombra se apartó de la puerta y Emily imaginó

a la persona mirando hacia arriba, escudriñando la casa en busca de luz o movimiento. Sacó el teléfono del bolsillo; estaba apagado. Lentamente, apoyándose en la mano derecha, se levantó. Tenía las piernas rígidas y frías y se quedó respirando agitadamente un momento antes de bajar las escaleras paso a paso hacia la puerta principal. La sombra estaba de pie, perfilada en el cristal.

Rebecca decidió abrir la puerta. Estaba oscuro, pero no quería quedarse temblando en las escaleras esperando a que la persona se fuera. Probablemente era… alguien que conocía.

Cyrus Mason estaba de pie en el umbral. Dio un pequeño salto hacia atrás cuando se abrió la puerta y se adentró en el oscuro pasillo.

—Dios, Emily —dijo—. Me has dado un susto de muerte. No deberías arrastrarte así, a oscuras. ¿Dónde está el interruptor?

Cyrus extendió la mano y el vestíbulo se inundó de luz. Emily se quedó inmóvil, deslumbrada y conmocionada. ¿Qué demonios hacía él aquí? ¿Cómo había llegado hasta aquí? Sacó el teléfono del bolsillo y se quedó mirando la pantalla en blanco.

—Ven. —El médico la cogió por el codo y la condujo a la sala de estar. Cruzó la habitación en penumbra y encendió una lámpara de mesa—. Siéntate —le dijo.

Emily se sentó en el sofá y Cyrus, mirando a su alrededor, acercó la silla tapizada que Sam y ella habían traído de Francia el año anterior.

—Volvía de una… reunión, una cosa, en esta parte de la ciudad —dijo Cyrus—. Mi secretaria me llamó y me dijo que sonabas raro. No pude localizarte en el móvil. ¿Estás sola? —Emily asintió con la cabeza—. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? Nunca me habías llamado antes.

Emily se le quedó mirando un momento.

—¿Qué hora es? —preguntó.

Cyrus se echó hacia atrás la manga del abrigo. Llevaba un chaquetón de lana gris. Miró el reloj.

—Las diez y veinte —dijo—. ¿Qué pasa? ¿Por qué estás sola, merodeando en la oscuridad?

—Me dijiste que te llamara si lo necesitaba. No pensé que vendrías aquí, a la casa. —Emily aún no podía creer lo que veían sus ojos.

—Ya te lo he dicho. Pasaba por aquí. Pasaba por aquí cerca. Tenía una reunión en el hospital, al final de la calle. —Cyrus apoyó los antebrazos en las rodillas y se inclinó hacia ella, manteniendo el contacto visual—. Tienes algún tipo de reacción, ¿verdad? ¿Has dejado de tomar las pastillas que te di? Te dije que no dejaras de tomarlas sin hablar antes conmigo, ¿no? Me lo prometiste.

Cyrus olía a exterior; a la fría noche de principios de otoño. Tenía el pelo oscuro húmedo, se había quitado las gafas y las sujetaba por una patilla con la mano izquierda. Emily nunca le había

visto fuera de contexto. Parecía diferente, mucho menos grande.

—Esa es la cuestión —dijo Emily—. Llamé para preguntar si debía dejar de tomar las pastillas azules. Hacen que me duela la piel y… —Respiró hondo—. ¿Por qué estás aquí? —terminó, con tristeza.

Cyrus se sentó en la silla y volvió a ponerse las gafas. Juntó los dedos, entrecerró los ojos y la examinó.

—Me voy a quedar contigo —dijo—. Tú puedes quedarte allí, y yo me quedaré aquí, hasta que llegue alguien a casa para que esté contigo.

—No va a venir nadie —explicó Emily—. Nadie vendrá en toda la noche.

Cyrus dejó escapar un largo suspiro.

—Ah, vale —comentó en voz baja, casi para sí mismo—. Entonces, ¿puedo hacer café? ¿Quieres una taza? ¿Dónde está la cocina?

Cyrus se quedó toda la noche. Encontró la cafetera, molió los granos y regresó al salón, donde había dejado a Emily encogida en el sofá.

—Te he traído esto —le dijo, y le tendió una manta—. Estaba en la silla del pasillo. Y café. Es café solo. No sabía si lo tomas con leche.

Emily cogió la manta y se envolvió en ella, subiendo las rodillas hasta la barbilla. Cyrus dejó el café en la mesa baja que estaba delante de ella y volvió a sentarse en la silla tapizada.

—¿Cuándo dejaré de sentirme así, Cyrus?

—Dejarás de sentirte así, te lo aseguro, pero recetar estos medicamentos dista mucho de ser una ciencia exacta. Ojalá lo fuera. Lo que tienes que aprender, Emily, es que lo que sientes es distinto de como son las cosas en realidad. Por ejemplo, dijiste que te ardía la piel, pero no es así, ¿verdad? En realidad, no.

Emily se miró los antebrazos. Estiró los brazos hacia delante y los giró a la luz de la lámpara. Estaban perfectamente normales.

—No —dijo ella.

Cyrus se levantó y le tendió el café.

—Bébetelo y concéntrate en el sabor, el calor y la sensación de la taza en tus manos. —Entonces cogió su propia taza y volvió a sentarse en la silla.

Emily empezó a hablar. Le contó a Cyrus cómo Kit, Annie y ella habían enterrado a Escrúpulos en el jardín y que habían llorado tanto que apenas podían hablarse. Le contó que Kit había comentado que era ridículo y que él había dicho:

—¿Qué haría yo si te murieras, si por una perra nos sentimos así?

Cyrus no dijo nada.

—Echamos las golosinas favoritas de Escrúpulos en el agujero con ella. La envolvimos en su manta y la cubrimos con flores de capuchina —contó Emily.

—¿Por qué se llamaba Escrúpulos? —preguntó Cyrus.

—No tenía ningún escrúpulo —respondió Emily—. Le contaba cuentos ladrándole a Pomp cuando lamía la mantequilla. No se le permitía subir a las camas, pero, cuando salíamos, subía directamente y se acurrucaba en una y, cuando regresábamos a casa, volvía a la cocina como un rayo, y dejaba la huella de su forma perruna en la cama donde había estado durmiendo.

—¿Por qué el gato se llama Pomp? —preguntó Cyrus.

—Teníamos dos gatitos, que se llamaban Pomp y Circunstancia, pero Circuns desapareció hace dos años, así que ahora solo tenemos a Pomp.

—¿Cómo está tu café?

Emily acabó la taza y notó que las manos no le temblaban tanto.

—Está bien —dijo—. ¿Te vas pronto?

—No —contestó Cyrus—. Me quedo aquí. Justo aquí.

Emily lo miró recostarse en el sillón de tapicería francesa. Apoyó la cabeza en una de las orejeras, y la luz de la lámpara le iluminó la cara.

—Es muy difícil comprender que uno tiene un sentido de la realidad tan distorsionado. No sabía que todas las cosas que creía hasta enero estaban equivocadas. Realmente pensaba que todo el mundo estaría mejor sin mí.

—¿Y ahora?

—Ahora cuestiono mis pensamientos más a menudo. Me pregunto si las cosas que pienso son ciertas, o si, tal vez, estoy dando a estos pensamientos un significado que no les corresponde. Pero es difícil cuando tengo reacciones físicas. Si te sientes físicamente aterrorizado, es difícil imaginar que no hay nada que temer.

—Pero ahora tienes perspicacia —dijo Cyrus—. ¿Cómo va el ardor de piel?

—Mucho menos. Cyrus, no puedes quedarte ahí toda la noche. Puedo irme a la cama en un minuto. —Emily se apartó el pelo de la cara y lo miró. Su rostro estaba impasible, las cejas oscuras y rectas sobre sus ojos ensombrecidos no delataban nada.

—Me quedo —dijo—. No deberías estar sola.

Se quedó hasta que Rebecca se durmió en el sofá, luego se preparó más café en la cocina. La casa era preciosa, pensó. Había un enorme jarrón de margaritas de San Miguel sobre la gran mesa de la cocina y un aparador apoyado en una pared lleno de vajilla de época estampada. De las paredes blancas colgaban cuadros y las ventanas francesas daban al oscuro jardín. Cyrus pensó en su apartamento de los años treinta de Maida Vale, en el suelo de parqué rubio, los muebles Eames, los grabados cuidadosamente seleccionados en las paredes grises y los gélidos silencios, y suspiró.

Se sentó en la silla tapizada hasta que el amanecer se filtró a través de las cortinas y la farola se apagó sola. Entonces se levantó y salió de la habitación en silencio, cerró la puerta principal tras de sí con un suave chasquido.

Rebecca deja el bolígrafo y cierra el cuaderno. Vuelve a sentarse contra el cabecero de la cama y se queda pensando un momento; luego, abre de nuevo el cuaderno y empieza a escribir.

Los límites, escribe, no siempre pueden restablecerse una vez que se han desdibujado o roto. La experiencia puede calar demasiado hondo en la psique, formando caminos y expectativas que no pueden negarse fácilmente. Uno no puede volver sobre sus pasos. Piensa en Hansel y Gretel. No podían volver atrás porque los pájaros se habían comido todas las migas de pan; ella no podía volver atrás porque… se imagina a sí misma dando vueltas en un bosque oscuro; detrás de ella están las marcas claras de su paso hasta este punto. ¿No podría volver sobre sus pasos? No, no lo cree; no cree que quiera hacerlo.

Se detiene un momento, mordisquea la punta del bolígrafo y se pregunta a dónde está llegando. El sol temprano se cuela por las cortinas y marca las tablas del suelo con vetas de oro. Fuera, un petirrojo lanza su alma al aire matutino. Respira hondo y se deja envolver por la paz de la casa dormida.

A nadie le importará, escribe. Nunca les importa.

Pieza 28

Rebecca estudia a Titus Glass, sentado ante su escritorio, tan pulcro y tranquilo en su control, y le da vueltas la cabeza. La última vez que lo vio, se había vuelto loca. Se pregunta si es posible recuperarse de aquello, o si a partir de ahora él pensará que está loca.

Ella le entrega una copia impresa en un papel.

—¿Qué es esto? —pregunta él.

—Lo escribí todo, la última reunión que tuvimos. Sé que no tenía sentido, así que lo escribí todo para que pudieras leerlo.

Titus echa un vistazo al papel.

—No te digo «¿Qué demonios?» —dice.

—Es ficción —dice Rebecca.

—Pero no lo es, ¿verdad? ¿Estás escribiendo un libro?

Rebecca niega con la cabeza.

—Solo quería que… No sé. Creo que estoy un poco loca.

Titus levanta las cejas.

—Sabes que deberías estar en el hospital, ¿verdad?

—No sé por qué debería —dice Rebecca.

Titus empieza a explicarle algo, pero ella deja de escucharle. Le observa la cara; está muy absorto en lo que dice, piensa. Se da cuenta de que se anuda la corbata con un nudo Windsor. Hoy su corbata es de seda y tiene un estampado de cachemira. No lleva gemelos de nácar, sino granates.

¡Granates!, se burla Betty.

—En consecuencia… —dice Titus.

—Por tanto —dice Rebecca.

Titus suspira.

—Señora Wise, ¿qué estamos haciendo?

—Simplificando. ¿Puedes llamarme Rebecca?

—Obviamente puedo, pero, no obstante, mi punto se mantiene…, Rebecca.

—Normalmente sí, pero no he oído lo que has dicho. —Rebecca había dejado de escuchar las palabras y se había concentrado en la calidad de la voz.

Él frunce el ceño.

—Estoy sentado aquí, justo delante de ti, con un metro entre nosotros. ¿Cómo es que no me has oído? Tal vez, más bien, no lo entendiste.

Rebecca cree que había estado escuchando, pero había estado escuchando la voz más que las palabras. Titus tiene una voz muy característica porque es muy anónima. A la mayoría de la gente que conoce se la puede reconocer por la voz. A Titus no. Es de tono medio, sin acento, sin chirrido verbal y, por lo tanto, es claramente indistinguible. Una voz así debe de ser una herramienta muy útil, piensa Rebecca.

—Lo habría entendido —dice—. Te estaba escuchando, pero ¿podrías repetir todo eso, Titus? —Se da cuenta de que al doctor le molesta que use su nombre de pila y, ocultamente, le agrada.

Titus Glass se cruza de brazos.

—No —dice—. No podría y tienes que decir la verdad. —Tira el bloc de notas sobre el escritorio.

—No digo mentiras —dice Rebecca—. ¿Crees que te miento?

—Creo que decir mentiras es exagerar lo que haces. Creo, sin embargo, que esquivas, evitas responder a las preguntas y tratas continuamente de tomar el control de nuestras sesiones.

Me parece justo, dice Betty.

Rebecca dice:

—Estoy tomando todas estas pastillas, ¿no? Hago todo lo que puedo. Quiero decir, debes saber que cualquiera que entre por esa puerta va a ser un poco más complicado que la media, así que ¿no podrías repetirme los puntos principales de lo que acabas de decir para que lo entienda?

—No —dice Titus—. No podría.

—Eres intratable. ¿No puedes ser un poco más complaciente? Quiero decir… —dice Rebecca, que sabe que quiere decir algo—. Debes saber que intento cooperar.

—No te quedaste en el hospital.

—Sabes que no podía. No tenía ninguna de mis cosas.

El médico suspira. Se pasa una mano por el denso cabello castaño y vuelve a su sitio. Rebecca siente que retrocede. La pulcritud en los hombres es un anatema para ella. Sam, en concreto, no es pulcro.

Titus la mira por encima de las gafas.

—Señora… —dice.

—Brian —interrumpe.

—De acuerdo, Rebecca.

—Estas pastillas me dificultan mucho la concentración. Normalmente, soy buena concentrándome, y una de estas pastillas me está jodiendo. —Rebecca se tapa la boca con una mano—. Lo siento —dice—. También me ha quitado la corrección.

—¿Cómo era tu corrección antes de tomar la medicación?

—Esto me parece insoportablemente intrusivo —dice Rebecca—. No te conozco.

—Mira, esto no es una fiesta de copas en la que tú y yo nos presentamos mostrando lo mejor de sí y nos vamos, aliviados de no haber descubierto nuestra identidad.

—A menos que lo hayamos hecho —dice Rebecca.

—¿Te sientes como si lo hubieras hecho?

—Claro que sí. He derramado lo más negro de mí por todo el suelo y tú lo estás vadeando todo, seleccionando. Me siento muy juzgada.

—Eso no es lo que está pasando y no te estoy juzgando. —El médico se da la vuelta, coge su bolígrafo negro del escritorio y lo sujeta por los dos extremos—. Tienes que confiar en mí —dice —. Es importante. Me preocupo por ti, como por todos mis pacientes.

—¿Por qué iba a confiar? Normalmente no voy por ahí confiando en gente que no conozco.

—Tienes muy pocas opciones. —Deja el bolígrafo sobre el escritorio y se quita las gafas. Las deja junto al bolígrafo y la mira durante un largo rato.

Rebecca vuelve la vista hacia el doctor Glass, Titus Glass; el médico que le ha sido asignado hasta que le den el alta, hasta que se recupere del todo.

Una vez, cuando era niña, Rebecca había cogido un abejorro de una flor de trébol y lo había apretado entre el dedo índice y el pulgar hasta que murió. Le había picado, pero había muerto. Rebecca mira a Titus y decide apretarlo.

—Titus —dice—. Titus, ¿eres gemelo?

El médico se sienta y vuelve a cruzar los brazos sobre el pecho.

—¿Por qué lo preguntas? —dice.

—Pero ¿lo eres? Los gemelos me fascinan. ¿Eres uno?

—No es asunto tuyo y no estoy aquí para fascinarte. —Titus empieza a enfadarse.

—Tienes una cabeza muy estrecha.

Rebecca le había dicho a Sam que Titus Glass podría meter la cabeza por la barandilla del parque si se le ocurriera. No era cierto, pero Sam desconfiaba de todo el asunto del psiquiatra, a pesar de que él mismo lo había organizado, y Rebecca utilizaba el humor para aplacarlo. Sam estaba muy orgulloso de su frente ancha y sus pómulos rusos.

—En realidad —dice el médico—, no tengo una cabeza especialmente estrecha. No es más estrecha que la de los demás. Ahora, ¿podríamos volver al punto por el que estás aquí?

Rebecca no se deja desviar.

—Pensé que podría ser porque eres gemelo —dice.

—¿Porque tienen la cabeza estrecha? —Titus se pellizca el puente de su pequeña y ordenada nariz.

—Podrían tenerla.

—No la tienen.

—Pero podrían.

—No la tienen.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque soy médico.

—¿Tu gemelo también es médico?

—Rebecca…, estás haciendo precisamente lo que acabo de decir que haces en nuestras sesiones.

—No es verdad. Solo estoy interesada. ¿Sois tú y tu médico gemelos idénticos?

—Si sigues con esto, me voy de la habitación.

Rebecca sonríe.

—Pero pensé que había venido a hablar contigo.

—Bueno, de momento no estás hablando.

—¿Has cambiado las reglas?

—Rebecca, cállate.

—Lo intento —dice.

—La cuestión es que no lo intentas, y nosotros… —Titus se sube el puño de la camisa para mirar el reloj— no tenemos tiempo. Te veré el día diez. Anótalo o lo olvidarás.

Rebecca busca en su bolso un bolígrafo y un cuaderno con un elefante en la portada. Dibuja un emoji con una cara sonriente.

Rebecca sale del hospital y oye el ruido metálico de la puerta tras de sí. Se queda un momento respirando el aire frío y azul de Borough High Street. Decide ir caminando hasta la catedral de Southwark. Baja a la acera. Siente el suelo inesperadamente resbaladizo bajo sus pies, como si fuera un cristal aceitado. Vacila y extiende la mano para sentir la solidez tranquilizadora de los ladrillos detrás de ella. Le suben mensajes por el brazo, desde la punta de los dedos hasta el cerebro. «Áspero, frío, duro», le dicen. Siente cómo los dedos de los pies se le encogen dentro de las botas.

Pies rotos, pies atados, pies de palo, piensa. Alarga la mano y se agarra a la barandilla que hay junto al escalón. Sus dedos se cierran con fuerza. No te sueltes, dicen.

Pieza 29

Era la fiesta de cumpleaños de Rebecca. Estaba de pie en la mesa de la cocina delante de un calendario rojo de Habitat que ponía «Abril» en la parte superior. Llevaba un vestido marrón a rayas y no llevaba gafas. Miraba fijamente al fotógrafo y sonreía feliz. La pantalla colgante le había tapado la mitad de la cara, pero el fotógrafo había hecho la foto de todos modos. Rebecca supone que la persona que hizo la foto fue su padre.

En la mesa había una tarta de cumpleaños, pequeña y marrón, con las velas encendidas. Alrededor de la mesa estaban sentados sus hermanos y una niña. Esta tenía el pelo castaño, largo y liso y llevaba una diadema. Rebecca no sabe quién es. Supone que en aquel momento lo sabía, pero ahora ya no. La niña no es Harriet.

Al final de la mesa estaba Pen. Llevaba el pelo largo y oscuro recogido en una coleta, un jersey rosa y unos pantalones rosa pálido a juego. Pen había girado la cabeza para mirar a la cámara. Sus ojos se ven grandes y sorprendidos en su cara blanca. Rebecca cree que parecía triste e intentaba parecer feliz.

Rebecca le da la vuelta a la fotografía en sus manos. No hay nada escrito en el reverso. Vuelve a girarla para mirar la imagen. Se imagina que debió de ser en su noveno cumpleaños. Se pregunta por qué no está Harriet. Piensa que es raro que este trozo de papel conserve un recuerdo que ella ha perdido. También le resulta difícil entender por qué ella, de pequeña, se había sentido tan torpe e incómoda. Era una niña muy guapa, de ojos azules oscuros y rizos dorados que le llegaban por debajo de los hombros, aunque, obviamente, en esta foto solo se veía un ojo azul. Quizá era su octavo cumpleaños, piensa Rebecca. La nuca de Giles tapa la mitad de la tarta, así que no puede contar cuántas velas hay.

Rebecca no recuerda cuándo suelen perder los niños los dientes delanteros, pero cree que es antes de los nueve años. Se fija más en el calendario para leer el año y se levanta las gafas de la nariz para aumentar los números. Debe de tener siete años. Por eso no está Harriet. Entonces no la conocía.

De repente, Rebecca se acuerda de un cuco que llama desde muy lejos, pero no sabe cuándo. Tiene la sensación de haber estado sola.

Grime le había enseñado una vez un cuco que estaba sentado en el nido de un mirlo en lo profundo de un acebo.

—Pero ¿dónde están los huevos del mirlo? —le había preguntado.

—El cuco empolla primero y luego echa a todos los demás huevos del nido —le había dicho Grime.

Rebecca recordó que miró hacia abajo y vio una triste dispersión de brillantes cáscaras de huevo turquesa contra el tronco del arbusto.

¿Por qué estaba pensando en cucos? Estaba mirando una foto de una fiesta de cumpleaños, que había encontrado unos minutos antes entre las últimas páginas de Jane Eyre, y se ponía a pensar en cucos. ¿Por qué? Debe de estar completamente loca.

Pieza 30

PACIENTE: Rebecca Wise

FECHA DE NACIMIENTO: 23/04/1965

DIAGNÓSTICO:

Trastorno de ansiedad generalizada — grave.

Trastorno depresivo — grave.

Rasgos de personalidad de los grupos B y C.

MEDICACIÓN:

Hifatlatrina 15 mg.

Dulsexatina 60 mg.

Colapsetina 140 mg.

PLAN:

Mantener la abstinencia de alcohol.

Continuar con la medicación actual.

La señora Wise sigue mejorando, lo que es agradable de ver. No bebe alcohol. Sin embargo, hoy mencionó la aparición de dolor abdominal localizado a lo largo de su margen costal que siente como ácido. También tiene un sabor amargo en la boca. Me pregunto si quizá esto requiera más investigación.

Rebecca lee esto y se pasa la lengua por los labios resecos. Acaba de aprender una nueva palabra («costal») y experimenta una nueva sensación: dolor de estómago.

Genial, piensa.

Está sentada en el sofá del salón con el portátil abierto. Emily, piensa, es probablemente más valiente que ella, o tal vez simplemente es menos inhibida. Rebecca cree que, de haber nacido más guapa, ella también habría sido menos inhibida. Emily, decide, había nacido más guapa.

Emily tiene un brillante pelo rojo oscuro y ojos color zafiro. Es como la Jolene de Dolly Parton, con piel de marfil y una sonrisa como un soplo de primavera o… algo así.

En cualquier caso, se mire como se mire, Emily es más segura de sí misma que Rebecca.

Empieza a escribir.

—Estas divertidas drogas que me has recetado me han vuelto casi completamente insensible.

—¿En qué sentido? —dice Cyrus.

—Como un trozo de mármol.

—¿Qué clase de trozo de mármol?

—No sé, el del David de Miguel Ángel, por ejemplo.

—Tiene unas manos desproporcionadamente grandes, según recuerdo —dice Cyrus—. Y es la representación de un varón.

Emily se mira las manos. Esa mañana se había pintado las uñas de un rosa nacarado. Decide que sus uñas están bonitas, que sus manos son proporcionadas, lo cual es bueno, y que no se mueven como locas, lo cual también es bueno.

—Intentaba pensar en algo atractivo hecho de mármol —dice Emily—. Lo primero que se me vino a la cabeza fue el David. Espero que no empieces a analizarme por eso.

—Podrías haber dicho la Venus de Milo —dice Cyrus razonablemente.

—No tiene brazos —comenta Emily, y estira los suyos delante de ella—, y yo sí, ya ves.

—Así es —responde Cyrus—. Y, si te estoy siguiendo, y para ser franco no estoy nada seguro de que te esté siguiendo, tienes problemas… ¿eres insensible a…?

—Sí. —Emily se sienta recta en la silla y cruza los brazos.

—¿Estamos, tal vez, hablando de sexo?

Emily respira con mucho cuidado por la nariz. No debe dejar que Cyrus la desequilibre. Es una mujer madura y segura de sí misma.

—Lo estamos —dice.

—Podrías haber dicho «tan insensible como un trozo de madera», en lugar de como el David de Miguel Ángel —dice Cyrus.

—Mm —dice Emily—. Pero creo que he desarrollado un complejo de superioridad desde que dejé de beber. He salido muchas veces y me he dado cuenta de lo estúpida y roja que se pone la gente borracha, así que, en comparación, creo que yo soy bastante fabulosa. Has causado un daño enorme, ahora que lo pienso. Quizá debería volver a beber vodka.

—Dudo que eso mejore las cosas. —Cyrus se echa hacia atrás y coge su bolígrafo y su bloc de notas—. ¿Puedes ser más explícita? —pregunta.

Rebecca cierra el portátil con un chasquido. Duda que llegue tan lejos con Titus. De todos modos, hoy no lo hará porque hoy no va a abordar el tema del sexo, y, si tiene que hablar de sexo con Titus, podría morirse.

Lo que sería irónico, ríe Betty.

Rebecca no ha comido nada hoy porque todo le sabe a cerumen. Se pregunta cómo es que sabe a qué sabe el cerumen, y luego deja de preguntárselo. El sabor a cerumen viene de una pastilla nueva. El dolor ácido viene de una pastilla nueva. Lo sabe, pero no se imagina convenciendo a Titus. Coge un autobús al hospital.

—¿Cuánto va a durar? ¿Cuántos meses? —Rebecca está enfadada. No le gusta la naturaleza abierta de este proceso.

—¿Cuánto mide un trozo de cuerda? —dice Titus.

—No hagas eso.

—¿Qué?

—Clichés.

—Escúchame, esto no es… no puede ser una bala de plata.

Rebecca se queda mirando.

—Ahora lo estás haciendo literalmente a propósito. ¿Qué es en realidad una bala de plata? Quiero decir que siempre he pensado que las balas de plata tenían que ver con los hombres lobo. No soy un hombre lobo. Todo esto no es un hombre lobo.

Es un elefante, susurra Betty. Rebecca se vuelve para protestar, pero ya se ha ido.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Qué? —pregunta Rebecca.

—¿Sigues oyendo voces? —Ella ve a Titus echado hacia delante en su silla, observándola de cerca.

—No —dice Rebecca—. Mi boca sabe a… —Casi dice «cera de los oídos», pero no se atreve y dice «tallos de diente de león». Entonces se da cuenta de que esto no significará nada para Titus —. Y todavía me duele el estómago —añade.

—Detalles —dice—. ¿Por qué te enredas tanto en los detalles? Imagino que crees que te da más control, pero lo que deberías buscar es menos control. Relájate un poco, a ver qué pasa.

Rebecca piensa que si cede más control podría ser reconocida oficialmente como robot. Niega con la cabeza.

—Si vamos a utilizar clichés, si eso es lo que vamos a hacer —Titus levanta los ojos hacia el techo—, si eso es lo que va a pasar, me gustaría mucho llamar tu atención sobre la expresión «el diablo está en los detalles».

—Touché —dice Titus—. Bien hecho. ¿Te sientes mejor ahora? —Coge el bolígrafo y le quita la tapa.

—Y —dice Rebecca— me siento como si estuviera capitaneando un clíper, navegando a favor del viento con poco viento y toda la tripulación hubiera abandonado el barco.

—Muy bien. —Titus gira en su silla para mirar el ordenador—. Estas imágenes ¿se te ocurren o las prácticas de camino aquí?

—¿Qué imágenes?

—Esa… Esa en la que dices que no tienes ni idea de si vas a pie o a caballo. La otra, creo, tenía algo que ver con un camión que se partió en dos. Sabes que haces esto para evadir preguntas, ¿verdad? Sabes que, durante todo este tiempo, has evitado casi por completo enfrentarte o incluso mirar lo que te ha traído aquí y que, si te presiono, me la devuelves el doble de fuerte. Que me preguntas dónde vivo o si soy gemelo y debes saber, que yo lo sé, que ninguna de esas cosas te importa. Solo eres evasiva. Lo sabes, ¿verdad?

Rebecca abre la boca para hablar y vuelve a cerrarla.

—Tal vez estemos llegando a alguna parte.

—¿Porque me callo?

—Es un cambio.

—Eres un maleducado. Solo soy una persona sentada frente a otra pidiéndole que la ayude, y tú no lo harás.

—Lo haré si me dejas.

—Me envenenas.

—Así que no confías en mi juicio clínico. Has decidido que soy demasiado joven, ordenado, urbanita o algo así, para ayudar.

—Qué gracioso —dice Rebecca.

—Y, para tu información, no soy ninguna de esas cosas.

—No me importa si lo eres. No me importa si lo sois todos.

El médico la observa un momento. Rebecca desea que no lo haga y se queda tan quieta como puede, pero sus ojos recorren la habitación.

—Y ¿en qué estás pensando? —dice Titus.

Métete en tus asuntos, piensa Rebecca.

—En nada —dice.

—Creo que estás pensando en algo —dice Titus.

Rebecca le fulmina con la mirada.

—Mi trabajo no es meterme en mis asuntos —dice Titus—. Tus asuntos son mis asuntos en lo que a esto se refiere. —Se señala a sí mismo y luego a ella.

—Me voy —dice Rebecca, y se pone en pie.

—Hazlo —dice Titus. Está sentado muy quieto; su rostro inexpresivo.

Rebecca está en la puerta del hospital. Le duele la cabeza. ¿Cómo lo hace Titus? ¿Cómo sabe lo que ella está pensando? Es extraño e innecesario. Es un truco. Ella está segura de que lo es. Es uno de esos lectores de caras. Es un lector de caras chino.

Rebecca mira calle arriba y abajo. El viento es gélido y el tráfico está parado, y expulsa gases de escape. Puede reconocer el río por debajo del olor a gasolina y metal caliente.

Un hombre cruza el paso de cebra. No mira ni a izquierda ni a derecha, y un taxi pisa el freno con un chirrido. El hombre, pequeño y asiático, con el pelo ondeando en plumas negras sobre su gran frente, gira a la izquierda hacia el hospital. Rebecca piensa que tal vez sea un paciente o un miembro del personal. Espera en la escalinata del hospital, sujeta a la barandilla de hierro con la mano izquierda. El hombre se detiene al pie de la escalinata y mira a Rebecca. Lleva en la mano una bolsa de John Lewis. Parece vacía.

—La tierra siempre está en la mente de un pájaro que vuela —le dice a Rebecca, y luego desaparece.

Pieza 31

Rebecca está en su casa, sentada en la cama. Tiene el portátil abierto y está escribiendo. Pomp está estirado a sus pies. A pesar del viento que azota las ventanas de guillotina, se siente muy tranquila.

Emily está sentada en la consulta del médico, escribe Rebecca.

—Entonces —dice él—, ¿cómo has estado?

Emily le mira de arriba abajo. Lleva un chaleco de cuadros grises con solapas de muesca sobre una camisa verde oscuro. Su chaqueta Harris de tweed cuelga del respaldo de la silla. Emily se muerde el labio inferior.

—¿Qué?

—¿Vas a ir de vaquero? —dice Emily.

—¿A ir?

—Dondequiera que vayas después. ¿Tienes sombrero?

—Emily…

—¿Cyrus?

—¿Qué?

—¿Tienes caballo?

—Así que supongo, por tu comportamiento general, que estás bien. Todo bien. Tomando tu medicación como una niña buena y sintiéndote bastante contenta. ¿Estoy en lo cierto?

—Me siento bastante normal, pero me caí por las escaleras —le dice Emily. Intenta concentrarse en sus calcetines, pero también los encuentra muy divertidos.

Cyrus se quita las gafas y entrecierra los ojos.

—¿Por qué?

—¿Estoy mirando tus calcetines? Bueno, son rojos y verdes. No es Navidad.

Cyrus deja el bolígrafo y gira la silla para mirarla.

—¿Te has caído por las escaleras?

—Sí, acabo de decírtelo.

—¿Por qué entonces?

—Porque estaba mirando el portátil y llevaba calcetines, de color normal, y me resbalé.

—¿Pero estás bien?

—No, estoy toda magullada. Me duelen las costillas, pero he salvado el portátil, que es lo principal, y no estoy chillando de dolor.

—En realidad, sí —dice Cyrus.

—Bueno, llegué un poco temprano, así que compré un café de camino aquí y tuve que bebérmelo bastante rápido, así que estoy un poco chillona, pero no lo estaba antes del café. Sin embargo, me siento muy rara, demasiado animada, no sé si me entiendes, y tu chaleco puede ser la gota que colme el vaso.

—Nada de café después de mediodía, ya te lo he dicho. De hecho, creo que te lo he dicho repetidas veces.

—He apagado el móvil. En eso he sido obediente.

—Café no —dice Cyrus—, y no quiero obediencia. No eres un perro.

—Me encanta cuando te pones prescriptivo —dice Emily.

Cyrus escribe algo en su bloc.

—Sé que tienes tendencia a reírte de las cosas, pero lo digo en serio.

—Pero ¿es tu chaleco?

—¿Qué tiene de malo? Es nuevo. —Cyrus se mira. Se ha desabrochado el botón inferior del chaleco, lo cual es correcto, pero lleva un anillo de sello y una alianza, lo cual no lo es.

Díselo, le dice Betty al oído a Emily. Esta niega con la cabeza.

—Creía que tenías que llamarte Laurence Llewelyn-Bowen para que te permitieran llevar solapas de muesca en los chalecos.

—Pues está claro que te equivocas y es demostrable —dice Cyrus—, y no lo estropees; me estaba gustando. Es nuevo.

—Lo siento —dice Emily. Estira los dedos todo lo que puede—. ¿Puedo irme ya?

—¿Tienes suficiente tranquiltolam y suficiente dulsexatina para las próximas dos semanas?

—No tengo. Dejé la dulsexatina hace tres semanas.

Cyrus apoya la cabeza en las manos y vuelve a mirar a Emily mientras arranca una página de su

recetario.

—¿Por qué demonios has hecho eso sin consultarme?

—Te dije que no podía soportarlo y no me escuchaste, así que…

—¿Así que lo dejaste? ¿Sin más?

—Pues sí.

Cyrus vuelve a dejar su bloc sobre el escritorio.

—Me rindo —dice.

—Por favor, ¿me puedes recetar tranquiltolam? Sigo tomando eso y la colapsetina. Tengo mucha, pero sigo tomándola.

Cyrus suspira y coge el bloc.

—¿Cómo va la escritura? —pregunta, y le entrega la receta a Emily—. ¿Lo lee Sam?

—Va bien. El problema es que te niegas en redondo a hacer nada interesante y tengo que inventármelo todo, lo que lleva mucho más tiempo que un reportaje. ¿No puedes estar un poco loco para que yo tenga algo que escribir? Eres demasiado sensato.

—Si fuera demasiado sensato, no sería buen psiquiatra, ¿a que no? Ni siquiera sería buen médico; uno necesita cierto grado de empatía, ya sabes.

—Así que ¿no?

—No mucho, no.

—Así que ¿no tienes una ciudad fortificada y una autopista en la cabeza?

—No lo creo, no. Aunque, obviamente, ayudaría si tuviera la menor idea de qué es de lo que estás hablando.

Emily rebusca en su bolso y saca su cuaderno elefante.

—¿Me prestas el bolígrafo? —pregunta.

—¿Qué he hecho? —pregunta Cyrus. Intenta no sonreír.

—Ha sido interesante —dice Emily—. Revelador.

Cyrus le entrega su bolígrafo.

Emily escribe.

—Gracias, ha sido muy útil —dice, y le devuelve el bolígrafo.

—¿Por qué tengo la sensación de que hay algo que no está bien aquí?

—Porque lo hay —dice Emily—. Recuerda que soy muy lista.

—¿He dicho yo eso?

—Sí, lo dijiste —contesta ella.

—Debo tener más cuidado.

—Debes hacerlo —dice Emily.

Pieza 32

Rebecca había invitado a todos los niños a cenar. Quería que supieran lo bien que se encontraba y arreglar su relación con Kit. Abigail la había perdonado por su horrible comportamiento, pensó, porque Abigail perdonaba a todo el mundo; sin embargo, de Kit no estaba tan segura. Annie, en su opinión, casi había olvidado el incidente por completo.

Había estado pelando patatas en la encimera de la cocina con Abigail a su lado. Annie y Kit estaban jugando en el ordenador en el piso de arriba, y Sam había prometido regresar pronto del trabajo. Parecía que las cosas volvían a la normalidad. Esperaba que fuera una feliz reunión familiar.

Rebecca recuerda una comida familiar de hace mucho tiempo. Fue inusual porque su madre y su padre estaban en paz. Tal vez no siempre habían estado peleando; tal vez ella no se acordaba bien.

La familia estaba sentada en el jardín de Suffolk. Debía de ser una ocasión especial, quizá un cumpleaños. Estaban sentados en una alfombra extendida sobre el césped, y ella visualizó una jarra de limonada, una tarta y a Giles sentado en el regazo de su madre, sosteniendo una gran pelota de goma roja.

La familia de Rebecca, los Kelly, era de origen irlandés, pero ninguno de ellos se quedó en Irlanda. Se marcharon hace mucho tiempo, durante la hambruna. Recordó que su padre había hablado de ello. Estaba apoyado en un codo, llevaba una camisa azul remangada y el pelo oscuro alborotado por el viento.

Era como mirar una fotografía, una fotografía en movimiento, pensó.

—O se marchaban, o morían —explicó David a sus hijos—. Si alguna valiente tatarabuela vuestra no hubiera sacado a su hombre del pub, recogido a sus hijos y su casa y subido a un barco, ninguno de vosotros estaría aquí, ni uno solo. Todos deberíais estarle agradecidos a esa mujer.

—Así que ¿se fueron a Cornualles? —preguntó Alex.

—Tal vez sí, o tal vez fueron a Gales primero. No lo sabemos, pero deberías estar orgullosa de ser irlandesa. Los irlandeses son luchadores y supervivientes; de ahí proviene tu bonito pelo, Rebecca.

Ella se sonrojó de placer. Su padre rara vez la elogiaba, y nunca por su aspecto.

—Creía que éramos de Cornualles —dijo Martin.

—Sois medio de Cornualles —contestó Pen en voz baja.

Su familia había pescado en las profundas y verdes aguas del Fal y cultivado la rica tierra de la

península de Roseland durante generaciones.

—Sin embargo, son los que siguen adelante los que marcan la diferencia. El acero se forja en el fuego, y son los riesgos los que cosechan recompensas —dijo su padre—. Como cuando nos mudamos a Suffolk. Si nos hubiéramos quedado a vivir en Cornualles, seguiríamos en esa casita de campo, todos apretujados, en vez de en este hermoso lugar.

Rebecca lo imaginó extendiendo la mano para indicar el amplio jardín verde y la larga y baja casa con entramado de madera.

Ahora, Rebecca cogió una patata y empezó a pelar hábilmente la piel dorada moteada con un afilado cuchillo de pelar, revelando la firme carne blanca de debajo.

Abigail acababa de llegar a casa de un viaje a Dublín y se lo estaba contando todo a su madre. Rebecca nunca había estado en Irlanda.

—Iba en un taxi, de camino al aeropuerto —cuenta Abigail—, y el taxista me preguntó si era pelirroja por mi ascendencia irlandesa. No quería meterme con papá y todo ese rollo judío, así que me limité a decir «Sí».

—¿Cómo se llama? —le había preguntado el taxista.

—Se lo conté a Kelly —dijo Abigail—, y me dijo: «Aaah, así que seréis los cabrones que os tomasteis la sopa».

—¿Qué significa eso? —preguntó Rebecca.

—Dijo que se nos había caído la «O», como en «O'Connor» u «O'Reilly», lo que significaba que habíamos tomado la sopa de los ingleses para alimentar a nuestros hijos. Dijo que por eso estábamos en Inglaterra, porque los irlandeses no nos aceptarían después de eso. Dijo que éramos peores que los escoceses del Úlster.

—Un poco grosero —dijo Rebecca, y echó cebollas picadas a la sartén.

—No, estaba siendo muy gracioso —dijo Abigail.

—Lo volvería a hacer —dijo Rebecca, y recordó, como si fueran sus propios recuerdos, las zanjas llenas de patatas podridas, putrefactas, donde había yacido la cosecha buena y limpia.

Abigail cogió un cuchillo, se puso junto a su madre y empezó a pelar zanahorias.

—¿Qué volverías a hacer?

—Tomar la sopa.

Abigail miró de reojo a su madre.

—Sé que lo harías —dijo.

Pieza 33

—Señora Wise. —Titus está de pie en la puerta de la sala de espera. No sonríe—. Sígueme —dice.

Rebecca lo hace. En la puerta de su consulta, él se aparta a un lado y la invita a pasar delante de él. Hoy lleva un traje negro con una corbata rojo sangre. La corbata tiene un motivo de Medusa en su parte más ancha. Versace, piensa Rebecca.

Titus se sienta detrás de su escritorio y consulta algo en el portátil. Esto es inusual. Titus debe de haberse movido de forma deliberada de manera que el escritorio quedara entre ellos.

—Siéntate —dice sin levantar la vista de la pantalla del ordenador.

Guau, tengo problemas; algo acaba de llegar para reventar mi burbuja, piensa Rebecca. Se sienta.

Titus deja de hacer lo que esté haciendo. Se echa hacia atrás en la silla, cruza los brazos sobre el pecho y mira a Rebecca.

—¿Y?

—¿Qué he hecho? —dice Rebecca.

—Dímelo tú —responde Titus.

—No mucho —dice Rebecca—. He conseguido que Pawel me pusiera una pérgola en el balcón. He escrito muchísimo. Ayer tuve un cumpleaños muy feliz. Gracias por preguntar. Fuimos a ver la exposición de Vanessa Bell a la Dulwich Picture Gallery. He estado en Charleston, así que…

Titus levanta la mano para hacerla callar.

—Me refiero a tu medicación —explica. La mira por encima de las gafas, se las sube al puente de la nariz con el índice y Rebecca se encoge de hombros.

—Nada —dice.

Titus se pasa una mano por el pelo.

—Eso no es cierto, ¿verdad? —pregunta—. ¿Por qué has dejado de tomar el cryazatine sin hablarlo antes conmigo?

—Ah, eso —dice Rebecca. ¿Cómo lo sabe?, piensa.

—Sí, eso —responde Titus.

—Me hacía chillar —dice Rebecca—. Me hacía querer bajar los chillidos con alcohol y me hacía preguntarme por qué me lo habías recetado.

Titus coge el bloc.

—¿Qué quieres decir con eso último?

—¿Te has puesto ese traje hoy especialmente para regañarme? Tengo que decir que es terriblemente amenazador.

—No elijo mi ropa pensando en ti, no —dice Titus.

—Ah, vale —dice Rebecca—, porque, con lo de la Medusa y el negro…

Titus suspira.

—Basta, Rebecca —dice.

—Bueno, has empezado tú —refunfuña Rebecca.

—¿Invadí Polonia? —dice Titus.

—Me encanta que compartamos tantas referencias culturales, pero no, iba a decir que me recetaste un medicamento horrible de verdad que está claro que no me sentaba bien. Parecías decidido a que siguiera tomándolo, a pesar de lo que creo que llamarías claras contraindicaciones. Así que empezaste tú.

—Así que ¿pensaste que era mejor no tomarlo?

—Sí —contesta Rebecca—. Empecé a cuestionar tus motivos.

—¿Por qué crees que quería que siguieras tomando cryazatine? Te dije que las probabilidades de recaída de la enfermedad depresiva son altas en los pacientes que dejan de tomar los antidepresivos prescritos en el plazo de un año, pero tú pareces estar insinuando otra cosa. ¿Qué estás diciendo exactamente?

—Tu interés, tu campo de estudio, son los síndromes somáticos funcionales, ¿no?

Titus cruza los brazos con más fuerza sobre el pecho, luego los despliega y apoya ligeramente las manos sobre el escritorio.

—Sí, ¿y?

Como un libro, piensa Rebecca. Realmente a Titus le habría venido mejor prestar más atención a los estudios sobre el lenguaje corporal.

—También estás interesado en la relevancia motivacional del cuerpo estriado, ¿verdad?

—No tienes ni idea de lo que estás hablando, ¿a que no? —pregunta Titus.

—Creo que tengo una idea aproximada —dice Rebecca.

—No es suficiente —argumenta Titus—. Ahora, si quieres ir al grano… Mira el reloj. Tengo una tarde muy ocupada por delante.

—Creo que te diste cuenta, desde el principio de nuestra relación, de que no estoy muy enferma. Creo que tal vez te interesó mi tolerancia a un medicamento que se utiliza casi exclusivamente para tratar la fibromialgia…

—Si supieras lo paranoica que estás empezando a sonar, probablemente pararías esto ahora mismo. —Titus se levanta—. Señora Wise, por mucho que imagines lo contrario, no soy un monstruo, y en ningún momento te he utilizado como conejillo de Indias. Estoy muy ocupado, así que… —Titus se acerca a la puerta.

—Aún no me voy —dice Rebecca. Pone las manos en los reposabrazos de la silla como si creyera que Titus fuera a cruzar la habitación de un salto e intentar sacarla por la fuerza—. Quiero que me digas por qué tenías tantas ganas de que tomara cryazatine y por qué te molesta tanto que lo haya dejado.

Titus se vuelve y la mira.

—Pensé, realmente pensé que te ayudaría. Creo que te estaba ayudando. No entiendo por qué no confías en mí. —Apoya la espalda contra la puerta cerrada y cierra brevemente los ojos. Los abre y la mira—. ¿Por qué no? —le dice.

Por primera vez desde que le conoce, Titus parece haber abandonado cualquier pretensión.

Rebecca ve que su rostro está pálido, que hay sombras oscuras bajo sus ojos. Parece vulnerable y agotado.

Dios, piensa. ¿Qué estoy haciendo?

—Estoy muy confusa —dice.

—¿Qué es lo que te parece confuso? ¿Qué parte? Soy tu médico. Tú estás enferma. Te prescribo medicamentos. Te niegas a confiar en mí. Estoy de tu lado, lo sabes. —Titus sigue apoyado en la puerta.

—La parte en la que, cuanto más hagas algo que no te gusta hacer, mejor se te dará. Esa píldora me estaba volviendo loca. No quería mejorar tomándola.

—Desde luego que no —dice Titus.

Él cruza la habitación y vuelve a sentarse detrás de su escritorio. Se sube las gafas a la frente, apoya la cabeza en las manos y se golpea los talones de las mismas contra las cuencas de los ojos.

Rebecca siente una repentina empatía por él.

Titus la observa.

—¿Hay alguna posibilidad, crees, de que estés equivocada, de que yo pensara que el cryazatine podía haberte estado ayudando y de que no tuviera otro motivo que ese? ¿Por qué no confías en mí?

—Ni siquiera confío en mí —reconoce Rebecca—. Confío en mí misma para el bienestar de los demás, pero no para el mío. ¿Por qué iba a confiar en nadie más? —Titus niega con la cabeza, sorprendido. No dice nada—. ¿Qué pasa con las personas que se preparan para una experiencia que no pueden soportar y luego se preparan para repetirla y les resulta igual de difícil? ¿Cuántas veces deben intentarlo? ¿Cómo saben que experimentar repetidas veces algo horrible no es consolidarlo y acumularlo hasta que sea demasiado, hasta que se convierta en algo que deben evitar a toda costa y en cualquier circunstancia?

—¿Estás hablando del cryazatine?

—Oh, Titus, por supuesto que sí. Fue demasiado. No podía soportarlo.

Él la mira durante un largo momento.

Rebecca no puede imaginar ninguna otra situación en la que ella y Titus hubieran establecido alguna conexión. Cada uno habría descartado al otro, está segura de ello; sin embargo, aquí están, mirándose fijamente.

Habla mucho de Titus con amigos y familiares. Está segura de que él no habla de ella con nadie.

—Cuando viniste a verme por primera vez, me tenías miedo. Lo dijiste en varias ocasiones. ¿Qué sientes por mí ahora? Aparte de exasperación, obviamente.

—En realidad, no eras tú. Tenía miedo de lo que representabas. No estoy exasperada. Estoy confundida.

—¿No sigo representando todo eso?

—¿Qué?

—Lo que fuera. ¿La autoridad, el ponerse pesado, invadir el espacio, como quieras llamarlo?

—No, pero aun así no puedes esperar que confíe en ti.

Titus se quita las gafas y las deja sobre la mesa.

—¿Por qué? ¿No te has acostumbrado a mí y a lo que hago? Sinceramente, ¿te he decepcionado?

—Sí, no, no lo sé. Soy literalmente incapaz de confiar. Pero me gustas. ¿Te lo imaginas? No debe de ocurrir casi nunca.

Titus casi sonríe.

—¿Te gusto yo en particular o los psiquiatras en general?

—Tú.

—¿Por qué yo? ¿Soy repulsivo?

—Sabes que no lo eres.

—¿Por qué yo especialmente?

—Por tu armadura: los trajes, la elaborada cortesía, la extraña voz neutra, las gafas usadas como atrezo…; por todo ello. Mantienes a la gente a distancia. Es tu intención.

Titus vuelve a pasarse las manos por el pelo. Apoya los codos en el escritorio y se vuelve un segundo para mirar por la amplia ventana de guillotina. Es un día de finales de verano, con nubes blancas y sombras cambiantes. Cuando vuelve a mirar a Rebecca, él parece mucho mayor.

—No mantengo a la gente a distancia, pero como ya te he explicado antes, una distancia profesional es esencial para que pueda hacer mi trabajo correctamente. Y, te lo repito, estoy de tu parte, no tengo segundas intenciones, y me gustaría que me creyeras.

—El cryazatine me hacía sentir como un hámster en una jaula, en una rueda, drogada —dice Rebecca.

Titus sonríe.

—Ahí está —dice.

Pieza 34

Harriet y su familia vivían en una gran casa georgiana a cinco kilómetros de la de Rebecca. La vivienda, a la que se accedía por un camino de grava flanqueado por cercados, era alta y con tejado de tejas. Estaba pintada de amarillo, y la puerta verde botella. Desde la penumbra del elevado vestíbulo, una gran escalera de caracol conducía a los pisos superiores. A la derecha del vestíbulo estaba la cocina y el comedor; a la izquierda, una enorme sala de estar, y, más allá, un salón.

Fuera, el jardín rodeaba la casa en un abrazo verde y salvaje. Los tejos salpicaban el césped, donde una pequeña bandada de gallinas rojas escarbaba en busca de lombrices. Un sauce llorón crecía demasiado cerca de un antiguo granero en ruinas con armazón en forma de A, y los arriates crujían bajo el peso de hortensias, malvarrosas, altramuces, macizos de lirios y malas hierbas. Más allá del granero había un gran estanque en el que holgazaneaban patos de Aylesbury.

Miranda, de pie en la cocina, encendió un cigarrillo y miró por la ventana.

—Tengo jardinero —dijo—, pero es más que inútil, ¿no?

Rebecca y su familia estaban de visita. Después de comer, los padres de Rebecca sentados a la gran mesa de roble de la cocina bebían vino tinto. Habían comido estofado de liebre con puré de patata y lombarda, seguido de crumble de manzana. Rebecca solo se había comido las verduras porque pensaba que las liebres eran demasiado bonitas para comérselas.

—Pero Rebecca, querida —había replicado Miranda—, Milo le disparó con una pistola de aire comprimido en el prado de arriba; de todos modos, ya estaba muerta.

Rebecca había negado con la cabeza.

—No, gracias —había dicho, pero la cocina estaba llena de aromas maravillosos de salsa, hierbas, vino y enebro.

Miranda era muy buena cocinera.

Antes, Harriet le había enseñado la casa a Rebecca.

En el granero tenía un poni llamado Ambrose. Era un pequeño bayo con una estrella blanca en su carita malhumorada.

—No lo toques, muerde —le había dicho Harriet a Rebecca, y había desviado su cabeza de cabello serpenteante cuando habían pasado por delante del establo del animal—. No puedes montarlo; es demasiado difícil para los principiantes. Lo montaré más tarde, si quieres. Tiene un salto enorme. —Señaló hacia las balas de heno apiladas en el otro extremo del edificio—. Tenemos que buscar huevos de gallinas —explicó—. Los esconden en el heno y luego se sientan encima. Por supuesto, nunca eclosionan. No tenemos gallo.

Rebecca se había detenido un momento y respiraba en la húmeda oscuridad, las sombras oblicuas y el silencio. Detrás de ella, Ambrose había resoplado.

—Deja de juntar lana —había dicho Harriet—. Es casi la hora de comer.

¿«Juntar lana»? ¿Qué es «juntar lana»?, había pensado Rebecca. Sabía que debía preguntar, así que no lo hizo.

Ahora Harriet preparó dos vasos de Ribena con agua del grifo de la cocina, y Rebecca escuchó la conversación de los adultos.

—Bueno, ¿por qué le aguantas? —preguntó la madre de Rebecca.

Miranda sacó otro cigarrillo del paquete, lo encendió con la colilla del anterior y expulsó el humo por las fosas nasales.

—Patrick es un encanto —dijo—. Es joven de verdad, ya sabes, los ¿niveles de energía? Lo encuentro terriblemente atractivo. No sé si me entiendes.

Los padres de Rebecca se rieron.

—Vamos —dijo Harriet, y le pasó a Rebecca un vaso de Ribena—. Ven a ver mi habitación.

Esta daba al granero. Unas descoloridas cortinas de felpa colgaban por encima del suelo de roble blanqueado y una alfombra del color del sol yacía junto a la alta cama de latón, llena con almohadas, muñecas de trapo y osos de peluche calvos. Un armario pintado de color crema ocupaba una pared; en la otra, sobre una mesa baja, había una casa de muñecas cuya fachada estaba abierta y revelaba un caos de muebles diminutos y muñecas desparejadas. Rebecca se acercó lentamente.

—No toques eso —dijo Harriet—; es antiguo.

Pieza 35

Rebecca está tumbada en la cama junto a Sam.

—Tienes que decírselo —le dice él—. Sé que será embarazoso, pero tienes que hacerlo.

Rebecca se sonroja al pensarlo.

—Si fueras tú, no se lo dirías a un médico.

—No me gustaría —dice Sam, y asiente con la cabeza.

—No, no lo harías. ¿Te lo imaginas? «Por cierto, doctor Cosa, mi pene se ha vuelto peculiar y no funciona. ¿Alguna sugerencia?». De todos modos, tal vez podríamos hacer algo al respecto. Tal vez podríamos hacer algo diferente. Quizá sea mejor en Francia. A lo mejor estamos demasiado cansados. —Rebecca espera que eso sea cierto.

—No me importa por mí, de verdad que no, pero no es normal, no en nuestro caso, ¿no? ¿Te estoy presionando? ¿Es eso? —Sam suena muy estresado.

—No, no me estás presionando. Nunca lo harías. Quizá me esté presionando yo.

—Estaba bien antes de que empezaras a tomar estas pastillas, y en las instrucciones dice que si experimentas disfunción sexual debes decírselo a tu médico. Eso dice, ¿no? —Rebecca inspira lentamente por la nariz. No contesta—. Quizá sea una señal de que no deberías tomarlas. —Junto con todos los demás signos, piensa ella—. No me importa. Quiero decir, un poco sí, pero hay cosas peores.

Sin embargo, sí le importa; le importa mucho. Ella y Sam no han tenido ningún problema sexual hasta ahora, y ella siempre ha estado satisfecha en secreto de lo funcional que es su cuerpo. Ha tenido hijos, nunca ha tenido problemas de espalda, ha soportado todo lo que ella le ha echado encima a lo largo de los años…, excepto los ISRS.

—Probablemente tengo demasiada serotonina. Tal vez me esté estropeando el nervio vago o algo así —dice Rebeca por decir algo.

Había leído en alguna parte que el nervio vago es muy importante para la salud mental y que comer lentejas o algo parecido lo hacía funcionar mejor. Le gustaría no tener tantas tonterías en la cabeza.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué es el nervio vago?

—Realmente no lo sé —contesta—. Es algo que leí en alguna parte y puede sentir cosas. —Rebecca se apoya en un codo—. Pero no acabo de entenderlo.

—No estás ni cerca de saber qué es —dice Sam.

Rebecca vuelve a tumbarse. Se pregunta si será psicosomático o idiopático y luego piensa que debe dejar de buscar cosas en Google.

—Es ese absurdo doctor de cerebros tuyo. Probablemente esté haciendo algún estudio sobre los matrimonios que no tienen relaciones sexuales y el divorcio. Tal vez esté dando ahora una conferencia sobre ese tema en este mismo momento a un montón de estudiantes boquiabiertos.

Rebecca coge el brazo de Sam y mira su Apple Watch, que brilla en la oscuridad.

—Es la una menos veinte, así que no creo que lo esté —dice.

—Bueno, creo que deberías hablar con él.

Rebecca se pone bocarriba y parpadea en la oscuridad. No dice nada. Pronto oye cómo la respiración de Sam se convierte en un ronquido rítmico, y empiezan a salirle lágrimas de los ojos y a caer en la almohada.

Tiene miedo de dormirse. Le duelen los ojos por la falta de sueño; los párpados le pesan y se enrojecen durante el día, se estremecen con la luz del sol y le duele cerrarlos cada tarde, pero sus sueños son demasiado terribles.

—Mis sueños son horribles —le había dicho a Titus la última vez que lo había visto—. ¿Por qué? Nunca he visto una película de terror. No sé cómo puedo inventarme estas cosas. ¿Cómo podría?

—De nada —dijo—. Es casi seguro que los sueños son un efecto secundario de tu medicación.

—No te lo agradezco. Tengo miedo de dormir. ¿Por qué tengo pensamientos tan horribles? ¿Qué me pasa en la cabeza?

Titus lo había considerado un momento.

—Bueno, cualquier cosa que tenga que ver con el cerebro… —dijo.

—No es tanto que me despierte, sino más como que salgo a la superficie.

—¿A la superficie?

—Sí, estoy como arrojada a la orilla de la mañana como un náufrago, arrastrando los restos de mis sueños como si fueran vísceras.

—Dios, ¿te lo has inventado?

—Eso es lo que estoy diciendo, ¿se inventa uno algo?

—¿Qué quieres decir?

—¿Puede uno, quiero decir?

—Seguro que sí.

—¿Te ha gustado?

—Me gustó lo de las vísceras, pero en general la imagen me pareció un poco exagerada.

—Tú no tienes mis sueños. Titus, no veo películas de terror. ¿Cómo se me pueden ocurrir imágenes tan horripilantes?

—¿Por qué no ves películas de terror?

—Son horribles y se me meterían en la mente. Ya sabes, como cuando tocas una caca de perro sin querer.

—No sé, pero sigue…

—Quiero decir, ¿si lo hicieras?

—No sucedería.

Rebecca sabía que no.

—La cuestión es que podrías lavarte la mano —le dijo, y le clavó una mirada feroz—. Si está en tu mente, en cambio, se quedará ahí para siempre.

—¿Caca de perro?

—Es una analogía —dijo Rebecca. Titus estaba siendo obtuso.

—Por supuesto que entiendo tu punto de vista. Es un poco escatológico, pero lo entiendo. Sabes que son las pastillas, ¿verdad? —había dicho.

Ahora, Rebecca piensa en zambullirse en una piscina inmunda para salvar a una anoréxica que se está ahogando. Siente cómo los huesos de la chica se deslizan entre sus dedos, que arañan desesperadamente, y nada hasta el fondo de la piscina para encontrar solo pechos ensangrentados que se mecen. Piensa en Titus tumbado en el diván de un terapeuta en una habitación llena de libros antiguos y pergaminos que se desmoronan mientras las larvas de la polilla devoran su fino traje de lana y se le clavan en la piel blanca bajo su camisa planchada.

—¿Son realmente tan malos? —había preguntado Sam.

Rebecca había asentido con la cabeza.

—De forma hiriente —había dicho—, incluso cuando a veces estoy despierta.

Aquella tarde estaba en la cocina lavando su taza de café cuando tuvo la certeza de que se le había derretido la carne de las manos y sus dedos esqueléticos arañaban el acero inoxidable bajo la espuma del jabón. Sacar las manos del agua había sido una tarea titánica. Se había mirado los dedos rosados cubiertos de carne durante dos minutos para asegurarse de que eran sólidos. El

perro de la parálisis del sueño había sido malo, pero la cosa había ido a más. Las arañas pululaban en la oscuridad. El diablo, una manifestación de siete pies de altura, con patas de cabra y cuernos, llevaba a un niño, con el rostro contorsionado por la malicia de los ojos abiertos de par en par, hacia el abismo. Su cuerpo se abultó y explotaron tripas calientes. Un bebé, inesperadamente resbaladizo por la sangre, se deslizó de su agarre a la boca de una gran rana sonriente. Todas las noches se despertaba con el corazón martilleándole, mojada por el sudor que se secaba rápidamente en las cálidas noches de verano, dejándola tiritando en su pijama húmedo. Normalmente, Rebecca decide no intentar volver a dormirse. Ahora se inclina y besa la cabeza de Sam.

—Voy abajo —dice.

Pieza 36

A medida que avanza el día, Rebecca se muestra cada vez más inquieta. Se había despertado a las seis. Hoy tiene que ver a Titus. Sam ya se ha ido a trabajar. Rebecca odia ver a Titus; eso es todo. Conlleva tantos problemas. ¿Cómo llegar? ¿Autobús, metro, taxi, coche? Qué decir cuando llegue. Estoy bien. No estoy bien. Sudo todo el tiempo. Me siento inútil en la cama con mi marido. ¿Puedo tomar menos de esta pastilla? ¿Puedo no tomar ninguna? O cualquiera de las anteriores.

Saca el portátil y se sienta en la cama, lo apoya en una almohada.

—¿Cómo experimentas exactamente el compromiso que describes? —Cyrus Mason se echa hacia atrás en su silla y mueve los dedos, escribe Rebecca.

Emily le observa. Ladea la cabeza mientras espera su respuesta. No ha dicho «cómo aproximadamente», sino «cómo exactamente», piensa.

—Soy muy mala siendo exacta —dice.

—Pero puedes intentarlo —dice Cyrus.

Cyrus se ha colado por la puerta principal, se ha preparado una taza de té, ha cambiado de sitio los cojines del sofá y ahora está en el dormitorio de ella, rebuscando en su cajón de la ropa interior y quiere saber «cómo exactamente». Emily se siente comprometida.

Rebecca se apoya en el cabecero de la cama y respira hondo. Se preguntaba si todo el mundo respondía así a Titus o si solo ella lo hacía.

Emily decide que Cyrus es estúpido, escribe Rebecca. Luego se da cuenta de que no lo es, y comprende que él sabe exactamente lo que hace.

—No quiero que sepas lo que sabes —dice—. No quiero que sepas que lloro, que estoy confusa, que tengo miedo, que me he puesto enferma.

—¿Que no lo sepa yo en concreto, o que no lo sepa nadie? —dice Cyrus.

—Tú, tú no eres mi amigo, no eres de mi familia. Tengo una fachada que mantener y tú sigues empujándola y destrozándola.

Cyrus sonríe.

—¿Lo hago? No es mi intención. —Parece como si no le importara.

Tú, tú en particular, piensa Rebecca, y cierra el portátil.

Decide conducir hasta el hospital. Al menos su coche tiene aire acondicionado. Fuera, el sol azota las calles con fragmentos de calor que rebotan en las aceras polvorientas y las casas con

fachadas de estuco. Los plátanos pierden sus hojas marrones y los sicomoros escupen savia pegajosa sobre los vehículos. Incluso los mirlos han dejado de cantar y ahora se lanzan advertencias unos a otros.

Rebecca no sabe dónde está su coche. Se lo había prestado a Kit, y ahora él se niega obstinadamente a contestar a sus mensajes o a coger el teléfono. Decide caminar hasta Hawksmoor Road, donde Kit suele dejarlo. Hawksmoor es la calle más cercana a su apartamento dentro de la zona donde tiene permiso para aparcar.

Rebecca cierra la puerta de la casa echando las dos llaves y sale. Hace calor. Recorre la calle, la cruza para evitar a los obreros con chalecos reflectantes que están excavando un megasótano bajo la casa que hay al fondo. Siempre parecen estar inmersos en algún tipo de crisis técnica y pasan un tiempo desmesurado gritando por el móvil o sentados en la acera sujetándose la cabeza con aparente desesperación. Rebecca cree probable que, en algún momento, toda la terraza se derrumbe y forme una inmensa sima.

Una ola de sudor la baña y se le resbalan las Ray-Ban por la nariz. Tiene la cara mojada. ¿Qué clase de pastilla ha hecho eso? ¿Cómo puede servirle a alguien? Después de pensarlo, se le ocurre que tal vez haya sido la menopausia la que ha decidido de repente que ha llegado el momento de lanzarse al ataque, en lugar de un extraño cambio de humor o un dolor de cabeza punzante, o tal vez el implacable calor de la ciudad. Vuelve a llamar a Kit, y no obtiene respuesta.

Su coche no está en Hawksmoor Road. La guardería acaba de dar el alta a sus alumnos cuando ella llega y esquiva patinetes zumbando y mamás deliciosas, de dos en dos, empujando sus Bugaboos. Pulsa el mando a distancia de la llave apuntando a algunos vehículos negros que parecen sospechosos, pero ninguno es el suyo. ¿Por qué todos los coches parecen iguales? ¿Qué sentido tiene? Los coches, piensa Rebecca, son la prueba de que no existe la evolución en la naturaleza. Si la hubiera, todos los animales y aves que viven en entornos similares también tendrían el mismo aspecto. ¿Cómo podría un piquero de patas azules ser el resultado de la evolución? Las patas azules eran inútiles, jadeantemente inútiles y, en algunas circunstancias —aquí los pensamientos de Rebecca se vuelven menos agudos— probablemente un estorbo. Sin embargo, las patas de los piqueros machos eran abrumadoramente azules y, cuanto más azules eran y más agitaban sus patas, más probabilidades tenían de conseguir pareja. Explíquenme eso, malditos científicos, piensa con rebeldía. Luego piensa en Titus y sabe que, si se lo preguntara, él se lo explicaría con una claridad indiscutible, y ella lo entendería y sería irritante. Decide no preguntarle sobre la evolución cuando llegue al hospital.

Se da la vuelta, se dirige de nuevo a casa y teclea una vez más el número de Kit en su móvil. Él contesta.

—No, tengo el día libre. He trabajado todo el fin de semana —le dice—. Dejé el coche tres puertas más abajo.

—¿De casa? —pregunta Rebecca. Un autobús pasa a toda velocidad, levantando polvo y hojas a su paso—. ¿De casa? —vuelve a preguntar, pero Kit ha colgado.

El coche está donde Kit dijo que lo había dejado. A Rebecca le quedan veinte minutos antes de

tener que salir para su cita y se deja caer de nuevo en la fresca sombra de la casa, jugueteando con la llave para abrir la cerradura. En algún momento habrá que mirar eso, piensa. Un día de estos me voy a quedar fuera.

Arriba, en su dormitorio, Pomp duerme estirado en la cama sin hacer. Rebecca se mira en el espejo y otra oleada de calor la golpea y le humedece el cuero cabelludo. Se recoge el pelo en una coleta, coge una pinza de la mesilla y se la sujeta en la cabeza. La sensación de tenerlo pegado al cuello es insoportable. Vuelve a mirarse en el espejo. Supone que su aspecto es tranquilizador y que no está loca, lo cual está bien. Se siente casi ingobernablemente desquiciada. Al menos ahora sabe dónde está el coche y tiene tiempo suficiente para cruzar el río y llegar al hospital, sin olvidar la media hora extra obligatoria que necesitará para encontrar aparcamiento.

—¿El doctor Glass? —dice la recepcionista del hospital cuando entra en la sala de espera—. Siéntese. Le diré que está aquí.

Rebecca toma asiento en un rincón de la habitación. Su estómago ruge porque ha vuelto a olvidarse de comer. Pasa mucho tiempo olvidándose de comer. Comer, ha decidido, es opcional por el momento y probablemente sea mejor evitarlo. A Sam y a ella los han invitado a una fiesta a finales de septiembre. En la invitación le piden que lleve algo brillante. Rebecca no tiene nada brillante, así que tendrá que comprar algo, y comprar algo conlleva estar estúpidamente delgada o parecer una bola de purpurina. Así que, por ahora, comer queda descartado.

Frente a ella, sentada junto a un elegante aparato de aire acondicionado, hay una mujer de rostro hinchado y pálido. Lleva el pelo lacio e incoloro recogido en una coleta. Es difícil adivinar su edad. A Rebecca le preocupa que, si sigue tomando medicamentos, ella también se convierta en un remanente.

La mujer mira a Rebecca con descarado interés. Rebecca se levanta y sale de la habitación. Lee un folleto sobre una reunión de familiares de pacientes de larga duración en el hospital. Camina por el pasillo hasta la entrada del hospital, se da la vuelta y vuelve a la sala de espera. Estira las manos, cuenta los dedos y toma asiento fuera del campo visual de la mujer. Una oleada de calor la golpea y siente cómo se le forman gotas de humedad en el labio superior.

Suena el teléfono de la recepcionista.

—Ya puedes subir, Serena —dice la recepcionista, y la mujer se levanta tambaleándose.

Rebecca se pregunta si, tal vez, es útil parecer tan enferma cuando se está enferma o si, simplemente, empeora las cosas.

—Rebecca. —El doctor Glass está a su lado, con su sonrisa de cuando muestra interés—. Ven conmigo.

Hace tres semanas que no ve a Titus. Cuando lo ve, a veces la pone más nerviosa de lo que se imaginaba, y a veces menos. Hoy, piensa mientras toma asiento, no está tan mal. Parece simpático, y ella cree que podrá eludir todas las preguntas y quizá salirse con la suya con algunas de las pastillas.

—Entonces —dice Titus—, ¿cuál es el problema? Parece como si hubiera uno.

A Rebecca se le cae el bolso del regazo al suelo.

—¿Por qué? —pregunta—. ¿Por qué parece que tengo un problema? Quiero decir, sé que tengo un problema, pero ¿qué estoy haciendo para que pienses que tengo uno en concreto en este momento?

—¿No lo tienes? —Titus pone cara de preocupación.

—Estoy un poco… Todo es un poco…

—¿Has jugado con tus dosis? ¿Te has ceñido a ellas?

—He estado tomando todas las pastillas, exactamente como se supone que debo hacerlo, pero no me gusta este antidepresivo. Me incapacita. Me siento un poco decaída, eso es todo. No me gusta esta pastilla. ¿Puedo tomar menos?

Titus suspira.

—Eso —dice— es totalmente ilógico.

Rebecca abre los ojos.

—¿Cómo?

—¿Te sientes deprimida e incapacitada y por eso quieres tomar menos antidepresivos? Me inclinaría a sugerir que tomaras más. ¿En qué sentido estás incapacitada? Explícamelo.

—Sudo.

—Hace mucho calor en la calle.

—No, es aleatorio. De repente me pongo a sudar sin ninguna razón.

—¿Tienes sofocos?

—No, quiero decir, ¿cómo voy a saberlo? Nunca he tenido sofocos. ¿Cómo iba a saber si lo eran o no? ¿Cómo son los sofocos?

—Nunca los he tenido tampoco, lo creas o no.

—Es esa pastilla —dice Rebecca.

—¿Cómo es que estás incapacitada? Seguro que no es por sudar. No puedo ayudarte si no me explicas cuál parece ser el problema.

—¿Parecer? No, es un problema —dice Rebecca—. Lo sé, no parece.

—Muy bien, si insistes, ¿cuál es el problema?

Rebecca se pasa una mano por el pelo.

—Sé esquiar, monto bien a caballo, sé nadar y, si me apuras, enyesar.

Titus ladea la cabeza.

—Entonces, ¿cómo estás incapacitada?

—Me siento tambaleante. Me siento débil. Siento que no puedo hacer nada. No puedo hacer cosas que debería poder hacer. —Entonces decide desviar la conversación. Titus está demasiado interesado—. ¿Tienes bicicleta? —pregunta.

—¿Tengo una bicicleta? ¿Por qué? ¿A qué viene eso?

—Me preguntaba si tenías bicicleta; pareces uno de esos.

—¿De esos? —dice.

—Ya sabes, uno de esos hombres de mediana edad en licra.

—¿Me imaginas en licra? —Viste un traje ligero de verano beis. La chaqueta cuelga del respaldo de su silla y lleva una camisa blanca planchada con sus gemelos de amatista.

—De todos modos, la cosa es que he tenido tres bebés —dice Rebecca—. Es decir, trabajo. Sé que mi cerebro es un poco lo que sea, pero físicamente trabajaba antes de tomar esta pastilla. Ahora ya no.

—¿Cómo? Y ¿qué tienen que ver los bebés?

Oh, joder, piensa Rebecca. Luego dice:

—Sam me prefería con hifatlatrina.

—Sería muy raro que tuvieras otro bebé. —La mira extrañado. Rebecca quiere que él intente adivinar, para no tener que explicárselo—. ¿Por qué Sam prefería que tomaras hifatlatrina?

—Por el sexo —explica Rebecca. Y es como saltar de un trampolín. Siente que se le inflama la cara—. No voy a decir nada más. Es demasiado incómodo.

—Entonces, ¿no quieres relaciones sexuales o no puedes tenerlas? —dice Titus.

Rebecca mira al suelo.

—¿Cuál es la diferencia? —dice—. ¿Por qué no puedes darme THS en su lugar?

—No estoy cualificado. No tienes que tener relaciones sexuales si no quieres, ya sabes.

Rebecca lo sabe.

—Entonces, ¿por qué no puedes?

—¿Prescribir THS? No es mi especialidad.

—Eres médico.

—Gracias por darte cuenta. ¿De qué estamos hablando exactamente? ¿Estamos hablando del orgasmo? ¿Podías llegar a veces al orgasmo antes de tomar esta pastilla y ahora no? ¿Estás segura de que es la píldora y no solo que Sam es un poco, bueno, inútil? ¿No hay nada que él pueda hacer para mejorar las cosas?

Rebecca levanta los ojos del suelo y mira a Titus. ¿Qué demonios estará sugiriendo? Decide que no se lo va a preguntar. Imagínate que él tuviera algunas ideas.

Entonces dice:

—No es Sam. Antes podía y ahora no.

—¿Siempre?

Rebecca baja la cabeza. ¿Qué quiere decir con «siempre»? ¿Por qué no siempre? Imagínate que ella pensara que él solo llega al orgasmo a veces. Solo porque soy mujer…

Una mujer de mediana edad, dice Betty.

Vale, no es una mujer joven. ¿Por qué eso significa que ella no quiere sexo, no sabe que puede decir que no al sexo y solo a veces tiene orgasmos? Ella sabe, sin levantar la vista, que él la mirará interesado y cambiará de tema.

—Sí, siempre —dice.

Casi puede oír su silbido silencioso de incredulidad. Lo mira. Titus se ha quitado las gafas y las sujeta con la mano derecha. La cara le arde a Rebecca. Él se vuelve hacia su ordenador.

—Podría añadir más dulsexatina a tu receta —dice—. Esto podría estar relacionado con el estrés.

—No funcionaré si sigues añadiendo cosas. ¿Por qué siempre estás añadiendo cosas en lugar de quitarlas?

—No es cuestión de que «funciones». —Titus dibuja unas comillas con los dedos en el aire—. No deberías sentir este tipo de presión. Te encuentras mal, y un efecto secundario de la medicación que está mejorando tu salud mental te ha provocado una cierta disfunción sexual. Creo que tu marido debería ser más comprensivo.

Rebecca suspira. Titus siempre está husmeando en su relación con Sam.

—Siempre estás rebuscando por ahí —le dice—. Y no es Sam el que me presiona, sino yo, que

quiero ser quien soy, y no una versión drogada.

Betty se ríe.

—¿Qué diablos significa eso?

—Tienes que dejar de pincharme; no me gusta.

—Yo no pincho; yo desafío. Tienes algunas ideas muy arraigadas que deberías cuestionarte. El sexo no es solo orgasmo, ¿sabes?

Rebecca puede oír la sonrisa en su voz.

Rebecca sigue mirando sus zapatillas rosas Kenzo. Levanta la cabeza para mirarle. Él agacha la suya, para ocultar la sonrisa. No sabe por qué le deja salirse con la suya.

Eres tonta, dice Betty.

Puede que sea tonta, piensa Rebecca, y, si no fuera yo la que está aquí sentada, podría parecerme gracioso, pero estoy aquí y no lo es.

—Señora Wise —dice Titus—. ¿Estás o no estás sometida a presión para rendir de alguna manera en la cama? —De nuevo, dibuja comillas en el aire con los dedos.

Si es más explícita, cree que podría morir de vergüenza. Titus está decidido a que Sam sea una especie de ser sexual inútil en la cama.

—No, no estoy sometida a ninguna presión. Estoy en una relación duradera que, antes de toda esta basura que he tenido que vadear, estaba satisfecha sexualmente y ahora no. Por favor, ¿podemos dejar de hablar de ello? —pide—. Es obvio que no tiene sentido, así que, por favor…

—No accedo a las súplicas —dice Titus. Luego alcanza algo que está detrás de él con la mano y coge el talonario de recetas. Escribe y le entrega el papel a Rebecca—. Un regalo para Sam —dice sonriendo. A veces Titus es literalmente insoportable.

Rebecca regresa a su coche. Se sienta en él un momento antes de arrancar el motor. Hace un calor agobiante. Saca las Ray-Ban del bolso y se las sube por la nariz sudorosa. Pone el contacto y el aire acondicionado entra en funcionamiento. En el asiento del copiloto, a su lado, hay una receta. Dice «Dulsexatina 30 mg».

—Te veré el lunes a las dos —le había dicho Titus al salir.

Fuera del hospital, ella se había quedado jadeando en la acera durante un minuto y luego había golpeado con fuerza la palma de la mano contra los ladrillos calientes que había junto a la puerta.

Mientras conduce de vuelta a casa, Rebecca ignora el navegador por satélite. Por alguna razón desconocida, está hablando en francés, y ella no ha tenido la energía de sentarse con el manual del coche en el regazo para cambiarlo al inglés. De todas formas, no necesita el GPS porque se dirige a casa como una paloma mensajera y llegará.

Se cruza con un grupo de turistas japoneses que miran sus teléfonos mientras cruzan las calles. Observa a una «serpiente» de alemanes, en zapatillas deportivas y con mochilas, haciendo cola frente al Museo de Londres y se da cuenta de que debe de haberse perdido.

—Tournez à droite et après continuez tout droit pour cinq kilomètres —dice su coche, mandón, con acento parisino.

—Estás loco —le dice a su coche—. Esto no es París. ¿Estás seguro de que tienes el mapa correcto?

—Faire un demi-tour où possible —responde el coche.

—Ahora estás siendo incoherente —dice Rebecca.

Gira a la izquierda. Islington está casi siempre a la izquierda, a menos que vaya a Shoreditch, caso en el cual está casi siempre a la derecha. Aunque casi nunca va a Shoreditch en coche porque no hay donde aparcar, nunca.

—Prenez le deuxièm chemin à gauche et ensuite, prenez le premier à droite —dice audazmente su coche.

Rebecca apaga el navegador. ¡Ja! Voy a prenez, la ruta que quiera, piensa. Es una pequeña victoria, pero una victoria, al fin y al cabo. Rebecca desearía que todo el mundo tuviera un interruptor de apagado.

—¿Estamos hablando del orgasmo? —oye.

Ojalá su cerebro tuviera un interruptor de apagado.

Segunda parte

Francia

Pieza 37

Rebecca subió al avión con destino a Francia sin haber bebido nada de alcohol. Annie la llevó a una cafetería del aeropuerto.

—Aquí se está muy bien —le dijo a su madre—. Solo contratan a chicos, chicos muy guapos.

—Creo que eso es ilegal —dijo Rebecca, y miró a los chicos. Todos parecían tener unos quince años.

—En Londres solo contratan a chicos muy muy guapos —dice Annie—. Una vez pedí un café con leche mediano y me dieron uno grande.

—El que nos atendió era bastante amable —dijo Rebecca.

Le dio un sorbo a su flat white. Estaba asqueroso. Rebecca pensó por un momento en una copa grande y fría de chardonnay. Luego recordó la última vez que había bebido una copa de viognier en la fiesta de Annie y decidió beberse el café. Lo acompañó de un tranquiltolam.

Para sorpresa de Rebecca, subir a un avión sobria era muy parecido a hacerlo un poco borracha. Annie no paraba de parlotear para distraer a su madre hasta que el avión despegara, pero Rebecca no se sentía demasiado molesta. Supuso que debía de ser el efecto del tranquiltolam, pero también supuso que, de todos modos, era poco probable que estar borracha cuando una ha de hacer algo que no quiere hacer le hiciera sentir mucho mejor.

Lo bueno de ser Rebecca, decidió Rebecca, era lo implacablemente tonta que era capaz de ser.

Aspiró una bocanada de aire fétido de avión y, alzando la vista por encima del hombro del hombre que estaba sentado a su lado, miró el mundo que giraba allá abajo. Francia se extendía como una colcha de patchwork verde y dorada. El hombre que estaba a su lado le puso la mano en el brazo.

—Avez-vous peur de voler? —preguntó—. J'ai quelque-chose qui va vous-aider.

Rebecca no dijo nada, pero observó cómo sacaba una cajita de cuero blanco del bolsillo de su chaqueta. Abrió la pequeña caja y sacó de la misma un terrón de azúcar, que entregó a Rebecca. Debajo había una botellita con tapón de rosca de unos dos centímetros de alto. La sacó de la caja, la abrió e, indicando a Rebecca que tendiera el terrón, vertió el líquido transparente sobre el azúcar.

—Tenez —dijo el hombre, y sonrió dulcemente.

Rebecca miró su rostro amable y delineado. Miró sus rizos grises y luego el terrón de azúcar que tenía en la palma de la mano.

—Ça vous aidera —dijo el hombre.

Annie estaba inmersa en un juego del teléfono móvil. Rebecca se comió el terrón de azúcar.

—No me puedo creer que hicieras eso. —Annie se puso furiosa—. ¿Por qué lo hiciste? Podría haber sido cualquier cosa.

Habían llegado al aeropuerto de Bergerac.

—Creo que era alcohol —dijo Rebecca.

—¿Por qué lo hiciste? Imagina que lo hubiera hecho yo; te habrías puesto como una fiera.

Annie y Rebecca habían bajado del avión y cruzaban la única pista de aterrizaje que había para llegar al edificio de la terminal. Soplaba un cálido viento del sur y el cielo estaba salpicado de nubes blancas como las que dibujan los niños. Hicieron cola y enseñaron el pasaporte.

Un cartel a la entrada de la terminal decía: «Nous excusons pour tout retard à cause des contrôles de sécurité accrus à cet aéroport en raison de la menace terroriste et nous vous remercions votre compréhension».

No hubo ningún retraso. Rebecca se imaginaba que atacar Bergerac sería pan comido; de hecho, pensó que podría atacar el aeropuerto de Bergerac con una cuchara de madera ella sola. Sin embargo, en cuanto salieron del edificio, vio a dos gendarmes armados hasta los dientes con ametralladoras cruzadas en sus anchos pechos franceses y pistolas metidas en sus atractivas fundas de cuero.

—Oooh, robocops —exclamó Annie.

—Cállate —dijo Rebecca.

Había policías igual de armados en el aeropuerto de Stansted cuando salieron de Inglaterra, pero entonces, al cruzarse con ellos, Rebecca oyó que uno le decía al otro: «Lo sé, una auténtica pesadilla, y tendrías que haber visto la cola del Lidl el sábado. Tardé cuarenta minutos y solo entré a por Liebfraumilch», y le pareció que estropeaba el efecto.

Michel los recogió. Era el jardinero y cuidador de la casa francesa que habían alquilado. Llevaban años alquilándola.

—Vete a Francia, Becky —le había dicho Sam—. Coge a Annie y vete. Ya sabes cómo funciona todo y, al menos, estarás lejos de Londres.

Mientras Michel cargaba las dos maletas en el maletero, Rebecca sintió el calor del sol en la cara y se dio cuenta de que Sam tenía razón. Michel se quitó la gorra de béisbol y besó a Rebecca y Annie en ambas mejillas.

—Ça va? —dijo.

—Bien merci, très bien —respondió Rebecca, y subió al coche, a su lado.

Mientras avanzaban, la campiña de Dordoña se desplegaba ante ellos como un pañuelo de seda

verde.

Treinta minutos después, llegaron a la casa francesa, que se alzaba cuadrada, frente al bosque, bajo un cielo del color de las campanillas azules, y Rebecca sintió que el silencio le calaba hasta los huesos.

—Le frigo ne marche pas —le dijo Michel a Rebecca mientras conducían.

Rebecca miró por el retrovisor y vio que Annie estaba observando por la ventanilla del coche los campos de girasoles y los altos graneros negros de tabaco y se dio cuenta de que no le importaba la nevera. Sonrió a Michel, que parecía bastante estresado.

—Pas de problème —dijo ella, y sintió que, por una vez en mucho tiempo, decía toda la verdad.

En la casa, el termómetro del coche marcaba 40 °C.

—Cuarenta —dijo Rebecca, mostrándoselo a Annie—. Tengo que ir a pagar el alquiler al señor Legrange —dijo—. ¿Quieres venir conmigo?

—¿A Vélines? —preguntó Annie.

—Oui —dijo Rebecca.

—Non —contestó Annie.

—D'accord, me llevo el móvil, pero, si pasa algo, ve a ver a François. —François era un vecino.

—¿Algo como qué? —preguntó Annie, y envolvió su bikini con la toalla para prepararse para una tarde tranquila en la piscina.

Rebecca subió al coche. Llevaba pantalones cortos vaqueros, y los asientos estaban tan calientes que tuvo que echarse hacia delante en el asiento para que el vinilo no le quemara la piel de la parte posterior de los muslos.

—Un terremoto, un huracán, un pervertido o un ataque de perro —dijo Rebecca.

—Confía en mí —oyó en su mente y asintió con la cabeza.

—¿Qué has dicho? —preguntó Annie.

Se había puesto la toalla bajo el brazo y miraba a su madre mientras esta pisaba el embrague y pulsaba el botón de arranque del salpicadero.

—Nada —dijo Rebecca, y salió dando marcha atrás, dejando a Annie de pie sobre la grava en la bruma blanca de primera hora de la tarde.

Aquella tarde, Rebecca caminó hasta el final del campo, más allá de la piscina. Michel no había cortado la hierba, y Rebecca hundió los dedos descalzos en el suave césped y respiró la menta silvestre y el tomillo morado en flor mientras lo aplastaba bajo sus pies.

Un mirlo cantó, dulce y bajo.

El campo de más allá se había dejado en barbecho y era una neblina de amapolas y margaritas. Los colores se difuminaban en la oscura línea de árboles que bordeaba el bosque. Rebecca enfocó y vio las diminutas formas de dos corzos, con las cabezas levantadas, alerta a su presencia incluso a esa distancia. Es como un paisaje de Seurat, pensó. O puede que mis ojos no estén acostumbrados a los horizontes. Entonces se dio cuenta de que estaban llenos de lágrimas de alivio y asombro.

Una hamaca de rayas verdes colgaba entre dos carpes. Se tumbó en ella, observó cómo las hojas se movían contra el cielo azul y se quedó dormida.

Cuando despertó, encontró a Annie todavía en la piscina.

—Escucha —dijo Annie—. Creo que he oído una abubilla.

Rebecca escribió una lista.

—Necesitamos muchas cosas —le dijo a Annie.

—¿Como cuáles? —preguntó Annie.

—Des DVDs, de l'eau gazeuse, du fromage, du pain…

—Podemos ver Netflix —propuso Annie.

—De tout façon, beaucoup de choses —dijo Rebecca.

—Deja de hablar francés; lo estás destrozando —se quejó Annie.

—Solo practicaba —se excusó Rebecca, y escribió en su lista.

En la terraza, todas las plantas de maceta estaban muertas; incluso la planta de romero se había rendido y se había convertido en marchitas espigas marrones hacia el cielo pelúcido. La hierba seguía verde, pero las hojas de los cerezos caían largas y cobrizas.

Rebecca decidió reponer las plantas y cuidarlas durante el verano para que, cuando cambiara el año, fueran lo bastante fuertes para sobrevivir al invierno.

—Ni siquiera estarás aquí para verlo —dijo Annie.

—Me gusta imaginarlo —respondió Rebecca. Así que se plantó en el campo e imaginó.

Por las tardes, los ciervos muntjac lanzaban advertencias. Durante el día, los milanos reales cazadores se llamaban unos a otros mientras sobrevolaban, y el sol se ponía cada noche tras los campos de girasoles, pero las noches seguían siendo malas.

En la cama, empapada en sudor, Rebecca soñaba con niños que se arrancaban miembros a machetazos; con maremotos y huracanes, y con el perro que yacía sobre su cuerpo y la

paralizaba.

Una noche soñó que una mano fría y dura la agarraba por el pie y la arrastraba por la cama. Rebecca sintió los dedos, apretados en el empeine, la pierna estirada y la sábana húmeda debajo de ella retorciéndose al deslizarse. Era incapaz de moverse, pero, mientras yacía allí, oyó una voz que le siseaba al oído: «Qu'est-ce que tu fais ici?».

—Sabía que si, al abrir los ojos, yo estaba realmente a los pies de la cama, tendríamos que volver a casa —le contó Rebecca a Annie al día siguiente.

—¿Y estabas? —preguntó Annie.

—No, estaba tumbada con la cabeza en la almohada, igual que cuando me fui a dormir.

—Bien —dijo Annie—. Pero da miedo.

Rebecca le contó lo del perro.

—Eso es una leyenda urbana —dijo Annie.

—¿Qué es una leyenda urbana? —Rebecca estaba cortando tomates, calientes por el sol, en la cocina. Un vecino les había traído una cesta llena.

«On en a trop», había dicho él, pero Rebecca sabía que era una bienvenida.

Más tarde, los mezclaba con albahaca fresca y cebolletas en un cuenco de cuscús humeante, y los sazonaba con guindillas, sal marina y aceite de oliva.

—Un perro que se sienta sobre tu cuerpo cuando estás dormida y te paraliza —dijo Annie.

—Sabía que era un perro, pero no podía abrir los ojos ni moverme.

—Un perro fantasma —dijo Annie.

—Supongo —dijo Rebecca. Annie estaba trasteando con la televisión, tratando de conseguir Netflix—. ¿Ya funciona?

—Sí —dijo Annie. Vamos a ver El indestructible Matty Smith.

Se sentaron a comer cuscús y beber agua con gas y observaron cómo Matty lo superaba casi todo con una gran sonrisa y una actitud de «puedo hacerlo».

«Puedo aguantar cualquier cosa durante diez segundos —chilló Matty contento y contó lentamente hasta diez—. Y, cuando pasen esos diez segundos, empieza a contar otra vez, uno, dos, tres, cuatro, cinco…».

—Creo que voy a vomitar —dijo Rebecca, pero la idea de contar hasta diez le pareció extrañamente útil.

—Brazos felices —dijo Annie, y levantó los brazos, como Matty.

—Ahora veo de dónde lo sacas, pero no es tan divertido cuando lo hace otra persona —le dijo Rebecca a su hija, y se vio a sí misma a través de los ojos de otra persona.

Fuera, el sol se ocultaba tras los girasoles convirtiéndolos en oro fundido, pero Rebecca y Annie estaban en la cocina sonriéndose como locas y agitando los brazos por encima de la cabeza, así que no lo vieron.

Charlotte, la amiga de Annie, fue a verlas y se quedó unos días. Voló a Bergerac con Sam. Rebecca y Annie fueron al aeropuerto a recogerlos.

Rebecca siempre sintió que Francia era su lugar especial y el de Annie. Entendía el silencio.

—Tú lo entiendes —le decía Rebecca a menudo a su hija.

—Lo entiendo. ¿Me entiendes? —dijo Annie.

—Tú lo entiendes y yo lo entiendo. ¿Nos entiendes? —le preguntaron a Sam, al unísono.

—Sois como Clarice y Cora —dijo Sam.

—Eres como Steerpike —le dijo Rebecca. Sam agitaba el móvil buscando Pokémon—. Charlotte, tú puedes ser Fucsia.

—Lo entiendo —dijo Charlotte, y miró las hileras de enredaderas que trepaban por las musculosas colinas onduladas—, pero ¿quién es Fucsia?

—Gormenghast —dijo Rebecca.

—Todo lo que puedo conseguir es un Pidgey —dijo Sam.

Para cenar comieron tarte aux oignons salpicada de hojas de romero y grandes trozos cremosos de queso de cabra. Asaron unos tomates del vecino con dientes de ajo enteros y bebieron pálido provenzal rosado bajo un cielo del color de un rubor.

—Mamá, creía que no bebías —dijo Annie.

Rebecca se encogió de hombros.

—Estaré bien ahora —dijo—. Sam está aquí.

Pero Rebecca no estaba bien. No estaba ni siquiera medio bien. Nadaba en la piscina al fresco de la mañana. No desayunaba ni almorzaba. Cocinaba, compraba y cantaba al ritmo de Amy Winehouse de camino al supermercado y de vuelta, eligiendo el CD rayado de la guantera del coche.

Sam se sentó agotado en el salón a ver Netflix.

Tenía trabajo que hacer.

—Solo he de redactar una entrevista —le dijo a Rebecca, pero le llevó días.

Annie y Charlotte pasaban la tarde en la piscina, mientras Rebecca se tumbaba a la sombra de la parra que trepaba por la pérgola. Intentó leer un libro mientras observaba cómo las pequeñas lagartijas grises cazaban moscas hasta que se quedó dormida, arrullada por las risas de las chicas y un vaso de vino tras otro.

Rebecca no podía volver a casa. Era una situación desesperada. No podía volver a Londres. Moriría si volvía. Ella no sabía cómo estar allí.

Ni en cualquier lugar en realidad, susurró Betty.

Pero no podía ir. Se le revolvía el estómago de pensarlo.

Sam se encogió de hombros.

—¿Qué vas a hacer? ¿Quedarte aquí todo el invierno?

Por la noche, Rebecca sudaba a mares. Bebía agua de una botella que tenía en la mesilla de noche y, cuando su cuerpo sucumbía a un sueño inducido por las pastillas, soñaba con arenas movedizas y con la muerte.

Una tarde, todos se amontonaron en el caluroso coche, bajaron las ventanillas y fueron a la caza del tesoro en los mercadillos locales; compraron sábanas de lino bordadas y tejidas a mano y admiraron cómodas antiguas talladas.

—C'est très vieux, de l'époque d'Henri II —les dijeron mientras contemplaban maravillados un ejemplar especialmente ornamentado en pesado nogal de color caramelo.

—Es más viejo que Dios —dijo Sam, y se volvió hacia una asombrada Rebecca.

—También es más grande —dijo ella.

—Es lo más feo que he visto en mi vida —reconoció Annie.

Sam pasó la mano por las puertas del viejo armario y abrió los cajones uno a uno.

—Mira —dijo—. Tiene todas sus llaves con borlas.

Después, condujeron hasta una ciudad amurallada que había sido colonizada en su totalidad por los ingleses y se sentaron en la plaza a comer tortillas y patatas fritas.

—Es muy raro —dijo Charlotte—. Hasta las tiendas son inglesas.

En una tienda solo había comida inglesa, desde Marmite hasta sorbetes con pajitas de regaliz.

—Imagina que un grupo de franceses hiciera esto en Oxfordshire —dijo Sam—. Imagina el

alboroto.

—Lo han hecho en South Kensington —dijo Rebecca, y llenó su copa de vino—. ¿Sabías que en Londres viven cuatrocientos mil franceses?

—Pero no es lo mismo, ¿verdad? No cuando se trata de una ciudad rural.

Miraron a los ingleses, con su pelo rubio y sus hombros regordetes y rosados.

—¿Nos vamos? —dijo Annie.

Una semana después, Sam y Rebecca llevaron a las chicas a Bergerac para coger un avión de vuelta a casa.

—¡Londres! —dijo Annie alegremente mientras se despedía con la mano.

—Lo entiendo —dijo Charlotte—, pero es muy silencioso.

La temperatura volvió a subir sin cesar hasta los treinta y tantos grados y la casa de piedra empezó a calentarse.

Arañas cazadoras acechaban las paredes del granero y del salón. Cuando se despertaba por la noche, Rebecca deambulaba por la casa diciéndose a sí misma:

—No mires a la izquierda; no mires a la derecha.

Había que estar muy segura de adónde se dirigía, porque las arañas se movían por las paredes con un propósito espantoso.

—¿Qué has dicho? —preguntó Sam mientras levantaba las piernas de la cama y ponía los pies en el cálido suelo de piedra.

—No mires a la izquierda; no mires a la derecha —dijo Rebecca.

—Quédate aquí —dijo Sam.

—Necesito más agua. Creo que hay una araña ahogada en mi vaso.

—No la hay. Puedo traerte más agua si quieres.

—Tengo demasiado calor —dijo Rebecca, y se puso de pie.

—La piedra se ha calentado —dijo Sam.

—Como un horno de pizza —dijo Rebecca—. Tengo sed por el vino.

—No deberías beber —añadió Sam—. Beber no soluciona nada.

—Lo sé —dijo Rebecca—. Pero calma y tengo que ir a casa.

—Sabes que al final lo pagarás —dijo Titus, pero ella sabía que él no estaba allí, así que lo ignoró.

Los vecinos trajeron a sus nietos, y Rebecca los llevó a nadar a la piscina. Sam escuchaba su música, cocinaba o se sentaba con Rebecca a beber vino mientras el cielo llameaba detrás de los girasoles. Ahora se habían vuelto de color beis, con los tallos marchitos, y las cabezas, cargadas de semillas, dobladas por el peso.

La última noche caminaron hasta el linde del bosque, que resonaba con un pesado silencio otoñal. Las hojas marrones caían al suelo en el aire inmóvil.

—No puedo volver a casa —le confesó Rebecca a Sam—. No sé cómo vivir allí. Siento que me voy a morir. Quiero morirme —dijo—. Si pudiera morirme.

Sam le cogió la mano.

—Pero, cariño, si murieras, me olvidarías, y yo quiero que me recuerden.

Hacían de Laura y Alec de Breve encuentro.

Rebecca puso la otra mano en la suya, frente a él.

—Todo va a salir bien, cariño, ¿verdad? —le preguntó.

—Saldrá bien —dijo Sam—. Haré las maletas. Tienes que volver; no puedes quedarte aquí. Toda tu vida está en Londres. Esto no es real; lo sabes, y, de todos modos, tienes que ver a Titus.

—Sabes que odio ver a Titus, ¿verdad? No lo odio. Odio tener que verlo.

Sam la abrazó.

—Lo sé, sí —dijo—. Has sido muy valiente.

—Y ¿sabes que me he esforzado mucho por mejorar? —dijo Rebecca apoyada en el pecho de él —. Y creo que Titus está tratando de envenenarme.

—Sé que lo has intentado —dijo Sam— y no creo que sea especialmente probable que esté intentando envenenarte. —Rebecca oyó en su voz que le hacía gracia—. Pero a veces, creo, darse tiempo para reflexionar sin hacer nada activamente puede ser una forma de recuperarse. Solo el proceso de llegar allí, el sentarse en una habitación con alguien a quien se le paga para escuchar, el hablar de ello, podría ayudar.

—No está ayudando —dijo.

Sam se separó de ella y la sujetó por los brazos para poder mirarla a la cara.

—Becky —le dijo—. Aunque nunca mejores, estoy aquí. Siempre estaré aquí y nunca te dejaré. Lo sabes, ¿verdad? —Volvió a abrazarla. Rebecca se sintió segura en sus brazos—. Pero te pondrás mejor. Solo necesitas más tiempo. Tienes que concentrarte en ello y dejar de intentar

vivir con normalidad. Empeora si es necesario. Acuéstate si quieres. Todos estamos aquí para ti.

Rebecca sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas y sintió el pavor de la noche que se avecinaba, pero no dijo nada.

Aquella noche, sintió que una enorme araña de finales de verano se le posaba en la cara mientras dormía acostada bocarriba, y la tiraba de la cama, y ella se agazapaba después, gritando, en un rincón de la habitación.

—Becky, estás soñando —le dijo Sam—. Vamos, vuelve a la cama. —Se levantó y la abrazó—. No es nada. —Encendió la lámpara de la mesilla y buscó por el suelo—. No hay nada aquí. Ha sido una pesadilla.

Sin embargo, Rebecca sabía que no era una pesadilla. Estuvo despierta hasta el amanecer, con las manos pegadas a la cara, apretada con fuerza contra el costado de Sam, de manera que el sudor corría entre sus cuerpos.

A la mañana siguiente, Sam recogió la casa y cerró las contraventanas para que no entrara la luz del día. Mientras Rebecca estaba sentada temblando y bebiendo vino en la silla del dormitorio, una araña, del tamaño de un ratón, con las patas retorcidas y rotas trepó por la pared que había al lado de ella.

—Le diste muy fuerte —dijo Sam.

TERCERA PARTE

ARAÑA, ARAÑA

Pieza 38

Durante su estancia en Francia, la señora Wise me envió un correo electrónico solicitando una reducción de su dosis de dulsexatina.

Hoy he mantenido una conversación telefónica con su marido. Parece que su salud se ha deteriorado y que se automedica con alcohol desde que la familia regresó a Londres.

En consecuencia, he dispuesto su ingreso en el hospital a principios de septiembre y volveré a dirigirme a usted cuando le den el alta.

Rebecca está en el hospital. Está en el hospital porque el doctor Glass dice que tiene que estarlo.

Hacía dos días que habían vuelto de Francia y Sam estaba en el trabajo. Rebecca había estado hablando con Annie en la cocina cuando empezó a sentirse mal. De repente, Rebecca había sentido como si hablara con los dedos en los oídos y que todo lo que decía lo repetía una voz aguda y burlona.

—Es como hablar por teléfono —le había dicho a Annie. Pero pensó que era peor.

Soy yo, dijo Betty.

—¿Qué es? —dijo Annie.

—Algo —dijo Rebecca—. Haré la cena. Tú vete. Ve y haz algo de tu proyecto de verano. Llama a alguien. No puedo hablar en este momento. ¿Te importa?

Rebecca había querido que Annie se marchara para poder abrir una botella de vino. Sus extremidades estaban agarrotadas por el viaje de vuelta y la noche se extendía ante ella como un trozo de elástico tensado. Rebecca sabía que se estaba desmoronando y necesitaba que Annie saliera de la habitación.

Annie había telefoneado a Charlotte. Ella también iba a ir a la escuela de arte.

—Mamá, me voy a casa de Charlotte —había dicho, y la puerta se cerró de golpe.

Rebecca había cogido las llaves de la mesa del vestíbulo. Fuera, la lluvia había estado cayendo, flotando en un fino velo, empapando el seco seto de lavanda y las exhaustas gauras del jardín delantero. Había comprado vino, cuatro aguacates y un poco de albahaca en la tienda de la esquina y luego había subido la calle hasta el supermercado turco, donde había comprado más vino y galletas para perros. Había olvidado que Crueles había muerto.

De vuelta a casa, Rebecca había puesto Radio 4. Había vaciado la lavadora y picado unas cebollas, luego había abierto una botella de vino. El vino se llamaba El Cómplice. Rebecca intentó sonreír al leer el nombre, pero sus labios se deslizaron sobre los dientes y las encías en forma de mueca.

Rebecca había bebido el primer vaso y lo había rellenado inmediatamente. Bebió el segundo vaso, se sirvió un tercero y empezó a sentirse mejor.

Más tarde, no recordaba exactamente lo que había pasado, pero pensó que podría morir. Pensó que debía tomarse toda la hifatlatrina y todo el cryazatine, pero se tumbó en el suelo de la cocina sin poder moverse. La negrura se había acumulado a su alrededor como la sangre.

Entonces Sam había vuelto del trabajo. Había levantado a Rebecca del suelo y la había ayudado a subir a la cama.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. He llamado a tu maldito médico. Tienes que ir al hospital. Dice que es la única manera.

Rebecca se quedó despierta hasta bien entrada la noche. No podía imaginar quedarse en el hospital. No se imaginaba hablando con Titus de lo mal que lo había hecho y no se imaginaba de qué serviría. A las tres bajó de puntillas y se preparó una taza de té.

Había visto a Amanda Benson en Escape From The City. Por lo general, Rebecca prefería a Justin Hammond antes que a Amanda, pero, en este episodio, cuando los cazadores de casas habían dicho lo poco que les importaba un salón de doble orientación y que no necesitaban una estufa de leña, Amanda se había tumbado en el suelo de la cocina y había dicho: «Aquí está mi cadáver. Súbete encima». A Rebecca le había hecho gracia. Luego pensó: No…, aquí está el mío.

Luego había vuelto a la cama y se había quedado mirando la oscuridad, pensando en lo horrible que sería ver a Titus. Sam había empezado a respirar de forma entrecortada y Rebecca había deseado ser mejor en todo.

Pieza 39

Sam lleva a Rebecca al hospital. Carga con su maleta y les enseñan una habitación en la planta baja. Tiene una cama doble y un cuarto de baño con ducha. Rebecca piensa brevemente en Justin Hammond, pero se detiene. No quiere ser completamente excéntrica.

Hay sábanas blancas planchadas encima de la cama, que tiene un cabecero de ante azul. A los pies, contra la pared, hay una silla gris revestida de chenilla y, al lado, una mesa moderna que imita la teca. Bajo la ventana hay una cómoda que imita el pino. Rebecca se sienta en la cama y un psiquiatra con acento de Europa del Este viene a verla. Se sienta de forma trabajosa en la silla. Está muy cansado. Rebecca se pregunta si está cansado de verdad o si solo lo imita, como todo lo que hay en la habitación.

—¿Oye voces? —pregunta.

—¿Suyas? —dice Rebecca.

—¿Toma otros medicamentos, aparte de los que le han recetado? —Rebecca se da cuenta de que él tiene las piernas bastante cortas—. ¿Cuánto bebe al día? —le pregunta el psiquiatra.

—Una manzana al día mantiene alejado al médico —dice Rebecca. Si la tiras lo suficientemente fuerte, piensa—. Arañas —dice.

Una enfermera irlandesa le toma la tensión a Rebecca y le da vitamina B. En realidad, Rebecca piensa que la enfermera irlandesa es bastante simpática. Sam le dice que no se lleve todas las cosas de Rebecca, y la enfermera se lleva los cargadores del Kindle y del móvil y las planchas del pelo. También se lleva el cargador del ordenador, las pinzas del pelo y las pinzas de depilar.

Sam le dice a la enfermera:

—Rebecca no puede no tener sus cosas.

La enfermera es muy dulce y le promete a Sam que se asegurará de devolvérselo todo a Rebecca después de que lo hayan examinado.

¿Cómo se examinan exactamente las pinzas?, pregunta Betty.

Rebecca no puede decir nada. Siente que tiene los nervios a flor de piel. Está tiritando.

—¿Tiene frío? —pregunta el psiquiatra.

—Me siento como un perro al que han llevado al veterinario —responde Rebecca.

—La examinaremos cada quince minutos —le dice el psiquiatra.

Rebecca no comenta nada.

Sam mira el reloj.

—Se me está pasando la hora del aparcamiento —dice—. Voy a tener que irme.

—¿Sam? —Él se da la vuelta en la puerta—. No le digas a nadie que estoy aquí, a menos que sea necesario. Díselo a los niños y a Ellis cuando vuelva de Grecia, pero no se lo digas a mis padres. No tienen por qué saberlo. —Rebecca intenta imaginar la humillación de que sus padres la visiten aquí, la lástima y la vergüenza concomitantes, y no puede soportarlo.

—No lo sabrán —dice Sam—. Nadie lo sabrá, a menos que sea necesario; me aseguraré de ello.

Todos se marchan y Rebecca se queda sola. Se pasea por la habitación. Tira el bolso en la silla y se tumba en la cama, escudriña la habitación en busca de arañas.

Carga una actualización en su ordenador. Instala Word para Mac. Intenta jugar al Candy Crush y escucha a un grupo de pacientes hablando bajo su ventana mientras se toman un descanso para fumar. Arrastran las vocales para que sus voces sean un quejido en el aire quieto. Se ríen a carcajadas de un chiste. Todos suenan bastante locos o bastante estúpidos.

Rebecca está preocupada por su cerebro. Decide anotarlo todo en su ordenador como prueba.

¿Pruebas de qué?, pregunta Betty.

—Lárgate —dice Rebecca en voz alta.

Entonces Titus entra en la habitación.

—Buenas tardes, señora Wise —saluda.

Coge el bolso de Rebecca de la silla y lo deja encima de la mesa. Se sienta. Rebecca está en la cama con los pies descalzos, sentada sobre ellos. Cierra el ordenador.

—Si vamos a hacer esto… —dice.

—Que es lo que vamos a hacer —dice Titus.

—¿Puedes llamarme siempre Rebecca, por favor? Cuando me llamas señora Wise, pienso que estás hablando con otra persona. Nadie me llama señora algo.

Titus la mira por encima de las gafas.

—Lo intento, pero se me olvida —reconoce—. Y tú puedes llamarme doctor Glass —añade.

—¿O señor? —pregunta Rebecca.

—Comme tu veux —dice Titus.

—Hablas francés —se extraña Rebecca.

—No —contesta Titus—. Dime, ahora que hemos terminado con las normas de cortesía, ¿qué ha pasado? ¿Qué demonios has estado haciendo? He oído que estabas tirada en el suelo de la cocina diciendo que todo era horrible. ¿Cuándo fue eso? ¿Ayer? Y ¿por qué tiemblas como una hoja?

Titus está bronceado. Su delgado rostro moreno parece relajado tras su descanso en… la Toscana, decide Rebecca. Se lo imagina con una camisa de lino azul marino remangada y unos chinos rojos desteñidos. Tiene los tendones de Aquiles finos y lleva zapatos náuticos.

—Probablemente tiemblo porque te tengo miedo. —Rebecca respira hondo e intenta dejar de temblar. Es una tontería.

—Me encanta cuando dices eso. —Titus sonríe, y Rebecca le devuelve la sonrisa.

Es tan gracioso. Rebecca recuerda ahora que eso es lo que le gusta de él, pero nunca está segura de si se ríe de él o con él.

No es una buena razón para aguantar tonterías, dice Betty.

Entonces Rebecca le cuenta lo sucedido. Le cuenta que a las cuatro de la tarde le dan unos chirridos horribles y que no bebió nada durante los nueve primeros días en Francia, y que subió al avión completamente sobria.

—¿Cómo fue? —pregunta Titus.

—Bien —dice Rebecca. Luego le cuenta lo del hombre y el terrón de azúcar.

—Oh, Dios —dice Titus—. ¿Por qué lo cogiste?

Rebecca niega con la cabeza.

—No sé por qué lo hice. Él estaba siendo amable. Quizá porque sabía que él estaba siendo amable.

—Tal vez estaba siendo espeluznante. Gracias a Dios que tu hija estaba allí. ¿Cómo ha ido tu medicación? ¿Sigues tomando la hifatlatrina?

—No —dice Rebecca—. Creo que cometí un error. Creo que tal vez el chirrido fue causado por la hifatlatrina.

—¿Sigues chillando?

—Peor que nunca. ¿Fuiste a la Toscana, Titus?

—No voy a contestar a eso —dice—. ¿Y no tenías chillidos antes de tomar la hifatlatrina?

—¿Umbría? —Titus suspira—. Vale, dejé la hifatlatrina y tomé el doble de dulsexatina. Pensé que funcionaría, pero no fue así. ¿Apulia?

Titus niega con la cabeza.

—Así que se te ocurrió modificar tu medicación sin consejo y beber, según tengo entendido, copiosas cantidades de vino solo para estar absolutamente segura de que todo fuera bien.

—Una araña se me posó en la cara. Era enorme. Sentí sus patas y su abdomen en mi cara. Estaba dormida. Me asustó.

—¿En Francia?

—No, en Umbría… ¡Por supuesto que en Francia! Lo hizo a propósito. Fue un ataque.

—Oh, Dios —dice Titus.

—¡Lo hizo! Tiene algo que ver con la electricidad. Saben que tienes miedo al leer tu electricidad. De todas formas, me han quitado las planchas del pelo —dice Rebecca—. Tendré que irme a casa.

Titus pone los ojos en blanco.

—Puede que lo hayan hecho, pero eso no es motivo para irse —explica—. Y las arañas no pueden leer tu electricidad. Estoy seguro de que se sabe que son analfabetas.

—Necesito mis planchas —dice Rebecca.

—No es cierto —dice Titus.

—Por favor, haz que el hospital me las devuelva. Las necesito de verdad.

—Mañana no vengo —dice Titus, y se pone de pie—. Pero te veré el jueves.

Cinco minutos después, Titus vuelve a la habitación con la GHD de Rebecca. La tira sobre la cama.

—Para que luego digas que nunca hago nada por ti. —Y desaparece.

Sam va a ir a visitar a Rebecca por la tarde y a llevarle unas pinzas de depilar escondidas en el bolsillo.

—No voy a quedarme en un hospital dejándome crecer una barba menopáusica o unas enormes cejas peludas —le dice Rebecca por teléfono—. No quiero estar aquí y no voy a tener el vello facial descontrolado si es que tengo que estar aquí.

—¿Qué? —dice Sam—. No te oigo muy bien. Se entrecorta.

Rebecca lo repite.

—Te mandaré un mensaje —le dice—. Sí, ya sé que aquí hay poca cobertura. —Le manda un mensaje.

Sam le responde que lo entiende completamente. Dice que llevará unas pinzas al hospital cuando

vaya a verla.

Rebecca no puede creerse que esté en el hospital. Nunca antes había estado en uno, excepto cuando tuvo a los niños, y ahora está en uno porque está loca y las enfermeras tienen que controlarla cada quince minutos. Está un poco confusa con lo de los quince minutos porque podría matarse fácilmente en un intervalo de quince minutos, sobre todo ahora que tiene sus GHD. Sin embargo, opta por ponerse a leer un libro. Saca El regalo de Humboldt del bolso y lo abre. Ya que está aquí, puede intentar instruirse. La letra es diminuta.

Rebecca deja el libro a un lado y llama por teléfono a Sam.

—Titus me ha devuelto las planchas —dice Rebecca—. Y las enfermeras han puesto una pegatina en el cargador de mi móvil en la que pone que es seguro.

Sam le dice a Rebecca que la quiere, pero que no la oye y cuelga.

Pieza 40

A las seis, las enfermeras cambian de turno y vienen a la habitación de Rebecca a presentarse. Rebecca se ha duchado, se ha secado y alisado el pelo y está sentada en su cama en pijama, escribiendo en el portátil.

—¿Tiene alguna necesidad dietética especial? —pregunta una de las enfermeras.

—Como pescado, pero no carne —dice Rebecca.

—Pronto le traerán la comida a la habitación —explica la otra enfermera—. ¿Quiere ver el menú?

—No me importa, la verdad —contesta Rebecca.

—No debe cerrar la puerta de la habitación —dice la primera enfermera—. Necesitamos que la deje entreabierta. Le traeremos la medicación sobre las nueve, ¿le parece bien? Y nos gustaría tomarle la tensión.

Rebecca se pregunta qué pasaría si decide que quiere cenar a las diez y que prefiere que no le tomen la tensión, pero se sube la manga de la camiseta del pijama y ofrece el brazo.

A las nueve, justo cuando Rebecca ha terminado de escuchar The Archers en el portátil, una enfermera llama a la puerta y entra. Lleva un vasito de plástico con cinco pastillas.

—¿Qué son? —pregunta Rebecca.

—Vitamina B, tranquiltolam, hifatlatrina, dulsexatina y colapsetina —dice la enfermera—. Le controlaremos cada quince minutos.

—¿Toda la noche?

—Sí, toda la noche.

—Van a tenerme despierta.

—No lo haremos, se lo prometo —dice la enfermera.

Rebecca espera acordarse de preguntarle a Titus por qué tiene que tomar vitamina B la próxima vez que lo vea. Se toma las pastillas con un vaso de agua y se mete en la cama. Se queda dormida al instante.

Por la mañana, Rebecca se despierta y se encuentra tumbada en la misma posición en la que se acostó. Está bocarriba y las sábanas de la cama le cubren los brazos. Intenta levantar un brazo, pero le pesa demasiado. Gira los ojos por la habitación. Las cortinas están echadas y una luz gris se cuela por el hueco de arriba.

Llaman a la puerta. Gira la cabeza. Se da cuenta de que la puerta se encuentra ligeramente abierta.

—Pase —dice.

Rebecca piensa que su voz no suena curiosamente como su voz. ¿Más aguda? ¿Más grave? No, no es la misma.

Una mujer está de pie en la habitación. Lleva un uniforme beis y una bandeja en la mano.

—El desayuno —dice la mujer—. Soy Mary. ¿Quiere que la ayude a sentarte? —Deja la bandeja sobre la mesa de teca y se acerca a la cama—. A veces a la gente la deja así —explica—. Se acostumbra uno, pero a veces la medicación hace esto. —Tira de Rebecca para que se siente.

Rebecca quiere cerrar los ojos.

—Vuelvo enseguida —dice Mary—. Su desayuno está ahí.

Dile que no te mande, dice Betty.

Rebecca se arrastra desde la cama y camina descalza por la moqueta gris hasta la mesa. En la bandeja hay un plato de tostadas marrones, un poco de mantequilla en un pequeño plato blanco y tres pequeños botes de mermelada. Al lado hay una cafetera, una jarrita de leche y una taza. Rebecca se sirve una taza de café negro caliente.

Otra enfermera llama a la puerta que le han dicho que debe permanecer entreabierta.

—Un equipo vendrá a evaluarla esta mañana —le dice a Rebecca.

—¿Un equipo de qué? —pregunta Rebecca.

No se le dan muy bien los equipos; es más de jugar en solitario. En el colegio siempre la elegían la última para los equipos, pero en gran parte porque no sabía correr ni golpear una pelota, ni siquiera un volante de movimiento lento del bádminton. Ahora prefiere no asociarse con equipos porque está segura de que, en su corazón rencoroso y frío, los demás no le importan tanto como debería.

—Un equipo de terapeutas la evaluará para la terapia de grupo.

—No voy a hacer eso —le dice Rebecca.

La tarde de su segundo día en el hospital, Titus va a ver a Rebecca a su habitación. Rebecca acaba de prepararse un buen café en una cafetera. La ha encontrado en un armario de la cocina de la planta.

Esa mañana había ido a Sainsbury's con un enfermero de salud mental. Había intentado ir sola, pero el hombre de la puerta del hospital le dijo que tenía que ir con alguien y le enviaron al enfermero. A Rebecca le pareció que él tendría unos dieciocho años.

Había comprado ocho botellas de agua con gas. Había cogido algunas botellas de cristal, pero el chico le explicó que no le estaba permitido. Rebecca no sabía cómo le sentaban las restricciones. También compró café colombiano. El chico había comprado cigarrillos y Rebecca le había dicho que no se le permitían, pero él no le hizo caso y los compró de todos modos.

Cuando regresó al hospital, Rebecca se preparó una taza de café solo. Se sentó en la cama y abrió el portátil.

Fuera de su ventana, había oído reír a un grupo de pacientes. Se habían reunido allí para fumar y reír. Se preguntó si serían los mismos todos los días.

«¿Por qué tiemblas como una hoja?», había escrito Rebecca.

—Porque te tengo miedo.

De repente, la puerta de su habitación se cerró de golpe y oyó gritar a una chica.

—Eres el puto demonio.

—Vamos, cariño, sabes que no es verdad —había oído que le respondía una de las enfermeras.

—Eres el puto Satanás —había sollozado la chica.

Rebecca cerró el portátil, se levantó de la cama, cruzó la habitación y cerró la puerta en silencio.

Pieza 41

Eran las vacaciones de verano. Harriet estaba montando a Ambrose por el prado. Patrick, el jardinero, la había ayudado a subirse.

—Ambrose es muy cobarde —le dijo Harriet a Rebecca—. La semana pasada, le mordió el brazo a Patrick, así que Patrick le dio un puñetazo y ahora Ambrose hace todo lo que él dice.

Patrick era fornido, con las mangas de la camisa remangadas para dejar al descubierto unos antebrazos gruesos y morenos. Le había dado un rodillazo en el estómago a Ambrose y le había tensado la cincha. Había hecho sonar el bocado contra los dientes del poni al ponerle la brida y, dándose la vuelta, había cogido a Harriet como si fuera un gatito y la había colocado en la silla de montar.

—Ahora se portará bien —dijo, le dio una palmada en la grupa al poni y se alejó.

Entonces, Rebecca se sentó en una verja de cinco barrotes y observó cómo Harriet intentaba recorrer al galope el perímetro del campo contiguo al prado de Ambrose. A Rebecca le gustaría poder montar.

El campo estaba lleno de hierba alta, que ondulaba con la brisa. Deberían haberla cortado para el heno, pero Miranda se había olvidado de concretarlo. A un lado del campo se erguían altos álamos como centinelas, y una mezcla de endrinos, hayas y espinos lo rodeaba.

Harriet llevaba sus habituales vaqueros y botas de goma con una camisa de cuadros que había pertenecido a uno de sus hermanos. Parecía una vaquera y montaba bien. Cogía las riendas con suavidad, sin apretar las manos, y no se movía de la silla mientras Ambrose cabalgaba de un lado a otro, se balanceaba y negaba con la cabeza, pero, bajo la gorra, tenía la cara seria y blanca.

Está asustada, pensó Rebecca.

—Tiene un bonito asiento, ¿verdad? —Patrick estaba de repente al lado de Rebecca, apoyado en la valla, con el codo tocándole el muslo.

—Es buena montando —dijo Rebecca—. Yo me caería si Ambrose hiciera eso conmigo encima. —Miró a Patrick.

Llevaba el pelo oscuro y ondulado hacia atrás, retirado de la frente, y sus ojos entrecerrados observaban a Harriet con atención. Como un gato negro, pensó Rebecca, observando a un pájaro.

Justo entonces, Ambrose dio tres enormes sacudidas, que lanzaron a Harriet por los aires, y fue a aterrizar, como un fardo, en un montón de escombros. Patrick saltó la valla y corrió campo a través. Levantó a Harriet del suelo y la llevó con Rebecca, que se quedó un poco sin aliento por el susto.

—Algo roto, no me extrañaría —dijo Patrick.

Harriet yacía inmóvil en sus brazos. No tenía color el rostro y sus ojos, abiertos de par en par, estaban fijos en los de Rebecca, con una mirada que esta interpretó como triunfante.

—¿Puedes atrapar a ese pequeño malnacido y llevarlo al granero? Yo llevaré a esta a la casa.

Rebecca caminó lentamente hacia Ambrose, que estaba pastando. No se había movido desde que Harriet se había caído.

—¿Ambrose? —Rebecca extendió una mano temblorosa. Chasqueó la lengua—. Vamos, Ambrose —dijo.

El poni echó las orejas hacia atrás y sacudió sus largas crines negras hacia ella. Rebecca cogió las riendas que yacían en el suelo delante de él. Las cogió por la hebilla y se volvió hacia la puerta. El animal se resistió un poco y Rebecca le oyó dar un último bocado de hierba. Luego la siguió.

Pieza 42

Titus está sentado en la silla de chenilla gris que hay junto a la mesa de teca, a los pies de la cama de Rebecca. Lleva un traje azul marino y una corbata rosa. Ha entrado en la habitación, ha dejado caer su bloc sobre la mesa y ha tomado asiento, ha cruzado una de sus largas piernas sobre la otra y ha dejado al descubierto sus calcetines, marrones con grilletes rojos. Se había quitado las gafas y las había dejado junto al bloc.

—Todos los muebles de este hospital están revestidos de este extraordinario material —dice, y pasa una mano por el brazo de la silla—. Me pregunto por qué.

—Es chenilla —le dice Rebecca.

—Oh —exclama Titus.

Rebecca se sienta en la cama y le mira. Se da cuenta por primera vez de que lleva un anillo de sello. Se pregunta si se lo acaba de comprar, si lo ha heredado, o si siempre ha estado ahí y ella no se había dado cuenta.

Titus se da cuenta de que ella le examina.

—¿Qué? —pregunta.

Tú no podrías comprar un anillo de sello, dice Betty al oído de Rebecca. Simplemente no podrías. Rebecca está de acuerdo.

—Nada —le dice a Titus—. ¿Sabías que chenille significa «oruga» en francés?

Titus se encoge de hombros.

—¿«Oruga»?

Rebecca asiente con la cabeza.

—Es como tocar un teleñeco afeitado, ¿no?

—Sí, supongo que sí. —Frota el reposabrazos de la silla, pensativo—. Qué raro —Luego dice—: ¿Cómo estás? ¿Cómo has dormido? —Coge sus gafas y las sujeta por una patilla. Lleva zapatos negros con suela de cuero.

Rebecca decide que es bastante guapo. Hoy tiene los dientes muy razonables, aparte del hueco entre los dos delanteros.

—He dormido muy bien —dice—. No estoy segura de que realmente cuente como dormir, porque me tomé las pastillas que me dieron las enfermeras y luego me desmayé.

—¿Cuándo te despertaste? ¿A qué hora? —pregunta Titus.

—Alrededor de seis —responde Rebecca.

—¿Qué hiciste ayer?

Rebecca mira por la ventana. Por un segundo tiene la sensación de no estar realmente allí.

—Estoy aquí —dice Titus.

Rebecca le devuelve la mirada.

—¿Por qué tengo que hacer terapia de grupo? ¿Para qué sirve?

Titus se sienta en la silla. Parece un oxímoron físico sentado en ella. Rebecca se pregunta si debería decírselo, decide no hacerlo. Hoy se siente bastante orgullosa de estar siendo correcta. No es que no tenga motivos para haberse abstraído sin permiso, pero parece que funciona adecuadamente.

—No tengo ni idea —dice Titus, y se pone las gafas.

Rebecca se sienta y cruza las piernas. Se siente como si tuviera nueve años y estuviera en el colegio. En un momento levanta la mano para hacer una pregunta.

—¿Cómo puedes decirme que haga algo si no sabes de qué se trata?

—Rebecca, la terapia de grupo funciona. No es mi área, pero los profesionales de ahí son muy competentes.

—Das tu opinión muy decididamente para ser una persona tan joven. Por favor, ¿qué edad tienes?

Titus la mira por encima de sus gafas.

—¿Qué estamos haciendo? —dice.

—Soy Lady Catherine de Bourgh, y tú eres Elizabeth Bennet —dice Rebecca. Se había equivocado con su corrección, claramente.

—Oh, por supuesto —dice Titus—. Evidentemente. ¿Qué has comido hoy?

—Nada —contesta Rebecca.

Titus frunce el ceño.

—¿Y eso?

—No desayuno, nunca, y no puedo bajar a la cafetería y comer sola. Te das cuenta, Titus, de que todo este lugar está lleno de locos de remate.

—Creo que, si fueras allí a comer, algunos de esos «chiflados» —dice, y traza comillas en el aire

con los dedos— podrían hablar contigo y algunos te parecerían bastante normales. Hay una zona de no fumadores.

Rebecca no cree que la gente que ella oye por la ventana sea normal.

—¿Hay una zona de los que no sonríen? —pregunta. Titus suspira—. ¿Existe una zona gris?

—Creo que cualquiera de esos dos lugares te resultaría muy incómodo.

—Gracias —dice con una sonrisa.

—¿Alguna otra pregunta? —dice Titus.

Rebecca se sienta más erguida. Se aparta el pelo de la frente.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Cuánto mide un trozo de cuerda? —pregunta Titus.

Rebecca imagina un trozo de cuerda. Luego imagina que se está burlando de ella. Después le mira e imagina que no. Debe de ser medio tonto, piensa. Luego se da cuenta de que lo hace a propósito y decide ignorarlo.

—Un ingreso de una semana es prácticamente inaudito. Conseguir la dosis adecuada en un entorno controlado suele llevar un mínimo de tres o cuatro semanas, pero eso es solo una estimación —le explica Titus—. Se trata de cómo te encuentras físicamente, de qué desencadena tu consumo de alcohol y de cómo afrontar y gestionar esos desencadenantes.

—Sé lo que los desencadena —dice Rebecca—. En cuanto cruzo la puerta de mi casa, lo sé. Me siento atrapada.

—¿Atrapada?

—Sí, como cuando un conejo cae en una trampa.

Titus niega con la cabeza.

—Referencia equivocada; por supuesto que no. Si un conejo, atrapado en una trampa, forcejea, el lazo se tensa. Si se queda quieto, el lazo no lo matará. No puede escapar porque no es posible, pero puede sobrevivir.

—¿Quedándote quieto?

—Sí.

Titus se pasa una mano por el pelo.

—¿Qué vas a hacer al respecto? Está claro que yo no puedo hacer nada.

—Yo tampoco.

—Entonces, ¿estás atascada?

—Sí.

—¿En una trampa?

—Sí. No es horrible porque no me están haciendo daño.

—Creo que sí.

—Bueno, un poco, pero todo el mundo tiene que llegar a un acuerdo.

—Lo que me preocupa es hasta qué punto tienes que ceder. No es razonable, y el uso de la trampa como imagen es especialmente preocupante.

—¿Por qué?

—Hay una amenaza de muerte muy real.

—Nadie quiere hacerme daño.

—Sé que no crees que tu vida esté en peligro, al menos no por parte de nadie más que por ti misma, pero seguro que tu historia te dice hasta dónde estás dispuesta a llegar para escapar.

—Sé que no puedo escapar. Sé que tengo que tolerar lo que está pasando.

—Yo no diría que la tolerancia sea tu punto fuerte. Llegará un momento en que no puedas tolerarlo más; entonces, ¿dónde estarás?

Rebecca suspira.

—Podría ser capaz. Podría aprender. Dijiste que tenía un cerebro plástico. Quizá aprenda a arreglármelas.

—No lo harás. —Titus se inclina hacia delante en su silla.

Rebecca le sostiene la mirada. Le gusta su cara. Siente que está de su parte, pero sabe que no puede ayudarla.

—Ya lo ves —dice—. Es ambiental y no puedes ayudarme. Puedes medicarme para que no me importe demasiado, pero sigo atrapada. Siempre estaré atrapada. De todos modos, no voy a beber más. No funcionó.

—Puedes repetirlo.

—No, no funcionó, así que no voy a repetirlo.

Titus le lanza su especial mirada profesional de «no te creo». No dice nada.

Pieza 43

A las once, una enfermera viene a llevar a Rebecca a terapia de grupo. En la terapia hay cuatro personas y está Rebecca. Tres de las personas están locas y la otra es la terapeuta, sobre la que el jurado no se pronuncia.

La habitación es pequeña, enmoquetada en gris y cuadrada, con una gran ventana orientada al norte. En el medio, hay una mesa baja de pino con una caja de pañuelos de papel un poco descentrada. A Rebecca le gustaría inclinarse hacia delante y empujarla dos centímetros hacia la derecha con el dedo índice, pero no lo hace.

—Por favor, abandone la sala. Creo que este grupo no es adecuado para usted en este momento —le dice la terapeuta a uno de los locos.

La terapeuta es pequeña y morena. Lleva un mechón de pelo recogido con una pinza de carey marrón. El loco tiene un moratón amarillento alrededor de un ojo. Tiene la mandíbula hinchada y los brazos llenos de costras. Lentamente se desprende una costra del antebrazo y Rebecca empieza a temblar y sus dedos se estiran todo lo que pueden. Balancea el bolso sobre el regazo y mete las manos bajo los muslos.

—Por favor, váyase.

Rebecca se entera de que la terapeuta es griega. Tiene fieros ojos oscuros.

Con su cara hinchada, el loco mira a la terapeuta.

—Siento que deberían permitirme quedarme aquí —dice con calma—. Tengo un problema con el trato que recibo en este hospital. La comunicación no es buena y no soporto que me digan que me vaya de un grupo como este sin una explicación adecuada y sin avisar.

Lleva el pelo rubio rapado y la luz de la ventana capta las puntas, dorándole la cabeza.

A Rebecca le cuesta bastante permanecer en la habitación. Enfrente, un hombre alto y delgado con grandes ojos grises está sentado mirando al suelo. Rebecca puede verle los ojos de perfil porque sobresalen ligeramente de las órbitas. Una mujer, más o menos de la misma edad que Rebecca, recorre con la mirada la moldura de la parte superior de la habitación. Rebecca se pregunta si estará buscando arañas.

—Carl, no voy a intentar sacarte físicamente de la habitación —dice la terapeuta—, pero me gustaría que te fueras voluntariamente.

Así que no está del todo loca, piensa Rebecca. Intenta imaginarse a esta mujer tan delgada intentando sacar a Carl de la habitación y no lo consigue. Carl no dice nada. No se mueve. La terapeuta mira alrededor de la habitación, a los otros dos locos y a Rebecca.

—Bueno —continúa ella—. Supongo que será mejor que empecemos esta sesión con Carl en la

habitación con nosotros.

Rebecca puede sentir oleadas de antipatía que irradian de Carl. Llenan la habitación. Su furia está por todas partes.

—Buenas tardes a todos —dice la terapeuta—. Me llamo Maria y voy a pasar la próxima hora y media con vosotros. ¿Podríais presentaros? Y, Carl, ¿podrías dejar de rascarte las costras? Gracias.

La mujer que buscaba arañas vuelve su rostro devastado hacia Rebecca y luego se vuelve hacia el hombre de los ojos grises.

—Hola —saluda—, me llamo Alice. Estoy llegando al final de mi estancia en el hospital y espero poder arreglármelas, pero no estoy nada segura. —Deja caer la cabeza hasta que cuelga de su largo y delgado cuello como una campanilla de invierno.

El hombre delgado levanta la vista del suelo. Tiene los pies muy grandes y lleva unas zapatillas muy feas que parecen demasiado pequeñas, de modo que sus pies sobresalen a través del cuero en las articulaciones de los dedos. Tiene una cara bastante dulce.

—Hola —dice—. Me llamo Darren. He intentado hacerme daño (en realidad, suicidarme) y llevo seis meses viniendo al hospital. Ahora estoy ingresado. —Tiene un suave acento sudafricano.

Maria dirige su mirada de águila a Rebecca.

—¿Estás bien? ¿Te resulta difícil?

Rebecca cree que se va a poner enferma. Sus dedos se aprietan y rebuscan bajo sus piernas. El bolso se le resbala y cae al suelo. Por suerte, ha cerrado la cremallera. Rebecca mira fijamente su bolso durante unos segundos para que los ojos puedan captar su impotencia, luego mira a la terapeuta.

—Me llamo Rebecca —dice—. Vine ayer. Soy muy tímida. No puedo hablar. —Inspira hondo y cree que no podrá volver a soltar el aire.

—Soy Carl —dice Carl. Su voz es grave y amenazadora—. Estoy aquí porque quiero estar en esta habitación y porque no estoy dispuesto a que me echen solo porque a ti, Maria, no te guste.

Maria mira a Carl. Rebecca piensa que podría estar a punto de tomarlos a todos como rehenes. Decide que no hay nada que Carl no pueda hacer.

—Me parece interesante que digas que crees que no me gustas —le dice Maria a Carl—. ¿Qué te hace pensar así? —Maria inclina la cabeza hacia un lado, levanta un poco las comisuras de los labios, pero mantiene una mirada feroz.

—Acabas de intentar sacarme de este grupo —responde Carl.

Rebecca desvía la mirada hacia él, quien se sacude un pie y tiene una costra en el antebrazo en

carne viva y sangrando.

—Creo —dice Maria— que no te estás beneficiando realmente de estas sesiones, pero mis sentimientos personales no tienen nada que ver con esa decisión. Es una opinión puramente profesional. Ahora —se dirige a toda la sala—, ¿quién quiere decir algo sobre su experiencia? ¿Quién quiere compartirla con el grupo?

Darren mira con indiferencia a los demás. Rebecca cree que está demasiado medicado. Se pregunta si ella también debería estar sobremedicada. Parece divertido.

—Intenté suicidarme —dice Darren con indiferencia.

—¿Qué has hecho exactamente? —pregunta Maria.

—Me corté las venas —responde Darren, y muestra las marcas rojas de sus fuertes y anchas muñecas— y me clavé un cuchillo en el estómago.

Rebecca sigue mirando las muñecas. Darren tiene las manos sobre el regazo. Sus muñecas son anchas, pero también delgadas, con protuberancias pronunciadas allí donde se unen a las manos. Rebecca puede ver las venas bajo las cicatrices.

—Entonces, ¿lo decías en serio? —pregunta Alice.

Rebecca piensa que podría reírse y se muerde el interior de las mejillas.

—Me autolesiono. Tengo muchas cicatrices —dice Darren—. Mis cicatrices son las cicatrices de mi batalla. No tengo derecho a romper lo que se me ha dado. Ahora lo sé.

—Es interesante que digas que no tienes «derecho» —dice Maria, y forma comillas en el aire con una mano, usando solo el índice y el meñique.

No es nada interesante, es enfermizo, piensa Rebecca, pero le impresiona el gesto de comillas en el aire. Nunca había visto hacer eso antes, no con una sola mano.

Más tarde, Rebecca vuelve a su habitación. El almuerzo está sobre la mesa, debajo de una campana de plata. Se acerca y lo coge. Hay un trozo de salmón ahumado caliente junto a unas patatas nuevas aplastadas y un montoncito de espinacas tiernas marchitas. En otro plato hay un triángulo de tarta de manzana. Vuelve a colocar la campaña sobre la comida y se sienta en la cama. Abre el portátil. Entonces llaman a la puerta.

Rebecca no la ha cerrado. La ha dejado entreabierta para que las enfermeras puedan hacer sus controles de quince minutos sin llamar.

—¿Rebecca? —Una enfermera llamada Miriam asoma la cabeza por la puerta. Miriam tiene más o menos la misma edad que Rebecca. Es nigeriana y lleva el pelo recogido en apretadas trenzas. Entra en la habitación—. Pensé que te gustaría charlar —dice—. Probablemente te resulte un poco extraño estar aquí, la terapia y todo eso. Fuiste a terapia esta mañana, ¿verdad? ¿Qué tal ha ido?

Rebecca le cuenta a Miriam todo sobre la terapia.

—Me pareció horrible —dice—. No entendía nada en absoluto.

Miriam sonríe lenta y ampliamente, mostrando unos dientes grandes y blancos. Sus ojos bailan cuando sonríe. Rebecca se sorprende. Miriam tiene una de esas raras sonrisas que convierten un rostro anodino en algo extraordinario. Rebecca la mira. Eres preciosa, piensa. Se las arregla para no decirlo en voz alta. Luego observa cómo la sonrisa de Miriam se desvanece y su rostro vuelve a la normalidad. Es como si hubiera apagado un interruptor.

—Te acostumbrarás —dice Miriam—. Al principio es un poco raro, pero a mucha gente le ayuda la terapia de grupo. ¿No vas a comer nada?

Rebecca niega con la cabeza.

—No tengo hambre —dice.

—Tienes que pensar en la comida de otra manera mientras estés aquí, cariño —dice Miriam—. Estás tomando mucha medicación y tienes que comer para que funcione bien, para que tu cuerpo se adapte. ¿Lo entiendes?

Rebecca quiere que Miriam vuelva a sonreír.

—Lo intentaré —le dice.

Miriam sonríe y la habitación se llena de luz.

Cuando Miriam se va, Rebecca coge su ordenador, se pone los auriculares y se desplaza por su cuenta de iTunes.

«¿Te sientes solo esta noche?», canturrea Elvis.

Rebecca odia a Elvis. No entiende por qué el algoritmo de su iPhone piensa lo contrario.

Se quita los auriculares y los deja en la cama, a su lado. Abre Word. Ha copiado todas sus notas del cuaderno de Elefante en Word porque es más rápido escribir en el ordenador.

La pequeña mujer rubia niega violentamente con la cabeza, teclea Rebecca. «No, no quería suicidarme. De verdad que no. Quería liberarme. Es la misma razón por la que hago esto». La mujer se sube la manga de la blusa y deja ver un entramado de cicatrices en relieve, algunas grises, otras blancas y otras frescas, con costras y rojas.

Emily siente que su cuerpo retrocede, escribe Rebecca. Siente que se encoge en la silla. Se mira las rodillas. Mira su bolso, que yace junto a sus pies, donde lo había dejado caer. Siente que la imagen del brazo delgado y de piel blanca con sus brutales cicatrices se graba en su retina y se pregunta para qué sirve la terapia de grupo.

Rebecca cierra el portátil. El pulso le late en las muñecas. Tiene los ojos demasiado grandes para sus órbitas y los dedos de los pies se le enroscan en las sandalias.

Se le encogen los dedos de los pies, piensa.

Rebecca se dirige al puesto de enfermeras.

—Solo quiero correr hasta lo más alto del hospital —le dice a Miriam.

—¿Por qué? —pregunta Miriam.

—Subir corriendo. Tengo demasiado… algo —explica Rebecca—. Necesito quemar algo.

Miriam parece desconcertada.

—¿Demasiado de qué?

—Chillidos —dice Rebecca—. Los tengo. Son las pastillas; es todo esto… —Gesticula.

—Hazlo —dice Miriam. Esboza su hermosa sonrisa—. Pero ten cuidado y no te caigas.

Rebecca corre tan rápido como puede, dando dos pasos cada vez. En la cuarta planta, un hombre sale de la planta.

—¿Te has perdido? —pregunta.

—No, estoy corriendo —responde Rebecca.

—Puede que quien esté a cargo de usted la esté buscando —dice el hombre.

Rebecca respira hondo.

—Saben que estoy aquí —dice y baja las escaleras. De vuelta a su habitación.

Pieza 44

Alex y Rebecca cogieron sus bicicletas y se dirigieron a Bluebell Wood. Al otro lado de Bluebell Wood había una empinada colina llamada Devil's Dip. La única otra colina cercana era Shooter's y no era tan empinada ni tenía tan buen nombre. En invierno, los niños cogían los trineos y se deslizaban por el medio de la carretera sobre la nieve helada.

—Bueno, si la carretera está nevada, nadie puede subir por ella, ¿verdad? —razonó Martin.

—Y siempre podríamos saltar al seto si viniera algo —dijo Alex.

Rebecca pensó que solo a Alex se le ocurriría esa solución. Se lo imaginaba lanzándose contra un seto para evitar un tractor, pero pensó que Martin tenía razón. Nadie podría subir por Devil's Dip cuando estuviera cubierto de nieve. Sería imposible.

Hoy, ella y Alex habían decidido que irían a Devil's Dip porque era divertido bajar la colina en bicicleta lo más deprisa posible; sentir la emoción del viento azotándoles el pelo y agarrarse con fuerza al manillar, maniobrando sobre la arenilla gris suelta allí donde la carretera hacía una curva y terminaba con un puente jorobado en la parte inferior. Rebecca experimentó una sensación de peligro añadida porque Trueno no tenía frenos, pero el puente lo ralentizaba, y ella pondría los pies en el suelo si amenazaba con descontrolarse.

Alex era más rápido que Rebecca. Pesaba más y su bicicleta tenía las ruedas más grandes. Lo vio desaparecer por la curva, delante de ella, y entonces Rebecca bajó los pies. Alex siempre se burlaba de ella por hacerlo, pero no entendía a qué velocidad iría Trueno si no fuera así y, de todos modos, Alex no podía verla si ella iba detrás de él. Recordó haber bajado los pies. Recordó que el pie que estaba más cerca del arcén se había dado la vuelta y que, justo antes de caer, había visto a Alex de pie en el puente, todavía a horcajadas sobre su bicicleta, mirándola.

Rebecca estaba tumbada en el suelo con la cabeza apoyada en el borde de la hierba, mirando cómo la rueda delantera de Trueno giraba perezosamente contra un cielo lleno de nubes blancas. Le escocía la pierna y sintió que las lágrimas de vergüenza le caían sobre el pelo.

—Ahora voy a tener problemas. —Alex se puso encima de ella y sacó a Trueno de debajo de su hermana—. Siempre me echan la culpa cuando os pasa algo a ti o a Giles. ¿Por qué siempre tienes que poner los pies en el suelo? Típico de una chica.

Rebecca se incorporó y vio que se había rozado la espinilla izquierda de arriba abajo. Llevaba pantalones cortos y se le habían clavado pequeñas piedras grises afiladas en la rodilla. Los hilillos de sangre crecían y empezaban a bajarle hasta las sandalias.

Después de eso, recordó que estaba sola. Rebecca empujó a Trueno a su lado. Cojeaba un poco y arrastró la bicicleta hasta la orilla, cerca del puente jorobado, y la dejó caer en la fresca hierba verde. El agua bajo el puente se había secado hasta convertirse en un hilillo, y ella se deslizó entre matojos de perejil de vaca, y evitó por poco que la picara un grupo de ortigas, y saltó al lecho seco del río. Más allá del puente, el agua casi llegaba a la cima del arco, y una serpiente de

hierba nadaba entre la maleza, con la cabeza, con su dibujo de cadena, asomando por encima de la superficie.

—¿Y dices que el río se había secado del todo? —pregunta Titus.

—Si no, no habría podido aguantar.

—Pero ¿al otro lado del puente el río llevaba agua?

—Sí, por eso nadaba la serpiente. Era como si hubiera una pantalla de cristal entre ella y yo. Era como mirar dentro de una pecera.

Titus niega con la cabeza.

—Sabes que eso no es posible, ¿verdad?

—Claro que sí. Solo intento mostrarte lo poco fiables que son mis recuerdos. No creo que te sirvan. Obviamente me invento cosas.

Titus sonríe y vuelve a negar con la cabeza.

—¿Podrías intentar no hacerlo?

—No lo intento. En lo que a mí respecta, eso es lo que vi. Lo juraría.

—¿Y?

—Probablemente no recuerdo las cosas y probablemente las recuerdo mal. Si puedo recordar todo eso, con todo lujo de detalles, y no es cierto, quizá no me caí de la bicicleta. Tal vez yo no estaba allí. Tal vez estaba en otro lugar haciendo algo completamente distinto. Tal vez estaba sentada en un árbol leyendo Azabache. Podría haber estado haciendo cualquier cosa, ¿lo ves?

—Según mi experiencia, este grado de depresión no surge de la nada. Debe de tener un contexto. Me gustaría saber cuál podría ser, en tu caso. ¿Tienes algún diario, o algo por el estilo, que pueda ratificar algunas de las cosas que me estás contando?

Rebecca piensa.

—No desde que tenía ocho años —dice.

Mira a Titus. El sol entra por la ventana. Le da en un lado de la cara. Lo escanea rápidamente. Lo que le molesta es su experiencia.

—Esto es lo que hago, Rebecca. Lo he estado haciendo durante un tiempo relativamente largo. No hay que juzgar un libro por su portada.

Oh, Dios, estaba haciendo eso de leer la mente otra vez. Realmente era muy inconveniente.

—No he dicho nada.

—No hacía falta. Pero, volviendo al tema, es casi seguro que estuviste allí, pero tu memoria está distorsionada en algún sentido. En este caso, probablemente has confundido que viste a la serpiente nadando en el río lleno de agua con estar de pie en el lecho seco del río. ¿Tiene sentido?

Rebecca intenta imaginar que sí. Se aparta el flequillo de los ojos y mira alrededor de la habitación. Titus está sentado, observándola. Su bolso está en el suelo, junto a la cama. ¿Recordará este momento, o se mezclará con otros días?

—No, no —dice ella.

—¿Por qué no? —Titus se inclina hacia delante en su silla. Tiene los pies bien apoyados en el suelo y los antebrazos en los muslos. Tiene las manos juntas entre las rodillas.

—Porque vi la serpiente desde abajo. Para verla nadar así, tendría que haber estado bajo el agua. Tendría que haber estado completamente vestida bajo el agua con los ojos abiertos.

Titus se sienta erguido. De repente se muestra enérgico y eficiente.

—Sigo queriendo que leas tus diarios si Sam consigue localizarlos.

Pieza 45

Rebecca se quedó mirando a la oscuridad.

Harriet le había dicho que, si no se confirmaba, iría al infierno.

El diablo la atraparía.

La llevaría al infierno si moría.

No era buena.

Rezaba en la iglesia, pero en casa se olvidaba.

Dios no la escuchaba porque no estaba confirmada.

Oiría a Harriet.

Harriet podía ser tan horrible como quisiera porque podía confesarse, pero Rebecca moriría con todos sus pecados colgando de ella como cadenas, y el diablo se la llevaría.

Rebecca se incorporó. Buscó a tientas la lámpara de la mesilla y la encendió. En su cama, al otro lado de la habitación, Giles murmuró en sueños y se dio la vuelta.

Betty huyó antes de que la luz la alcanzara, y Rebecca miró alrededor, en su habitación.

Su cómoda estaba apoyada en la pared del fondo, coronada por un espejo de vaivén victoriano. En un rincón estaba su sillón de terciopelo, cubierto, como siempre, de jerséis y vaqueros desechados.

Una estantería rebosaba de ejemplares gastados de sus libros favoritos.

Una mesa baja albergaba su altar a Nuestra Señora, con velas votivas y una postal de Walsingham.

Una alfombra de trapo naranja yacía arrugada sobre las tablas del suelo de roble y, en la ventana, había un pequeño hueco entre las cortinas corridas.

Rebecca pudo ver un atisbo de noche entre ellas y un ojo con los párpados enrojecidos que la observaba. Sin pestañear.

Salió corriendo de la habitación y se precipitó por el pasillo hacia la de sus padres, cruzó la puerta y se metió en su cama.

—El diablo —sollozó, y se hundió en los brazos de su padre—. El diablo.

Pieza 46

—Así que —dice Titus— nuevas medicinas. —Está sentado en la silla afeitada de los Teleñecos, mirando a Rebecca.

Ella acaba de prepararse un café solo, que está en la mesilla de noche con su taza al lado.

Rebecca está en su cama, con las piernas cruzadas. Ha decidido ser muy cooperativa e inteligente. Necesita gustarle a Titus, pero cree que de momento no es así. Rebecca imagina que probablemente tiene las habilidades necesarias para cambiar esta situación. Puede que él crea que no es relevante, pero en realidad ella no puede estar a gusto con alguien que la encuentra molesta.

Así que no seas tan molesta, dice Betty.

—No voy a serlo —contesta Rebecca.

—¿No vas a ser qué? —dice Titus.

—Molesta —responde Rebecca—. No me gustan los medicamentos nuevos —añade—. Y no me gusta la terapia de grupo, ni estar dentro todo el tiempo.

—¿Cómo te encuentras físicamente? He oído que has estado bebiendo mucho café. No es la mejor idea para tu medicación.

¿Que cómo está físicamente? Rebecca se imagina que su cuerpo fuera una bolsa de piel rellena de pulmones que, si tuvieran el grosor de una célula, cubrirían un campo de fútbol o llegarían hasta la Luna. Un hígado repleto de grasa, riñones hinchados, vasos sanguíneos retorciéndose a lo largo de kilómetros, mierda y orina y sus huesos mojados resbalando contra los músculos… y café, negro, amargo y una mala idea pululando por todo ello.

—Bien —dice ella.

Titus se quita las gafas. Las deja encima de la mesa.

—¿Ha venido Sam a verte? —pregunta.

—Sí, vino ayer. Viene todos los días. Está muy estresado. Realmente no puede manejar la vida sin mí.

Titus suspira.

—¿Cómo te encontró?

Rebecca no puede contenerse.

—Creo que usó un navegador por satélite —dice.

Titus la fulmina con la mirada.

—Siempre me haces sentir como si me hubieran pillado fumando detrás del cobertizo de las bicicletas —añade.

Titus se pasa una mano por el pelo.

—¿Por qué? Dime por qué me tomo la molestia.

—Es una vocación —dice Rebecca—, como ser monja.

—Estoy seguro de que no se parece en nada a ser monja —contesta Titus.

—Puede ser. Toda esa autoflagelación y frustración. Podría ser parecido. A mí me enseñaron las monjas —añade, mintiendo.

Titus vuelve a examinarla. Sus ojos son como dos guijarros grises. Rebecca se da cuenta de que su ofensiva de seducción no está saliendo según lo previsto.

—No me sorprende en absoluto —dice Titus—. No esperaba menos.

—Estaban muy frustradas —continúa Rebecca.

—No quiero hablar de monjas —dice Titus—. Quiero hablar de ti. Dime qué es lo que no te gusta de la nueva medicación.

Rebecca se lo piensa un momento.

—No me gusta la inquietud. Mis extremidades se sienten inquietos.

—¿Todo el tiempo? ¿Ahora?

—Lo intento…, pero lo están, sobre todo a las tres y media. Y todos en la terapia de grupo están asustados o dan miedo.

—¿A las tres y media de la tarde? —pregunta Titus, ignorando lo de la terapia de grupo.

Rebecca asiente con la cabeza. Titus se levanta y se acerca a la ventana. Rebecca le observa. El corazón le da un vuelco. Se da la vuelta y se sienta en el alféizar de la ventana, de modo que su silueta se recorta contra el cielo peltre.

—Tienes que intentarlo —dice él en voz baja—. Tienes que darles una oportunidad a tus tratamientos antes de decidir que no funcionan.

—Lo estoy intentando —repite Rebecca, y se arrastra hacia atrás en la cama, alejándose de él, y se apoya en el cabecero de ante azul.

—Te estás esforzando mucho —dice Titus. Él no se mueve, pero Rebecca cree que su voz se ha suavizado. Cree que puede estar haciéndole entrar en razón—. Rebecca, estamos aquí para

averiguar qué te ha traído aquí. No estamos aquí para juegos, evasivas ni para una batalla de ingenio. Quiero que te lo tomes en serio. ¿Crees que puedes, o estamos perdiendo el tiempo el uno con el otro?

Entonces, no lo voy a convencer en absoluto, piensa ella.

No dice nada.

—¿Rebecca?

—Estoy cansada —responde—. Creo que lo he intentado todo. Me siento como Townes Van Zandt.

—¿Quién?

—Townes Van Zandt —dice Rebecca—. Ahora está muerto.

Titus se mueve rápidamente por la habitación. Coge su bloc de la mesa. Los ojos le brillan.

—No creo que lo hayas hecho, sinceramente —dice—. No soy un pasatiempo divertido con el que puedas entretenerte unos minutos al día. Soy un psiquiatra en lo más alto de mi profesión, y tu incapacidad para tomarte en serio esta situación podría ser catastrófica para ti; de hecho, ya lo ha sido. No estoy dispuesto a permitir que eso vuelva a ocurrir. ¿Lo has entendido?

Rebecca sonríe. No es su intención, pero no puede evitarlo.

—Entonces, ¿te preocupas por mí?

—Claro que sí. ¿Qué clase de médico sería si no lo hiciera? —Vuelve a sentarse en la silla—. Escucha, puedo apartarte. Lo sabes, ¿verdad? Puedo llamar a otro médico para que te interne en una institución.

—No puedes apartarme. No soy una funcionaria y, de todos modos, necesitas un policía.

—¿Qué? —pregunta Titus.

—Para internar en un institución a alguien. ¿No hace falta un policía para eso?

Titus se levanta.

—Me voy —dice. Señala la cafetera—. Y no quiero que te bebas eso. —Luego se marcha.

Rebecca inspira lentamente. Mira por la ventana hacia las finas nubes grises. Después salta de la cama y corre al cuarto de baño, donde vomita y vomita.

Pieza 47

Harriet no se había roto ningún hueso al caer de Ambrose, pero se había hecho daño en la espalda.

Miranda y Pen estaban sentados a la mesa de la cocina, fumando, y Rebecca esperaba a que Harriet se despertara.

—Se levanta un par de horas al día —le decía Miranda a la madre de Rebecca—, pero le gusta descansar por las tardes. Patrick es un encanto con ella. Se sienta en su cama durante horas y le cuenta cuentos.

Rebecca salió por la puerta de la cocina y se dirigió al granero. Pensó que podría ir a ver a Ambrose. Llevaba zanahorias en el bolsillo. Quizá le gustaran.

El establo estaba en silencio y oscuro. En el box contiguo al de Ambrose colgaba su brida, y su silla estaba apoyada, con el pomo contra la pared. Al lado había dos grandes comederos. Oyó a Ambrose resoplar y darse la vuelta para asomar la cabeza por encima de la puerta de su box.

—Hola —saludó, y metió la mano en el bolsillo—. Tengo zanahorias.

El poni dio un pisotón y echó las orejas hacia atrás.

Rebecca se quedó muy quieta frente a él. Las telarañas adornaban la pequeña y alta ventana del fondo del establo, por la que entraba un rayo de sol nacarado. Una gallina cloqueaba satisfecha en el pajar de su derecha, y Rebecca aspiró el dulce aroma del heno polvoriento y el caballo. Extendió una mano plana justo debajo de la nariz del poni, ofreciéndole una pequeña zanahoria mustia que había encontrado aquella mañana en el fondo de la nevera. El animal la cogió y se apartó de Rebecca, empezó a ronzar y puso los ojos en blanco.

—Vamos —dijo Rebecca en voz baja.

Ambrose movió la cabeza de arriba abajo y volvió a resoplar.

—Tengo otra. —Le tendió la mano y él cogió la zanahoria, pero esta vez se detuvo un segundo para olerla.

A lo lejos, Rebecca oyó que su madre la llamaba. Harriet debía de estar despierta. Alargó la mano hacia el poni, hasta la crin, y Ambrose dejó que le rascara la nuca.

—Hasta pronto —dijo Rebecca.

Se sentó en la cama de Harriet. Ella estaba de mal humor, pero Rebecca supuso que era porque se había hecho daño en la espalda.

—¿Qué has estado haciendo? —Harriet estaba apoyada contra un montón de almohadas. Parecía enfurruñada.

—¿Cuándo?

—Hace un momento. ¿Dónde estabas?

—Hablando con Ambrose. —Rebecca cogió distraídamente un muñeco de trapo y empezó a jugar con su largo pelo de lana negra.

—Te morderá.

Rebecca se levantó, aún con la muñeca en la mano.

—No lo hizo —dijo.

Harriet se revolvió irritada.

—¿Por qué llevas un jersey azul con una camisa verde? ¿Por qué vas tan elegante?

Aquella mañana, Rebecca había elegido una camisa azul de Aertex y un jersey verde mar. Ahora se miró a sí misma.

—¿Qué tiene de malo?

Harriet sonrió.

—El azul y el verde nunca deben verse sin algo en medio —canturreó.

A Rebecca le había parecido que estaba bastante guapa.

—De todos modos —dijo Harriet—, aunque la mona se vista de seda, mona se queda.

Rebecca volvió a dejar caer la muñeca sobre la cama.

—¿Por qué eres tan mala? —preguntó.

—No lo soy, pero los amigos deben decir la verdad. —Harriet abrió de par en par sus grandes ojos claros.

Rebecca se encogió de hombros. Sentía que se le hacía un nudo en la garganta y se le calentaban las mejillas.

Harriet cogió la muñeca de trapo y empezó a trenzarle el pelo de lana.

—¿Has visto a Patrick? —preguntó.

Rebecca negó con la cabeza.

—Está siendo muy amable conmigo.

Rebecca volvió a encogerse de hombros.

—Ayer me trajo un KitKat. Dice que cuando esté mejor me llevará de compras y me comprará un regalo.

Rebecca asintió con la cabeza.

—Tengo que irme. —Miró su reloj y se inventó—: Tenemos que estar en casa a las cuatro, Alex tiene un amigo para el té.

En casa, Rebecca se sentó y se miró en el espejo de su tocador. Apartó el altar que había hecho a la Virgen, volcó la vela votiva y el pequeño cuadro de la Virgen, y se miró.

Dios te salve, María, llena eres de gracia, rezó, y olvidó lo que venía a continuación. El rostro que le devolvía la mirada era plano. Las pecas se esparcían desordenadamente por el puente de la nariz y las mejillas. Detrás de las gafas de montura azul, sus ojos también eran azules, pero mucho más claros que el plástico. Su boca era ancha y tenía tendencia a doblarse hacia abajo en las comisuras.

—Tienes una sonrisa preciosa —le había dicho su madre.

Ahora, Rebecca sonrió a su reflejo y solo vio grandes dientes cuadrados en una cara demasiado pequeña para ellos. Alrededor de la cara, su pelo se erizaba en una salvaje mata amarilla. Cogió el cepillo y lo pasó por la masa enmarañada, lo que pareció empeorar la situación.

Pensó en la elegante melena castaña de Harriet, en su boca pequeña y mullida y en sus dientes proporcionados. Se quitó las gafas y las puso junto a la estampa de la Virgen. Ahora su reflejo era borroso. Parpadeó y trató de enfocar. Se inclinó hacia delante y volvió a estudiarse la cara. Se veía mejor sin las gafas. Cogió un mechón de pelo y se lo recogió en una coleta, tirando de él hacia un lado. Estaba más guapa sin tanto pelo. Pensó en Harriet y se preguntó por qué era su amiga. Si ella fuera Harriet, probablemente no querría ser amiga de Rebecca.

Se levantó, volvió a poner la vela en posición vertical y equilibró el cuadro contra el espejo. Le pediría ayuda a su madre. Le pediría que comprara horquillas. Dejó las gafas en el tocador y salió de la habitación.

Pen estaba en la cocina. El fregadero estaba lleno de zanahorias embarradas y Pen las lavaba bajo el grifo frío con un estropajo de esponja.

Rebecca se acercó y se puso a su lado. Las manos de su madre parecían doloridas y enrojecidas.

—¿Mamá?

Pen cerró el grifo y dejó el estropajo en el borde del fregadero. Rebecca no solía iniciar una conversación.

—¿Sí?

—¿Puedes comprarme algunas horquillas?

—¿Qué tipo de horquillas? ¿Para qué?

—Para el pelo. Creo que, si me lo mojo y me pongo horquillas en los lados, se me comprimirá, así. —Rebecca se recogió el pelo a ambos lados de la cara.

—¿Te refieres a las horquillas de pelo corrientes; no las bonitas, sino las marrones que se compran en la droguería?

Rebecca asintió con la cabeza.

—¿Por qué quieres que tu pelo sea diferente, si es precioso?

—Lo quiero más liso; eso es todo.

—¿Has perdido las gafas?

Rebecca se encogió de hombros.

—No, están arriba. Son… azules. No las necesito para andar por ahí y esas cosas.

Pen miró a Rebecca.

—Te conseguiré unas horquillas la próxima vez que vaya al pueblo —le dijo.

Pieza 48

—¿Cómo va la escritura? —Titus está sentado en la silla de los Teleñecos. Se quita las gafas y las pone en el reposabrazos, equilibrándolas precariamente—. Las enfermeras me han dicho que escribes casi todo el tiempo. Bueno, la mayor parte del tiempo que no estás subiendo y bajando las escaleras, precisamente como te pedí que no hicieras.

Rebecca piensa que probablemente él se siente culpable por haberse enfadado tanto con ella la última vez que la vio y está intentando parecer amable e interesado…, pero ella no va a caer en la trampa.

—Oh, va bien —responde—. Muy bien. —Ignora el comentario de las escaleras. Después de todo, si encierras osos polares, se vuelven locos, y, si encierras Rebeccas, corren.

—Dime de qué trata —pide Titus.

—Trata de un psiquiatra psicópata y sus adorables pacientes cuerdos —dice Rebecca.

—¿Es un libro? ¿Estás escribiendo una novela? Pensé que tal vez era un diario.

—No podría escribir un diario; no pasa nada. Tengo que inventarme muchas cosas para entretenerme. ¿No te aburres de estar aquí cinco días a la semana? Yo me moriría de aburrimiento.

Titus ignora la pregunta.

—Entonces, ¿ese libro está basado en tus experiencias aquí? ¿Va a herir mis sentimientos? —dice.

—No… —Rebecca niega con la cabeza—, no lo hará porque eres un psicópata. —Entonces decide cambiar de tema porque Titus parece un poco ansioso y no le va el tema. Además, podría enfadarse y asustarla, pero entonces él cambia de tema por ella, lo cual es inesperado.

—Me gustaría probar algo contigo —dice, y se sienta recto.

—¿Qué? —pregunta Rebecca.

—Un poco de trabajo de niño interior —explica Titus.

Rebecca suelta una carcajada.

Maldita sea, susurra Betty. Ha perdido la cabeza.

Titus levanta una mano.

—No —dice—. Ten paciencia. Esto podría ser interesante.

—Podría ser embarazoso. —Rebecca se mueve incómoda en la cama—. No quiero trabajar —dice.

—No —dice Titus—. Quieres jugar al pimpón verbal, rechazar cualquier ayuda que se te ofrezca y convertirlo todo en una broma. No obstante, me gustaría que me complacieras.

Rebecca siente que se le entrecorta la respiración. Titus no está enfadado. Está bastante tranquilo, pero domina la habitación. Ella puede sentir la fuerza de su personalidad, y eso no le gusta.

—Ahora —dice Titus—, cierra los ojos e imagínate a ti de niña.

Rebecca cierra los ojos. No puede imaginarse a sí misma. Abre los ojos.

—¿Que me mire? ¿Qué quieres decir?

—Cierra los ojos e imagínate de niña. Imagínate con ocho o nueve años. Estás sentada en la cama, aquí, ahora. No eres feliz. ¿Qué crees que quieres decirle a esa niña?

Rebecca vuelve a cerrar los ojos. Siente a la pequeña Rebecca sentada a su lado. Siente el peso de su pequeño cuerpo y oye que la pequeña Rebecca respira suavemente para que nadie la oiga. Quiere alejarse de ella. Inspira por la nariz.

—No quiero hablar con ella. —Es la verdad, no quiere.

—¿Por qué no?

—Ella lo odiaría. No le gusta hablar con la gente.

—¿Con alguna gente, incluso con alguien que se preocupe por ella?

—No, sería demasiado tímida. No le gusta que la gente la vea.

—¿Te preocupas por ella?

Rebecca lo piensa. Ha pasado la mayor parte de su vida adulta intentando enterrar a la triste Rebecca. Niega con la cabeza.

—No —dice.

—De acuerdo, abre los ojos.

Rebecca abre los ojos. Mira hacia la cama donde estaba sentada la pequeña Rebecca. Aún puede ver su pelo amarillo enmarañado y su cara blanca e inexpresiva.

Titus la mira con los brazos cruzados.

—No tienes compasión en absoluto —dice. No hay triunfo en su voz. Se limita a constatar un hecho.

Rebecca le mira fijamente.

—Sí que tengo. —Siente que las lágrimas empiezan a arder detrás de sus ojos—. Soy muy amable. Ayudo a la gente todo el tiempo.

Titus sigue mirándola con los brazos cruzados.

—Tengo hijos. Soy buena con ellos —añade.

Titus echa un vistazo a la habitación.

—¿En serio? —pregunta.

Rebecca niega con la cabeza. Se ha quedado sin palabras.

—No tienes compasión de ti misma —dice Titus—. ¿Por qué crees que puede ser? ¿De verdad vales tan poco?

Una lágrima se resbala de sus pestañas y cae en la cama. Betty sisea en su oreja izquierda.

—Algunos niños no aprenden a entender a las otras personas. No pueden proyectarse en la mente de los demás e imaginar cómo se sienten —continúa Titus—. No aprenden porque las personas que les rodean son impredecibles, y el niño las interpreta como peligrosas o poco fiables, así que esos niños se cierran. Evitan el contacto y no aprenden a interactuar con fluidez. A corto plazo, esta puede ser una buena estrategia de afrontamiento, pero, a medida que la vida avanza y la persona tiene que hacer frente a las presiones normales de la edad adulta, se convierte en un inadaptado crónico. Es incapaz de hacer frente a la situación. Los niños aprenden a ser compasivos poniéndose en el lugar del otro. Si creen que los demás no son de fiar, en lugar de aprender como los demás niños, se sumergen en los libros, los animales o cualquier otra cosa en la que crean que pueden confiar. ¿Te resulta familiar algo de lo que estoy diciendo? Creo que te has pasado toda la vida siendo evasiva. Te has asegurado un matrimonio seguro y sin amenazas con un hombre que no te ha hecho demasiadas preguntas ni te ha exigido mucho.

—Es muy exigente. —El corazón de Rebecca late con fuerza y ha dejado de intentar no llorar.

Tiene la cara llena de lágrimas. Siente que Betty se levanta y sale corriendo de la habitación. Rebecca piensa en todo lo que tiene que hacer por Sam. Piensa en todo lo que él no puede hacer sin ella. Luego piensa: No puedo soportar a Titus.

—No te ha pedido nada que tú no hayas estado dispuesta a dar. —Titus está retorciendo el cuchillo.

Rebecca se levanta de la cama. Titus sigue sentado. Ella pasa por delante de él y se mete en la ducha. Su cara en el espejo está manchada de lágrimas.

—No me lo ha pedido —murmura en voz baja a su reflejo—. Nunca lo ha hecho. —Se vuelve y mira hacia el dormitorio, a la nuca de Titus—. Pero tú sí —dice.

A la mañana siguiente, Rebecca acude a un grupo de terapia cognitivo-conductual. Se ha lavado la cara, pero sigue teniendo los ojos hinchados y rojos. Supone que nadie se dará cuenta, ya que, de todos modos, los ojos del resto están hinchados y rojos por los medicamentos que les recetan.

Rebecca cree que la terapia cognitivo-conductual podría funcionar mejor que la sesión con Maria. Piensa que podría aprender algo y que entonces saldrá del hospital. Aún no ha asimilado lo que Titus le dijo la otra mañana e intenta no pensar en ello.

La sesión del grupo de terapia cognitivo-conductual es a las once de la mañana en la segunda planta. Rebecca se sube a un ascensor con Blessing, que es enfermera.

—Es más rápido en el ascensor —dice Blessing, pero Rebecca cree que la enfermera prefiere el ascensor porque resopla al andar.

Blessing mete los dedos bajo su peluca negra rizada para rascarse. La peluca se le mueve un poco y se queda ladeada. Tiene una cara muy bonita, de curvas suaves y oscuras, labios carnosos y ojos suaves y simpáticos.

En el segundo piso, Rebecca se encuentra con Alice. Al principio no hay nadie más. Alice y Rebecca dicen «¿Cómo estás?» simultáneamente y se sientan una al lado de la otra en un sofá. Llega un hombre grueso de unos cincuenta años. Tiene los hombros poderosos y el pelo gris oscuro. Lleva unos pantalones cortos de combate. Rebecca imagina que es un portero de discoteca, que quizá cuando Carl aparezca este hombre lo echará de la sala, pero él toma asiento frente a ella y Alice.

Llega un chico, le brillan los ojos y canta alegremente para sí mismo.

—Hey, man! Now I'm really livin’ —canta, dando palmadas con los muslos a un ritmo interior mientras se sienta en otro sofá.

Otro chico, delgado y moreno, entra en la habitación detrás de una mujer que lleva un portapapeles. Esta hace un gesto al chico para que tome asiento.

—Siéntate aquí, Siva —le dice. Siva se sienta y la mujer mira a los demás—. Soy Morwenna y dirijo la sesión de hoy —explica, y sonríe al grupo. Lleva el pelo liso y oscuro recogido en la frente con una cinta. Su rostro también es suave, despejado y abierto. Como un huevo amistoso, piensa Rebecca—. Para empezar, ¿nos presentamos todos y, si queremos, damos alguna información sobre lo que nos gustaría conseguir durante nuestra estancia aquí? ¿Quieres empezar tú, Alice? Estás llegando al final de tu estancia con nosotros, así que debes de ser la que está más acostumbrada a este proceso.

—Hola, me llamo Alice —empieza ella obedientemente—. Durante el tiempo que he pasado aquí, he aprendido que soy un poco complaciente con la gente y también he aprendido que no tengo que estar a la altura de las expectativas de los demás. —Respira hondo y mira la alfombra. Anota algo en un cuaderno que tiene abierto sobre el regazo—. La semana que viene vuelvo al trabajo —dice— y, aunque mis compañeros han sido comprensivos y me han apoyado, estoy un poco preocupada. Ayer me pasé todo el día contestando correos electrónicos.

—¿Cómo te sientes ante el hecho de que ellos consideraran que debías hacerlo? —pregunta Morwenna.

Rebecca cruza los brazos sobre el estómago. Empieza a temblar y la respiración se le entrecorta.

—Bueno, la persona que más me preocupa es mi jefe de equipo —dice Alice—. Estoy segura de que él cree que yo debería ser capaz de continuar donde lo dejé, pero yo no creo que pueda.

Siva se remueve en el asiento. El chico de los ojos brillantes sonríe abiertamente.

—Bueno, lo dejaremos por un momento y volveremos a ello cuando nos hayamos presentado todos —dice Morwenna.

Mira a Rebecca. Rebecca cree que va a estornudar.

—Me llamo Rebecca —empieza Rebecca—. Es la segunda vez que vengo a una terapia de grupo y creo que no entiendo el lenguaje. Creo que no entiendo cómo funciona todo esto.

—¿Va a venir Carl hoy? —pregunta Alice.

—No —responde Morwenna.

Rebecca siente que los pulmones se le relajan un poco.

Morwenna se vuelve hacia el chico sonriente.

—Tú también estás llegando al final de tu estancia aquí, ¿verdad, Frank? ¿Cómo te sientes al respecto?

Frank se pasa una mano por el pelo sucio. Los ojos le bailan y da golpecitos con un pie a su ritmo interno.

—Todo está genial —dice—. No voy a volver a desmoronarme y no voy a volver a la universidad. Tengo otras cosas que hacer. Voy a relajarme y a tomármelo con calma. Voy a tomar las riendas. Voy a vivir mi vida; no a dejar que ella me viva a mí.

El hombre grueso se presenta como Kostas.

—He estado en todas partes —explica—. Creía que lo había visto todo. He sido mercenario durante veintitrés años. He estado en Iraq y Kosovo. He combatido en Sierra Leona y Ruanda, pero este —hace un gesto con la palma de la mano levantada— es el lugar más duro, lleno de algunas de las personas más duras que he conocido.

Rebecca mira a Alice. Esta mira al suelo. Morwenna escribe «DURO» en la pizarra.

Oh, Dios, piensa Rebecca.

—Ahora —dice Morwenna—, creo que tenemos que revisar nuestros límites. ¿Sabes lo que son los límites, Rebecca?

Rebecca niega con la cabeza.

—Cercas, muros, setos… —dice, y luego se da cuenta de lo irónica que suena, pero sigue pensando que la terapia de grupo es absurda.

—¿Alice? —dice Morwenna, ignorando a Rebecca, lo que hace que Rebecca se sienta aún más tonta.

Alice se pone el bloc sobre las rodillas.

—La capacidad de decir que no sin reservas, sin sentirse culpable y sin disculparse, porque decir que no es lo que más te conviene —dice.

—Entonces —continúa Morwenna—, si yo fuera tu jefa y te dijera un día después del trabajo: «Oye, Alice, ¿puedes quedarte una hora más; esta semana estoy muy apurada»?, y tú realmente no quisieras o, de hecho, no pudieras dedicar ese tiempo extra, ¿cuál sería tu respuesta?

Alice coge su bolígrafo. Lo sujeta con fuerza y responde:

—Diría: «Me temo que no podré hacer eso por ti esta tarde, Stephen».

Morwenna sonríe animada.

—Y ¿qué te parecería poder decir eso? —pregunta.

—Creo que me sentiría un poco culpable, pero, antes de venir aquí, habría dicho «Sí, por supuesto» siempre.

Rebecca siente que empieza a interesarse. Es como si algo en su cerebro se hubiera encendido.

¿Una bombilla?, pregunta Betty.

Sí, piensa Rebecca.

Rebecca regresa a su pabellón. Sube las escaleras y se pierde. Dos médicos se acercan, discutiendo seriamente, con las cabezas juntas.

—¿Ha venido a la reunión? —le pregunta un médico a Rebecca.

Rebecca mira de uno a otro.

—Estoy en el pabellón siete —dice—. Soy una de las locas.

Los médicos llevan a Rebecca a su habitación. Se dirige a la cocina. Vierte café colombiano en la cafetera directamente de la bolsa, añade agua caliente y se lo lleva a su habitación. Que le den a Titus, piensa.

A las 15:55 empiezan los chillidos de Rebecca. Son menos intensos que el día anterior, así que se tumba en la cama, sube las piernas y estira los pies hacia el techo para que no se le acalambren

los músculos. Flexiona los dedos. Se tumba en el suelo en la postura del Niño, que es la única postura de yoga que conoce. No funciona, así que abre el ordenador y busca Townes Van Zandt en Spotify. Pone Waiting Around To Die y se tumba en la cama, en la habitación cada vez más oscura, mirando al techo. A veces le dan calambres musculares.

Golpean en la puerta y Titus entra.

—Me siento como si acabara de entrar en la habitación de una adolescente. Siéntate, por favor, Rebecca, y mírame. —Se sienta en la silla de los Teleñecos.

Rebecca cierra el portátil y se sienta.

—Lo siento —dice—. Tengo los chillidos. Es la hora de los chillidos. —Rebecca se retira el pelo de los ojos y mira a Titus.

Él ladea la cabeza.

—¿«La hora de los chillidos»? ¿En serio, Rebecca?

Rebecca se siente un poco irritada.

—Sí, yo estoy chillando —dice enfadada.

Titus suspira.

—¿Dónde estamos con eso? —pregunta—. ¿Te has tomado un tranquiltolam? ¿Has ido a la enfermería y les has pedido uno?

—No —dice Rebecca.

—¿Por qué no? —pregunta Titus.

—Porque estaba tratando de controlarlo sin pastillas.

—Mientras escuchamos a alguien cantar sobre la muerte, en la oscuridad —dice Titus, luego se acerca a su espalda y enciende la luz—. Creo que deberíamos arrojar algo de luz sobre el tema. Creo que ese es mi trabajo. —Rebecca albergaba la esperanza de que no hubiera oído a Townes —. Si tuvieras dolores físicos, no intentarías sobrellevarlos tú sola, ¿verdad? Bajarías rauda a pedir codeína. No es diferente, ¿sabes? ¿Qué les pasa a todos mis pacientes hoy? En cualquier momento, estarán todos pidiendo gotas homeopáticas para los ojos o alguna tontería por el estilo.

Rebecca sonríe.

—Yo no lo haría —dice.

—Bien —dice Titus—. ¿Alguna pregunta? Aparte de ¿cuánto mide un trozo de cuerda?

—Aquí no hay cobertura —contesta Rebecca—. Tengo que ponerme sobre una pierna en la cama y agitar el teléfono en el aire. ¿Hay algún sitio mejor para cogerla? De momento, todo son

mensajes de texto, y ya se sabe lo fácil que es malinterpretar un mensaje.

—Puedes conseguir cobertura en la zona de no fumadores del patio —dice Titus, y se pone de pie. Se dirige a la puerta—. Ve a por un tranquiltolam. Que tengas un buen fin de semana, señora, y no bebas demasiado café. —Y se marcha.

Rebecca se levanta de la cama. Cruza la habitación y abre la puerta. Se dirige a la sala de enfermeras. Titus está de espaldas a ella, hablando con Miriam.

—Solo pensé que deberías ser consciente —dice—. No lo sé, pero podría intentarlo.

Rebecca se acerca a ellos.

—Me gustaría un tranquiltolam, por favor, Miriam —le dice.

Pieza 49

Rebecca bebe demasiado café y entonces Ellis viene de visita. Entra en la habitación como un torbellino. Está drogado y feliz, pero también desesperado. Lleva unos vaqueros blancos rotos. Le ha crecido un poco el pelo, rubio por el sol mediterráneo.

—¿Qué coño haces aquí? —pregunta, y se deja caer en la silla de Titus—. Me voy dos semanas de vacaciones y, cuando vuelvo, estás hecha polvo. ¿Qué coño está pasando?

Ellis acaba de volver de Grecia, donde ha estado ayudando a unos amigos a trasladar un yate de aquí para allá.

Ellis es muy hiperactivo. Se ha vuelto a enamorar, y no de Rod. Esto es bueno, pero también es complicado.

—Este es mi amigo Ellis Scupper —les dice Rebecca a las enfermeras, por si creen que Ellis es otro paciente—. Ellis es médico, psiquiatra infantil —les explica Rebecca.

Las enfermeras miran a Ellis y sonríen comprensivas.

—Enséñame una fotografía suya —dice Rebecca—. ¿Cómo era el yate? ¿Qué tal la navegación?

Para Rebecca es un alivio no tener que hablar de sí misma. A ella también le gustaría haber estado en Grecia. Le encanta Grecia. Se imagina un mar oscuro como el vino, playas de guijarros blancos, aguas cristalinas y olivares de un verde plateado.

—¿El yate? —dice Ellis.

—Sí, ¿no ibas a moverlo de aquí para allá?

—Oh, fue una absoluta pesadilla, viento meltemi de fuerza seis, por lo menos, y ninguno de nosotros sabe navegar, no de verdad. —Ellis mira a su alrededor, a la habitación. Se levanta y asoma la cabeza por el baño—. No hay puntos de unión —dice—. Qué divertido. ¿Estás loca?

—Norte, noroeste —dice Rebecca—. Cuando el viento sopla del sur, distingo un halcón de un serrucho.

—Bien, bien —dice Ellis.

—Háblame de Grecia —dice Rebecca—. Me aburro aquí. Si no puedes entretenerme, me temo que tendrás que irte. Estoy muy ocupada aburriéndome.

—¿Sigues viendo a ese médico? —dice Ellis, y se sienta de nuevo—. ¿El del juego de química?

—Él no tiene un juego de química. Yo soy su juego de química. Grecia. Ahora —ordena Rebecca.

Así que Ellis le cuenta.

—Navegamos juntos. Nuestros muslos se tocaban y por la noche dormíamos uno al lado del otro en una tienda blanca.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Rebecca.

—Aún puedo ver su mano morena sobre la escota blanca del foque, su antebrazo fuerte y musculoso, sus bíceps, una fina franja de venas azules en la muñeca. Yo era el timonel.

—¡Cállate! —dice Rebecca.

—¿No es suficiente? —dice Ellis.

—No —dice Rebecca—. El sexo, ¿qué pasa con el sexo?

—Oh, el sexo —dice Ellis—. Si hubieras tenido más, lo entenderías. Fue un encuentro de almas. Ya sabes, ese tipo de cosas, ojos que se cierran, corazones que laten. —Se lleva las manos a la barbilla—. Ha sido tan ideal que literalmente no puedo decírtelo.

Rebecca no ha tenido relaciones sexuales con nadie más que con Sam, es cierto, pero no se encendería como un fuego artificial si alguien le tocara la pierna.

—Y ¿entonces? —pregunta ella—. ¿Va a venir a verte a Londres?

—No, lo suyo es Seattle. Le encanta la lluvia —dice Ellis.

—¿Seattle? —pregunta Rebecca—. ¿Quieres un café? Ooh, ¿estoy haciendo asociaciones libres?

—Me encantaría tomar uno, pero déjalo. Es raro y, una vez que has cogido todo el lenguaje en un lugar como este, es difícil deshacerse de él —dice Ellis—. ¿Qué te pasa? ¿Qué es eso de las manos? —Agita las manos imitando a Rebecca.

—Gritos —le dice Rebecca—. Creía que los había tapado. Verte me ha excitado.

—¿Gritos? —dice Ellis—. Qué raro, ¿qué estás tomando?

—Colapsetina, dulsexatina, lavadorcina —responde Rebecca.

—Café, ¿dónde? —dice Ellis.

—En la cocina —dice Rebecca—. Sígueme.

Se sientan en la habitación de Rebecca a tomar café solo y hablan de bahías moteadas de verde y azul y de playas de guijarros blancos. Recuerdan olivares verdes como la plata y tabernas a la sombra de los viñedos y se preguntan por la llamada de Seattle.

—¿Tienes una foto? —pregunta Rebecca.

—En mi corazón —contesta Ellis.

—Dios —exclama Rebecca.

—No, en absoluto —dice Ellis—. Es más Jonathan Miller, pero mucho más joven.

—¿Cuánto? —pregunta Rebecca.

—Tiene treinta y ocho años —dice Ellis.

—¿Sin ataduras? —pregunta Rebecca.

Ellis da un sorbo a su café.

—Espero que sí —responde.

—¿Judío? —pregunta Rebecca.

—No lo sé —dice Ellis—. ¿Puedes mantener las manos quietas? Pareces terriblemente afectada.

—Ven y echa un vistazo a mi hoja de pastillas. Espero que te la enseñen; así podrás decirme qué medicamento me está volviendo loca.

—¿No te lo dirá el doctor Cómo-se-llame? —Ellis mira la hoja de medicamentos de Rebecca—. Todo parece estar bien —dice—, pero, por supuesto, no es mi especialidad.

Rebecca adora a Ellis. Es tan divertido.

Pieza 50

—Recuerdo una vez que había luna llena —le cuenta Rebecca a Titus—. El mar estaba lleno de fosforescencia. ¿Lo has visto alguna vez?

—Sí, aunque no en este país —responde.

Rebecca le cuenta a Titus su infancia.

—Podría ser útil conocer algo de tu historia —le dice él—. Creo que puede haber algún problema de la infancia que te hace sentir así ahora.

Rebecca le mira, entrecerrando los ojos. Realmente no quiere que la presione de nuevo. No se siente capaz.

—Será algo que aún desconocemos. —Titus está siendo muy amable.

Rebecca no está segura de confiar en un Titus amable. Cree que le prefiere cuando está muy enfadado con ella. Lo mira ahora, sentado en la silla de los Teleñecos. Lleva una camisa de cuadros azules sin corbata y un pantalón de traje azul marino. Fuera, el sol rebota en las aceras.

—¿En qué estás pensando? —le pregunta.

Rebecca vuelve a negar con la cabeza.

—En nada —dice.

A veces cree que es amable y que la adormece con una falsa sensación de seguridad para que sea más confiada, pero no quiere que la obligue a hacer más «trabajo de niña interior», así que debe estar alerta.

—Cuéntame más sobre esas fiestas en la playa. Tú y esa… —mira su bloc— Harriet ¿eráis los únicos niños allí?

—Mis hermanos estaban allí. También los de Harriet. En cualquier caso, todas las olas eran de un verde luminoso. —Rebecca recuerda que se metía hasta los muslos en el agua, se salpicaba las manos y lanzaba destellos de luz verde por la superficie.

—Mírame —la llamó Harriet. Como siempre, estaba más lejos—. Mira —repitió, y Rebecca vio, mientras se zambullía en una ola, que todo su cuerpo brillaba y que arrastraba cintas verdes doradas como si fuera una sirena.

—¿Y nadasteis todos desnudos? ¿Los niños y los adultos juntos?

—No era raro estar desnuda. Era agradable.

—¿Cuántos años tenías? —pregunta Titus.

—No sé…, ocho, tal vez nueve.

—Y ¿estabas desnuda con…?

—Toda la gente en la fiesta de la playa. No pasó nada raro.

Titus vuelve a sentarse en su silla.

—¿No? A mí me suena raro —dice. Luego añade—: Es curioso. Me he dado cuenta de que has dicho varias veces «Tenía unos ocho o nueve años» al relatar tu infancia. ¿Sucedió algo antes o después de esa edad?

Rebecca niega con la cabeza como si tuviera agua en los oídos.

—Me hice mayor —contesta.

Sabía que no debería haber hablado con él tan desprevenidamente. Recuerda nadar en aguas profundas y oscuras, con la sal en los labios, el arrastre de la corriente, las estrellas parpadeando en lo alto, una enorme luna mantecosa, Harriet a su lado.

El susurro de Harriet.

—¿Has visto el pito de Tony Wilson? Es enorme.

Pieza 51

Era sábado y Rebecca iba a casa de Harriet. Harriet se sentía mejor después de su caída. Ya no pasaba las tardes en cama. Pen iba a dejar a Rebecca de camino al pueblo. Pen tenía que hacer unas compras y la recogería a la vuelta. David se quedaba en casa con los niños.

Rebecca se sentó en el asiento del copiloto mientras Pen conducía con el asiento echado hacia atrás y los brazos estirados hacia delante. Vestía unos pantalones de terciopelo rojo óxido. Llevaba las gafas de sol, como de costumbre, sobre la cabeza y el pelo oscuro recogido con un pañuelo de seda turquesa de la India. Se había quitado los zuecos antes de subir al coche y Rebecca vio que se había pintado las uñas de los pies de color ciruela oscuro.

—No puedo conducir con esto —le dijo Pen, y dejó los zuecos en el asiento trasero junto con su bolso de ante con borlas.

Rebecca pensaba que su madre era muy guapa. El día era caluroso y encapotado. Un viento furioso tiraba de los setos. El gran cielo gris de East Anglia se extendía sobre los árboles, encerrando el calor como si fuera una tapa.

—Habrá tormenta esta noche —dijo Pen.

A Pen le daban miedo las tormentas. Rebecca esperaba que estuvieran a salvo en casa cuando estallara la tormenta.

Al llegar a casa de Harriet, antes de salir del coche, Pen abrió la guantera y rebuscó en su interior. Cogió un pintalabios y, utilizando el espejo retrovisor, se pintó los labios de un rojo intenso. A Rebecca también le gustaría ir de compras. Vio cómo el Cortina giraba en el camino de grava y desaparecía en una nube de polvo.

La casa de Harriet se alzaba ante Rebecca. Su fachada amarillo pálido parecía oscura y amenazante, y las ventanas la miraban fijamente, sin luz, como ojos cegados. No le apetecía pasar la tarde aquí. Harriet no era muy agradable.

El día anterior, justo antes de acostarse, Rebecca se había lavado el pelo, enjuagándoselo bajo el grifo de agua fría hasta que se le arrugó el cuero cabelludo, porque la señora Lightwing le había dicho que enjuagarse el pelo con agua caliente fijaba el jabón. Luego, con las horquillas que Pen le había comprado, se había sujetado el pelo mojado a ambos lados de la cabeza. Había dormido así. No era muy cómodo, pero hoy su pelo le colgaba a cada lado de la cara en dos cortinas rubio fresa. Sabía que Harriet se daría cuenta y que no sería amable.

Ahora, de pie en el camino frente a la casa de Harriet, se quitó las gafas y se las metió en el bolsillo de los vaqueros.

—No es necesario llevar gafas todo el tiempo. A la larga, las gafas debilitan los músculos oculares. Intenta llevarlas solo para ir al colegio o para leer —le había dicho la señora Lightwing.

—Los chicos no se insinúan a las chicas que llevan gafas —cantaba Harriet la última vez que la había visto.

—Cuatro ojos —había dicho un chico en la escuela.

Rebecca no estaba segura de que el que los chicos se le insinuaran fuera algo bueno y sabía que solo tenía dos ojos, pero la señora Lightwing solía tener razón en las cosas, y Rebecca empezó a llevar las gafas con menos frecuencia.

Harriet estaba sentada en la mesa de la cocina haciendo los deberes cuando Rebecca entró.

—¿Por qué no llevas gafas? —le preguntó—. ¿Cuántos dedos tengo levantados? ¿Por qué tienes el pelo revuelto?

Miranda estaba junto al fregadero, pelando patatas para la cena.

—Vamos a comer patatas dauphinois —dijo Harriet—. ¿Quieres quedarte a cenar? ¿Quieres pasar la noche? —Y, dirigiéndose a su madre, preguntó—: Mamá, ¿podemos ir a entrenar a Ambrose en el prado? Rebecca puede ayudarme a preparar los saltos, si ve algo.

Miranda se inclinó hacia el alféizar de la ventana, por encima del fregadero, y encendió la radio. Un concierto para violonchelo de Haydn inundó la cocina.

—Puedes quedarte si quieres, cariño —dijo, dándose media vuelta para hablar con Rebecca—, pero tendrás que irte a primera hora porque vamos a la iglesia y luego directamente a casa de los Holbrook a comer. Val Holbrook me ha metido en el comité del baile de caza. Es tan aburrido, ¿no? Pero la querida Virginia es una amiga encantadora de Harriet y van a ir a catequesis juntas.

Rebecca se preguntaba por qué Miranda llevaba gafas de sol para pelar patatas.

—Y tienen pista de tenis —añadió Harriet, y pasó un dedo por una columna de cifras en el cuaderno que tenía delante—. Ya está, mamá. ¿Podemos ir a entrenar a Ambrose?

En el establo, Harriet y Rebecca montaron juntas a Ambrose. El poni estaba de muy mal humor.

—Ten cuidado, Rebecca, no le des con la silla en el lomo o me morderá.

Harriet sujetaba la cabeza de Ambrose y Rebecca intentaba acercarse a él con la silla, pero él seguía abalanzándose hacia los lados, arrastrando a Harriet con él.

Rebecca puso la silla en el suelo, bocabajo, apoyada en su pomo, y buscó en el bolsillo de sus vaqueros una zanahoria o un trozo de manzana. Normalmente llevaba una cosa o la otra. En su lugar, encontró sus gafas y una bola aplastada de cebo. Levantó la silla con un brazo y extendió la mano libre con el cebo en la palma.

—Vamos, Ambrose; vamos, chico. —Rebecca le habló en voz baja. La silla pesaba mucho. Ambrose giró la cabeza y aguzó las orejas—. Vamos, viejo, vamos, feo —cantó en voz baja.

Harriet soltó las riendas y Ambrose comió el cebo de la mano extendida de Rebecca mientras,

con la otra, le deslizaba la silla sobre el lomo. Se agachó rápidamente y le pasó la cincha por debajo del vientre, la cinchó y Harriet lo sacó del establo.

Harriet condujo a Ambrose por el huerto que había junto al granero. Las manzanas rojas salpicaban los árboles y la hierba estaba alta. Había salido hierba de sauce de Rosebay, con sus flores de color rosa, junto a las tablas negras, y el aroma de la mejorana silvestre, al aplastarla el poni con sus cascos, llenaba el aire. Rebecca se adelantó y abrió la puerta del prado y, una vez dentro, ayudó a Harriet a montar.

Sentada en lo alto de la puerta de la cerca de cinco tablones observando a Harriet, Rebecca se preguntó por qué Harriet se molestaba en montar a Ambrose, con lo insatisfactorio que era.

En primer lugar, se resistía a que le pusieran los arreos. Luego, cuando le ponían la silla, tras sobornarle y después de varios mordiscos violentos, Harriet ponía un pie en el estribo, y él se revolvía haciéndola saltar desesperadamente sobre una pierna hasta que, con suerte, podía levantarse y lanzarse sobre su lomo. Hoy, Rebecca lo había sujetado por la brida, inmovilizándolo contra la verja con su cuerpo, y Harriet había podido subir, pero normalmente tenía que arreglárselas sola o pedirle ayuda a Patrick, si no estaba demasiado ocupado.

Ahora, Harriet intentaba trotar alrededor del perímetro del campo, y Ambrose miraba las estrellas y galopaba de lado al mismo tiempo mientras ella le tiraba de la boca ineficazmente.

—Intenta que camine —dijo Rebecca desde la puerta.

Inmediatamente se dio cuenta de que debería haberse callado o tal vez haber dicho «Bien hecho» cuando pasaron por delante de ella.

Harriet tiró hacia arriba, se puso de pie en los estribos y tiró de las riendas con todo el peso de su cuerpo. Se puso de lado en la silla, pasó una pierna por encima del cuello de Ambrose y se deslizó hasta el suelo. Rebecca vio que su rostro estaba blanco de furia. Le dio un puñetazo a Ambrose en un lado de la nariz y lo llevó hacia Rebecca.

—Te crees mejor que yo —dijo ella, silbando las palabras entre dientes apretados—. Crees que lo sabes todo. Crees que si te cepillas bien el pelo y escribes historias al padre Francis y sobornas a mi poni, eres alguien, que puedes decirme cómo montar o qué pensar. Pues no puedes. No eres nada; ni siquiera eres una verdadera católica. Vas a arder en el fuego del infierno para siempre.

Pieza 52

Es domingo y Rebecca ha aceptado intentar comer en la cafetería con Anya, la enfermera encargada. No le ve el sentido a comer en la cafetería, pero, como ha decidido cumplir, supone que es mejor que lo haga, aunque solo sea por mantener su palabra. Son las 12:30 cuando Anya llama a la puerta de Rebecca.

—Baja conmigo a la cafetería —le dice sonriendo.

Anya es muy dulce. Hace solo dos meses que ha vuelto al trabajo, después de tener a su primer hijo. Rebecca mira su rostro dulce y tranquilo y le duele el corazón. Pobre Anya, piensa. Rebecca la sigue escaleras abajo hasta la cafetería. Pasa las manos por la pared mientras sigue a Anya a través de las puertas de doble hoja. Da dos golpecitos en la pared antes de entrar en la cafetería.

—Coge una bandeja —dice Anya, y señala una pila de bandejas.

Rebecca coge una.

—¿Qué es eso que lleva? —pregunta Rebecca.

El corazón le da un vuelco y mira a izquierda y derecha. Hay gente sentada en mesas aquí y allá, hablando y comiendo.

—Es una alfombrilla de papel, para que no se te resbale el plato y para que absorba lo que se derrame —le explica Anya. Parece un poco confusa.

Anya está delante de la zona de ensaladas. Vierte ensalada de col y tomates en su plato. Añade cuscús. Se vuelve hacia Rebecca.

—Sírvete tú misma —dice. Luego se muestra preocupada—. Puedes elegir lo que quieras. No tiene por qué ser ensalada. Hay muchos platos principales y también quesos.

Rebecca coge un cuenco pequeño. Lo llena de pepino hasta el borde y dice:

—No puedo hacerlo. Me da miedo. Tengo que volver a mi habitación.

Sin esperar respuesta, deja el cuenco y sale corriendo. Las puertas cortafuegos se cierran tras ella, sube corriendo las escaleras y pasa por delante de la enfermería. Corre a su habitación, se tira en la cama y se da cuenta de que está llorando.

Más tarde Anya le trae una hoja impresa.

«Plan de atención al paciente», lee Rebecca.

PROBLEMA/NECESIDAD

El nivel de ansiedad de Rebecca no ha dejado de aumentar. Rebecca afirma sentirse abrumada

por sus responsabilidades y listas de tareas pendientes y no consigue establecer prioridades, por lo que no consigue dormir.

Ella ha dicho: «No podría comer en un comedor lleno de gente. La sola idea me pone enferma».

INTERVENCIONES

Rebecca ha aceptado reunirse con su enfermera asignada tres veces a la semana para discutir/revisar sus necesidades declaradas.

1. Rebecca almorzará en la cocina del pabellón con la enfermera que se le asigne.

2. Personal dispuesto para acompañar a Rebecca al comedor para elegir su comida a la hora del almuerzo, que luego comerá en la cocina del pabellón.

3. Rebecca empezará a escribir listas por orden de prioridad.

Oh, vaya, piensa Rebecca.

—Esto de comer, Titus, no funciona. Quiero decir, no puedo —dice Rebecca.

—¿Por qué? —pregunta Titus.

—Porque —responde Rebecca— la razón por la que estoy aquí es porque perdí el control de todo.

—De la bebida —dice Titus.

—Sí, si es lo que piensas.

—No «lo pienso» —matiza Titus—. Es un hecho.

—De acuerdo —dice—. Pero la pérdida de control fue de la bebida, así que no tiene nada que ver la comida.

—Pero estás restringiendo tu alimentación.

—Estoy comiendo normal y me gustaría que me dejaran seguir comiendo así. No estoy por debajo de mi peso ni me obsesiono con la comida, pero no quiero que me quiten la poca autodeterminación que me queda mientras estoy en el hospital.

—Estás bebiendo demasiado café —dice Titus.

—¿Demasiado para qué? —pregunta Rebecca.

—Te está alterando.

Rebecca no dice nada.

—¿No es así? —pregunta él.

—¿Existe la rehabilitación del café? —pregunta.

Titus sonríe. Luego dice:

—Estás aquí para tratar tus ansiedades. Está claro que te preocupa comer en una cafetería. O comer en general, al parecer.

—Yo como.

—Lo menos posible.

—Me preocupa que todas estas pastillas me hagan engordar.

—Y te he dicho que no lo harán.

—No tengo que enfrentarme a todo lo que me angustia, ¿verdad? Quiero decir, me dan mucho miedo las arañas, pero no tengo que coger una para superar la aracnofobia, no es necesario. Simplemente las evito.

—Comer es bastante más necesario que coger arañas.

—En mi vida, es mucho más probable que tenga que coger una araña que comer en una cafetería —dice Rebecca.

—Qué suerte tienes —exclama Titus.

—¿Podemos dejar lo de la comida? Por favor, Titus, ¿por favor?

—No ganarás nada mendigando —dice.

—Recuperé mi plancha GHD suplicando.

—Creo que me has pillado en un momento de debilidad.

Rebecca coge sus gafas de la mesilla de noche. Se las pone, levanta las cejas y le mira por encima de ellas.

—Muy gracioso —dice Titus.

—Entonces, ¿podemos dejarlo? —pregunta Rebecca—. No tengo un desorden alimenticio.

—No —dice Titus—. Tu problema es la ansiedad social y el problema de la comida es un síntoma de ansiedad social y, como tal, forma parte del problema. —Se levanta y añade—: No quiero oír que has bebido café pasado el mediodía. Y si lo haces, créeme, me enteraré. —Entonces se marcha.

Rebecca se sienta un rato en la cama. Se pregunta por qué Titus puede decirle lo que tiene que

hacer. Ella debe estar de acuerdo, si no, ¿cómo podría hacerlo él? Es muy extraño. Le entran unas ganas tremendas de prepararse un café.

Rebecca sigue a Miriam hasta la cocina. En la mesa de la cocina hay un plato cubierto con una campana metálica y, a su lado, un pudin cremoso en una olla.

—¿Quieres que te lo caliente? —pregunta Miriam.

No —dice Rebecca—. Está bien así.

Rebecca y Miriam almuerzan juntas. Miriam le cuenta a Rebecca cómo era Nigeria, cómo vivía junto al mar y cómo su madre compraba grandes cestas de sabrosos langostinos a los pescadores que varaban sus barcas en la arena dorada. Le cuenta cómo brillaba el sol y cómo ella y los demás niños del pueblo jugaban en el mar verde intenso y el oleaje blanco.

—No debíamos mojarnos —le cuenta a Rebecca—, pero lo hacíamos todos los días. Era tan bonito, tan tentador.

Rebecca se imagina a Miriam de niña, con su pelo negro suelto, su sonrisa beatífica rivalizando con la luz del sol y su vestido mojado hasta la cintura con agua limpia y salada.

—No teníamos huevos como los de aquí —dice Miriam—. Las gallinas correteaban por nuestro patio. Los huevos tenían la yema de color amarillo intenso y la cáscara gruesa y marrón porque las gallinas corrían libres y se alimentaban de lo que encontraban. No me gustan los huevos que se pueden comprar aquí en el supermercado. No son lo mismo.

Cuando han almorzado, Rebecca le dice a Miriam que será mejor que prepare una cafetera, rápido, antes de que llegue su médico.

Miriam sonríe y la luz del sol entra en la habitación, luego se va.

Rebecca está de pie en la cocina. Quiere un vaso de agua, así que se acerca al fregadero y abre el grifo del agua fría, al tiempo que mira a su alrededor en busca de un vaso, pero no hay ninguno y no sale agua del grifo.

Suspira.

Al regresar a la habitación, ve que la mesa está en el lugar equivocado y que las sillas que la rodean no son las danesas de mediados de siglo, sino un conjunto desparejado de colores y tamaños diversos. Se acerca a la mesa y se sienta en una gran silla rosa con brazos enroscados que parece de plástico. En el centro de la mesa hay un soporte para tartas; sobre él, una tarta que Rebecca puede ver, sin llegar a tocarla, que es de escayola. El glaseado es rosa y está salpicado de fresas bermellón.

No sabe dónde está, piensa, pero se siente curiosamente imperturbable por ello.

Bajo sus dedos, la mesa también parece de plástico. Imita a la madera, pero no lo es. La mesa de su casa la había hecho su hermano pequeño, Giles. Es carpintero. Su mesa es de roble europeo y

más grande que esta.

Giles estaba muy orgulloso de la mesa. Rebecca lo recuerda pasando sus fuertes manos por la superficie, señalándole cómo había colocado cada tablón de modo que la veta se alternara y la mesa no se partiera, aunque la madera se contrajera o dilatara con la temperatura o el tiempo.

Rebecca también recuerda que tiene las manos llenas de cicatrices.

—Todos los carpinteros tienen cicatrices —le dijo—. A algunos les faltan dedos. Un fallo de concentración cuando estás usando un cincel o una sierra circular, y, bueno, ya ves lo que puede pasar.

Rebecca podría.

—Algún día, esta mesa será una antigüedad —había dicho, esbozando su tranquila sonrisa.

Rebecca mira fijamente la cocina desconocida. Había una ventana, pero tenía los postigos cerrados y la luz era tenue. También olía raro; a humedad y a olvido.

Esta habitación es realmente muy peculiar. Rebecca piensa que podría abandonarla. Se acerca a la puerta de la cocina e intenta abrirla. Parece estar atascada, pero se da cuenta de que no lo está, sino que la mantienen cerrada desde el otro lado. Alguien tira de la puerta al otro lado.

El corazón empieza a latirle con fuerza.

Tira con todas sus fuerzas. De repente, la habitación se ilumina. Rebecca ve que la parte delantera de la estancia, donde se encuentra la ventana enrejada, ha desaparecido y que una enorme mano con las uñas mordidas y ennegrecidas la busca a tientas, tirando la mesa y desparramando las sillas.

Entonces se despierta.

Rebecca está de pie en medio de su oscura habitación en el hospital. No se mueve porque cree que no puede.

—Vamos, vuelve a la cama. —Rebecca siente que Miriam la guía suavemente—. Vamos, solo un pequeño sonambulismo —oye.

Se mete en la cama y se queda dormida.

Entonces es por la mañana.

Un rayo de luz gris ha entrado por un hueco en las cortinas, convirtiendo el sillón de chenilla de gris a un azul lúgubre. Rebecca sabe que ha estado soñando, pero no recuerda los detalles.

—Una casa de muñecas —se dice a sí misma en voz alta—. Giles —añade, se incorpora lentamente y se apoya en el cabecero de la cama.

Nadie le ha dicho a Giles que está enferma en el hospital. Le pidió a Sam que no se lo contara a

nadie y casi nunca lo ha hecho. Se lo dijo a Ellis porque este habría querido saber dónde estaba. No la dejaría desaparecer. Se lo dijo a Megan porque esta quería dar un paseo por el parque y se preguntaba por qué no contestaba a sus llamadas. Los niños lo saben, claro, pero los demás no tienen ni idea.

Si Giles lo hubiera sabido, Rebecca está segura de que se habría subido a su furgoneta y habría conducido hasta Londres desde Cornualles, igual que cuando entregó la mesa.

—Mesa —dice ella—. ¿Un sueño sobre una mesa? —No, no lo recuerda.

Querido Giles, piensa. Hace mucho tiempo que no lo ve. Si se recupera, irá a verle, decide. Se parará en su taller, junto a su casa, y hablará con él mientras trabaja.

En su taller había fabricado la mesa, pulido a mano sus patas cónicas con papel de lija fino y aceitado el roble. A Rebecca le encantaba el taller de Giles. Le encantaba el olor del serrín, los rizos de madera rubia sobre el suelo empedrado y los tablones apilados.

Giles solía regalarle recortes de madera que ella se llevaba a casa y apilaba en la habitación de invitados. Había pensado pintar sobre ellos algún día, cuadros de jarrones llenos de flox y lirios o tal vez óleos de sus hijos mirando seriamente hacia el futuro. Habría dejado los fondos de madera al natural y barnizado los óleos para realzar las vetas del nogal, el pino o el castaño. Pero nunca lo hizo. La madera había acumulado polvo y ahora pensaba que probablemente había demasiadas imágenes en el mundo.

Giles se había casado con una chica de Cornualles con el pelo negro y una risa enorme y vivían cerca del mar. Su pequeña casita de granito estaba en ruinas cuando la encontraron, pero Giles y Tamsin habían trabajado duro, sustituyendo el tejado, poniendo nuevos suelos de pizarra, construyendo asientos en los profundos huecos de las ventanas para poder sentarse y contemplar el gran cielo, las colinas y las gaviotas revoloteando.

Tuvieron dos hijos, Ben y Clara. Pero eran mucho más jóvenes que los hijos de Rebecca. Clara probablemente solo tenía dieciséis años. Rebecca no lo recordaba.

A veces, a lo largo de los años, Sam y Rebecca habían llevado a su familia a visitar a Giles y a ver a su madre, que vivía uno o dos kilómetros más arriba con el novio más reciente. El último había sido un alfarero llamado Julian. A Rebecca le había parecido bastante soso, pero a él le gustaba su madre… hasta que dejó de gustarle.

De repente, Rebecca se siente muy triste. Se levanta de la cama y cruza la habitación para descorrer las cortinas. La luz exterior es plana y gris, y todo parece plano y gris en su interior.

Quizá debería habérselo dicho a su familia. Quizá les hubiera gustado saberlo. Sam podría haberles dicho que no la visitaran.

Rebecca está bastante segura de que Alex no la habría visitado de todos modos. Era un pescador de Lowestoft con una vida amorosa muy ajetreada y un don para los niños accidentales. Siempre estaba demasiado involucrado para involucrarse. ¿Y Martin? Martin le habría enviado una cesta de Fortnum's y le habría prometido que él y Pilar la visitarían pronto. «Tan pronto como

podamos», casi podía oírle decir, sabiendo que no sería pronto y que Madrid estaba muy lejos.

Rebecca apoya la frente en la ventana. Aún es demasiado temprano para que los fumadores se hayan reunido y el patio de abajo está en silencio. Estoy tan cansada, piensa. Duermo y duermo y sigo igual de cansada.

Pieza 53

Rebecca estaba delante de su padre. Él le estaba riñendo. El corazón le iba muy rápido porque él estaba enfadado con ella.

—¿Cuántas veces te lo he dicho?

Rebecca negó con la cabeza. No sabía cuántas veces. Nunca las había contado. Ahora, él estaba allí de pie, blandiendo una botella de leche hacia ella.

—¿Cuántas?

Pen le había dicho a Rebecca que su padre se enfadaba muy rápido porque tenía un trabajo muy peligroso. Le miró y se colocó las gafas con más fuerza en la nariz. Rebecca no estaba segura de que su padre gritara a causa de su trabajo. A veces pensaba que era porque tenía demasiados hijos o porque Pen estaba triste o porque no tenía suficiente dinero.

—¿Diez? —calculó.

—Dios, dame fuerzas. ¿Eres medio tonta?

Rebecca se dio cuenta de que a su padre se le habían hinchado las venas de la frente. Golpeó la botella de leche contra la mesa de la cocina, salpicando leche en el suelo.

—Fuera de mi vista. Vete a tu habitación y no vuelvas a bajar en todo el día —le gritó él.

Rebecca huyó. Sintió que las lágrimas le caían por la cara mientras corría. Subió las escaleras a trompicones y corrió por el pasillo hasta el dormitorio de ella y Giles, donde se tiró sollozando sobre su cama.

Fue Giles quien cogió la nata de la leche. Había bajado temprano y había preparado el desayuno para él y Rebecca.

Le había dicho que podía ir a pescar con ella si hacía exactamente lo que ella le dijera para que se mantuviera a salvo y no se cayera al agua. Así que se había levantado temprano y se había colado en la cocina para prepararle el desayuno como sorpresa. Se lo iba a llevar arriba para que se lo comiera en la cama.

Giles no se había acordado de verter la nata de la leche en una jarrita para que su padre pudiera ponérsela en los cereales. Se la había echado directamente a sus Weetabix.

Cuando Rebecca se llevó los cereales a la boca, supo enseguida lo que había ocurrido.

—Giles, has echado la nata —susurró, con los ojos muy abiertos, y vio cómo se le iba el color de las mejillas y empezaba a temblarle el labio inferior.

Entonces, ella había dicho que lo había hecho. Para Rebecca, la idea de que Giles tuviera

problemas era bastante intolerable.

—Diré que lo hice yo —le había comentado a Giles—. No te preocupes —le había dicho, cogiéndole la mano—. Papá no lo sabrá.

Aquella tarde, Rebecca estaba sentada en lo alto de la escalera escuchando hablar a sus padres. Tenía mucha hambre porque no había almorzado y se preguntaba que si ellos se quedaban en el salón, podría llegar a la cocina y coger un poco de pan de la panera sin que se dieran cuenta.

—No sé si es tonta o simplemente insolente —decía su padre—. Me mira sin expresión cada vez que le digo que haga algo, luego se va y hace exactamente lo que quiere.

Rebecca oyó la respuesta de su madre, pero no pudo oír las palabras. Entonces oyó cerrarse la puerta del salón y el sonido del tocadiscos. Se deslizó por la escalera superior y bajó de puntillas.

Pieza 54

Rebecca sirve café en una cafetera. Añade agua caliente mientras Titus entra en la cocina.

—Creo que esto es lo que llamamos que te pillen con las manos en la masa —dice él—. Rebecca, ¿hay algún momento en el que creas que puedes ser capaz de seguir los consejos más sencillos, bienintencionados y bien informados?

Rebecca siente que se le calientan las mejillas. Sostiene la cafetera en una mano y la taza en la otra.

—¿Tengo que tirarlo? —pregunta. Titus la hace sentir como si tuviera catorce años. Se pregunta cómo lo hace.

—No —dice Titus—, pero te garantizo que te hará sentir peor.

Titus y Rebecca vuelven juntos a la habitación de ella. Rebecca no puede evitar la sensación de que parte del placer que había anticipado al beber el café se ha disipado. Deja la taza y el café en la cómoda y se sienta en la cama.

—¿Empezamos? —dice Titus—. ¿Tienes algo, alguna preocupación en particular, de lo que te gustaría hablar hoy?

Rebecca se lo piensa un momento, luego dice:

—Titus, creo que tengo problemas de transferencia. —Rebecca lo había buscado en Google, pero no estaba segura de cómo abordar el tema sin molestarlo.

Titus esboza una amplia y lenta sonrisa.

—¿Sí? —dice—. ¿Conmigo?

Rebecca sabe que está en terreno movedizo porque había buscado en Google « psiquiatría cumplimiento del síndrome de Estocolmo», que no era muy exacto, y le había salido transferencia, que ella cree que significa reaccionar ante alguien como si fuera otra persona. Ha decidido que reacciona ante Titus como si fuera su padre, lo que explica toda la obediencia, aparte del hecho de que nunca se le había ocurrido obedecer a su padre.

—Sí, creo que reacciono ante ti como si fueras mi padre —dice.

Titus deja su bloc sobre la mesa de teca.

—¿En serio? ¿En qué sentido exactamente?

Rebecca ha pensado en ello.

—No exactamente como si fueras mi padre, sino como si fueras el padre que yo hubiera querido

que me cuidara durante este proceso.

—Entonces, ¿una figura paterna?

—Es la única razón que se me ocurre que podría explicar por qué debo hacer lo que me dices.

—Cuadraría si realmente hicieras algo de lo que te dije que hicieras. De verdad desearía que mis pacientes no buscaran cosas en Google. Que sepas muy poco sobre algo tan complicado como la transferencia podría ser extraordinariamente inútil.

Rebecca se lo piensa un momento.

—Bueno, puede que en realidad te esté transfiriendo mi relación con mi verdadero padre, porque yo tampoco hice nunca lo que él me dijo que hiciera.

Titus suspira.

—Emplear algo del pensamiento del caballo de ajedrez… —dice Rebecca.

—El pensamiento del caballo de ajedrez no es algo que se pueda emplear —responde Titus.

—No, lo he buscado en Google —explica Rebecca—. Es una forma rápida de llegar a C desde A sin tener que visitar B.

—No, no lo es —dice Titus—. Es un proceso de pensamiento perturbado e ilógico. ¿Qué quieres decir con ello?

—Oh —dice Rebecca—. Mmm, bueno, que reacciono ante ti como si fueras mi verdadero padre y que por eso no puedo hacer lo que me dices.

—¿Podrías intentar no reaccionar así conmigo?

Rebecca pone los ojos en blanco.

—Por supuesto —contesta.

—¿Sabes —dice Titus— que es la primera vez que me hablas de tu padre?

Rebecca se lo piensa un momento.

—¿Lo es? —pregunta, sabiendo que lo es.

—Sí, lo es. Me has hablado de tus hermanos… El pescador, el carpintero, el profesor en España. Tu madre vive en Cornualles, cerca de tu hermano menor, Giles. Es así, ¿no?

Rebecca asiente con la cabeza.

—Pero nada sobre tu padre, excepto ahora, que te resultaba difícil seguir sus instrucciones. ¿Sabes por qué podría haber sido?

Rebecca respira hondo.

—Creo —responde— que fue porque desde que era muy joven…

Titus se inclina hacia delante en la silla.

—Sí —dice.

—Pensaba que mi padre no entendía realmente lo que estaba pasando.

—¿Y tú sí?

Rebecca asiente con la cabeza de nuevo.

—No todo, pero él no parecía entender nada. Creo que estaba confundido. Se enfadó. Como si todos los demás supieran un secreto y él estuviera siendo excluido.

—¿Y ahora?

—Ahora lo sabe, pero en aquel momento no creo que tuviera ni idea.

—¿Qué no sabía —pregunta Titus— que ahora sabe?

—Sobre el amor —dice Rebecca—. Es terrible casarse con la persona equivocada. Es terrible para ambas personas.

—Imagino que sí —dice Titus.

—Navega —continúa Rebecca.

—¿Quién? —pregunta.

—Su persona adecuada, su segunda esposa. Ella navega y se quieren.

Titus se sienta en su silla y mira a Rebecca.

—Me alegro —dice.

Pieza 55

Harriet y Rebecca estaban sentadas encima de un almiar.

Entonces, ¿fue en agosto?, pregunta Betty.

—O julio —dice Rebecca en voz alta—. Era un almiar, no un montón de paja.

Está sentada en su habitación, en el hospital, recordando.

El almiar estaba en medio de un campo y a su alrededor la hierba había crecido alta y verde. La hierba ondulaba como el agua con la cálida brisa de verano y el cielo estaba cubierto de nubes blancas de un azul empolvado.

El heno olía dulce.

Harriet y Rebecca habían trepado a lo alto de la pila enganchando los dedos en el cordel que la sostenían y encontrando puntos de apoyo entre las balas. Estaban muy alto.

Rebecca podía ver el bosque de Benham a su derecha; a su izquierda, podía ver a Ambrose pastando en el prado, la casa de Harriet y el granero más allá y una línea de álamos borrosos que se volvían grises y morados en el horizonte.

Harriet y Rebecca estaban discutiendo.

Era sobre quiromancia.

Harriet le había contado a Rebecca que había aprendido a leer el futuro de una persona a partir de las líneas de las palmas de sus manos. Rebecca nunca había oído hablar de algo así, ni lo creía posible y, añadió, ¿dónde había aprendido Harriet a hacerlo?

Esta había sido imprecisa sobre dónde, pero tenía muy claro que podía adivinar el futuro de Rebecca. La sujetó de la muñeca, la giró de modo que la palma quedara hacia arriba y le dijo a Rebecca que «se quedara quieta». Luego inclinó su elegante cabeza sobre la palma, que dejó caer de repente con un chillido agudo, como si se quemara.

—¿Qué ves? —Rebecca se asustó de repente.

Harriet negó con la cabeza, negándose a hablar o a mirar a Rebecca a los ojos.

—Maldita sea —murmuró en voz tan baja que Rebecca casi no la oyó.

—¿Qué? —Rebecca estiró la mano y tiró del brazo de Harriet, clavándole las uñas.

Harriet chilló, luego echó la cabeza hacia atrás y se puso a reír, cacareando su regocijo a través de sus pequeños y parejos dientes.

—Me he quedado contigo —jadeó—. Te he engañado. —Entonces, bruscamente dejó de reír, cogió un trozo de heno de la pila y empezó a masticar el extremo, contemplando el campo—. ¿No te importa ser tan tonta? —Se volvió para mirar a Rebecca y añadió—: Milo dice que eres tonta.

A Rebecca le gustaba el hermano mayor de Harriet. Milo era alto, de piernas largas y pelo oscuro como el de Harriet. Tenía los mismos ojos azules soñolientos y, cuando se reía, que era a menudo, parecían casi triangulares. Sintió que se le encendían las mejillas.

—Creer a la gente no es de tontos —dijo Rebecca, tratando de calmar la voz.

Sabía que le molestaba más que Milo la considerara estúpida que cualquier otra cosa que hubiera dicho Harriet.

—Milo dice que si sigues sin comer carne, te quedarás calva por desnutrición. Todo tu pelo amarillento y tus dientes se caerán y entonces te serás aún más fea.

Harriet comentaba a menudo los defectos físicos de Rebecca. Ella se esforzaba por no reparar en ellos, pero Harriet parecía darles importancia. A veces se preguntaba si Harriet habría sido su amiga de haber ido al mismo colegio o si se habría avergonzado demasiado de ella.

Rebecca se recogió el pelo detrás de las orejas con ambas manos; notaba calor detrás de los ojos. «Si soy tan fea y tonta, será mejor que me vaya a casa», se dijo. Se puso a cuatro patas y empezó a bajar del almiar.

Por supuesto que erró al pisar y se cayó, dando vueltas y mordiéndose la lengua de tal forma que la boca se le llenó de sangre y las lágrimas le humedecieron las mejillas en una oleada de dolor y autocompasión.

Recordaba haber levantado la vista y haber observado la oscura cabeza de Harriet recortada contra el cielo resplandeciente y haber oído su carcajada.

Estúpida, dice Betty.

—Lo era —reconoce Rebecca—, pero yo la quería.

Pieza 56

Sam viene a visitar a Rebecca. Va todos los días en metro a la hora de comer. Esta vez trae una bolsa de plástico llena de sus cartas guardadas y sus seis diarios de adolescente. Los deja sobre la cama.

—Esto es todo lo que he podido encontrar —explica—. Estaban donde me dijiste, en una caja de zapatos, en el armario al final de la escalera.

Parece agotado. Las facciones de su rostro han cambiado. Los músculos se han aflojado o amontonado bajo la piel, tensando la boca y el entrecejo y hundiendo los ojos en dos bolsas estriadas.

—No hay más —dice Rebecca.

Le hace tumbarse en la cama y le acaricia el pelo. Sam había salido a cenar con Kit la noche anterior.

—Odia su trabajo —le dice Sam a Rebecca—. Comenta que lo va a dejar.

Kit trabaja en una tienda de vinos y dice que pasa la mayor parte del tiempo atrapando a los ladrones antes de que salgan corriendo hacia la estación de metro de enfrente.

—Si lo deja, no podrá pagar el alquiler y tendrá que volver a casa —añade Sam.

—Como un bumerán —dice Rebecca. Y añade—: Me preocupa mucho regresar a casa. Puede que todo siga igual y que vuelva a los mismos patrones y obtenga los mismos resultados.

—He hecho todo lo que he podido —dice Sam—. ¿Qué más puedo hacer? —Vuelve las palmas de las manos hacia arriba en un gesto de impotencia—. ¿Has comprendido el impacto que todo esto ha tenido en la familia?

Sam está muy enfadado con Rebecca.

—¿En qué momento asumes la responsabilidad? Estoy agotado. Me estoy poniendo enfermo otra vez.

—Tengo que decirte lo que necesito —le dice Rebecca.

Sigue acariciándole la cabeza. Sam tiene un pelo muy bonito. A Rebecca le gustaría tener el pelo de Sam. Es suave como las plumas.

—Recibo toda esta terapia y Titus me dice dónde tengo que trazar una línea, cómo tengo que ser sucinta y directa sobre mis necesidades, así que lo soy y entonces te enfadas.

—No estoy enfadado. Estoy jodidamente agotado —dice Sam—. Y estoy harto del maldito doctor Titus. ¿Cuándo se ha convertido en tu gurú?

Rebecca sabe que está agotado. Sabe que no puede hacer bien su trabajo sin ella.

—Él se dio cuenta. Me creyó. Me metió aquí. Tú no te diste cuenta; simplemente me dejaste caer. —Rebecca piensa que eso ha sonado peor de lo que se suponía.

—Rebecca, fui yo quien te ingresé aquí. Me di cuenta. Te dije que fue él quien insistió en ello porque pensé que era más probable que estuvieras de acuerdo. Nadie sabía lo mal que estabas antes de la sobredosis. ¿Lo sabía Ellis? ¿Lo sabían los niños?

Rebecca piensa en Titus. «Si creas una elaborada cortina de humo, difícilmente podrás quejarte cuando resulte eficaz», le había dicho cuando lo conoció.

Ella niega con la cabeza.

—Nadie lo sabía, ¿verdad? —dice con tristeza.

—No —dice Sam—. Fue exactamente igual que cuando tuviste a los bebés, tumbada en silencio sufriendo en silencio para que todo el mundo pensara que lo estabas haciendo muy bien y que apenas te dolía nada. ¿Por qué no gritaste? ¿Cómo se supone que la gente va a saber si te duele algo? No leemos la mente. Después, todo es estrés postraumático y culpas. —Sam ya está sentado. Tiene los ojos llenos de lágrimas—. Ahora tengo que volver al trabajo —dice— y no he comido nada.

—Yo tampoco —dice Rebecca—. Caminemos hasta el metro pasando por el restaurante de sushi y allí podrás comprar algo. Seguro que me dejan ir si me acompañas.

—¿Y tú?

—No me importa si como o no —dice Rebecca.

Firman su salida del hospital. Al salir, un grupo de anoréxicas llega a la puerta, charlando animadamente. Todas parecen tener unos once años.

Van juntos al metro. Rebecca abraza a Sam. Él es su mejor amigo y le quiere. En realidad, uno no debe decepcionar a su mejor amigo. Paran en el restaurante de sushi y se sientan en una de las mesas. Sam come arroz con salmón picante y sushi de anguila. Rebecca come ensalada. Fuera de la estación de metro, se despiden con un abrazo.

—Se supone que debo acompañarte de vuelta —dice Sam.

—Haré como si lo hubieras hecho —contesta Rebecca.

—Estás demasiado delgada —le dice Sam—. Prométeme que intentarás comer más. Las ganas de comer es siempre lo primero que se te va. Algo de estrés y no tienes hambre.

Rebecca se alegra en secreto. Ya era hora de que estuviera delgada, pero dice:

—Lo intentaré si quieres.

—Es lo que quiero —dice Sam. Le besa la cabeza—. Te veré mañana.

—Creo que puedo pasar la noche en casa —dice Rebecca.

—Bien —dice Sam—. Te hemos echado mucho de menos. Pomp estará extasiado.

Rebecca regresa al hospital. Por el camino coge un ejemplar del Evening Standard. «UN HOMBRE MUERE APLASTADO EN EL HUECO DE UN ASCENSOR», grita la portada. «UN HOMBRE MUERE APLASTADO POR LA INEPTITUD DE SU ESPOSA», piensa Rebecca.

Se sienta en la cama. Va al baño y se pone más rímel. Se cepilla el pelo. Rebecca ha decidido que debe controlar a Titus. Es una posibilidad remota, pero será más fácil si tiene buen aspecto. Se mira en el espejo. Piensa que está bastante guapa.

Se oye un doble golpe en la puerta del dormitorio y Titus entra. Rebecca está sentada en la cama con las piernas cruzadas leyendo El regalo de Humboldt con las gafas en la punta de la nariz. Tiene el pelo suave, limpio y muy brillante, y lleva puesto su jersey nuevo, que hace que sus ojos parezcan de un azul intenso. Con cuidado, deja el libro a un lado y se quita las gafas sujetándolas por una patilla. No las lleva puestas mucho tiempo, así que no le han dejado marcas rojas a ambos lados de la nariz.

—Hola —dice en voz baja—. ¿Cómo estás?

Titus se sienta.

—Por poco no conoces a Sam —le dice Rebecca.

—¿Cómo pensaba él que te encontrabas? —pregunta Titus. Se quita las gafas y las sujeta también por una patilla. Parece amable—. Combinas muy bien con la habitación —dice—. Tu jersey y tus ojos son casi exactamente del mismo color azul que el cabecero de la cama.

Rebecca sonríe.

—Bueno, te habrás dado cuenta de cómo araño el aire para coordinar. Es mi mayor preocupación —dice.

Titus sonríe.

Realmente tiene una sonrisa adorable, piensa Rebecca.

—¿Cómo cree tu marido que estás? —vuelve a preguntar.

—Lo preocupante es cómo está él —responde Rebecca—. No puede más.

—Pero él no es mi paciente —dice Titus—. ¿No ha dicho cómo te encontró? Y no digas navegador por satélite, simplemente no lo hagas.

—Creo que usó el navegador por satélite —dice Rebecca.

Titus suspira.

—De acuerdo —dice ella—. Le molestó que le dijera que me preocupaba volver a casa. Me dijo que había hecho todo lo que se le había ocurrido para mejorar la situación, pero ¿qué podía hacer si estaba doce horas al día fuera de casa? Le dije que volvería a casa el sábado y que podría pasar la noche…

Titus levanta la mano.

—No a pasar la noche —aclara—. Paso a paso, una cosa cada vez. Quiero que vuelvas aquí el sábado a las seis de la tarde.

—Pensé que iba a pasar la noche en casa y volver el domingo.

—Bueno, pues no —dice Titus—. La noche podría ser muy difícil para ti y necesito que vuelvas a las seis para que estés aquí cuando las enfermeras cambien de turno; si no, no sabrán a quién les pido que le den la medicación y tendré que enfadarme con ellas.

—Seguro que estarán muertas de miedo —dice Rebecca.

—Me temo que no —dice Titus, tomando las palabras de Rebecca al pie de la letra—. No parezco capaz aterrorizar a la gente.

Son los hoyuelos, piensa Rebecca.

—Que tengas un buen fin de semana, señora —dice.

—Tú también —responde Rebecca, y él desaparece.

Cuando se ha ido, Rebecca decide tomar un café a escondidas. Cree que Miriam se ha tomado un descanso, así que, si se mueve deprisa, podrá tomarse uno antes de que nadie se dé cuenta. Al pasar por delante de la enfermería, ve al hombre de la sala de espera con la mujer catatónica, el hombre que había dicho que estaba físicamente muy enfermo pero mentalmente bien.

—Se lo he dicho al médico —le dice el hombre a una enfermera—. A ella le han dado un montón de electrochoques. Después de los dos primeros, se recuperó, pero mírela ahora. —Señala hacia atrás, donde su mujer se desploma, pálida como la muerte, contra la pared. Tiene la boca y los ojos hinchados y el pelo castaño.

Rebecca puede oler el alcohol metabolizado al pasar. Pobre Titus, piensa.

Pieza 57

Rebecca intenta recordar su infancia para contársela a Titus la próxima vez que venga. No cree que la bolsa de cartas que le ha traído Sam vaya a ayudar a Titus a entenderla mejor, pero supone que debería leer algunas por si acaso. Tal vez aparezca un estímulo y ella tenga un destello de claridad que la deje sin aliento. Lo duda, aunque supone que no debería descartar la idea.

En la bolsa hay algunas cartas de amigos y parientes, también unos cuadernos con espiral que contienen sus diarios de adolescencia. Los diarios, piensa Rebecca, son casi con toda seguridad demasiado embarazosos para leerlos.

Algunas de las cartas son de su amiga Tabitha. Hace años que no se pone en contacto con ella. Tabitha ni siquiera sabe que está en el hospital. Pen había pensado que Tabitha era horrible, recuerda Rebecca, pero Rebecca siempre había mantenido el contacto. Ahora, Tab dirige una galería de arte. Rebecca piensa que no le importaría que Tabitha lo supiera.

Harriet tampoco lo sabe porque se ha ido a vivir a Caracas con un hombre que conoció en Tinder. Harriet siempre está haciendo cosas así. Nunca se ha casado ni ha tenido hijos, así que Rebecca supone que es más libre que la media de las mujeres de mediana edad. También sabe que ella nunca haría ninguna de las cosas que hizo Harriet, por muy libre y soltera que fuera.

«Adivina qué —le dijo su madre por teléfono cuando Rebecca estaba embarazada de seis meses de Abigail—. Miranda me ha dicho que Harriet se ha afeitado la cabeza y se ha ido a vivir a un ashram».

O, cuando ella y Sam libraban una guerra química contra las pulgas de gato en la moqueta de la escalera: «Harriet se ha comprado una pequeña finca en Gales. Va a vivir de forma orgánica, totalmente aislada, con un guerrero masái».

Otro fajo está formado por cartas del padre Francis, el sacerdote católico. Están unidas por un fino elástico marrón. Rebecca las coge y las gira entre las manos. Había olvidado que aún las tenía. Tira de la goma elástica y esta se parte, de modo que las cartas se deslizan entre sus dedos y caen sobre la cama. Coge una y empieza a leer. Se da cuenta de que el padre Francis tenía una letra preciosa.

«Mi muy querida Rebecca», lee.

Ha sido muy amable por tu parte escribirme una carta tan larga e interesante. Tu ortografía está mejorando, pero de todas formas siempre pienso que la ortografía está sobrevalorada. Lo importante es el contenido, ¿no? Y tengo que decir que el contenido de tus cartas es tan fascinante que no puedo imaginar que tu ortografía pueda tener algún impacto real en alguien que no sea el pedante más extraordinariamente aburrido. Si no sabes lo que es un pedante, eres una joven muy afortunada. Me los encuentro en mi trabajo con una regularidad predecible. Basta, todos somos criaturas de Dios, aunque algunos seamos más interesantes que otros. (¡Afortunada TÚ!).

Me gustan mucho tus historias. La de la oruga, que prefería quedarse como oruga cuando todas sus amigas ansiaban ser mariposas, era muy interesante. Estoy seguro de que ser mariposa no puede ser realmente todo lo que uno supone. Imagínate tener que manejar una lengua tan larga. Imagínate tener que pasarse toda la vida revoloteando cuando, tal vez, algunos días, uno preferiría no hacerlo.

Creo que nunca volveré a mirar a una oruga con el mismo nivel de indiferencia.

Me alegra saber que Giles se ha adaptado tan bien a su nuevo colegio. Debe de ser estupendo para él tenerte allí también para cuidarle. Creo, sin embargo, querida alma, que en algún momento tendrás que soltarle la mano y dejar que encuentre otros amiguitos de su edad.

Estoy deseando verte en la iglesia este domingo. Dile a Harriet que venga también, si puede, y entonces organizaremos otra expedición, los tres solos.

Hasta entonces, sigo siendo tu QUERIDO padre Francis.

Rebecca dobla la carta con cuidado y la vuelve a meter en la bolsa de plástico. Orugas, piensa. No recuerda mucho sobre las orugas. Las recogía cuando era pequeña y las alimentaba hasta que pupaban. Es cierto, piensa, que siempre había preferido la oruga a la mariposa. Las mariposas, supone, son intrínsecamente insatisfactorias.

Luego piensa en Giles y en cómo, después de aquel primer y largo verano en Suffolk, empezaron a ir juntos al colegio y se pasaron todos los recreos cogidos de la mano mientras miraban con una mezcla de fascinación y horror a los otros niños que jugaban al fútbol y al hula-hula o simplemente correteaban sin sentido por el patio. Nunca se recuperó del todo de aquel retraso. La escuela siempre le había parecido un reto.

Rebecca recuerda haber ido a nadar con el padre Francis. Eran las expediciones a las que se refería en su carta. Llevaba a Harriet y a Rebecca a nadar a las piscinas de sus fieles más ricos mientras ellos estaban de vacaciones.

—Tengo las llaves, los medios y las maneras —les dijo—. Un sacerdote católico tiene una dispensa especial del papa para bañarse en la piscina de cualquier persona que lo desee. Cualquier buen católico propietario de una piscina conoce esta norma, así que basta con una llamada y es nuestra.

Llegaba, normalmente sin avisar, a casa de Rebecca.

—Harriet está en el coche, mi dulce niña. Corre y coge tus cosas, vamos a nadar.

Tenía un Deux Chevaux y animaba a las niñas a que se pusieran de pie en el asiento trasero y sacaran la cabeza por el techo corredizo mientras él conducía.

—Agachaos si veis ramas bajas —les decía mientras pisaba el acelerador.

Rebecca recordó que una vez había visto a un barquero de agua remando con determinación alrededor del borde de un estanque, girando sus enormes ojos en busca de una presa.

—No le interrumpas —dijo el padre Francis—. Está en una misión seria.

Rebecca lo miró. El padre Francis acababa de zambullirse en la parte más profunda, por lo que el agua estaba agitada. Había nadado hasta ella con brazadas elegantes y ahora chapoteaba en el agua a su lado.

—¿Qué misión?

—Bueno, en realidad es para una misión —dijo el padre Francis. Llevaba el pelo gris pegado a la redonda cabeza y le bailaban los ojos castaños.

Dio una voltereta en el agua y Rebecca lo vio sumergirse hasta el fondo de la piscina, dar golpecitos con las dos manos y volver a salir a la superficie junto a ella.

—Eres muy bueno nadando —le dijo ella.

—No tan bien como Nigel —dijo el padre Francis.

—¿Nigel? —preguntó Rebecca.

—Sí, Nigel. Está nadando patrocinado, ya ves. —El padre Francis señaló hacia el barquero de aguas turbulentas.

Rebecca asintió con la cabeza con entusiasmo y su pelo asintió poco después. Resultaba especialmente difícil si se mezclaba con cloro. En el otro extremo de la piscina, Harriet ejecutó una inmersión perfecta, con su melena oscura resbalando contra su cabeza. Como un león marino, pensó Rebecca, observando cómo se deslizaba silenciosamente bajo el agua.

Los cuentos eran algo especial para Rebecca y el padre Francis. Ella le escribía uno nuevo cada semana para dárselo después de los servicios religiosos. Esta conversación no incluiría a Harriet.

—Ya veo —dijo.

El padre Francis observó al barquero durante un minuto.

—Está haciendo una travesía a nado patrocinada por barqueros de aguas tranquilas en apuros, la Misión para Barqueros de Aguas Tranquilas en Apuros e Impecables —concluyó triunfante.

Rebecca volvió a asentir.

—Le eligieron porque es el campeón del mundo de remo acuático —dijo.

La superficie de la piscina estaba ahora más tranquila y Harriet estaba sentada en el borde, con los pies colgando en la parte menos profunda. El barquero puso los ojos en blanco y se puso manos a la obra con renovado vigor.

—Exactamente —convino el padre Francis.

—Dos niñas, una piscina y un cura católico —dice Titus. Está sentado en la silla de los

Teleñecos, intentando dar sentido a la infancia de Rebecca.

—¿Dónde creciste? —dice Rebecca—. Surrey. Seguro que fue en Surrey.

Titus la ignora.

—¿Esto pasó cuando tenías cuántos años?

—Ocho o nueve —dice Rebecca¬. El padre Francis me escribía cartas. Sam me las trajo. Estaban en la caja que contiene mis diarios. Yo también le escribía cuentos.

—Ocho o nueve otra vez —dice Titus. Anota algo en su libreta—. ¿Y dices que no había otros adultos presentes?

—No, íbamos cuando no estaban. No conocíamos a los dueños de las piscinas —explica Rebecca —. No suena bien, ¿verdad?

—Suena a libro de texto —dice Titus.

Libro de texto, se ríe Betty.

Pieza 58

Rebecca se encontraba tumbada en la cama con los ojos abiertos, pero estaba tan oscuro que no veía nada, ni siquiera el techo. Estaba escuchando el trino de un pájaro que cantaba en el oscuro jardín nocturno. ¿Qué pájaro sería? Rebecca lo desconocía.

Sabía que los murciélagos volaban de noche. Al anochecer, oía sus afilados y agudos gritos mientras caían como ceniza de las dependencias junto al seto de lavanda. Conocía los graznidos y las llamadas de los búhos y había oído el chillido de una zorra y el repiqueteo de un faisán, pero este sonido era nuevo.

El pájaro tenía un canto bajo y silbante, como el del mirlo, pero más dulce y complejo. Se elevaba, luego descendía repentinamente a un susurro antes de elevarse de nuevo a una cascada de notas imposiblemente altas.

Rebecca buscó a tientas las gafas bajo la almohada y encendió la lámpara de la mesilla. Giles seguía durmiendo plácidamente. En sus ojos se arremolinaron dibujos morados y rojos mientras se acostumbraban a la luz y la habitación se abría lentamente a su vista. Las cortinas de guinga rosa estaban corridas sobre la ventana. Rebecca se incorporó y el pájaro cantó. Se levantó de la cama, cruzó la habitación dando unos pasos y descorrió las cortinas para que la luz se derramara en la noche. Después, Rebecca no supo por qué había hecho eso. No iba a poder ver al pájaro, el cielo estaba sin estrellas y oscuro como la brea, y ninguna luz de su habitación lo atravesaría.

Bajo la ventana del dormitorio, el tejado de tejas de la cocina descendía hacia el camino de grava. A veces, en las tardes soleadas, Rebecca salía por la ventana y se sentaba en el tejado, apoyando la espalda en los ladrillos de la casa calentados por el sol y mirando a través del jardín hacia los campos de enfrente, sintiéndose en la cima y en otro mundo.

Ahora, abrió el marco y se asomó a la oscuridad, inhalando la húmeda noche de verano mientras los oídos se le llenaban con la canción mágica que la había despertado. Pasó una pierna por encima del alféizar y bajó cautelosamente a las baldosas, entrecerrando la ventana tras ella.

El pájaro se calló de repente.

Rebecca permaneció unos instantes sentada en el tejado, sintiendo bajo los pies las tejas aún calientes del día. A su espalda, sintió la casa cargada con su familia dormida y la noche silenciosa se expandió a su alrededor con una cualidad expectante y sin aliento.

Entonces, de nuevo, el aire se llenó del tumultuoso y estrepitoso sonido y se oyó un repentino crujido de alas en la oscuridad, un ruido sordo y el pájaro cayó, golpeando la parte superior de la cabeza de Rebecca y rozándole la cara con las alas antes de aterrizar en su regazo.

Rebecca había estado sentada con las manos a cada lado, apoyadas en el cálido techo. Las levantó y descubrió que el pájaro estaba blando y flexible bajo sus dedos. Se movió ligeramente para que parte de la luz de la habitación le salpicara las piernas y el estómago y vio que, al chocar contra el cristal de la ventana, se había roto el cuello.

Pieza 59

Titus se sienta en la silla de los Teleñecos.

—Así que nueva medicación hoy —dice—. ¿Cómo va?

—Lo mismo —dice Rebecca. No sabía que tenía nueva medicación. Francamente, no podía seguirle la pista a todo—. Estoy muy aburrida. No estoy acostumbrada a no hacer nada. Tengo claustrofobia —dice.

—Ve a dar un paseo —dice Titus—. Hay grupos a los que podrías unirte.

—No me van los grupos.

Titus sonríe.

—Claro que no —dice—. Entonces, ve tú sola. —Mira a Rebecca durante un largo instante. Ella no puede leer la mirada.

—¿Fuera? —pregunta Rebecca.

—Sí, fuera —responde Titus, imitándola.

—¿Yo sola?

—Sí —dice Titus.

—¿Puedo ir a hacerme las uñas?

Titus se levanta.

—Sí, ¿por qué no? —dice, y se va, cerrando suavemente la puerta tras de sí.

Rebecca firma su salida del hospital. Abre la pesada puerta exterior y sale sola a la calle. Lleva muy poco tiempo en el hospital, pero el ruido sigue siendo abrumador. Casi se da la vuelta para volver a entrar, pero, entonces, bajo los humos del tráfico, percibe el aroma del río en la brisa de principios de otoño y, así animada, respira hondo y se dirige a Borough High Street.

Rebecca tiene las uñas azules. Parece como si se las hubiera pintado con témpera. ¿Aún existen las témperas?, se pregunta.

La mujer que está sentada junto a Rebecca en el salón de manicura tiene las uñas de los pies pintadas de rojo claro. Rebecca piensa que parece como si alguien le hubiera pisado los dedos. Tiene los pies blancos y los tobillos hinchados. Está hablando por teléfono. Rebecca piensa que debe ser la asistente personal de alguien.

—Es absolutamente enorme —dice a su iPhone—. Lo pone en la pared de la oficina: «NO

aceptes este trabajo». De todos modos, he encontrado a alguien tan tonto como para pensar que puede llevarlo a Sotheby's. ¿Qué? Lo sé, una auténtica pesadilla. Me descansando fuera y luego tengo que salir corriendo a explicarle a Gerard que es imposible hacer llegar cuatro lienzos a California mañana por la tarde. Menuda pereza. Ciao.

La asistente personal cuelga y se queda mirando a lo lejos. Rebecca la mira de reojo. Se ha hecho un arreglo bastante feo y sus labios hinchados se parecen un poco a los de un bebé lactante.

De vuelta al hospital, Blessing admira las uñas de Rebecca. Rebecca está segura de que pronto tendrá que ir a Boots a comprar quitaesmalte, pero al menos tienen buena pinta. Abre las ventanas de su habitación. Solo se abren un poco porque, de lo contrario, Rebecca se lanzaría al patio en un arrebato. Oye a un hombre en la zona de No-Sonrisas hablar por teléfono.

—Creo que ya es hora de que retieren el anuncio. Está perdiendo impacto y no puedo hacer nada mientras esté aquí. ¿Perdón? Solo Dios lo sabe. ¿Cuánto mide un trozo de cuerda?

Rebecca coge su libro. Se quita las lentillas y se pone las gafas.

Aquí estoy con un cerebro del tamaño de un planeta, piensa.

Rebecca oye otra llamada desde el patio de abajo. Es más interesante que su libro. Sigue leyendo El regalo de Humboldt o sigue sin leer El regalo de Humboldt porque no tiene concentración.

—Hola —dice la mujer al teléfono—. Sí, lo siento, me he tomado un descanso. No, ella aún no ha vuelto de Corfú. Tuve que tomarme un descanso. Todo era demasiado. Helen está a cargo en este momento, pero debería estar de vuelta la próxima semana. Tenemos que lidiar con el contrato Polonsky. Lo sé, es horrible, pero nos las arreglaremos de alguna manera.

Rebecca se tumba en la cama. Se imagina a toda la gente dejando sus montones de cosas y marchándose como ha hecho ella. Se imagina que el contrato de Polonsky no sale adelante e imagina un anuncio desprendiéndose pieza a pieza de su valla publicitaria y perdiendo impacto. La cosa enorme nunca llegaría a Sotheby's si no fuera por gente como la asistente personal del establecimiento de pedicura. Si ella estuviera aquí, la cosa enorme simplemente descansaría, inútilmente contra una pared en algún lugar. Rebecca piensa que puede ser hora de irse a casa para siempre.

Pieza 60

Las niñas vienen de visita. Primero le mandan un mensaje y le dicen que Kit dice que irá por separado.

Es por la tarde y el sol proyecta largas sombras a través de la ventana. Rebecca está sentada en su cama, escribiendo en su portátil.

Annie entra corriendo primero. Salta hacia Rebecca, se sienta a su lado y apoya la cabeza en el hombro de su madre.

—Te echo de menos —dice.

Abigail se queda un momento en la puerta, observando el entorno. Rebecca la ve fijarse en la mesa de efecto teca, el cabecero de ante azul y la vista de la pared del patio.

—Es más bonito de lo que pensaba —dice—. Un poco básico, pero bonito.

—Ven y siéntate —le pide Rebecca.

Abigail se mete las manos en los bolsillos del abrigo. Lleva uno de tartán de la Guardia Negra que Rebecca y Sam le regalaron por Navidad hace un año. Lleva el pelo rojo oscuro recogido en lo alto de la cabeza. El abrigo le queda grande y su rostro, de expresión normalmente inteligente e incisiva, es de repente infantil y vulnerable.

—Queremos pasear contigo por el río —dice—. ¿Se puede?

—Hay una coctelería muy bonita cerca del Puente de la Torre —dice Annie, sentándose—. Podríamos ir allí y tomar cócteles no alcohólicos porque no bebemos, en solidaridad.

Rebecca se levanta. Se acerca a Abigail y la abraza. Abigail es más pequeña que Rebecca y esta recuerda haber leído en alguna parte que solo el dos por ciento de las hijas son más bajas que sus madres. Piensa que es casi seguro que Abigail está en el dos por ciento más alto de todas las categorías buenas que existen. Besa la cabeza de su hija. Un dos por ciento de inteligencia, un dos por ciento de empatía y un dos por ciento de belleza, piensa. Mira a Annie, que sigue sentada en la cama con las largas piernas estirads. Dos por ciento encantadora, dos por ciento superdotada, dos por ciento chiflada, piensa, y sus ojos se llenan de lágrimas de agradecimiento. Se da la vuelta para que no la vean.

—Suena muy bien —dice—. Sí, tomemos cócteles.

Firman su salida del hospital y caminan hacia el río. Rebecca camina entre las niñas, cogiéndolas de la mano. Le da un poco de miedo estar fuera, pero cree que cada vez lo lleva mejor.

—Ooh, Borough Market —dice Annie al pasar—. Tenemos que comprar pan a la vuelta. Tienen la mejor masa madre. ¿Lo hueles?

Rebecca olfatea el aire y percibe el olor a gasolina y queso, la oscuridad del río, los túneles bajo los puentes y, muy por debajo, quizá un pequeño aroma a pan horneado.

—Tal vez —dice.

El sol se oculta por el oeste mientras ellas acunan sus cócteles fuera del bar. No hace calor y Rebecca no lleva suficiente ropa, pero no le importa. Está mirando el Puente de la Torre.

—Vuestro abuelo puso esos trocitos de oro en lo alto de las torres —les dice a las niñas—. Tuvo que bajarlas con su helicóptero. Era muy peligroso. Decía que si la carga hubiera empezado a moverse, habría tenido que dejarla caer y aplastar a un fotógrafo de prensa que estaba justo debajo de él.

—¿Estás mejor ahora, mamá? —pregunta Annie.

Rebecca aparta los ojos del puente.

—Estoy ahí —dice. Luego añade—: Gracias por venir.

Annie coge un trozo de piña de su cóctel con su pequeño paraguas naranja y se lo come. Se coloca el paraguas en el pelo, justo encima de la oreja izquierda.

—¿Bien?

Rebecca se inclina y lo ajusta ligeramente.

—Muy bien —dice.

Pieza 61

Rebecca está sentada en su cama. Está leyendo una carta del padre Francis. Le gustaría haber guardado más cartas.

«Mi querida Rebecca», comienza.

Muchas gracias por tu larga e interesante carta. Es muy agradable saber que estás aprendiendo a cocinar. A mí también me aburre cocinar, pero estoy seguro de que es porque me niego a practicar y, como todos sabemos, la práctica hace al maestro. ¿Serías tan amable de prepararme una tortilla la próxima vez que vaya de visita? Un omelette aux fines herbes, como dicen en Francia. Creo que son deliciosas.

Me ha gustado mucho tu historia, la de la pequeña Matilda que es tan pobre que nunca podrá permitirse un poni, pero reza a Dios y encuentra uno abandonado en un campo con las crines enmarañadas y las pezuñas rizadas y lo cuida hasta que recupera la salud.

No es de extrañar que el poni llegara a quererla tanto. No es de extrañar que intentara escapar del circo tras su secuestro. ¿Secuestro de ponis? ¿Quién sabe? No es de extrañar que la salvara de la carpa en llamas, llevándola sobre su ancha y robusta espalda.

Queridísima niña, me pareció tan emocionante. No estoy seguro de que Dios regale un poni a todos los niños que lo piden, pero la pequeña Matilda se lo merecía.

Tu escritura se está volviendo muy ordenada y fácil de leer también. ¡Bien hecho!

Espero veros a ti y a tu madre en la iglesia este domingo. Harriet se está preparando para su confirmación. No sé si te apuntarás a las clases o no, pero tienes que pedirle a Harriet que te enseñe el avemaría de memoria. Te encantará. Me reconforta mucho después de una pesadilla o un desastre así.

Hasta entonces, apreciado AMOR.

De tu padre Francis

—Titus, ¿tocas la viola? —Rebecca no sabe qué decirle hoy a Titus, así que ha decidido darle un poco de cuerda.

Titus la mira por encima de las gafas.

—¿Por qué?

—Todos los médicos tocan un instrumento hasta el octavo curso —dice Rebecca.

—¿Ah, sí? —dice Titus con severidad.

—¿En un cuarteto de cuerda? —dice Rebecca.

—No —dice Titus. Deja el bloc a su lado, sobre la mesa.

—¿Trombón? —pregunta Rebecca—. ¿En una banda de música? ¿Piano de octavo grado acompañando a un coro LGBT?

—Cállate —dice Titus.

—Es bastante decepcionante —dice Rebecca—. Quiero decir, tocas un instrumento, ¿no? Deberías usarlo. Piensa en todas las horas que has pasado practicando para nada.

—¿Cómo sabes que toco un instrumento? —Titus pone cara de enfado. Cruza los brazos sobre el pecho, luego los despliega con cuidado e intenta parecer relajado. No lo consigue.

—Eres médico —dice Rebecca.

Titus intenta mirarla fijamente.

Rebecca le sonríe.

—Sabes que uno de los efectos secundarios de la dulsexatina es la muerte, ¿verdad?

—Uno de los efectos secundarios de la vida es la muerte —rebate Titus.

Rebecca lo mira de arriba abajo. Es como mover los hilos de una marioneta.

—¡Oh, bingo! —exclama.

—¿Qué? —pregunta Titus.

—El psiquiatra de mi libro dice exactamente eso. Lo escribí la semana pasada.

—Así que no soy especialmente original. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Flauta de octavo grado y nunca la usas —dice Rebecca.

—Clarinete —responde Titus.

Tardan unos tres minutos en dejar de reírse. A Rebecca le da hipo.

Titus respira hondo y coge su bloc de notas.

—Entonces —dice—, ¿has muerto algo esta semana?

Rebecca niega con la cabeza y tiene hipo.

Titus toma nota.

—¿Puedo beber agua? —pregunta.

—Por supuesto. —Titus se levanta. Le lanza una mirada larga y apreciativa—. Adiós, Rebecca —dice en voz baja.

Cuando se ha ido, Rebecca se levanta de la cama y se queda de pie en el cuarto de baño. Se mira la cara en el espejo y levanta los brazos.

—Brazos felices —susurra.

Pieza 62

Rebecca estaba dormida. Oía a Betty saltar sobre la grava, pero no podía moverse porque las mantas le pesaban demasiado. Pensó que probablemente tendría problemas con Betty si no se movía, pero estaba paralizada.

Entonces, abrió los ojos y Harriet estaba de pie junto a su cama, a oscuras. Rebecca pudo verla porque la puerta de su dormitorio estaba abierta y la luz del rellano iluminaba la habitación.

—¿Puedes echarte a un lado, cariño? —Pen estaba hablando.

Rebecca vio que estaba justo detrás de Harriet.

—Harriet va a dormir contigo —susurró su madre.

Rebecca se movió y Harriet se deslizó entre las sábanas, temblando. Solo llevaba un fino camisón de algodón. Harriet se acurrucó contra Rebecca y le rodeó el cuello con los brazos. Tenía la cara y el pelo mojados.

La madre de Rebecca se dio la vuelta y salió de la habitación. Tiró de la puerta, sin cerrarla del todo.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás aquí? —Rebecca sentía el frío cuerpo de Harriet contra el suyo. Temblaba con escalofríos convulsivos y Rebecca se dio cuenta de que tenía el pelo y la cara mojados por el llanto.

—Patrick —susurró Harriet. Enterró la cabeza en el hombro de Rebecca y esta no pudo oírla muy bien.

—¿Patrick qué?

—Se volvió loco —dijo Harriet—. Golpeó a mamá y destrozó la casa. —Respiraba entrecortadamente.

Rebecca se apartó ligeramente. Podía distinguir el ligero óvalo del rostro de Harriet.

—¿Te pegó?

Rebecca sintió que Harriet negaba con la cabeza.

—No, él me quiere.

—¿Dónde están Milo e Inigo?

—Están durmiendo en el sofá de abajo.

Rebecca extendió una mano y acarició la cabeza de Harriet.

—¿Está bien tu madre? —preguntó.

Sintió que Harriet asentía.

—Vamos a dormir —dijo.

Pieza 63

Rebecca se pasa toda la tarde leyendo. Lee El regalo de Humboldt, lee Lolita, lee Madame Bovary y lee Mount! de Jilly Cooper. Nada retiene su atención. Se bebe cuatro tazas de café negro y espeso y se va corriendo a lo alto del hospital. Se come cuatro nueces de Brasil y una manzana Gala, luego va a su grupo de terapia cognitivo-conductual.

En el grupo, Darren sonríe con indiferencia a media distancia. Alice va de un lado a otro cogiendo libros de las estanterías y volviéndolos a poner en su sitio. Carl se sujeta la cabeza con las manos y hay una persona nueva sentada en un rincón. El terapeuta se retrasa y el grupo empieza a mirar el reloj. Siva se levanta y se marcha. Rebecca se sorprende de que pueda ver por dónde va porque su pelo negro azulado le cae directamente en los ojos.

—Cuando regresé ayer a mi habitación, pensé en lo que se dijo en el grupo —le dice Rebecca a Darren—, y, francamente, creo que nunca he oído tal sarta de estupideces en toda mi vida.

—¿Qué dijeron? —pregunta Darren—. ¿Fue lo de amontonar libros y neveras de agua encima de alguien hasta que se derrumbe?

—Todos llevamos libros y neveras —dice Rebecca—. No podemos dejarlos. Todos tenemos gente que depende de nosotros. Tenemos hipotecas, vidas, carreras y relaciones. ¿Puede alguien imaginarse en serio que un grupo de personas inteligentes, conectadas y con grandes logros pueda dejar todo eso y marcharse porque es demasiado? Yo tengo al menos seis personas que dependen de mí para que les haga el trabajo todo el tiempo, todos los días, y apuesto a que todos los demás aquí también lo hacen.

—Seis es mi número favorito para una cena —confiesa Darren.

—A mí me gustan veinte —dice Rebecca—, luego estoy demasiado ocupada para hablar con ninguno. Una vez, me senté al lado de un hombre en una cena que me dijo: «Hola, dirijo Asia, ¿a qué te dedicas?».

—¿Por qué le invitaste? —pregunta Darren.

—No lo hice. Solo estaba allí.

Darren sonríe suavemente.

—Dirijo el hemisferio norte —dice—, pero procuro no mencionarlo en las cenas.

Rebecca se agita en el sofá. Mira el reloj. Alice sale de la habitación. Rebecca se pregunta cómo se puede deambular con nostalgia, pero Alice lo hace.

Carl se va sujetándose la cabeza. Tiene una herida. Ayer intentó escapar y se golpeó la cabeza contra una ventana, como todas las ventanas son de cristal templado. Acabó en urgencias.

—No me dejarán salir —le dice a Rebecca—, estoy en una sección.

—No puedo quedarme —le dice Rebecca a Darren—. No puedo estarme quieta. —Se levanta de un salto y sale de la habitación.

Corre hasta lo alto del hospital. Sube todas las escaleras, las baja, las sube y las baja hasta que llega a la planta inferior.

Oh, Dios, piensa.

Vuelve a su dormitorio y se termina el café frío. Joder, piensa, y se sienta en la cama con El regalo de Humboldt.

El día avanza sin alteraciones. Nadie va a visitarla. Titus va a venir, pero ella se siente demasiado agotada para hablar con Titus y se queda dormida en la cama. Cuando se despierta, Titus está sentado en la silla de los Teleñecos.

—Dios —dice Rebecca, sentándose.

—No, prueba otra vez —contesta.

Rebecca lleva puestas las gafas porque no puede leer la letra pequeña de El regalo de Humboldt con las lentillas puestas. Se sienta y mira severamente a Titus por encima de las gafas.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —pregunta.

—Todo el tiempo que quieras —dice Titus.

—Titus, mis antepasados tomaron la sopa. ¿Lo sabías? —pregunta Rebecca.

—No tengo la menor idea de lo que estás hablando —dice Titus—. Explícate —le pide.

Así que Rebecca le cuenta cómo los Kelly tomaron la sopa de los ingleses, durante la hambruna irlandesa de la patata, y tuvieron que hacerse protestantes y dejar la O’.

—Pero dijiste que tus padres eran católicos —dice Titus.

—Dejaron la O’, pero mantuvieron el catolicismo —explica Rebecca.

—Quizá hubiera sido mejor hacerlo al revés —confiesa Titus—. De todos modos, Rebecca, ¿cómo estás? ¿Algún otro chillido?

Rebecca se sube las gafas hasta el puente de la nariz. Se da cuenta de que lleva demasiados botones desabrochados y de que se le ve el sujetador. También se da cuenta de que tiene un largo moratón amarillento en la clavícula que no recuerda haberse hecho. Se abrocha los botones y se encoge de hombros.

—Sin chillidos —dice—. ¿Puedo salir esta tarde? Me está entrando claustrofobia. Ayer fui al grupo de terapia y no había oído tantas tonterías en toda mi vida.

Titus vuelve a sonreír. Rebecca sabe que Titus tiene un radar de tonterías muy afinado.

—Puedes irte a casa este fin de semana, por un tiempo —dice—. ¿Te gustaría?

Rebecca no sabe si le gustaría o no.

—No lo sé —dice—. Me gusta estar aquí.

—¿No está Sam deseando que vuelvas a casa?

Pinchar, piensa Rebecca. Se encoge de hombros.

—Supongo que sí, y no querría volver a casa si él no está. Me gustaría ver a los niños —dice.

Se los imagina a todos sentados alrededor de la mesa mirándola como si fuera una bomba sin explotar.

—¿Cuál es el problema? —pregunta Titus.

—No lo sé —reconoce Rebecca.

Titus se inclina hacia delante.

—Rebecca, puedes decirme si quieres irte o no mañana, pero, en este momento, no quiero que te sientas forzada a nada.

Rebecca le observa. Él se quita las gafas y las deja sobre la mesa a su lado. Luce una camisa rosa claro que deja ver los restos de su bronceado veraniego. Lleva el pelo sobre la frente porque necesita un corte y sus ojos son de un tranquilo azul marino. Es bastante atractivo, decide. Luego se da cuenta de que eso es exactamente lo que él quiere que piense.

—Guau —dice.

El elefante en la habitación, ríe Betty.

Titus se sienta derecho.

—¿Qué? —pregunta.

Rebecca niega con la cabeza.

—Nada —dice. ¿Por qué?, piensa.

Betty vuelve a reírse en su oído izquierdo.

—Cuéntamelo —pide Titus, sentándose más erguido y clavando en ella su mirada glacial. Se aparta el pelo de la frente y se pone las gafas—. Rebecca, ¿sigues oyendo voces?

Rebecca niega con la cabeza y mira fijamente a Titus. ¿Para qué querría eso?, piensa. ¿Para qué? Se muerde el labio inferior.

—No tiene ninguna gracia.

Rebecca ha decidido que sí.

—Dime por qué sientes que tienes que estar a cargo de cada conversación que tenemos.

Rebecca niega con la cabeza.

—Dime —vuelve a decir Titus. La está fulminando con la mirada.

—Es muy sexi cuando lo haces —dice ella.

Titus levanta una mano.

—Deja de hacer eso ahora mismo —ordena él, pero se le empiezan a ver los hoyuelos—. Dios, eres imposible.

—Lo soy, ¿verdad? —responde ella.

Cuando Titus se va, Rebecca se tumba en la cama e intenta darle sentido a todo. Quizá se lo haya imaginado. Es posible, pero poco probable. Tal vez sea normal y solo esté intentando ganarse su confianza o intimar más con ella para que se abra más fácilmente a él. Al fin y al cabo, no es muy diferente de la táctica que ella había estado utilizando con él. Es solo una forma de poner a alguien de su lado.

Rebecca cree que quiere a Titus porque la ha salvado. Ella preferiría que fuera bombero y que la hubiera salvado de un edificio en llamas, pero no pudo elegir, y él es un psiquiatra que la ha salvado de su yo en llamas, así que amarlo es probablemente normal.

Pero no quieres tocarlo, dice Betty.

Pues no, está de acuerdo Rebecca. No es ese tipo de amor.

Fuera, el cielo se oscurece. Una enfermera llama a la puerta de Rebecca y ella se incorpora.

—Adelante —le dice.

La enfermera pone la bandeja de la cena sobre la mesa.

—Intenta comer —dice.

Pieza 64

Rebecca se despertó temprano. No había sitio en la pequeña cama individual de Rebecca para ella y Harriet y se encontró apretada contra la pared con solo una esquina de la sábana. Harriet se desparramaba como una estrella de mar por el resto del colchón, con los ojos cerrados plácidamente y las largas pestañas oscuras rozándole las mejillas rosadas y doradas.

Rebecca buscó las gafas debajo de la almohada y se las puso. Harriet se dio la vuelta, murmuró algo ininteligible, llevándose las mantas con ella; entonces Rebecca se deslizó silenciosamente de la cama y salió de la habitación.

Abajo, en la cocina, abrió la puerta de la despensa, encontró una caja de Weetabix y el azucarero y los puso sobre la mesa.

La tetera empezó a cantar en la Aga. Alguien más debía de estar ya levantado. Rebecca se preguntó quién. Miró el reloj: 06:03. Probablemente era su padre o tal vez Miranda. ¿Miranda también se había quedado a dormir? No lo sabía. Rebecca retiró la tetera de la placa, cerró la tapa y la puso en otro sitio del Aga. Herviría lo bastante rápido cuando apareciera quien la había puesto.

Cruzó la habitación y abrió la puerta trasera. La leche estaba allí en su caja como de costumbre y como de costumbre los herrerillos habían traspasado las tapas plateadas y habían probado un poco del cremoso contenido.

Rebecca dejó la puerta entreabierta. La mañana era suave y cálida y un petirrojo cantaba en el ciruelo junto al seto de lavanda.

Cogió un bol de cereales, una cuchara y una pequeña jarra de leche del aparador de la cocina, volvió a la mesa y se sentó en la silla de su padre. Cogió dos Weetabix de la caja que tenía delante, sacudió los pequeños restos marrones y los puso en su cuenco. Ella y los chicos habían descubierto, para su disgusto, que si dejaban los restos y vertían leche sobre los Weetabix, la leche adquiría un color marrón muy poco atractivo.

—No es chocolate —dijo Alex.

—No —convino Martin—. Puah.

Rebecca vertió la nata de la parte superior de la leche en la lechera para guardársela a su padre, añadió leche y azúcar a su cuenco y, cogiendo la cuchara, se metió un enorme trozo en la boca.

—Hola, cariño. —Miranda estaba en la puerta de la cocina. Llevaba la bata del padre de Rebecca y los pies descalzos—. Hace una mañana tan bonita que salí a caminar.

Miranda entró en la habitación.

—Eres un encanto —añadió—. Restiraste la tetera. ¿Quieres té? —Cruzó la habitación dejando

huellas húmedas—. Mira —dijo, volviéndose para señalarlas—. Huellas de rocío. El césped está empapado. Te apetece un té, cariño, ¿verdad?

Rebecca vio cómo Miranda levantaba la tapa y volvía a poner la tetera en la placa. La vio cruzar la habitación hasta el aparador y coger dos tazas de los ganchos del segundo estante, luego la botella de leche de la mesa. Todo el tiempo, Rebecca tenía Weetabix en la boca.

Miranda tenía la cara roja por un lado. Tenía el labio superior partido y uno de sus risueños ojos marrones estaba hinchado.

Miranda echó una cucharada de té en la tetera y vertió agua hirviendo antes de volver a taparla.

—¿Quieres leche y azúcar, cariño? —preguntó.

Pieza 65

Rebecca está escribiendo.

Cyrus Mason está sentado a los pies de su cama. Emily está sentada en la cama, observándole. Hoy lleva un traje a rayas marrones con una corbata de cachemira. Lleva el botón superior de la camisa desabrochado y la corbata ligeramente torcida hacia un lado. Necesita lustrarse los zapatos y se sienta pesadamente, algo inclinado hacia delante, con los hombros encorvados. Emily piensa que parece agotado.

—Entonces —dice él—, ¿cuál es el problema?

Emily se encoge de hombros. Se pasa el pelo por detrás de la oreja.

—¿Por qué voy a tener un problema? ¿Qué estoy haciendo para que parezca que tengo un problema? Bueno, está claro que tengo un problema —señala la habitación—, pero ¿qué estoy haciendo específicamente que te hace pensar que tengo un problema en este momento?

—No es una ciencia exacta —dice Cyrus—, pero me he vuelto experto en leer el lenguaje corporal. ¿Quieres compartirlo?

¿Lo haría? Emily no está segura.

—De acuerdo —dice ella—. Escribiste a mi médico. La mayoría de las veces no he leído lo que escribiste antes de venir aquí, pero ayer estaba aún más aburrida de lo normal y volví a leer todas tus notas.

Cyrus se sienta más erguido.

—¿Sí? —pregunta.

—Sí —responde Emily.

—¿Y?

—Escribiste que cuando estaba en Francia, las cosas estaban «no muy bien». Dijiste que me había estado automedicando con alcohol…

—Lo habías hecho —afirma Cyrus.

—Lo sé, pero se lo has dicho a mi médico y ahora van a pensar que soy alcohólica.

—No he dicho que seas alcohólica. No creo que lo seas, pero me pareció que debía decirle a tu médico que tienes propensión a automedicarte y que eso te ha llevado al hospital.

Emily pone las manos sobre las rodillas.

—Querido doctor de Emily —dice ella—. Mi paciente bebe hasta caer en el olvido de un momento a otro, se vuelve loca y acaba en el hospital. Saludos cordiales, Cyrus Mason McPsico SCCB.

Cyrus sonríe.

—No es una cita exacta —dice—. ¿Qué es SCCB?

—Sostiene el cuchillo como un bolígrafo. No sé qué significan todas esas letras después de tu nombre.

Cyrus se sienta en su silla y se cruza de brazos.

—No se refieren a cuchillos como bolígrafos —dice.

Emily ve que intenta parecer serio.

—Puede que sí —dice ella.

—Para nada.

—¿Entonces? —quiere saber Emily.

—Sostén mi cuchillo como un bolígrafo.

—Es un alivio —dice Emily.

—Snob —dice Cyrus.

—No es esnobismo. Es lo mismo que sostener un violonchelo como un banjo, simplemente incorrecto. De todos modos, creo que deberías escribir otra carta a mi médico diciéndole que Francia fue muy específica, que una araña me atacó y que no soy alcohólica.

—Creo —dice Cyrus— que es lo que puse. Tampoco es McPsico, por cierto.

Emily se encoge de hombros.

—¿Puedo irme a casa? —pregunta.

Cyrus la examina un momento.

—Llevas aquí tres semanas —responde.

—Sí —dice—, y estoy un poco harta. Sigo quedándome dormida y, cuando no lo estoy, me dan chillidos y tengo que subir y bajar las escaleras corriendo y las manos no se me quedan quietas. Antes siempre se me quedaban quietas. Ahora míralas cómo se mueves y se flexionan.

Cyrus mira.

—Es un efecto secundario de la medicación. Esperaba que hubiera remitido un poco antes de permitirle irse a casa. Algunos de sus efectos secundarios solo se dan en uno de cada cien pacientes.

—No lo hago a propósito. ¿Y si soy uno de los cien que mueren?

Cyrus se ríe.

—Si muriera uno de cada cien, tendríamos problemas. —Deja de hablar y observa a Emily.

Ella le devuelve la mirada. Decide que le gusta. Confía en él.

No deberías, sisea Betty. Betty ha estado mucho más callada últimamente. A veces Emily piensa que nunca volverá.

Cyrus fija en ella sus extraños ojos amarillos y Emily piensa que no podría apartar los suyos aunque quisiera. Se da cuenta de que no quiere. Sabe lo que está viendo, puede sentirlo. Hacía mucho tiempo que un hombre no la miraba así. Respira lenta y profundamente.

—Me gustaría que te quedaras —dice Cyrus—. Creo que hay algo más que hacer antes de que me alegre de que vuelvas a casa.

Cuando se ha ido, Emily se sienta en la cama con las piernas cruzadas. Se queda mirando la silla donde Cyrus había estado sentado. Se le revuelve el estómago. Es mi médico, piensa. Se supone que no…, pero ¿qué había hecho en realidad? Niega con la cabeza. Salta de la cama y va al baño. Se mira en el espejo.

La misma cara,

un poco más delgada,

piel clara, sus pecas de verano desapareciendo,

ojos azul oscuro,

pelo liso, color óxido, largo por estos últimos meses…

¿Qué había hecho él?

Emily niega con la cabeza.

Ha desarrollado un flechazo, decide.

No es de extrañar que Cyrus sea el bombero que la salvó de un edificio en llamas. Ella queda cautivada por su heroísmo.

Tiene el síndrome de Estocolmo. Ha llegado a amar a su captor.

Está drogada. Su capacidad de decisión y percepción está comprometida.

Sus manos se estiran mucho. Mira cómo sus dedos largos y finos arañan el aire.

Es una chiflada; sí, eso es.

Está loca.

Emily se vuelve y mira hacia el dormitorio. Se ve a sí misma sentada en la cama junto a su portátil cerrado. Está mirando a Cyrus a los ojos.

Él le devuelve la mirada.

Es inconfundible.

Rebecca cierra el portátil y se levanta de la cama. Entra en su cuarto de baño y se sitúa donde Emily había estado momentos antes.

Se mira en el espejo.

Pelo rubio oscuro hasta los hombros, aún no canoso,

ojos rasgados de color azul oscuro,

un rostro pálido en forma de corazón, con pecas en la nariz, las mejillas y la frente,

y una boca ancha con tendencia a doblarse hacia abajo en las comisuras.

La edad no le había hecho ningún favor, pero tampoco le había perjudicado.

Su rostro, aunque borroso en los bordes y con líneas bajo los ojos, era esencialmente como siempre había sido.

De aspecto gracioso, dijo Betty.

Rebecca niega con la cabeza. No está segura de haber visto nada.

Pieza 66

Los niños corrieron por el jardín para jugar a Patear la Lata. Los adultos se quedaron bebiendo vino alrededor de la mesa de la cocina. El padre Francis estaba allí. Miranda le había llamado y le había pedido que fuera.

—Cuando golpea un desastre, uno simplemente puede confiar en su sacerdote —oye Rebecca que Miranda le dice a Pen—. Y Patrick es un desastre absoluto y ciertamente golpeó, ¿no?

—¿Sería tan amable? —Rebecca la oyó decir por teléfono—. Hemos tenido el susto más espantoso.

Al cabo de una hora, el padre Francis había llegado en su Deux Chevaux. Rebecca lo oyó chirriar al detenerse en la grava y ella y Harriet corrieron a su encuentro, balanceándose en sus brazos mientras él se dirigía a la casa.

Ahora, estaba agazapada junto a la puerta trasera, observando a Alex revolotear de grosellero en grosellero mientras intentaba acercarse lo suficiente a La Lata sin que Milo lo viera. No podía ver a Inigo ni a Martin. Rebecca esperaba que cuando Alex se pusiera a cubierto, Milo se distrajera lo suficiente como para que ella pudiera salir corriendo. El corazón le latía con fuerza. No era muy buena corriendo.

Rebecca oía hablar a los adultos en la cocina. Oyó a Miranda soltar una carcajada y a su madre decir:

—No, no te rías, no tiene ninguna gracia.

El padre Francis dijo algo que ella no captó, luego vio que Alex estaba muy cerca del arbusto de grosellas más cercano, pero Milo estaba de pie junto a La Lata, erguido, con las orejas aguzadas. Como una liebre, pensó Rebecca. Estaba escuchando.

Por el rabillo del ojo, vio a Harriet agacharse contra el ciruelo y rodar en plan soldado hacia el seto de lavanda. Alex se volvió lentamente en su dirección.

—Regué todas sus estúpidas plantas de cannabis con agua hirviendo. Había plantado unas cien en mi invernadero. Qué caradura. —Rebecca volvió a oír la risa de Miranda.

—¿Sigue allí? —preguntó el padre de Rebecca.

—No tengo ni idea. Tuvimos que salir de allí. Era un salvaje.

—Debías de estar aterrorizada —dijo la madre de Rebecca.

El padre Francis estaba hablando:

—Escucha, Dave, ¿por qué no vamos tú y yo ahora y le damos una paliza? Nadie le creería si lo denunciara. Yo soy un sacerdote católico y tú eres un piloto de helicóptero.

Milo caminaba hacia el arbusto de grosellas más cercano, estirando el cuello.

Rebecca volvió a oír las risas de los adultos. El padre Francis había estado bromeando, se dio cuenta.

Se imaginó a su padre y al padre Francis golpeando a Patrick y dándole patadas hasta que su cara quedara peor que la de Miranda y empezó a reírse. Al principio intentó no hacer ruido, pero no pudo controlarse. Se recostó contra la puerta y se rio hasta que le dolieron los costados. Milo se volvió hacia ella y luego hacia La lata, mientras Harriet y Alex rompían la tapadera juntos.

Alex dio una patada a la lata, que rebotó en su pie y se interpuso en el camino de Harriet, que la pateó en el aire.

Rebecca se detuvo contra la puerta trasera mientras los otros niños se acercaban a ella. Los miró.

—Lo siento —dijo—. Tengo hipo.

Pieza 67

Rebecca se va a casa del hospital para una noche. Sam la recoge el sábado por la mañana. Ella se siente muy emocionada.

Sam le abre la puerta del coche. Deja la bolsa de viaje en el asiento trasero. Al final, Titus había accedido a dejarla pasar la noche siempre que ella prometiera «en serio —le había dicho— no jugar con la medicación».

—Te lo prometo. Te prometo lo que quieras con tal de que pueda pasar una noche en casa —le había dicho Rebecca.

Y él había accedido a dejarla ir.

—Espero que todo te salga bien —dice Sam—. Espero que no esté todo demasiado desordenado. Abigail vino. Hemos recogido. Podemos comprar comida para llevar.

Sobre la mesa de la cocina, en una jarra azul cobalto, hay un enorme ramo de flores. Hay crisantemos oxidados, gauras blancas, gerberas naranjas y margaritas amarillas. A Sam se le dan muy bien las flores. Rebecca se queda de pie mientras Pomp le rodea las piernas ronroneando a pleno pulmón.

La luz otoñal se cuela baja y dorada por las ventanas francesas. Rebota en las paredes blancas, tiñéndolas de un ocre pálido y, en la planta de arriba, baña el dormitorio de Sam y ella con un velo de azafrán.

Kit y Abigail llegan. Annie y Rebecca salen a por comida india para llevar.

—No te comerás nada —le dice Sam.

Rebecca está segura de que no, pero quiere ser normal y la comida india para llevar es normal.

—Hola —dice Ahmed, asomando la cabeza por la cocina mientras hacen el pedido—. ¿Dónde estás?

—Cornualles —dice Rebecca.

—Creía que se lo ibas a decir —dice Annie mientras vuelven a casa.

—No creo que lo entendiera —dice Rebecca.

En casa, Sam ha encendido velas. La cocina parpadea. Fuera, la tarde añil resplandece. Abigail ha puesto la mesa con la vajilla que Rebecca y Sam encontraron en un mercadillo francés el verano anterior a que todo saliera mal. Kit sirve vino tinto. Rebecca bebe agua y le gusta.

Antes de acostarse, Rebecca tira cryazatine, dulsexatina, tranquiltolam y thiamine sobre la manta kantha vintage que cubre la cama y se los toma todos con agua con gas San Pellegrino. Se queda

dormida en cuanto se mete bajo el edredón.

De vuelta al hospital, Rebecca deja la maleta en la cama. Se siente bastante deprimida. El hospital empieza a cansar un poco. A las tres, Titus viene a verla.

—¿Cómo ha ido? ¿Qué le pareció a tu marido que estuvieras en casa?

Rebecca piensa que Titus está demasiado interesado en cómo se siente Sam.

—Estaba muy contento de tenerme allí —responde.

—¿Porque había preparado un montón de cosas para que hicieras? ¿Tal vez unas cuantas listas? —dice Titus. Hoy está muy animado. Está inclinado hacia delante y sonríe feliz.

—Porque me quiere —contesta Rebecca.

Titus se incorpora bruscamente.

—Eso ha sonado horrible por mi parte, ¿no? —Se sonroja ligeramente.

Rebecca se limita a mirarle. Ratonera, piensa sin consecuencias.

—¿Crees que te gustaría dejar el hospital? No tiene sentido que estés aquí si puedes arreglártelas en casa.

Rebecca apenas puede creer lo que está oyendo.

—¿Ya? ¿Irme sin más?

Titus asiente con la cabeza.

—¿Y me pasarías a mi médico de cabecera y no tendría que verte más?

Titus niega con la cabeza.

—No, tendrías que verme. Me gustaría verte el próximo viernes a las tres. Seguirás viéndome hasta que esté absolutamente seguro de que vas a estar bien.

—Entonces, para siempre —dice Rebecca. Quiere que Titus se vaya para poder bailar por la habitación.

—Pero nada de alcohol —advierte Titus.

—Lo he añadido a la lista —sonríe Rebecca—. Arañas, gente, velcro…

—No sabía lo del velcro —dice Titus—. Pero no hay por qué tenerle miedo al vino. No eres alcohólica. Alguna copa de vino con la comida te sentará bien, pero no mientras estés tomando todos estos medicamentos. Espera a estar un poco más estable.

Rebecca niega con la cabeza.

—Un sorbo es demasiado y dos no son suficientes —dice.

—¿Oíste eso en la terapia de grupo? —pregunta Titus.

—No, me lo dijo el primo de mi padre.

Titus se levanta y va hacia la puerta.

—Cuídate, señora —dice—. Te veré el próximo viernes a las tres.

Titus cierra la puerta tras de sí. Ella salta de la cama y coge su maleta de encima del armario.

Me voy a casa, de verdad, piensa. Deja la maleta en el suelo y se sienta un momento en la cama. Coge el móvil y mira su Instagram.

Ve todas las vidas que han continuado desde que está en el hospital. Ve que la amiga de Abigail ha tenido un bebé, que Tabitha ha estado en Los Ángeles y que Kit ha estado en Jersey. Se imagina que toda esa vida pasa de largo. Se sube a la cama y salta sobre ella, haciendo rebotar las almohadas contra el suelo.

La puerta se abre y Titus está de pie, mirándola.

—Tres y cuarto —dice y cierra la puerta.

Cuando Titus se ha ido, Rebecca manda un mensaje a Sam. «Vuelvo a casa hoy, para siempre», escribe. Sigue sin tener cobertura en su habitación.

Rebecca recoge su habitación. Guarda sus zapatos y mete la chaqueta y el jersey en la maleta.

Puede oír a la niña en la habitación de enfrente, llorando, un sonido abandonado como el de una niña que quiere a su madre, y de repente echa de menos a Annie.

A casa, piensa.

Pieza 68

Rebecca está escribiendo. Sentada en la cama de su casa, escribe sobre Emily y Cyrus, también sobre la señora Lightwing.

La madre de la señora Lightwing se había suicidado, escribe Rebecca.

Se queda mirando por la ventana del dormitorio. El día es incoloro e inmóvil, ni cálido ni frío, ni brillante ni apagado. Las casas del otro lado de la calle están bañadas por una especie de no-luz plana. Desde aquí, parecen un decorado, un telón de fondo; sin embargo, no hay ningún drama sobre el escenario. Los actores se apiñan sin aliento y en silencio entre bastidores.

Rebecca siente que está en un estado de cambio, que ha llegado un paréntesis, que se acerca la catarsis, pero luego piensa que es solo el tiempo, solo el tiempo y la atracción de la luna.

La madre de la señora Lightwing se había quitado la vida, escribe Rebecca, cuando la señora Lightwing era un bebé, tirándose al estanque de Benham Wood. Por lo que Rebecca sabe, esto es cierto.

El resto son habladurías.

La madre de la señora Lightwing se había ahogado porque la señora Lightwing había nacido fuera del matrimonio y la vergüenza de tener un hijo ilegítimo había sido demasiado para ella.

Rebecca conoce esta historia porque se la había contado su madre.

El peso de la falda larga de la muchacha la había arrastrado hacia el agua oscura y no consta que pensara en su bebé o en el hombre que lo había engendrado mientras se ahogaba. Si hubiera gritado pidiendo ayuda, nadie la habría oído porque el bosque era profundo y los árboles que rodeaban el estanque amortiguaban el sonido y guardaban secretos.

Ahora, Rebecca pensaba en el estanque. Lo recordaba bien. Lo había visto por primera vez cuando Grime la había llevado a ver a los tejones. Habían pasado silenciosamente, mirando de reojo a través del agua negra. Rebecca se había detenido en el camino, pensando en los peces. Grime le había dicho que el estanque era profundo, recordó, profundo y lleno de peces. Luego había dicho: «Vamos o estará demasiado oscuro para ver los tejones», y habían continuado su camino.

La señora Lightwing cantaba en el coro de la iglesia del pueblo. Iba en su vieja bicicleta negra con una cesta de mimbre en el manillar y vivía sola en una casita, con una cuidada terraza, en el pueblo de al lado. Rebecca había estado allí una vez, cuando la señora Lightwing la había invitado a tomar el té.

En la acogedora sala de estar brillaba un fuego de carbón y la señora Lightwing había servido a Rebecca tarta Reina Victoria en un plato de porcelana floreada, sándwiches de mermelada de pan blanco sin corteza y calabaza naranja. Rebecca nunca había comido sándwiches sin corteza y se

había anotado en la mente que cuando fuera mayor solo comería sándwiches sin corteza.

Cuando su madre llegó a recogerla en el Cortina, le deseó un feliz cumpleaños y le entregó una caja de bombones envuelta a toda prisa. Solo entonces se dio cuenta Rebecca de que había sido la única invitada a la fiesta de cumpleaños de la señora Lightwing.

—La señora Lightwing me pidió que no te lo dijera. Tiene setenta años, ¿sabes? —había dicho la madre de Rebecca mientras regresaban a casa por los sinuosos caminos rurales.

Una lechuza común se lanzó en picado delante del coche y su madre se detuvo en el arcén para que ambas pudieran verla flotar sobre los campos de trigo y desaparecer en el crepúsculo.

Emily, escribe Rebecca, le está contando a Cyrus su infancia. A él le parece interesante. Ella aún no entiende por qué.

Él había llegado a su habitación y había tirado su ejemplar del Guardian de la silla de los Teleñecos a la cama.

—Ahora —le había dicho— háblame de tu infancia en el campo, háblame de todos los incestos e intrigas. Me vendría bien animarme.

Así que había empezado a hablarle de la señora Lightwing. Cyrus parecía estresado, sus ojos estaban profundamente ensombrecidos.

—¿Estás cansado, Cyrus? ¿Estás teniendo un día horrible?

—Ignora la pregunta. Háblame más de la señora Lightwing —pide.

—Pareces muy cansado, eso es todo.

Él se encoge de hombros.

—¿En qué época del año crees que pasó, esta fiesta de cumpleaños? El fuego encendido indicaría una tarde de invierno, ¿no?

Emily no lo sabe. A veces los fuegos se encendían en mayo. La línea de tiempo la confunde. Tiene que ver con su muñeca. No está segura. Está sentada en la cama. Cyrus está sentado en la silla de enfrente y ella tiene una clara sensación de vértigo.

—¿Ibas a pescar en invierno?

Emily niega con la cabeza.

—Demasiado frío. Demasiado frío sentada junto a un estanque. —La duda florece en su cabeza —. ¿Sabes, Cyrus —dice— que al recordar un recuerdo, pierdes el original? De hecho, solo recuerdas el recuerdo del recuerdo. Puede que me esté inventando todo esto.

Cyrus sonríe.

—Lo sé, sí —responde—. Y no me extrañaría nada que te lo estuvieras inventando. No obstante, me gustaría que continuara. ¿Por qué crees que esa tarde es importante?

Emily se mira las manos. Las tiene apoyadas en las rodillas. Estas se flexionan, primero una, luego la otra.

—No he dicho que lo fuera.

—Intenta permanecer quieta, Emily. Respira despacio e intenta quedarte sentada. —Cyrus se activa de repente—. Sigue, ¿qué ocurrió después?

—Mi madre me habló de la señora Lightwing en nuestro viaje de vuelta a casa. Suspiró cuando el búho desapareció y negó con la cabeza mientras arrancaba el motor, y yo le dije: «¿Qué te pasa?».

—¿Y qué dijo ella?

—Pobre señora Lightwing, debe haber tenido una infancia terrible y mírala ahora, es tan amable y es un pilar de la iglesia.

—¿Le pediste que se explicara?

—No dije nada porque estaba pensando en que la señora Lightwing era un pilar. Entonces, mi madre me contó que la señora Lightwing había nacido de padres solteros y que el hombre, quienquiera que hubiera sido, se había negado o no había podido casarse con su madre. «Así que —dijo mi madre—, según Lorraine, después de que naciera el bebé, la pobre chica bajó al estanque de Benham y se tiró al agua. Era victoriana, así que llevaría un vestido largo».

—¿Se ahogó?

Emily asiente con la cabeza.

—¿Y tu madre te contó eso en el camino a casa?

—Probablemente no se dio cuenta del efecto que tendría en mí.

—¿Cuál fue?

—Me obsesioné con el estanque de Benham. Me imaginaba a una niña con un vestido floreado que se lanzaba al agua y el vestido se hinchaba, luego se encharcaba lentamente y la arrastraba hacia la negrura.

—¿Por qué una niña?

—No lo sé. Mi madre dijo que la madre de la señora Lightwing era una niña, así que supongo que imaginé a una niña. Imaginé que su vestido se enredaba con las ramas del roble bajo el agua.

—¿Rama del roble?

—Había un roble sumergido en el estanque, con sus ramas petrificadas como dedos que se alzan desde las profundidades.

Cyrus se ha vuelto a poner las gafas. La mira por encima de ellas.

—Es verdad —protesta Emily—. Todo el mundo lo sabía.

—No es verdad —dice Cyrus.

—Bueno, dijiste que tenía que entretenerte.

—Yo no he dicho eso, pero sigue.

—No dormí durante semanas. Ahora, pienso en ella como un cuerpo de pantano. El agua del estanque puede endurecer la piel; encarcela fantasmas. Me la imagino retorciéndose en el agua, atada por los jirones de su vestido.

—Poco probable si pensamos en el paso del tiempo y, de todos modos, ¿no se recuperó el cuerpo? —Cyrus ignora a los fantasmas.

—No lo sé. Solo tenía nueve años cuando mi madre me lo contó. No me dijo que el cuerpo ya no estaba allí.

—Así que te obsesionaste, ¿cómo?

—Tenía una muñeca…

—¿Llamada? —pregunta Cyrus.

Emily piensa.

—Hattie —responde.

—¿Por tu mejor amiga?

Emily se siente confusa. Niega con la cabeza.

—Ellis es mi mejor amigo —dice.

—¿Tu mejor amiga de la infancia? —dice Cyrus—. Hattie es el diminutivo de Harriet.

—Ah —dice Emily. No está segura de poder continuar con la historia. Luego añade—: Harriet fue horrible conmigo.

—Continúa —dice Cyrus.

—OK, umm. Ahogué a Hattie.

—¿Dónde? —quiere saber Cyrus.

—En el estanque de Benham, en el bosque —dice Emily.

—Sabes que no se puede ahogar a una muñeca, ¿verdad, Emily? —dice Cyrus.

—La ahogué. Llevaba un vestido largo de terciopelo rojo.

—¿Qué ocurrió exactamente? —La voz de Cyrus es muy tranquila.

Emily está paseando por el bosque. Ha rodeado la valla eléctrica que hay detrás del pub Cherry Tree porque hay vísceras en el campo donde antes estaban las vacas. Ayer Alex se lo enseñó.

—Hay un montón de vísceras en el campo, de camino al bosque de Benham —le dijo a Emily.

Ella solo tenía una vaga idea de lo que eran las vísceras, pero aceptó ir con Alex a echarles un vistazo. Resultó que estas eran bastante desagradables. Alex cogió un palo y las pinchó. Estaban allí tiradas en medio del campo sin explicación alguna, una masa de brillantes entrañas rojas, blancas y negras de algo grande. Una nube de globos azules se elevó mientras las vísceras se movían.

Emily se concentró en el cuerpo iridiscente de las moscas, en el sonido de sus alas, en la alta hilera de perejil gigante que crecía en el extremo del campo. Entonces se sintió enferma.

—¿Has vuelto a desayunar tres Weetabix? —le preguntó Alex.

De todos modos, Emily no va a ninguna parte cerca del campo de vísceras nunca más. Lleva la muñeca en brazos. Luce un vestido rojo y Emily le ha cepillado el pelo y lo ha trenzado en dos pulcras trenzas. Mira el rostro impasible de la muñeca, sus imperturbables ojos azules, y siente el suave peso del vestido de terciopelo contra sus dedos. La muñeca no sabe lo que va a pasar, lo que está bien.

Acercarse al estanque desde el otro extremo del bosque no es fácil. El camino está lleno de zarzas y ortigas. Emily lleva pantalones de pana, botas de goma y un jersey Shetland sobre una camiseta gris. Resbala varias veces y una vez se cae porque lleva la muñeca en la mano.

—Maldita sea —dice en voz alta mientras se pone en pie.

Atraviesa un bosquecillo de avellanos. La experiencia le ha enseñado que es mejor enfrentarse a los avellanos de frente. Emily deja varios mechones de pelo rojo colgando de las ramas, pero no importa, porque tiene muchos. Una ramita de avellano se le encaja detrás de la oreja y siente cómo le araña el cuero cabelludo mientras avanza.

En el estanque, Emily sigue el sendero que bordea la orilla. El sol brilla a través de nubes plateadas en lo alto de los árboles y el estanque las refleja, blanco en sus sombrías profundidades.

—¿Época del año? —dice Cyrus.

—Primavera —dice Emily—. Antes de las campanillas.

La muñeca no se hunde inmediatamente. Emily la lanza con fuerza al centro del estanque y se queda sin aliento para ver qué puede pasar. Mira hacia abajo y observa cómo una mosca se le posa en el brazo desnudo. Se ha quitado el jersey y lo tiene colgado en una rama a su lado. La mosca es delicada, de cuerpo largo y marrón y ojos saltones de color cobrizo. Sus patas se elevan por encima del tórax y son tan finas y delicadas como hilos de algodón. Emily observa cómo la mosca se limpia la cabeza, pasa las patas delanteras a lo largo de las antenas y luego ve cómo hunde sus piezas bucales en su brazo.

—¿Y la muñeca?

—Está dando vueltas porque la tiré. No puedo cogerla. Está demasiado lejos. Sus trenzas están flotando, pero su vestido la arrastra hacia abajo.

—¿Se hunde?

Emily se pasa las uñas por el antebrazo.

—Se ahogó —le dice a Cyrus.

Pieza 69

Rebecca lleva una semana en casa. Ve a Titus por primera vez. Se siente bien, salvo por un pequeño problema con su dosis de dulsexatina, que, decide, puede o no plantear según lo exija la situación. Se sienta en una de las sillas tapizadas de gris y le pregunta a Titus:

—¿Por qué estás tan disponible en Facebook?

Después, en casa, Rebecca vuelve a escribir. Está sentada en su cama. En la planta de abajo, una salsa para la pasta se cuece en la placa, la lavadora gira alegremente en el lavadero y Pomp está tumbado a sus pies, ronroneando.

Cyrus entrecierra los ojos, escribe Rebecca. Parece muy enfadado. Se quita las gafas y las deja sobre el escritorio, junto al ordenador. La mira y sus pupilas tiñen de oscuridad el iris amarillo.

Emily se alegra de haberle molestado. Ha decidido que él no tiene ningún interés impropio en ella y su reacción ahora parece confirmarlo.

—¿Qué? —pregunta Cyrus malhumorado.

—Mi amiga Megan te buscó en Facebook.

—Y la pregunta es… —dice Cyrus.

—¿Qué? —dice Emily.

—¿Por qué? —añade Cyrus.

—¿Para cotillear? —pregunta Emily.

Cyrus se pasa una mano por el pelo. No dice nada. Se vuelve a poner las gafas y Emily ve el espectro del Cyrus de setenta años que le devuelve la mirada. Se echa hacia atrás en la silla, se lleva las manos a la cabeza y mira al techo.

—Bueno —dice Emily—, sabes que te dije que la foto tuya del folleto del hospital no era… —La foto del folleto del hospital ni siquiera se parecía al hombre que tenía delante.

—Lo que tú digas —dice Cyrus, sin dejar de mirar al techo.

Emily sabe que si hablara con Cyrus y mirara al techo al mismo tiempo, le darían poca importancia.

—¿Por qué miras al techo? ¿Estás disociando? —me dice.

No deja de mirar al techo, se echa hacia atrás en la silla, apoya los pies en el escritorio y cruza los tobillos. Hoy lleva calcetines verdes con grilletes rojos. Las suelas de sus zapatos están gastadas y hay que cambiarlas. Está a punto de decírselo, pero decide no hacerlo.

—El año pasado, Kit se apoyó en la silla, exactamente así, y se cayó. Tuvo que pasar cuatro horas en el hospital, esperando a que le dieran puntos —cuenta Emily.

—¿Sí? —dice Cyrus, sin moverse.

—Sí —dice Emily—, y tiene una cicatriz en la nuca en la que no le vuelve a crecer el pelo. Por suerte, tiene mucho pelo, así que no es un problema.

Rápidamente, Cyrus vuelve a poner los pies en el suelo y se levanta. Se acerca a la ventana y mira hacia la penumbra que se cierne tras el cristal templado. Son las tres de la tarde y los relojes están atrasados. A las 16:30 estará oscuro. Emily le observa. Tiene los hombros tensos bajo la holgada chaqueta de tweed. Acerca las manos al cristal de la ventana y separa los dedos como si fuera a empujarlo fuera del marco. Emily cree que ha ido demasiado lejos. El pelo de Cyrus se afina ligeramente en la coronilla. Emily sabe que a Cyrus le debe estar resultando bastante difícil.

—¿Cyrus?

Se aparta de la ventana y mira a Emily, pero no vuelve a su silla.

—¿Qué? —pregunta.

—Fue algo totalmente inocente —le dice—. Dije que no te parecías a la foto del folleto del hospital. Megan me preguntó: «¿Por qué no?», y yo le respondí: «Simplemente no te pareces, eso es todo». Así que me dijo que te buscaría en Facebook.

—No me importa. De verdad que no. —Parece como si le importara.

—Megan solo quería saber cómo eres en realidad…

—¿Por qué —interrumpe Cyrus— quería saber esta Megan cómo soy? —Cyrus es muy hábil para encontrar el quid de la cuestión. No le gustan las ofuscaciones.

Maldición, piensa Emily. No dice nada.

Cyrus vuelve a su mesa y se sienta.

—¿Y? —dice.

—Bueno —dice Emily, pensando rápido y sin encontrar escapatoria, decidiendo decirle la verdad—, hablo bastante de ti.

Cyrus la mira por encima de sus gafas. No se inmuta en su escrutinio y Emily se estremece en respuesta.

—Sam se ha puesto celoso —dice.

—¿De? —dice Cyrus.

—¿Tenemos que hacerlo? ¿No podemos cambiar de tema? Podría contarte cómo he reducido a la

mitad mi dosis de dulsexatina sin preguntarte y tú podrías echarme la bronca, entonces podría irme. —Emily cree que vale la pena intentarlo.

—No, creo que tenemos que terminar esta conversación antes de examinar lo que me acabas de revelar. —Cyrus se aparta del ordenador y presta toda su atención a Emily—. Ya lo habías insinuado antes —dice.

—¿Sí? —dice Emily.

—Sí —dice Cyrus—, en tu grupo de terapia cognitivo-conductual, y cito: «Mi marido se comporta como un idiota. Es muy posesivo conmigo».

—Espero que no hagas eso en casa —dice Emily.

—¿Qué? —dice Cyrus.

—Recordar a la gente cosas que te hayan dicho en el calor del momento. Te divorciarás. Nadie podría soportarlo.

—Lo dijiste. Tengo una nota sobre ello.

—Eso es aún peor. Escribir cosas y luego citarlas con precisión es prácticamente imperdonable.

Cyrus suspira.

—Recibo un informe de todos nuestros terapeutas de terapia cognitivo-conductual sobre cualquier preocupación que puedan tener sobre mis pacientes. Eso es todo. No voy por ahí citando al azar irrelevancias a mi familia. Tampoco tomo notas habitualmente.

Emily se alegra de que lo hayan solucionado.

—Porque te divorciarías —vuelve a decir.

—¿Tienes o no problemas con Sam? —pregunta Cyrus. Vuelve a dejar el bloc sobre la mesa.

—Estaba estresado. Es muy posesivo. Sam me quiere, pero se pone celoso —responde.

Emily realmente desearía que lo que pasaba en la terapia de grupo se quedara allí. Cyrus probablemente sabe que ella tiene teorías sobre el socialismo y los canadienses. Decide ser menos comunicativa si vuelve a ir a la terapia de grupo.

Cyrus vuelve a suspirar.

—¿Estaba celoso de mí personalmente?

—Bueno, lo estaba, pero le dije que no tenía por qué y le enseñé la foto tuya del folleto del hospital.

—No tenía ni idea de que resultaría tan útil.

Emily empieza a sentirse idiota.

—Entonces, ¿qué ha pasado? ¿Por qué Megan está tan interesada en mi apariencia?

—Bueno, siempre le digo lo que dijiste… y estás por todo Facebook.

—No estoy por todo Facebook —dice Cyrus.

—Un poco sí —comenta Emily—. Megan dice que los psiquiatras nunca tienen un perfil en las redes sociales.

—Mi perfil es privado.

—No mucho. Pero eres psiquiatra.

—Gracias por darte cuenta. —Cyrus rara vez utiliza el sarcasmo—. Empiezo a perder las ganas de vivir —dice—. Para terminar, ¿me parezco más en Facebook que en el folleto del hospital? ¿O me parezco menos?

—Pareces mayor —dice Emily. No quiere decirle que parece tonto porque, aunque en la foto tiene una sonrisa de bobo, en realidad no lo es tanto.

—Soy mayor —dice Cyrus—. Lo que crees que respalda tu argumento de que Sam no debería estar celoso, supongo. ¿Le enseñaste a Sam el perfil de Facebook que encontraste?

—No —dice Emily.

—¿Por qué?

—Porque me sentía como una acosadora mirándolo. No quería enseñárselo a nadie más.

—Entonces, ¿dejaste a Sam con la foto en el folleto para reflexionar?

—No reflexionaría.

Cyrus levanta las cejas.

—Bueno, puede que sí. ¿Podemos cambiar de tema? Quiero a Sam —dice Emily.

—¿Qué piensa esa tal Megan de que Sam esté celoso? —dice Cyrus, ignorándola—. ¿Cree que es razonable?

—Cree que hablo demasiado de ti. Cree que estoy un poco obsesionada contigo.

—¿Y usaste la foto del folleto del hospital para desacreditar esa teoría también?

—He reducido a la mitad mi dosis de dulsexatina.

De repente, los dientes de Cyrus brillan blancos en su rostro cansado.

—¿De verdad lo has hecho? —dice. Y de nuevo la larga y lenta mirada.

Rebecca cierra el portátil.

No, realmente no entiende nada.

Nada en absoluto, piensa.

Pieza 70

Rebecca atravesaba con estrépito el bosque de Benham. Era así porque llevaba una caña y un cubo galvanizado. Cargaba la caña sobre un hombro, con el sedal bien enrollado alrededor de la mano y el anzuelo bien metido para que la púa no le pinchara los dedos. El asa del cubo estaba suelta y a cada paso golpeaba la parte superior de las botas de goma.

Era primavera y, bajo los árboles, grupos de narcisos silvestres resplandecían amarillos en los ocasionales rayos de sol que penetraban a través del dosel de enmarañadas ramas. Los árboles comenzaban a echar pequeñas hojas de color verde amarillento. De cerca, parecían tan profundamente dormidos como lo habían estado durante todo el largo invierno; no obstante, si Rebecca hubiera levantado los ojos del sendero, habría visto que el bosque estaba forrado de un verde manzana pálido. Sin embargo, Rebecca no levantó la vista. El sendero estaba resbaladizo por el barro y los restos del invierno. En un árbol, un pinzón gorjeaba ociosamente su repetitivo canto. Aún no estaba preparado para la primavera y su trino tenía un aire más desganado de lo habitual. Debería haber una segunda parte. Los mirlos, al menos, parecían terminar lo que tenían que decir. Los pinzones se limitaban a repetir.

El estanque, al llegar, estaba tan quieto y oscuro como un charco de alquitrán.

Rebecca desenredó la mano del sedal cuidadosamente y lo dejó junto con la caña de bambú en el suelo al lado del cubo. Ahora tenía que elegir el lugar y poner el cebo en el agua. Examinó las resbaladizas orillas. Aquí y allá crecían musgo y pulmonaria. La pulmonaria florecía en tonos rosados y blancos, pero las partes más sombrías de la orilla estaban resbaladizas con algas de color verde oscuro. Su padre decía que el estanque parecía una cantera. Las orillas parecían haber sido cortadas en la tierra arcillosa y no había bajíos moteados para que crecieran los juncos o el lirio de los pantanos. Pensó brevemente en la madre de la señora Lightwing arremolinándose en las profundas y frías aguas, en su cuerpo descarnado enredado en las ramas del roble hundido y los pececillos descansando en su cabello, ajenos a todo. Luego apartó el pensamiento con un escalofrío.

En el otro extremo había un árbol caído, que Rebecca pensó que podría servir de asiento. Su sinuoso tronco se inclinaba sobre el agua, pero tal vez la base siguiera anclada al suelo y fuera lo bastante ancha para estar cómoda. Estaba decidida a no sentarse en su cubo volcado si podía evitarlo. Además de ser muy incómodo, estaba segura de que magnificaba cada sonido que hacía. Se dio cuenta de que respiraba con dificultad, así que tomó una larga bocanada de aire y lo expulsó lentamente. Después cogió el cubo con cuidado, con las dos manos, para que no sonara. Dejó la caña donde estaba y empezó a caminar hacia la orilla.

Cuando la alcanzó, se agachó en el borde del estanque, sujetando el asa del cubo con la mano izquierda y buscando detrás de ella una rama para estabilizarse. Sintió que sus dedos se cerraban en torno a una rama y giró la cabeza para comprobar su resistencia. Parecía firme. Se inclinó hacia delante, sumergió el cubo en el agua oscura y se tambaleó cuando se llenó. Pesaba mucho. Apretó los dedos contra la rama y se apoyó en ella mientras arrastraba el cubo.

Medio cubo bastaría, pensó. Nunca podré llevar un cubo lleno a casa. Se sentó en la orilla y

vertió con cuidado la mitad del agua en el estanque.

Resbaladizo, dijo Betty.

El árbol joven era perfecto. Su tronco gris estaba seco, libre de musgo y lo bastante cómodo para sentarse en él. Rebecca colocó tranquilamente el cubo en el suelo y se sentó, comprobando que las raíces estaban firmemente ancladas y que las puntas de las ramas no perturbarían el agua si se movía. Desde su ubicación, miró a través del agua hacia donde había dejado la caña y sintió un golpe de alarma en el pecho.

Había un hombre de pie. Estaba junto a su caña, mirándola. Lo primero que pensó Rebecca fue que iba a reñirle por pescar aquí. Luego vio que era Billy, el tío de Grime, Billy el de la escopeta, solo que ahora no la llevaba y no era su estanque. Pertenecía a la granja Catchpole, así que no podía decirle que no pescara aquí. Vio cómo se inclinaba rígidamente para recoger la caña. Billy tenía problemas de espalda. Por eso no iba a trabajar. Grime tenía que levantar lo que hiciera falta.

—Si pesa mucho, mamá y yo tenemos que levantarlo —le había dicho a Rebecca después de aplastar a las crías de rata bajo la base de la cacerola de hierro.

Rebecca no podía imaginar a un hombre grande incapaz de levantar cosas. Según su experiencia, los hombres podían cargar fardos de heno en los remolques, arrastrar barcos por plataformas y subir muebles por las escaleras. Incluso Alex y Martin eran más fuertes que ella y no eran mucho mayores.

Billy se llevó el índice a los labios, en señal de silencio, y extendió la caña hacia Rebecca. Una pregunta. Ella asintió lentamente con la cabeza. Podía acercársela. Esperaba que no empezara a hablar. Se levantó de su asiento y buscó en el bolsillo de sus vaqueros la bola de cebo que guardaba allí. Estaba envuelta en papel sulfurizado. Lo desenvolvió y empezó a romper pequeños trozos, haciéndolos rodar sobre la palma de la mano hasta convertirlos en bolitas para sembrarlas en el agua. En todo momento fue consciente de que Billy se acercaba con su caña.

—Entonces, ¿qué? —pregunta Titus.

—Supongo que me dio mi caña —dice Rebecca.

Titus la mira. Entrecierra los ojos.

—Mira, estoy mejor. A pesar de ser usada como tu propio juego de química personal, estoy mucho mejor. Deja de mirarme así. Ya no te tengo miedo. No tengo miedo de High Street. Ahora estoy bien —dice ella.

—Porque, no a pesar de —dice Titus.

—¿Cómo? —dice Rebecca.

—Porque te he utilizado como mi propio juego de química personal. O más bien porque te he recetado con precisión los medicamentos adecuados y he seguido preocupándome de si estabas

bien o no, durante más de un año. —Titus sigue con los ojos entrecerrados.

Rebecca se muerde el labio. Ahora, cuando Titus se irrita, ella siempre tiene ganas de reír.

—De acuerdo, «porque». Te acepto lo de «porque», y te lo agradezco enormemente, de verdad.

—¿Qué pasó después? —pregunta Titus—. ¿Te acuerdas?

Rebecca no puede.

—Supongo que me dio mi caña —repite.

Billy caminó en silencio por el borde del estanque hacia Rebecca. Ella pudo ver que respiraba por la boca y que sus mejillas se habían enrojecido. Podía verlo incluso desde el otro lado del agua.

Estúpida, dijo Betty.

—Podría haberla cogido yo misma —susurró Rebecca.

Lo habrías hecho. No es que esté ayudando él, dijo Betty.

Rebecca pudo oír una nota en la voz de Betty que normalmente indicaba problemas.

—Si él se calla, todo irá bien —se tranquilizó, pero sabía que sus cuatro ojos miraban a Billy con desprecio.

Rebecca no solía elegir lo que sentían, porque los sentimientos de Betty eran más fuertes.

—Intenta recordar. —Titus se inclina hacia delante en su silla.

Rebecca vuelve al presente.

—Espero que me diera mi caña —vuelve a decir.

Pieza 71

Rebecca está escribiendo.

Emily camina hacia el hospital. Está cruzando el Puente del Milenio.

Había cogido un autobús desde su casa hasta San Pablo. Había subido, pasando por la Galería de los Susurros, hasta lo alto de la cúpula y se había quedado unos minutos apoyada en el parapeto, intentando recuperar el aliento. Hoy había algunas personas, aunque no demasiadas, ya que hacía frío y el viento soplaba con una llovizna helada.

A su derecha, el río había cortado la ciudad hacia el oeste como una hoja de plata. Había visto el Puente de Londres abajo, el Shard enfrente, el minúsculo Puente de la Torre a su izquierda y, más allá, Canary Wharf se alzaba como una exclamación contra el cielo gris. En algún lugar allí abajo, al otro lado del río, estaba Cyrus. Se preguntó qué estaría haciendo. ¿Estaría sentado frente a alguien, derribándolo con su fría mirada amarilla? Eso esperaba.

Ahora, está caminando por el puente, viendo cómo el Támesis se arremolina marrón bajo sus pies. Si se cayera, Emily sabe que sería arrastrada en cuestión de segundos, envuelta en el antiguo y sucio abrazo del río. La encontrarían, flotando como Ofelia, con su largo pelo rojo esparcido por la cabeza como algas rojizas en… el Puente de la Torre, decide. En los amarres del puente, arruinaría póstumamente la tarde de alguien y, al mismo tiempo, le daría algo de lo que hablar en las cenas durante el resto de su vida.

No hay mal que por bien no venga.

Emily llama al timbre del hospital y le abren.

Rebecca deja de teclear. Se agacha y acaricia a Pomp, que, como de costumbre, duerme apoyado en su pierna. Para aclarar las cosas, piensa. ¿Para eso sirve escribir? Necesita una taza de café. Cree que todo vuelve a estar bien.

Pieza 72

Rebecca se siente bien. Todo va bien.

Titus Glass le ha recetado tranquiltolam y una nueva píldora roja, del color de la sangre coagulada. Ha funcionado. Se siente completamente normal y coge un autobús para ir a su cita. Al bajarse, camina bajo el sol primaveral por el Puente de la Torre. Un fuerte viento del este sopla río arriba desde más allá de la barrera del Támesis, a través de Greenwich y Silvertown, desde los muelles de Tilbury y las marismas de Essex. El pelo de Rebecca ondea con el viento, siente el frío en las mejillas y recuerda el gris mar del Norte de su infancia en Suffolk. Sonríe para sus adentros.

Por una vez, se da cuenta de que no le importa que los turistas japoneses se paren en seco delante de ella para hacerse terribles fotos entre ellos, a las torres del puente, al Shard y a cualquier otra cosa que puedan ver a través de las pantallas de sus iPhone.

El río se arremolina bajo ella y, a sus espaldas, la Torre de Londres se yergue donde siempre, y todo va bien. Llega pronto a su cita y decide tomar un café.

Entra en una cafetería abarrotada de gente en la orilla sur del río y pide un café solo. Aún no tiene ni idea de qué son los demás cafés. ¿Un skinny latte? ¿Un mochaccino? Pero sabe lo suficiente como para estar segura de que tomar un capuchino después del mediodía no está permitido y cree que un flat white es solo un café, como el que se prepara en casa. Como los que tomaba cuando estaba en el hospital. Solo que era negro porque no tenía leche. El café para llevar parece normal y ella extiende la mano por el mostrador y coloca una tapa de plástico con un agujero a un lado en su vaso de cartón.

—¿Para llevar? —había preguntado el barista.

Café para llevar, piensa Rebecca. Raro. El café se estaba volviendo más raro que Internet, tan raro como los drones y la realidad virtual. Se imagina quien querría realidad virtual cuando la realidad real es tan exageradamente complicada.

Sube por Tooley Street con su bebida hirviendo en la mano. Se cruza con una pandilla de escolares franceses que llevan vaqueros y zapatillas de deporte y se apartan los largos flequillos castaños de los ojos marrones.

Apura el café en la puerta del hospital y busca una papelera donde tirarlo. Una adolescente está sentada en las escaleras, comiendo un paquete de patatas fritas con toda la concentración de una anoréxica empedernida.

—No es reciclable —le dice a Rebecca—. Dicen que lo son, pero no es así porque están forrados de plástico. Necesitan instalaciones de reciclaje especializadas y no las hay. —Tiene un pronunciado ceceo.

Rebecca mira el vaso vacío durante un segundo, se da la vuelta y cruza la calle para depositarla

en la papelera del quiosco de enfrente. Cuando se da la vuelta, la chica ha desaparecido y su paquete de patatas fritas está dando vueltas por la acera. Rebecca toca el timbre y le abren.

—¿Y has venido a ver? —La recepcionista mira a Rebecca—. Ah, sí, Rebecca, por supuesto, el doctor te está esperando.

—¿El doctor Glass? —le pregunta Rebecca a la recepcionista.

La chica anoréxica está acurrucada en una silla en un rincón de la habitación, con las rodillas recogidas y los pies debajo, hojeando furiosamente un ejemplar del Evening Standard.

—Idiota —dice en voz alta, a nadie en particular.

La recepcionista mira a la chica al otro lado de la habitación y luego vuelve a mirar a Rebecca. El teléfono que tiene al lado zumba y ella lo coge.

—Marianna, el doctor Fury te verá ahora. Sube.

La chica pone en pie y cruza la sala con sus largas y delgadas piernas sin mirar a la recepcionista. Se baja la manga del jersey sobre una mano antes de abrir la puerta de la sala de espera y cerrarla tras de sí.

Rebecca se pregunta qué podría decirle el doctor Fury que fuera útil. Tal vez simplemente sentarse y tener un concurso de miradas. Se imagina a la chica diciendo: «Parpadeaste, te he ganado». Luego sale corriendo y vuelve a su pequeña vida.

—Rebecca, sube, por favor —dice la recepcionista.

Rebecca le está contando a Titus su semana y él está sentado frente a ella, escuchando. Ella cree que la está escuchando, pero se da cuenta de que no.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Pareces muy feliz. —dice Titus y se encoge de hombros.

—Estoy mejor, ¿no?

Titus coge su bloc.

—No escribas. Escucha —le pide Rebecca.

—Puedo hacer las dos cosas.

—No, no puedes, eres un hombre.

—Un poco sexista.

—Un poco, quizá, pero sigue siendo cierto —dice Rebecca—. La cosa es que creo que lo que hice…

—¿Intento de suicidio?

—Sí, sigo pensando que fue proporcionado. Llevaba demasiada carga y me hundí.

Titus la mira.

—Creo —le dice— que tú estás mejor colocada que yo para saberlo.

—Titus, creo que esta debería ser la última vez que vengo. Estoy mejor —le explica—. Me siento bien.

—¿Lo suficientemente bien como para salir de aquí? ¿Lo suficientemente bien como para administrar tus dosis y cualquier otra decisión sobre tu medicación sin mí?

Rebecca no está segura de eso.

—Por ahora —dice.

—Y cuando quieras reducir tu medicación y tal vez retirar parte de ella, ¿lo harás por tu cuenta?

Titus está sentado frente a ella, como ha hecho durante todo un año. Le presta toda su atención. Ella cree que nunca nadie la ha cuidado como él. La escucha sin cesar, le da instrucciones, le prohíbe hacer cosas. «Órdenes del médico», dice, como si eso pudiera cambiar algo. Rebecca no acepta instrucciones. Apenas acepta sugerencias. Pero Titus la vio, cuando nadie más podía. Vio el horrible y desesperado desastre que era Rebecca Wise, pero ella no puede darle la respuesta que él parece necesitar. Ella no la tiene.

Necesita volver a su vida.

—¿Qué te parece? —dice ella.

Él la observa con esa intensidad que tiene. Se siente atrapada. Le encantaría poder pinchar a la gente con una mirada. Se pregunta cómo se hace. Titus está sentado hacia delante en su silla con las manos entre las rodillas, la boca ligeramente abierta y los ojos fijos en ella. Ella nota su tensión. Su lenguaje corporal relajado no puede disimularlo. Ella capitula.

—Dime lo que tengo que hacer —le pide Rebecca.

Titus se incorpora.

—Creo que has pasado demasiado tiempo de tu vida diciéndote alguien lo que tienes que hacer. Esta tiene que ser tu decisión —dice—. Es obvio que quieres darte de alta, pero creo que ya conoces mi opinión.

Rebecca piensa. Piensa en lo lejos que ha llegado. En lo capaz que es ahora en comparación con hace un año. Cómo puede hacer cosas que antes la aterrorizaban. Cómo ya no se despierta con un pesado sentimiento de autodesprecio. Está mejor, está segura, pero ¿puede prescindir de Titus? No quiere, pero al final tendrá que hacerlo.

— Si esta es la hora, no ha de venir; si no está por venir, esta será la hora; y si no es esta la hora, vendrá de todos modos. El estar prevenido lo es todo —recita ella.

Titus cruza los brazos sobre el pecho. Su Shakespeare no es muy fluido.

Rebecca niega con la cabeza.

—Aún no sabemos qué te ha traído aquí —dice Titus.

—¿Es necesario?

—Creo que podría aclarar las cosas.

—No puedo recordar. Recuerdo mal.

—Con el tiempo, lo recordarás.

¿Tiempo?, piensa Rebecca. ¿Tiene tiempo ella?

—Estoy bastante ocupada —dice—. Mi vida en casa es casi normal. Todo ha vuelto a la normalidad.

Titus la mira por encima de las gafas.

—Tengo límites, no es lo mismo.

—Rebecca… —Titus le llama la atención.

—Me haces sentir como una rana deslumbrada.

Titus sonríe, pero sus ojos permanecen fijos en ella.

—Conejo —dice él.

—De acuerdo, volveré.

—¿Seguro?

Rebecca está segura de que no tiene elección.

Rebecca está escribiendo.

«No, como una rana, con los ojos saltones y fea», escribe.

—¿Te hago sentir fea?

—Bueno, expuesta. Siempre me estás mirando. Puedo sentir que me lees. Es muy incómodo.

Cyrus se quita las gafas y las deja sobre el escritorio. Emily le mira. Ve el pelo oscuro que le

crece desde la frente alta y ancha, la nariz recta con el puente ancho, las cejas oscuras sobre los extraños ojos marrones amarillentos.

—Es mi trabajo —dice Cyrus. Todo su cuerpo parece tenso.

Emily le observa durante un minuto. Es como si apenas pudiera soportar estar sentado allí, frente a ella.

—¿Quién lee ahora a quién? —dice en voz baja. Emily ve que se le suavizan los ojos—. ¿Qué ves?

Emily sabe lo que cree ver. Niega con la cabeza.

Cyrus se incorpora y vuelve a ponerse las gafas. Se pasa una mano por el pelo. Se vuelve hacia el ordenador y se desplaza por la pantalla.

—Emily, sabes tan bien como yo lo que ha pasado. Esto no puede seguir así. No puedo.

Emily siente que su columna se mueve y sus manos se estiran todo lo que pueden. Las empuja bajo sus muslos. Cyrus no la mira. Parece absorto en la pantalla de su ordenador.

Luego vuelve a mirarla.

—Creo que sabes a qué me refiero —dice él.

Emily finge indiferencia.

—¿Hasta qué punto puede malinterpretarse? ¿Con qué facilidad podría malinterpretarse? —Cree que sabe lo que quiere decir, pero podría estar equivocada y equivocarse tanto sería, sin duda, desastroso.

Cyrus suspira.

—No puede ser. De ninguna manera —dice—. Ambos sabemos exactamente lo que está pasando aquí.

Emily decide que no.

¡Mentirosa!, le grita Betty al oído.

—Emily, algunas cosas son intrínsecamente peligrosas. Hay que tenerles miedo. Hay que tenerlo. —Cyrus se ha alejado de su ordenador.

—¿Aviones?

Cyrus niega con la cabeza.

—No —dice—. Prueba otra vez.

—¿Arañas?

—Esfuérzate más.

Emily le mira. Se recoge el pelo detrás de las orejas. Él la mira fijamente.

—Es una simple cuestión de autopreservación —dice Cyrus—. Algo en lo que no soy muy bueno, después de todo. Emily, tienes que entender, y estoy seguro de que lo haces. Estoy al límite de lo que puedo tolerar.

Ella siente por un segundo lo que él siente.

—Creía que me lo estaba imaginando —dice, y lo dice en serio.

Ella quería que él sintiera lo que siente, y ahora que lo siente, no sabe qué hacer con ello. Si hubiera habido un plan, ahora sería el momento de ponerlo en práctica, pero no lo había.

¿Mandar sobre él?, sisea Betty, con voz socarrona.

—Mandar sobre mí —dice Emily en voz alta. Siente como si una gran mano le oprimiera el pecho—. Cyrus, lo siento.

Cyrus se cruza de brazos.

—Tienes que librarte de ella —dice.

Emily asiente con la cabeza.

—Lo haré —dice. Mira sus zapatillas rosas Kenzo y se pregunta por qué siempre le han gustado los zapatos ridículos.

—Emily, ¿lo entiendes? No puedo volver a verte. Puedo pasarte a un colega, pero ya he tenido suficiente.

Emily no contesta. Siente un dolor enfermizo en el pecho. Siente el lento calor que recorre su cuerpo y el constante golpeteo de su corazón contra las costillas. Desvía la mirada de los zapatos a las manos. Las tiene sueltas y relajadas sobre el regazo. Vuelve a mirar a Cyrus y, durante un milisegundo antes de que él agache la cabeza, ve sus ojos.

Emily se levanta.

—Lo siento —dice de nuevo—. Por supuesto, gracias, Cyrus. Gracias por todo. Me has salvado. —Recoge su bolso del suelo y coge su abrigo del respaldo de la silla—. Me voy. —Se siente, de repente, a la deriva—. ¿Puedo llevarte conmigo? —pregunta—. Quiero decir, ¿en mi cabeza?

—No estoy seguro de que esa sea una decisión que deba tomar yo —responde Cyrus.

Pieza 73

Harriet estaba tumbada en su cama. Rebecca estaba ordenando la casa de muñecas. Arrodillada sobre la alfombra amarilla de Harriet, colocaba todos los muebles en las habitaciones correctas y ajustaba la ropa de la familia de la casa de muñecas. Harriet la observaba.

—Pero le echo de menos —decía—. Mamá hizo algo muy malo, mató todas sus plantas. Llevaba años cultivándolas y las regaba todos los días. Era más bueno que papá. Me compró esto. —Algo cae sobre la alfombra junto a Rebecca y ella coge una delicada pulsera de perlas con un medallón de corazón.

—Es muy bonito, pero sigue sin poder pegar a la gente, hayan hecho lo que hayan hecho —dijo Rebecca—. Y es tu invernadero, no el suyo. —Dejó la pulsera a su lado. Se dio la vuelta y levantó un gato pelirrojo en miniatura entre los dedos índice y pulgar.

—Ambrose también lo echa de menos. Es mucho más travieso desde que Patrick se fue.

—Eso es solo porque Ambrose le tenía miedo. —Rebecca puso un pequeño cubrecama de encaje en una cama con dosel.

—Rebecca, ¿conoces a Billy Parfitt?

Rebecca se vuelve de la casa de muñecas.

—¿El tío de Grime? En realidad no, ¿por qué?

—Vive cerca de ti.

—Lo sé.

—¿Lo conoces? Es amigo de Patrick.

—¿Lo es? —Rebecca no había pensado que Billy pudiera tener amigos. Se levantó y se estiró—. Creo que ya está —dijo—. La casa de muñecas estaba muy bien organizada.

—Está muy bien, Rebecca, gracias.

Rebecca cogió la pulsera y se la acercó a Harriet, que estaba en la cama.

—¿Es de oro auténtico?

Harriet se la puso en la muñeca, admirándola.

—Rebecca —dijo, agachando la cabeza y pareciendo concentrarse en la pulsera—, no dejes que Billy Parfitt… se te acerque nunca.

—Él no lo haría. ¿Por qué lo haría? —Rebecca recordó a Billy de pie sobre ella cuando un bagre

mordió su cebo—. Es solo el tío de Grime —añadió.

Harriet mira a Rebecca con sus grandes ojos pálidos.

—No dejes que se acerque.

Rebecca asintió con la cabeza y Harriet se sentó en la cama, repentinamente distraída por la necesidad de ajustar su pila de almohadas y peluches.

—No lo haré —dijo Rebecca.

Emily está escribiendo, escribe Rebecca.

—¿Así que no te necesito? —escribe Emily.

—No sé si lo sabes o no —dice Magnus. Gira en su sillón de cuero negro y golpea el teclado.

Hannah tiene la sensación de que evita el contacto visual. A ella también le gustaría tener una silla giratoria. Si la tuviera, le daría vueltas y vueltas. Quizá sea mejor que no la tenga, reconoce.

—Hannah —dice Magnus—, no has sido la paciente más fácil, ¿a que no? Hemos tardado muchísimo en ponernos de acuerdo sobre tu medicación y te has negado a la terapia cognitivo-conductual.

Hannah le interrumpe.

—La terapia cognitivo-conductual es para niños —contesta—. Ya te lo he dicho antes. Si no sabes eso cuando tengas mi edad, será mejor que te rindas y te tumbes en el suelo, cubierto con un edredón, el resto de tu vida.

Magnus la ignora.

—Y —dice— ha habido cierta cantidad de juego. —Se aparta del teclado y la mira fijamente.

Está pálido. Hannah supone que no sale mucho. Sería difícil si tuviera que trabajar cinco días a la semana en una consulta y luego coger un metro de vuelta a Lewisham o dondequiera que viva. Supone que no tendría tiempo para salir, salvo los fines de semana.

¿Juego?, piensa. Dios.

—¿Cuándo? ¿Cuándo he jugado yo? Obviamente, he estado jugando al juego ¿En qué triste suburbio del sur de Londres vive Magnus?, pero eso es solo para entretenerme. Si no, todo sería un poco aburrido, ¿no? —Bueno, él empezó.

Magnus coge su bolígrafo.

—¿Aburrido?

—Sí, aburrido —dice Hannah—. Soporífero. —Ve a Magnus estremecerse ligeramente. Muy

ligeramente, pero lo ve—. Y no he sido nada sutil al respecto, ¿verdad? Creía que no te importaría.

Magnus se aparta el pelo rubio de la alta frente patricia con una gran mano blanca.

—¿Importarme? No me importa.

—Quizá sea porque eres muy joven y demasiado sensible. —Hannah le sonríe.

—No me tomes el pelo. No somos tan diferentes en edad, como muy bien sabes. No soy ni joven ni demasiado sensible, pero esos correos que me enviaste desde Francia…

—¿Aquellos en los que necesitaba tu ayuda porque no dormía?

—No, Hannah. Aquellos en los que escribías una elaborada historia conmigo como protagonista y ficcionabas nuestras conversaciones. Bueno, los he borrado.

—¿He hecho yo eso? ¿Te envié mi historia? Había olvidado que lo hice.

—Bien, lo hiciste y desde entonces no se me ha ocurrido nada más, así que los he borrado.

Clin-clin, piensa Hannah.

Emily se aleja del teclado, escribe Rebecca. Apoya las manos en las rodillas y respira hondo. Mira por la ventana. Fuera, el viento sopla con fuerza desde el este y los manzanos del jardín agitan sus ramas desnudas contra un cielo plateado.

No puede borrar mis correos, piensa. No es posible. Todavía los tengo.

Pieza 74

Emily tiene una caja de caoba sobre el regazo. Las ventanas de la habitación de invitados están abiertas y a través de ellas sopla un cálido viento primaveral que trae el dulce sonido del canto de un mirlo en uno de los manzanos. Había encontrado la caja en el desván. Cyrus le dijo que buscara allí.

—¿En qué otro sitio vas a encontrarla? —dijo—. Los áticos petrifican el tiempo, encarcelan fantasmas.

Emily se ríe.

—Qué gracioso —dice.

La madre de Emily le había regalado la caja. Está sentada en la cama, pasando las manos por la superficie lisa y brillante, admirando las bisagras de latón, el resplandor de la veta y las juntas de cola de milano.

—Ábrela —dice Cyrus.

Emily sabe que no está realmente allí, pero se siente más segura con él sentado en la cama detrás de ella. Si se gira no lo verá, pero no tiene por qué hacerlo. Lo ha traído con ella.

Es más seguro así, piensa.

El corazón le late con un doloroso y grave retumbar, como una cuerda de guitarra suelta. La madera brilla cálidamente bajo las manos de Emily. Suelta con cuidado el cierre de latón y abre la caja. La tapa está forrada de fieltro verde esmeralda. Vacía la caja objeto por objeto. Saca una pequeña jarra de plata empañada por el paso del tiempo, una cuchara de plata en un estuche forrado de satén y un libro de oraciones.

Abre este último y encuentra garabateado en grande el frontispicio con su mano infantil: «Aquí viene una vela para llevarte a la cama. Aquí viene un helicóptero para cortarte la cabeza».

Ella escucha. Hace mucho tiempo que Betty no le habla. Rebecca espera el cacareo de una risa encantada. No hay ninguna. En otras partes del libro, cada hueco libre está cubierto por una minuciosa y meticulosa escritura. Oraciones. Hay oraciones por su madre y oraciones por Giles. Hay oraciones por ella misma, oraciones pidiendo seguridad y oraciones pidiendo perdón. Hay dibujos y retazos de escrituras. «Cosecharás lo que siegues», dice una. «No temeré ningún mal», dice otra.

De la caja, Rebecca saca un cuenco lavaojos de cristal azul. Se lo acerca y ve cómo el mundo se vuelve azul. Un dedal, un pequeño muñeco de goma. Lo gira en sus manos, luchando por sentir la emoción del reconocimiento. Una caja de cerillas. Vacía.

De repente se da cuenta de que la pequeña Rebecca está aquí. Está apoyada contra ella y apoya la

cabeza en su hombro. Rebecca se vuelve para mirarla. La pequeña Rebecca está muy asustada. Tiene la cara completamente blanca, de modo que sus pecas resaltan oscuras sobre la nariz y las mejillas. Los ojos se le salen de las órbitas y se muerde el labio inferior. Rebecca estira el brazo izquierdo y la rodea, acercándola a ella. Escucha el suave suspiro de alivio de la niña.

—Bien hecho —dice Titus.

En un rincón de la caja hay una carpeta marrón del tamaño de una postal. Pero Rebecca sabe que no contiene ninguna postal. Coge un pequeño cofre ovalado de cuero finamente labrado. Lo gira en sus manos y aprieta el cierre. La tapa se abre. Es el joyero de su infancia. Hay un broche de luto, pelo oscuro trenzado, rodeado de rubíes de color rojo sangre. Coge una pulsera de oro y una sarta de cuentas de coral y las deja sobre la colcha.

A continuación, Rebecca coge la carpeta con las dos manos y abre con cuidado la solapa. Ve que contiene una carta del padre Francis.

Ella lee:

San Benedicto,

Marsham,

Suffolk

Mi querida Rebecca:

Aquí estoy de nuevo, con la nariz en la piedra de afilar, ¡y qué piedra de afilar! Encantador y lleno de amor, pero aburrido no es la palabra, y temo que sea una palabra muy equivocada para un sacerdote, así que no la usaré. En lugar de eso, mi querida niña, escribiré sobre tu historia que tan amablemente adjuntaste a tu última carta.

«Asesinato horrendo, como todo asesinato, / siendo este el más horrendo y contra natura!». Esta es una cita de Shakespeare, que estoy seguro que encontrarás en tus estudios cuando seas mayor. A Shakespeare se le daban muy bien los motivos. ¿Podría ser que su personaje se engañara de alguna manera? Seguramente podría haber encontrado una alternativa a la violencia. Admito que parece que, efectivamente, pudo creerse en peligro de muerte, pero el instinto de huida suele ser superior al de lucha.

Una rata acorralada puede luchar, incluso cuando las probabilidades están en su contra. Un lobo o un oso pueden revolverse. Un jabalí siempre embestirá si se ve acorralado, pero ¿una niña? Querida, ¿tenía motivos ella? ¿Tenía motivos? ¿Había otro camino? A pesar de todo, fue una lectura muy emocionante y no me gustaría desalentar tal talento creativo, pero tal vez deberíamos buscar, en la literatura como en la vida, el perdón y la redención.

No diré nada más, pero te ruego que busques un final más tranquilo para esta historia en particular.

En cuanto a tus otras noticias, me alegro mucho de que Alex se esté tomando la guitarra tan en

serio y de que esté aprendiendo fingerpicker y a tocar acordes. Ninguno es superior al otro. Bob Dylan es muy bueno tocando acordes y Val Doonican un fabuloso fingerpicker, pero creo que ambos sabemos cuál es el mejor artista.

Martin debe de estar muy orgulloso de haber ganado todas las carreras de natación en la fiesta de fin de curso. Debo decir que me hubiera gustado verlo, más de lo que puedo expresar.

Harriet tiene un nuevo padrastro. Yo, por supuesto, había oído todo eso de la querida Miranda, pero es interesante haber conocido tu perspectiva. Como dices, hay pocas posibilidades de que sea tan malo como Patrick.

Por ahora, querida, debo terminar. Reza por mi querida Harriet y por su dulce y tonta madre, ¿quieres? A veces pienso que la intercesión de un niño puede tener más peso que las oraciones de un viejo hastiado. Reza a Nuestra Señora.

Permíteme recordarte las palabras. Sé que últimamente te ha sido difícil ir a la iglesia. Tu madre parece estar muy ocupada últimamente, ¿a que sí?

En fin. Aquí están:

Ave María, llena eres de gracia,

El Señor está contigo.

Rebecca siente cómo sus labios dan forma a las palabras mientras lee.

Bendita tú eres entre todas las mujeres,

y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.

—Es una tontería —dice Titus.

—Calla —dice Rebecca.

Santa María, madre de Dios,

ruega por nosotros pecadores,

ahora y en la hora de nuestra muerte.

—Amén —dice Titus.

Rebecca mira la carta que tiene en la mano. La letra inclinada, el enorme AMOR en fucsia del final y el peso del papel hacen que el padre Francis llegue a ella. Ave María, piensa. ¿Tenía motivos ella? ¿Debería haber huido? ¿Podría haber salvado a Billy Parfitt? Al final, no lo cree. No.

Dobla la carta y la guarda cuidadosamente con las demás en una caja de zapatos. Ha separado sus cartas del resto de papeles. Sus diarios también están en otra caja. Aún tiene que ordenarlas

para que tengan algún tipo de coherencia, pero decide dejar de lado esa tarea por el momento. Vuelve a sentarse en la cama, apoyada contra la pared, y se pregunta por Betty. ¿Habrá vuelto con ella del hospital? No lo recuerda.

Se levanta y mira por la ventana. Los jardines traseros, uno detrás de otro, están inundados de color. Las glicinias trepan por los muros y, a lo largo de las vallas, la madreselva y la clemátide retozan. Rebecca abre las puertas del balcón. El aire huele a lilas y en algún lugar alguien está tocando el piano. Los pocos sicomoros maduros que quedan hacen ruido con los pájaros y las ardillas grises. Al lado, ve a Pomp tumbado en el tejado del cobertizo del vecino. Rebecca respira hondo. Cree que ya está bien.

Pieza 75

Rebecca observa una araña que está haciendo una tela en un espino junto al arbolito donde estaba sentada hace un momento. Es una de esas arañas redondas que viven en un túnel tejido. Cree que se llama araña del laberinto.

—Laberinto —se dice en voz baja. Es una palabra preciosa, suave y sibilante.

Esta teje en la boca de su telaraña, moviendo su abdomen hacia delante y hacia atrás mientras lo hace. Sus brillantes patas rojas se arquean por encima de su espalda. El cuerpo distendido de la araña está cubierto de pelos diminutos. El sol del ocaso, que se cuela entre los árboles, los capta de vez en cuando mientras la araña se mueve. Cree que tiene huevos en el túnel que hay detrás de donde trabaja.

Rebecca acerca la cabeza para ver cómo se mueven las hileras. Detrás de ella oye algo. No se gira porque sabe lo que es. Piensa que, de todos modos, los sonidos son cada vez más débiles y que cuando dejen de oírse podrá coger la caña y el cubo y volver a casa. Huele la lluvia en el aire.

Rebecca esperaba pescar bastante esa tarde. Iba a cogerlos y vaciarlos en el estanque del jardín. Su padre dice que lo único que está haciendo es alimentar a una garza muy afortunada. Rebecca sabe que es verdad; la ha visto a menudo entre los juncos del estanque, con la cabeza ladeada y el pico afilado, lista para atacar. Ahora, no tiene ninguno y el agua de su cubo se ha derramado, toda derramada de nuevo en el agua junto con Billy. Pero ahora no puede hacer nada al respecto.

—Zorra —había dicho—. Pequeña zorra.

Eso no fue muy amable. Harriet había dicho que no era muy amable.

Esperaba que no le dijera a nadie que Betty le había empujado, pero no creía que lo hiciera. Ella les diría lo que él había dicho; entonces, él estaría en problemas. Les contaría lo que había hecho.

Rebecca ve que la araña ha retrocedido un poco por el túnel y se ha posado mostrando solo las dos patas delanteras. Siente la columna vertebral suelta como si una serpiente subiera por el centro de la espalda y la sangre le zumba en los oídos.

—No sé nadar, joder —había gritado.

Debía de ser mentira. Todo el mundo, excepto los bebés, sabe nadar. Hasta Giles sabe nadar y solo tiene cinco años. Había supuesto que Billy saldría pronto del agua y se marcharía. Estaría mojado y sabría que no debía volver a acercarse a ella.

La araña está tan quieta como la muerte. Había sido un accidente que Billy se cayera, pero la orilla era empinada justo donde crecía el arbolito y estaba resbaladiza por la lluvia de la noche anterior, y cuando Betty lo había empujado, había caído sobre el cubo de Rebecca. Se lo merecía, pensó. Maldito, maldito, maldito. Aún podía oler el humo del cigarrillo y algo más, agrio, en su

aliento caliente. Rebecca cerró los ojos. Iba a dejar de ver lo que había visto; le daba náuseas.

Ahora todo estaba tranquilo. Debía de haber salido y marchado. Lentamente, Rebecca se dio la vuelta y miró a través del agua oscura. Todo estaba en calma. Cogió la caña y el cubo y, sin mirar atrás, se dirigió al sendero que había al otro lado del estanque.

CUERPO DE HOMBRE DESAPARECIDO ENCONTRADO CERCA DE BENHAM

El cuerpo de un hombre de la localidad fue encontrado en un estanque cerca de Benham y la policía dice que la muerte es «inexplicable». El hombre, identificado como William Parfitt, de 52 años, se cree que se ahogó, y un portavoz de la policía de Suffolk dijo: «No había signos de lucha y no se cree que haya circunstancias sospechosas».

Su hermana, Lorraine, denunció la desaparición de Parfitt el domingo por la noche. El carpintero local, Henry Warner, de 56 años, de Marsham, hizo el trágico descubrimiento cuando volvía a casa del trabajo.

«Vi lo que parecía un cuerpo flotando bocabajo e inmediatamente llamé a la policía en cuanto llegué a casa», dijo. «Suelo caminar por el bosque como atajo», añadió.

El señor Parfitt fue visto por última vez con vida bebiendo en el Wangfield Arms, donde era un habitual. Su amigo, Patrick «Pat» Buck dijo al Journal: «Parecía estar de buen humor y estuvimos hablando de lo inútil que ha sido el Ipswich esta temporada».

El señor Parfitt había trabajado anteriormente en una granja lechera local hasta que un problema de espalda le obligó a abandonar su empleo. Vivía con su hermana, Lorraine Hicks, que trabaja como empleada doméstica en la zona de Benham, y la deja a ella y a sus dos sobrinos Gary, de 20, y Graham, de 12.

Se preparará un expediente para el forense.

—¿En serio? —dijo Pen en el desayuno a la mañana siguiente—. Lorraine está fuera de sí.

Rebecca empezó con su tercer Weetabix. Pensó que si seguía comiendo, quizá Lorraine dejaría de estar fuera de sí y Billy Parfitt habría aprendido a nadar.

—Probablemente estaba borracho —dijo el padre de Rebecca, doblando el periódico—. Rebecca, ya es suficiente Weetabix. Alex me dijo que la última vez que comiste tres te pusiste enferma en el Cherry Tree.

Alex le guiñó el ojo a Rebecca al otro lado de la mesa. Solo Alex podía hacer un guiño sin sonreír. Él decía que era una habilidad, pero a Rebecca le parecía mezquino.

—Los gusanos entran y los gusanos salen / Los que entran son flacos y delgados / Y los que salen son gordos y corpulentos —cantó el padre; era la canción de los Pogues.

—Cállate, Martin, qué falta de respeto. —Su madre se levantó y empezó a recoger la mesa del desayuno, apilando los cuencos de cereales con rápidos movimientos de los brazos.

Enrolló la parte superior de los paquetes de cereales para evitar que se pusieran rancios y recogió el portatostadas vacío.

—Lorraine dijo que la policía le había dicho que tenía los pantalones desabrochados y que podría haberse resbalado.

—¿Mientras meaba? Tiene sentido. Llovió mucho el domingo por la noche. Debía de estar resbaladizo. —David apartó la silla y se levantó.

—Se te caen los ojos y se te caen los dientes —le dijo Martin a Giles al otro lado de la mesa, cuyo labio inferior empezó a temblar.

—Y tus sesos se te caen por el hocico —cantó Alex.

—¡Chicos, ya está bien! Rebecca, ven aquí y sécate.

Rebecca se retiró lentamente de la mesa y siguió a su madre hasta el fregadero de la cocina. Martin recogió las cajas de cereales y Alex bajó a Giles de su asiento, zarandeándolo arriba y abajo hasta que sus lágrimas se convirtieron en carcajadas.

—Voy a cortar el césped —dijo su padre—. Supongo que tendremos que ir al funeral.

—Después de la investigación —dijo su madre—. No uses ese trapo, Rebecca, está sucio.

Rebecca cogió otro paño de la pila que estaba sobre el radiador frío junto al fregadero y una gran araña doméstica le recorrió la mano.

Ella dio un grito.

—Supongo que habrá sido el shock —le dijo Pen a David aquella noche.

Hablaban en voz baja en el cuarto de baño, que estaba al lado de la habitación de Alex. A Rebecca la habían acostado en la habitación de Alex con una aspirina y una bolsa de agua caliente porque era la más cercana a la de sus padres. Se había quedado en la cama todo el día.

Su padre quitó el tapón del desagüe y Rebecca no oyó lo que dijo a continuación. El agua de la bañera borboteó y oyó a David salir del agua.

—Era una araña muy grande —dijo—. Pásame una toalla.

—Pero casi se desmaya. Estaba blanca. Nunca la había visto tan asustada, no de una araña. A ella le gustan. Tal vez fue el shock de Billy muriendo así.

—Lo olvidará. Todo pasará pronto. Dile a la señora Lightwing que no se lo mencione.

—Dudo que lo hiciera, no con su historia.

—Y mantenerla alejada de Graham. Quizá debería quedarse con Harriet unos días, hasta que termine la investigación.

Los padres de Rebecca salieron del cuarto de baño y ella cerró los ojos de modo que, cuando asomaron la cabeza por la puerta, parecía profundamente dormida. Cuando los oyó entrar en su dormitorio, abrió los ojos de par en par y se quedó mirando en la oscuridad. Podía oír a Betty saltando sobre la grava bajo su ventana y luego oyó su voz. Pronto pasará todo, oyó.

Pieza 76

—Así que este hombre se ahogó. ¿Lo viste ahogarse y no se lo dijiste a nadie hasta ahora?

Rebecca está tumbada en la cama en el dormitorio oscuro. Sam está tumbado a su lado.

—No vi cómo se ahogaba. Vi una araña terminar su tela. Fue un accidente. Se resbaló. No entendía lo que estaba haciendo, pero ahora sí. No podría haberle salvado, aunque lo hubiera intentado. Era demasiado pequeña.

—¿Por eso te aterrorizan las arañas?

Rebecca niega con la cabeza.

—No lo sé. No había hecho la conexión… Tal vez.

—¿Le dijiste esto a Titus?

—No, ahora sé lo que pasó. No necesita saberlo.

Rebecca había enviado un correo electrónico a Titus.

«Querido Titus», había escrito.

He decidido no ir más a verte.

Siento mucho no seguir hablando de esto contigo en persona, pero me temo que me convencerías de cambiar de opinión. Estoy bien, de verdad.

También te estoy increíblemente agradecida por toda la paciencia, habilidad y humor que me has demostrado a lo largo del último año.

Mi más sincero agradecimiento,

Rebecca Wise

—Titus solo estaba haciendo su trabajo; ahora me siento mucho mejor.

Sam se apoya en un codo.

—¿Has blandido el nombre de ese hombre como una guadaña durante el último año y ahora solo «hacía su trabajo»? Creía que te estaba perdiendo.

Rebecca mira su silueta, de un negro más oscuro que el de la habitación que tiene detrás, su gran cabeza agrandada por su espesa melena salvaje, sus anchos hombros que se ciernen sobre ella, y siente que su corazón se retuerce de amor.

—Ya no le necesito.

Sam se tumba a su lado y se gira para mirarla.

—Laura, cariño —le dice—, cualquiera que haya sido tu sueño, no ha sido muy feliz, ¿verdad?
—Es el Fred de Breve encuentro.

Rebecca niega con la cabeza, recordando que vio la película con su madre y que esta lloraba desconsoladamente mientras ella y sus hermanos se desternillaban de risa.

—No —dice sonriendo.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

—Sí, Fred, siempre ayudas.

—Has estado muy lejos —dice Sam.

Rebecca se ríe.

—Sí —dice ella.

—Gracias por venir a buscarme.

Rebecca le coge la cara entre las manos y le besa.

—Siempre iba a hacerlo —dice.

Pieza 77

Rebecca escribe.

Emily vio a Cyrus antes de que él la viera a ella. Él camina hacia ella por Harley Street, mirando su teléfono. Ella se dirige a ponerse inyecciones de Botox.

—¿Por qué haces eso? —le había preguntado Sam cuando se lo contó.

—Quiero parecer inescrutable —había dicho.

Sam había entrecerrado los ojos y no había dicho nada.

Ahora ella dice:

—Dios, ¿no deberías avisar a la gente?

Cyrus se detiene delante de ella.

—¿Sobre? —dice.

—Vagar libremente por ahí. ¿No deberías enviar un mensaje de alerta o algo?

—Yo también me alegro de verte —dice sonriendo.

Emily le mira de arriba abajo. Desvía la mirada de la cara a los pies y luego a los pies. Lleva un traje holgado verde oscuro con un pequeño cuadro entretejido en la tela y una camisa verde botella abierta por el cuello. Ha adelgazado. Tiene los zapatos llenos de polvo. Se ha cortado el pelo hace poco.

—¿Qué haces aquí? —pregunta.

—Podría hacerte la misma pregunta —responde Cyrus.

—Voy a ver a mi médico —dice Emily.

Cyrus hace lo de siempre. Es algo entre un suspiro y un quejido.

—Por supuesto que sí —dice.

—¿Y tú? —pregunta Emily.

—Trabajo aquí —contesta Cyrus.

—¿También? —dice Emily.

Cyrus asiente con la cabeza.

—¿Tienes tiempo para un café?

Emily lo tiene.

—Sígueme —dice Cyrus. Se da la vuelta y camina por Harley Street hacia Cavendish Square.

Emily le sigue.

Pasa una tarjeta por una imponente puerta georgiana. Esta se abre.

Cyrus hace pasar a Emily. Gira a la izquierda y ella le sigue hasta una consulta. Cyrus cierra la puerta tras ellos.

—Siéntate —le dice, tomando asiento él mismo.

Emily se sienta.

—¿Me estás cobrando? —pregunta.

—No —dice Cyrus.

—¿Has leído mi libro? —pregunta Emily.

—Lo he hecho —dice Cyrus.

—¿Te ha gustado? —pregunta Emily.

—En absoluto —dice Cyrus—. Tuve que comprar calcetines nuevos. —Sonríe, su repentina sonrisa blanca—. Eres una pesadilla.

—Gracias —dice Emily.

—Lo único salvable que se me ocurre es que Hannah y Magnus se las arreglaron para no acabar juntos en la cama.

—No podrían haberlo hecho. Magnus habría perdido toda su integridad.

—¿Así que en vez de eso decidiste que perdiera toda su dignidad?

—¿Café? —dice Emily—. Dijiste algo sobre café, ¿no?

Cyrus se levanta y sale de la habitación. Emily mira a su alrededor.

La sala tiene largas ventanas georgianas. La moqueta es gris, al igual que las paredes, pero el zócalo, las molduras y el rosetón que rodea la luz central son de color blanco. El escritorio tras el que Cyrus ha estado sentado es pesado y ornamentado. Es un poco más elegante que el hospital, decide.

Cyrus vuelve a entrar en la habitación, llevando dos tazas de porcelana en una mano. Coloca una

en el escritorio frente a ella y vuelve a sentarse.

—Entonces —dice—, ¿qué hacemos ahora?

Emily se encoge de hombros.

—No lo sé —dice—. ¿Adónde quieres ir?

—Me gustaría saber por qué fui reemplazado tan poco ceremoniosamente.

—No lo hiciste. Me dejaste.

—No lo hice. —Cyrus la mira y Emily siente que se le aprieta el estómago—. No tuve elección, como bien sabes.

—Pensé que cambiarías de opinión. Pensé que llamarías a Sam o harías algo…

—Eso estaría totalmente fuera de mi competencia.

—¿Estás destinado a ser tan reactivo? —dice.

—No, no estoy destinado a ser nada de lo que me encuentro siendo en relación contigo. Es un campo de minas absoluto.

—¿Prefieres a la gente enferma?

De nuevo Cyrus suspira.

—Has estado muy enferma —dice.

—Ya estoy mejor. —Emily coge su café y le da un sorbo. Está amargo. Hace una mueca y vuelve a dejarlo sobre el escritorio.

—Lo siento, es todo lo que tenemos —dice Cyrus.

—No importa —dice Emily.

Cyrus se levanta y camina alrededor de su escritorio. Se para frente a su silla. La coge de la mano y tira de ella.

—Emily, ¿podemos dejar de tontear?

Emily le mira. Nunca había estado tan cerca de Cyrus. Su respiración se vuelve entrecortada y ligera. Le mira a la cara y sus ojos se cruzan.

—¿O empezamos? —dice ella.

PAZ

Rebecca cierra su portátil. Ha anochecido mientras escribía y ahora las sombras azules se agolpan en los rincones del dormitorio. Fuera, una paloma arrulla suavemente en el abedul plateado. Pomp se apoya en su pierna, ronroneando.

Desliza el portátil sobre la cama, se levanta y se acerca a la ventana.

Abajo, un niño en patinete pasa zumbando por la acera.

Rebecca inspira,

escucha.

La casa está en silencio.

Y la esperanza canta

bajito como un

diapasón.

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a mi editora, Cicely Aspinall, por sus brillantes dotes de edición, así como por su paciencia; hago muchas preguntas. Gracias también a Seema Mitra, por sus ánimos y entusiasmo, y al resto del equipo de HQ Stories.

Gracias a mis padres, Richard y Lisbeth, por sus inquebrantables ánimos, sus opiniones increíblemente parciales, sus fantásticas relaciones públicas —todo el mundo en Cornualles conoce La lista de cosas pendientes de Rebecca—, y por leer cada palabra varias veces.

Gracias a mis amigos, por ofrecerme consejo y apoyo, especialmente a Penny Rodrigues y Zeljka Pavcovic que llevan años leyendo el manuscrito, según parece; y a Teresa Robertson, por sus notas forenses y su interés en este proceso creativo. Gracias a Simon y Jane Cosyns, que me han apoyado y querido sin descanso. Gracias también a todos los miembros de nuestro grupo de WhatsApp Elefant, por sus firmes opiniones, su aportación creativa y su gran sentido del humor.

También quiero dar las gracias a todos los dedicados profesionales que trabajan en salud mental. Son personas extraordinarias a las que estaré siempre agradecida. Gracias especialmente a Stephen.

Y, por último, gracias al difunto, gran Seamus Heaney, por inspirar esta novela y por el préstamo de su diapasón.